



Sex Club
del
DEMONIO

ABIERTO

Magela Gracia

Sex Club
del
DEMONIO



Magela Gracia

Primera edición digital: agosto de 2019
Título original: Sex Club del Demonio
Copyright @ Magela Gracia, 2019
Diseño de portada: Kris Buendía
Corrección: Raquel Antúnez
Maquetación: Raquel Antúnez



Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, al igual que la incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por ley.



«El infierno está vacío.
Todos los demonios están aquí».
William Shakespeare

Para todas esas personas que pensamos que el cielo tiene que ser un lugar muy aburrido. Si hay que ganarse a pulso el infierno... empecemos. Que luego morimos sin haber cometido muchos pecados y el diablo no se interesa por nuestra alma.

Las Palmas de Gran Canaria
a 18 de agosto de 2019

Índice

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[Epilogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Prólogo

«El mismo diablo citará las sagradas escrituras si viene bien a sus propósitos».

William Shakespeare

—No esperaba que fueras a ser tú el primero en dar un paso al frente, Ángel mío.

—Los años no pasan en vano para nadie —me respondió mirando el horizonte oscuro y anaranjado. Una visión a la que todos, en mayor o menor medida, nos acabábamos acostumbrando. Humo, polvo, sombras—, y para ti ni para mí... tampoco.

Se me escapó una sonrisa irónica, pero no se fijó en ella. Tenía la vista perdida en eso que pronto dejaría de estar a su alcance. Nuestro Infierno, después de todo, había sido su hogar durante muchos años. Demasiados..., según parecía. Y era hermoso a su manera.

—Sabes que puedes cambiar de opinión —le comenté con tono convincente, sabiendo de antemano que la sugerencia no iba a hacer mella en él.

Había hombres que cuando tomaban una decisión ya podían arder en Infierno que no daban su brazo a torcer con tal de no admitir que se habían equivocado. Y él... ya había ardido. O, quizá, para complicarlo todo, no era un hombre. Y, para colmo, tal vez tampoco se estaba equivocando. ¿Cuánto tiempo podía permanecer alguien inmóvil en el mismo sitio sin aburrirse?

—A ti también te vendría bien un cambio de aires —me soltó palmeándome el hombro, mientras de su boca salía humo. Le encantaba eso de calentarse las entrañas. La suerte que tenía era que su salud no podía estar más perjudicada. El tabaco, el alcohol y las drogas se habían encargado de ello, por no hablar del exceso de comida que todo el mundo se empeñaba en llamar poco saludable..., aunque deliciosa. ¿Veganos? Esos sí que deberían arder en Infierno. Y, por último, estaba el pequeño detalle de que no estaba vivo, ¿o sí? —. Pero estás demasiado hecho a... esto.

Y abarcó todo el horizonte con sus largos brazos. Los tatuajes de sus manos se movieron sobre la piel al cerrar los puños y, al extender los dedos con las

palmas hacia el color anaranjado, el humo lo empezó a invadir todo.

Era mi reino. ¿Cómo iba a renunciar a esto?

—Sabes de sobra que hay personas que no lo hacen, y yo no me adaptaría como tú.

Probablemente eso sonaba más bien a un: «no me da la puta gana y punto».

—¿Y tú te consideras a estas alturas persona? —me preguntó socarrón. *Touché*. Era gracioso que en nuestras cabezas rondaran las mismas ideas—. Hubo una época...

—Todo tiempo pasado siempre fue mejor, ¿te refieres a eso? —le interrumpí agitando la mano—. Ya sabes que era una forma de hablar.

—No iba a decirte eso.

Se mesó la barba haciéndose el interesante. Volvió a soltar humo por la boca y yo lo respiré para molestarlo. No había nada en ese lugar que se pudiera desperdiciar si a mí se me antojaba.

—Sé lo que ibas a decir. Es solo... —Hice una pausa observando el humo que salía de la tierra. Agité la mano para que formara las imágenes que a mí se me antojaban. Cualquier mago habría dado un ojo por saber hacer mis trucos—. Esto no va a ser igual sin ti.

—No haberme dejado firmar.

—Como si hubiera podido impedírtelo.

No iba a comenzar una nueva discusión con nadie y menos con él. Ese día quería paz y tranquilidad. Para eso había convocado aquella fatídica reunión. Teníamos superpoblación en Infierno. La gente ya no tenía tanto miedo de ir al inframundo. Lo del cielo estaba sobrevalorado, ya se lo había dicho al «jefe», pero no me había hecho caso. En la última partida de cartas que nos habíamos marcado —no recordaba bien hacía cuánto tiempo— había insistido en que la fe siempre acababa moviendo montañas, y le aseguré que las montañas se movían inclinando la balanza a mi favor.

Infierno ya no asustaba.

El que seguía dando miedo... era yo. Pero como los humanos no creían en Satán...

Imbéciles. Infierno no era un lugar, sino una emoción. Y yo sabía manejarlo a mi antojo.

Había solicitado que empezaran a dejar espacio. Lo cierto era que lo había ordenado, pero dejando que mis encantadores subalternos se desvivieran por hacerme feliz. Querían complacerme, cosa muy lógica, por lo que me senté a esperar. En su momento me pareció buena solución. Demonios pululando a sus

anchas por la tierra era casi tan buena idea como desatar las diez plagas, solo que en esta ocasión se me había ocurrido a mí. Ciertamente era que alguna que otra vez dejaba que hicieran de las suyas, pero regularmente les hacía regresar para que no se acostumbraran.

Aquello era diferente.

De un tiempo a esta parte sentía que había demasiada agresividad en mis tierras, incluso para mí. Se me había metido en la cabeza que de un momento a otro se alzaría una revuelta. Los demonios más jóvenes habían llegado pisando fuerte y, aunque podía convertirlos en polvo con solo desearlo, no me apetecía fulminar a la mitad de mi especie; a mis hijos, como quien dice, porque hubiera amistades o lazos de sangre entre los caídos. Y luego siempre existían los traidores y los rencorosos.

Nada que me hubiera inventado yo.

Por ello, y porque ya lo decía el refrán de la tierra, que «más sabía el diablo por viejo que por diablo», había decidido que había que dejarles espacio. Otro espacio. Cualquier espacio. Que cada uno decidiera lo que quería hacer con su vida. O su no-vida.

Yo también había sido joven.

Aunque nadie se lo creyera.

—Ha sido una buena jugada, no te quepa la menor duda.

—Pero te marchas...

Era mi mano derecha, mi consejero, mi hermano. Habría sido el padrino de mi boda si llego a albergar algún tipo de sentimiento por alguien. Y había decidido... cambiar de aires. Como si resultara muy asfixiante el sulfuro de Infierno.

—No puedo explicarte el motivo. Pero, dime una cosa, ¿no intentarías encontrar tu paraíso, aunque para ello tuvieras que pecar?

—¿Me hablas tú de pecado?

Se encogió de hombros y seguimos a lo nuestro. Aquel iba a ser uno de nuestros últimos atardeceres juntos, o amaneceres, ya no los distinguía. Cuando llevabas tantos siglos contemplando el mismo paisaje llegabas a perder un poco el norte. O el tiempo. Desorientación lo llamaban. Quizá, sin más, Ángel lo que buscaba era eso.

Perspectiva. Encontrarse. Orientarse.

Y, para localizarla, había que mirar desde otro punto de vista.

—Va a ser interesante vigilarte —le aseguré pasándole un dedo sobre sus excitantes labios. Sí, habíamos compartido mucho, mucho, ese diablo y yo. De

todo... Y nadie podía juzgarme o reprochármelo—. ¡A ver qué demonios piensas hacer allá arriba!

Ángel me devolvió la mirada. Hacía muchos años que no nos besábamos, pero siempre quedaba tiempo para una noche más. O un día. O lo que fuera aquello. Sus ojos envejecidos chispearon ante lo que le esperaba. Tenía unas enormes ganas de cambiar de aires. Quizá consiguiera que se le alisaran hasta las arrugas que rodeaban esos penetrantes ojos.

—Pues eso mismo voy a hacer..., el demonio.

1

«Llega el momento en el que tus demonios te piden un infierno más grande».

Ángel miró cómo el *whisky* se deslizaba sobre el hielo y caía al fondo del vaso. Las piedras heladas empezaron a rajarse y sonrió pensando en que todo se derretía cuando lo tocaba. Y no hablaba solo de las mujeres, que también, sino de cualquier cosa que se encontrara a su paso por las calles de Madrid.

La ciudad a la que había ido a parar hacía unos meses, para alejarse de mí.

No era ni la mejor ni la peor de las opciones que había barajado, estoy seguro, pero con un ambiente revuelto en las calles, un Gobierno convulso, unos habitantes que pasaban de todo y la mayoría de sus compañeros eligiendo destinos más apetecibles en Estados Unidos, le había parecido que España tenía el suficiente nivel de corrupción como para que un demonio como él pudiera pasar lo suficientemente desapercibido... Hasta que le apeteciera que nadie pudiera ignorarlo.

Así éramos los de nuestra especie. Vólubles.

El mundo de los hombres tenía cosas buenas, pensó Ángel mientras se llevaba a la boca el vaso y dejaba que el alcohol se calentara entre la lengua y el cielo del paladar.

Sí, le gustaba calentar. El ambiente, por descontado, pero la entrepierna de una mujer se había convertido en todo un reto para él en ese último ascenso. Le costó un poco acostumbrarse a la voracidad y a la rebeldía de las chicas, pero tras un par de encontronazos serios había aprendido a domar su carácter en vez de acabar irritado, con dolor de cabeza y con ganas de deshacerse de más cadáveres de los que la pequeña agencia que tenía contratada era capaz de colocar sin llamar la atención.

También podría haberlo hecho él, pero le gustaba que otros se encargaran del trabajo sucio y asegurarse, de ese modo, de que seguirían viniendo unas cuantas almas a rendirme cuentas en el momento en el que exhalaran su último aliento. Teníamos el negocio bien montado. Y nos gustaban los tipos emprendedores.

—No te conviene que entren a tu club preguntando cuándo fue la última vez que metiste la polla entre las piernas de la chica que apareció en el vertedero la semana pasada —le sugirió otro de los demonios justo antes de despedirse, a poco más de medio kilómetro del suelo, mientras observaban desde esa distancia las luces parpadeantes de alguna de las ciudades. Era como si hiciese una eternidad de aquello y apenas si había pasado un año—. Puedo pasarte uno de mis contactos para facilitarte la adaptación.

—Ya te digo algo —le respondió Ángel decidiendo si estaba o no molesto con el otro demonio por insinuar que iba a necesitar ayuda para gestionar su asentamiento. Sacó del interior de su chaqueta un enorme puro y se lo ofreció al otro.

A esa altura la temperatura era baja de narices, pero como a él no le afectaba el frío se planteó lo de fumárselo allí mismo o esperar a llegar al suelo.

—Dudo mucho que vaya a prender aquí —le comentó el otro—. Cosas del oxígeno.

Ángel miró el puro y lo guardó otra vez, decidiendo que no pasaba nada por posponerlo unos minutos. Llevaba demasiado tiempo fuera como para recordar esas cosas. Quizá sí que estaba desentrenado.

Después del primer puro se había fumado ya unos cuantos, tantos como ratos tuvo libres tras decidir lo que quería hacer allí, en Madrid. Y, como no le costó demasiado trabajo centrarse en las opciones que le ofrecía la ciudad, en cuanto pudo negoció el precio de compra de un local magnífico en el mismo centro, en plena Gran Vía.

Y, como el dueño no quiso venderlo..., sufrió un pequeño accidente.

¡Bien por mi chico!

Un infarto sin importancia, mejor eso que hacerlo arder delante de sus abogados, en la reunión en la cual rechazó su oferta de compra. Fue entonces cuando entendió lo de la utilidad de esos limpiadores de los que había hablado su camarada aquella vez, pero por suerte no hicieron falta en esa ocasión. Un infarto no llamaba la atención por más que se pensara que aquel tipo tenía una salud de hierro. Esas cosas pasaban en las mejores familias.

Se desplomó sobre la mesa cuando, indignado, acababa de rechazar el contrato que le había acercado Ángel a los morros. ¿Querían convertir su precioso teatro en un local de alterne? ¿Un templo dedicado al sexo, a la lujuria, al desenfreno? Bien mirado, con la edad que tenía el tipo era normal que hubiera sufrido un infarto de la impresión.

Los abogados reconocieron —sin duda alguna, pues apreciaban mucho cada uno de los latidos de sus respectivos corazones— la firma falsa que se plasmó en el contrato de compraventa cuando todos y cada uno de ellos comenzaron a sentir una fuerte presión en el pecho, aún con el cuerpo de su representado caído sobre la mesa de caoba. Ojos abiertos y gesto de dolor en su último segundo de vida. Tuve que reconocer que Ángel no hizo un mal trabajo para ser un novato en la tierra, pero yo le habría aconsejado eso de convertirlo en cenizas delante de todos. Habría sido mucho más melodramático, aunque quizá igual de efectivo.

Y la mesa era bonita...

Cada uno tenía su estilo.

—Gracias por su ayuda, caballeros —se despidió Ángel con los papeles bajo el brazo, acompañado de su equipo de abogados que también miraban el cadáver con cierta aprensión—. Enviaré una bonita corona al tanatorio. Una lástima su muerte. Espero que su viuda disfrute de los millones de la venta.

Nadie osó no estrecharle la mano, pero ninguno logró que no se le acelerara el pulso o no le temblaran los dedos cuando lo hizo.

Un par de semanas más tarde, ante el asombro de unos y la desaprobación de otros, abrió las puertas Sex Club del Demonio, un local dedicado única y exclusivamente al placer de la carne en pleno centro de Madrid. ¡La burocracia estaba hecha por y para los demonios!

¡A joderse, mortales!

Y allí estaba Ángel, ataviado con uno de sus impecables trajes, mesándose la barba blanca en pico mientras miraba su reflejo en el espejo que cubría toda la pared trasera de la barra de su *pub*. Delante, cientos de botellas del más exclusivo alcohol que se podía importar tapaban un poco parte de su cuerpo.

Le había costado bastante conseguir que su imagen hiciera eso mismo en el espejo y, cuando se dio cuenta de que en verdad le importaba una mierda que la gente saliera huyendo de él porque no se reflejaba, fue cuando encontró la solución. No era que le disgustara infundir miedo; todo lo contrario. Pero había veces en las que era mejor que la persona con la que hablabas no saliera corriendo. A veces, hacía que su imagen apareciera y desapareciera solo para notar cómo se les erizaban los pelos de la nuca a los humanos.

Terminó la copa, sacó otro puro de su bolsillo y lo encendió sin tener que echar mano al encendedor. Sus «amigos» se habían acostumbrado también a ese gesto, pero la primera vez que le ofrecieron fuego y lo prendió él mismo sin necesidad de echar mano al mechero más de uno se meó encima.

Y no era una frase hecha.

Sonrió al portero, el cual le pidió aprobación desde la entrada para abrir las puertas y dar la bienvenida a la noche madrileña. Asintió comprobando la hora en su reloj de pulsera. En verdad, tampoco le importaba demasiado cumplir los horarios de apertura. Ya sabía más de uno lo que podía pasar si le llegaba una multa o si entraba algún policía en el local. El boca a boca funcionaba que te cagas entre los humanos. No había ni que pagar a alguien para que difundiera un rumor.

Empezó a sonar Justin Timberlake en el hilo musical. *SexyBack* le hizo mover una cadera mientras que la otra pierna permaneció perfectamente anclada al suelo de cristal que dejaba ver la piscina que había justo bajo la primera pista de baile. Las chicas que había contratado estaban de pie en el borde, desnudas, esperando a que entraran los clientes para zambullirse en el agua. Había sido un capricho de lo más excéntrico de Ángel, pero yo no iba a ser quien se lo recriminara. Me gustaban las excentricidades, la opulencia y el lujo sin medida. Tanto como a él.

Se ajustó el gemelo de la camisa y se tapó la muñeca, donde en ese momento jugueteaba uno de sus tatuajes, decidiendo si quedaba a la vista o se ocultaba antebrazo arriba. No le prestó atención y dejó que los puños de la chaqueta fueran a su sitio mientras hacía crujir las vértebras de su cuello, moviendo después los hombros. Desde que había aterrizado en la tierra pocas veces se había permitido el lujo de dejar libres sus otras extremidades. Alas, cola, cuernos... y, a veces, crujían un poco.

Tampoco los usaba mucho en Infierno, pero en la tierra seguro que causaban un poco más de impacto que entre los nuestros. Ángel tenía unas alas grises bastante imponentes. Era una pena que hubiera decidido hacer como si no existieran.

—Deja de meterte en mi cabeza —me pidió Ángel hablando como si tuviera un pinganillo en el oído, aunque bien sabía él que no me hacía falta que moviera los labios para nada—. Así es complicado trabajar.

«Ya. Como si fuera más interesante mirarle el culo a las chicas de la piscina».

Le respondí exultante, contento de que después de varios meses siguiera notando en él mi presencia.

Volvió a observar el suelo. El agua se veía cristalina, muy diferente a como solía acabar después de un ajetreado sábado. A veces, incluso, acababa llena de sangre. La factura del agua estaba siendo desorbitada, pero nadie le iba a... cortar el grifo.

Se me empezaban a pegar las expresiones humanas de tanto observarlos para ver cómo les iba.

La sequía no estaba hecha para los demonios. Quizá en Infierno... sí. Pero en la tierra ya podían sacar agua de debajo de las piedras para que él pudiera cambiarla de su maldita piscina.

Sí, se me estaban pegando sus expresiones de mortales.

Ángel tenía ganas de nadar...

Ángel tenía ganas de follar...

La noche era joven. Siempre lo era.

Cualquier cosa era más joven que nosotros.

2

«Cuando el diablo está satisfecho es una buena persona».
Jonathan Swift

Los demonios más viejos se sintieron ofendidos cuando los invité a abandonar Infierno, pero Ángel siempre había considerado que los cambios eran buenas oportunidades para mejorar. Allí, en el inframundo, era uno de tantos que se mataba por mantener su propio terreno conquistado, y estaba hasta las narices de salir con la punta de las alas calcinadas.

Se había ganado sus tatuajes a pulso.

Cada uno de ellos les recordaba a sus adversarios que, aunque se suponía que eran indestructibles..., había formas de morir a manos de otro demonio.

La pirámide en mi mundo estaba clara. Yo, y por debajo... los demás. Que tuviera predilección por Ángel no lo convertía en un demonio especial para nadie. En verdad, no obtenía ningún privilegio ni nadie lo consideraba mejor porque hubiera compartido intimidades, risas y sexo con el rey de Infierno. O sea, *mua*.

La cosa se había desmadrado, la gente cada vez era más mala y yo era un buen samaritano que recogía a todo el mundo que hubiera hecho una buena trastada en vida. A bueno no me ganaba ni Dios, por más que le pesara. Sí, modo irónico. Y así llegó el día en el que cualquiera se tropezaba con cualquiera, básicamente por la falta de espacio. Y porque no eran mucho de apartarse, pedir perdón o tratar al prójimo con empatía. Iba a tener que contratar a un *coaching* para demonios. Sí, también ironía.

Había hecho la vista gorda por la superpoblación, pero cada vez quedaba más claro que no había forma de gobernar un espacio con tanta testosterona suelta. Y, de eso, los seres del inframundo a los que dominaba iban sobrados.

El día en el que los reuní a todos para informarles de la decisión que había tomado, Ángel ni se inmutó. Había vivido lo suficiente como para saber que, de vez en cuando, era bueno mandarlo todo a la mierda y comenzar de cero. No le asustaba perder su terreno ganado a pulso en Infierno. Nunca lo consideró más suyo que de otro, pero, como era beligerante por naturaleza y le

gustaba ganar en todo lo que se proponía, enseñaba los colmillos cada vez que se le presentaba la ocasión. No rechazaba nunca un buen combate. La guerra lo había curtido y también se había llevado su cuerpo mortal por delante. Así que fue el primero en dar un paso al frente cuando pedí voluntarios.

Extrañamente, fue uno de los últimos en abandonar Infierno.

Ya había estado entre humanos en otras ocasiones, por lo que no tenía prisa en volver a probar lo que le esperaba allá arriba o allá abajo... que la perspectiva del inframundo era un tanto diferente a la que tenían los de carne y huesos.

Los que tenían sentimientos.

Los que tenían algo, vamos.

Nosotros no estábamos ni debajo ni arriba. Sencillamente... éramos. Y mejores.

—No es tan malo hacer cambios —me comentó sentándose a mi lado, en esa última conversación en la que intenté que no se marchara—. Nadie mejor que tú para explicar eso.

—¡A la mierda lo de explicar! —Me enfadada que siempre se mostrara tan tranquilo con todo, incluso antes de matar a alguien. Yo era mucho más... temperamental—. Que cada uno saque su culo del fuego.

Y esa frase, siendo demonios y estando rodeados de llamas la mayor parte del tiempo, era bastante significativa. Lo de tener el culo y los huevos calentitos era cosa de nuestra gran familia.

Me empeñaba en recordar esa última conversación que había tenido con Ángel. Era jodidamente molesto saber que todo el mundo podía adaptarse a los cambios y que a mí me costaba tanto. ¡A mí! ¡Que todo debería darme igual con la de siglos que tengo encima! Pero, una de las cosas buenas de la edad, era el ser capaz de ser sincero con uno mismo, y yo lo era.

Algunas cosas me costaban. Con tal de que no se hubiera ido... quizá habría soportado la maldita testosterona de todo ese enjambre de demonios que me rodeaba.

—Siempre pensé que tratarías de quedarte aquí..., pero comprendo que busques tu camino.

No, no lo comprendía y él lo sabía. Pero la frase quedaba de puta madre.

—No hay camino que valga cuando tenemos la edad que tenemos. Nos los hemos recorrido todos y estamos cansados de saltarnos las líneas que los marcan. Un cambio sienta bien, aunque sea para apagar el fuego del culo. Deberías hacer lo mismo.

Ángel siempre me recomendaba lo mismo. Cambiar. Evolucionar. Renovarse o morir. ¡Qué demonios! ¡Como si eso fuera posible! Lo de morir, me refiero.

—Ya, pero está mal visto que Satán abandone Infierno.

—Lo que está mal visto es que se quede porque es lo que se espera de él...

Y así Ángel dio por concluida una vieja etapa. Entregó las escrituras de sus tierras sabiendo que sería mucho más divertida la reconquista que estar amenazando constantemente a las personas que se fueran a acercar a ellas. Cogió una última vez aire respirando lo irrespirable y, apreciando el sulfuro que pronto echaría de menos y con lo puesto, se dedicó a ver partir a los demonios más jóvenes. Temerosos unos, exultantes otros.

Varias semanas después no había nada que le retuviera allí y, aunque le habría gustado ir a ver cuán malvado se podía ser en un país bajo el terror de Trump, decidió que las ciudades más antiguas y menos colonizadas por demonios podían ofrecerle más juego. No por nada, bajo esas ciudades estaban los escombros de lo que él una vez había conocido como su hogar.

Y volver a casa siempre era agradable. Aunque no se pareciera en nada a su casa.

Llegó a Madrid en verano.

Nadie en su sano juicio habría puesto los pies en la capital un domingo treinta y uno de julio, pero había que tener en cuenta que lo más interesante de haber vivido en el inframundo desde hacía siglos era que cualquier cosa podría ser estimulante. Incluso un atasco. Incluso el intenso calor de las tres de la tarde.

Una de dos, al menos. Consiguió calor. Ni rastro de coches echando humo.

Se instaló con mucho lujo en un Ritz que se rindió ante él sin entender muy bien por qué lo hacía. Lo de rendir pleitesía cuando no se tenía muy claro el motivo le costó caro a un par de camareros, a unas cuantas chicas del servicio de habitaciones y a casi todo el mundo que se atrevió a mirarlo más de la cuenta de primeras.

De segundas.

Y de terceras... también.

Nadie se atrevió a una cuarta.

La gente desaparecía a un ritmo demasiado sospechoso. Por suerte, Ángel contaba con el servicio de los limpiadores, que le aconsejó dejar solo un par de cadáveres estratégicamente colocados para que se entendiera el mensaje sin que resultara completamente escandaloso.

Con un demonio no se jugaba.

Y se entendió. De forma extraña, dolorosa, irrefutable.

Todo el mundo miró hacia otro lado. Nadie lo señaló y nadie osó siquiera pensar en él en los interrogatorios, por si las moscas. Llevaban viendo cosas muy raras desde su llegada y algo les decía que ni sus pensamientos eran seguros.

—Estaba metido en muchos líos —comentó el director del hotel cuando fue por quinta vez a declarar a la comisaría, cuando apareció muerto uno de los botones—. Se escuchaban todo tipo de rumores. Drogas, juego, líos de faldas... Ya me entiende.

—¿Y qué me dice de los rumores que apuntan a un nuevo huésped del hotel? —preguntó el inspector.

El director del hotel lo miró horrorizado.

A ese policía nadie lo volvió a ver tampoco.

Nadie entendía la naturaleza del ser que de pronto despertaba terror y atracción a partes iguales, pero muchas veces lo que más asustaba era lo desconocido. Nadie quería descubrirlo tampoco. Era mejor guardar las distancias y tratar de pasar desapercibido.

Con el tiempo... Ángel hizo lo mismo.

3

«El mejor truco del diablo es convencerte de que no existe».
Charles Baudelaire

Si alguien llega a decirle a Ángel que el género femenino lo iba a encontrar atractivo a sus años se habría reído de buena gana. Unos siglos atrás... y en ese momento también. Pocas cosas le subían el ánimo con la cantidad de vidas que tenía a sus espaldas y, el hecho de ver cómo se giraban las cabezas para observarlo cuando atravesaba la pista de baile en dirección a la puerta que conducía a su despacho, era una de ellas.

Vale, quizá de vez en cuando le llamaba la atención eso que los humanos llamaban «hacer maldades», pero Ángel estaba por encima del bien o del mal y eran conceptos que no manejaba. Y tampoco le importaban. Lo bueno de ser un demonio es que se hace lo que apetece y no se repara en las consecuencias, igual que un millonario no repara en gastos a la hora de cumplir sus caprichos más absurdos.

Ángel nunca pensó que las chicas querrían entrar en su club. Hacía más de un siglo que no pisaba la tierra y, por lo visto, las costumbres habían cambiado bastante. Se había desconectado de lo que pasaba entre los mortales después de la Segunda Guerra Mundial, a la que había echado un vistazo desde Infierno disfrutando de la belleza bélica y, pasear por Madrid encontrándolo tan cambiado, había resultado... interesante.

Aunque la palabra que había usado cuando se refirió a ello fue «desconcertante».

—Las mujeres tienen las mismas libertades sexuales que los hombres, Ángel —le comentó su segundo de a bordo, el único al que le permitía que lo tuteara. Tenía cosas buenas eso de tener a alguien de confianza que no fuera un demonio. Aunque algunas veces por allí se pasaban unos cuantos. O unas cuantas.

De resto, para todos los demás, era señor Infern. Algunos también lo llamaban don Ángel. Nadie se había planteado saltarse el protocolo jamás. Bueno, sí que recordaba una ocasión, pero el pobre incauto ya no podía

recordar nada.

—No era así cuando estuve aquí la última vez —respondió el demonio mirando cómo movía el culo una chica de lo más sugerente. Se había empalmado siguiendo el bamboleo de sus caderas mientras se derretía el hielo de su copa.

—Tenías que haberte instalado en algún país africano donde aún no se hubieran prohibido las ablaciones o quizá en Arabia con esas telas tan raras tapándoles la cara. Nunca me acuerdo de cómo se llaman —se lamentó, aunque tampoco parecía demasiado apenado por su ignorancia mientras se encogía de hombros—. Allá sí que tienes a las mujeres caminando detrás de ti y no porque te sigan porque huelas bien.

Ángel torció una sonrisa y se mesó la barba casi blanca, picuda. Alguien podría haber dicho que tenía un aire a esas láminas que se dibujaban donde aparecía el Quijote, pero le faltaba la armadura y el caballo y le sobraba la corbata y el puro.

Y musculatura y tatuajes.

—Me acostumbraré. —Su sonrisa, perfectamente blanca igual que la barba, era del todo intimidante, incluso para Diego—. Todo tiene su encanto, también el no saber lo que te vas a encontrar cuando le separas las piernas a una mujer.

El otro se carcajeó de buena gana.

—¿Te refieres a los *piercings*, los tintes esos raros que se usan ahora o esa manía de hacerse dibujos en el felpudo?

El demonio negó con la cabeza, curado de espanto. En su época había visto muchas cosas raras. Todo estaba inventado y reinventado, pero no tenía sentido hablarle a Diego de algo que se le escapaba de entendimiento por su corta edad. Para Ángel, que disfrutaba de su tercera vida tras haber perdido dos de ellas a mis manos —yo mismo le había hecho arder para renacer después de un tiempo, cuando se le pasó el cabreo—, los cuarenta y cinco años de su segundo de a bordo eran una ridiculez. Él había visto levantar los edificios más viejos del planeta en su primera vida y luego había tenido que esperar unos cinco siglos de nada hasta que yo, «el jefe», tuve a bien traerlo de vuelta. Por lo tanto, había conocido demasiadas modas como para que le sorprendieran las de ahora.

—No, me refiero a que se atrevan a decir que no.

Diego pegó otro trago a su vaso. En su mente se dibujó una pregunta que eliminó al momento. «¿A ti? ¿Alguien tiene aún cojones?». Creo que Ángel también fue capaz de escucharla en su mente, pero hizo como si nada.

—Mientras tratas de acostumbrarte, intenta no fulminar a nadie más —le pidió sabiendo que a Ángel no le gustaba que le llevaran la contraria y que ese «no» de una mujer podía suponer tener que llamar a los limpiadores más de la cuenta. Y con lo de fulminar no se refería a sus artes mágicas para deshacerse de la gente, sino a esa capacidad de odiar a alguien y hacer que desapareciera sin más—. La última vez me echaste a perder el traje que llevaba puesto.

Vale. Alguna vez lo había visto destrozarle la cara a otro. Pero creo que en esa ocasión el tipo sobrevivió.

O... no, no lo hizo.

Diego era de esos hombres que sabían de la existencia del cielo y del infierno. Un creyente, habrían dicho muchos, pero era diferente eso de tener fe en su existencia a haber estado allí... y haber vuelto. Un médico se empeñó en que aún no había llegado su hora tras un disparo a quemarropa y, cuando despertó tras casi dos meses en coma, lo tenía claro. El infierno existía y no era lo peor que podía sucederle. Si había ido a parar allí una primera vez, dudaba que intentando hacer el bien lo que le restara de vida fuera a ganarse el cielo. Ese no lo había visto, pero si existía uno tenía que contrarrestarse con el otro, ¿no? De ese modo, lo de «hacer amigos hasta en el infierno» lo había convertido en una máxima inquebrantable, y las casualidades de la vida le habían llevado a tener de jefe a un demonio.

Diego no sabía lo que era. No tenía cojones de preguntarlo y tampoco le hacía falta. Le tenía el suficiente respeto como para que no se fuera a jugar el tipo por mera curiosidad. Tenía muy claro que no era de este mundo, y con eso le bastaba. Demonio, espíritu, gurú del más allá, elfo, hada un tanto rara con eso de la moda... Hasta podría haber sido un unicornio muy bien disfrazado. Ángel lo había encontrado a él y no al revés... y eso imponía. Era demasiado peligroso como para llevarle la contraria; se lo había demostrado con creces en más ocasiones de las que quisiera recordar. Así que decidió que era mejor estar de parte del tipo que podía hacer desaparecer a todo aquel con el que no estuviera del todo de acuerdo... en vez de ponerse en su punto de mira.

Esa noche, como de costumbre, todo el personal del club estaba atento a sus instrucciones. Llevaban un auricular en la oreja porque era mucho más aceptable para su salud mental pensar que la voz que escuchaban en sus cabezas provenía de ahí, y no que Ángel Infern fuera capaz de meter las palabras directamente en sus cerebros. Cosas como esa protegían la paz mental del equipo. No se permitían la licencia ni de pensar, por si era posible que el dueño del club los escuchara tan claramente como ellos lo hacían con

él. Sabían que no se debía tener miedo porque eso mostraba debilidad..., pero lo tenían. Lo de no mostrarle a un depredador tu terror para que no te atacara estaba bien en la teoría, pero en la práctica era complicado de cojones. Y a la mierda si Ángel se enteraba de ello. Estaban convencidos de que lo sabía y que le gustaba. Disfrutaba infundiendo miedo. O directamente le importaba una soberana mierda.

—¿A cuál te follarías esta noche, Diego? —le preguntó su jefe paseando la vista por el local.

—¿Para mí o para ti, caballero oscuro?

—Un día tenemos que follarnos a una... juntos.

Diego sintió un estremecimiento en todo el cuerpo, como si le acabaran de dejar caer un montón de piezas de hielo por la espalda.

—Cuando quieras, pero no me hagas competir con tu rabo, que me imagino que las mujeres no se te quedan mirando la entrepierna porque les llame la atención la raya diplomática de tus pantalones.

O lo bien planchados que llevaba los trajes siempre.

—¿A cuál de los dos rabos te refieres? —le preguntó riendo entre dientes.

—Eso... también prefiero no saberlo.

4

«Cuando el diablo te acaricia es porque quiere tu alma».
Roberto Olivieri

Jovanka miró a sus padres con la desolación impresa en el rostro. No había dejado de llorar en lo que se le antojaban años, aunque sabía que apenas llevaba un par de horas dando explicaciones. Y llorando, obviamente. De todos modos, el llanto había acudido antes. Mucho antes. Se sentía aplastada, abrumada, desolada. Era lo peor que le había pasado en la vida. Más, incluso, que haber tenido que enfrentarse en soledad a su tío. En esos momentos había tratado de convencerse de que no le estaba pasando a ella, de que lo había soñado, de que era una pesadilla más.

Eso era peor, mucho peor, porque sus padres nunca le habían fallado. A su modo habían sido buenos padres. O habían sido padres, comportándose como tal, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Como todos, al fin y al cabo.

Tampoco había dado motivos para que se enfrentaran a ella. Era una buena hija. O... lo había sido.

Pero ya no opinaban eso.

Jovanka... tampoco.

Tenían costumbres diferentes, esa era la explicación. Era lo que siempre se repetía. Sus malditas normas lo regían todo en su vida. Su desfasada moral. Su horrible ley natural. Odiaba todas y cada una de esas cosas que sus padres consideraban sagradas... y que la apartaban en ese instante de ellos. O, quizá, hacía tiempo que la habían apartado, pero el desconocimiento había hecho que los hilos pareciera que no estaban cortados.

Y así habían llegado a esa situación, en la que la muchacha se había dado de bruces con la realidad que la esperaba. No tenía familia. En algún momento del camino... dejaron de ser sus padres.

No, en algún momento no, pensó. En el preciso momento en el que su tío...

Era interesante sentir el odio, el miedo, la rabia y el desamparo de Jovanka. Todo junto. Estremecedor. Me gustó sentirla así de confundida y bloqueada. De una situación así podía surgir cualquier cosa.

Me encantaban los imprevistos.

—Nos has deshonrado, mujer —le dijo su padre ignorando a su esposa que no dejaba de llorar a su espalda, en el rincón del salón. Ni «hija» se atrevió a llamarla. Ni osó pronunciar su nombre, como si tampoco lo tuviera o lo supiera. Como si no importara. Como si no existiera. Como si estuviera maldita.

—Yo...

—Y, encima, ¡mientes! —sentenció él acallando la protesta de la muchacha, señalándola con un dedo acusador.

Jovanka volvió a sollozar con más fuerza. No reconocía a su familia en aquel arranque de cólera. Juntos habían pasado por momentos duros durante los últimos años, pero seguramente nada semejante a aquello. Había intentado explicarse en los últimos veinte minutos, pero su padre había dejado de interesarse por sus «excusas», como lo había llamado. Solo le había bastado escuchar la palabra «embarazo» para que a ese hombre se le saltaran los ojos de las órbitas y su madre se echara las manos al rostro y rompiera a llorar. Y no le extrañaba. Ella había hecho lo mismo cuando se dio cuenta de que no le había visitado la regla ese mes y, cuando consiguió que su médico le hiciera el favor de mandarle a hacer un test de embarazo y le comunicó la fatídica noticia, la cosa sencillamente se descontroló.

Llevaba llorando días.

Llevaba llorando... años. O eso le parecía.

—Papá, por favor...

—¿Papá? —preguntó con toda la maldad y el desprecio del mundo. La miró de reojo y luego escupió en el suelo del salón—. Yo no tengo ninguna hija.

Su madre se marchó de la estancia y se quedó allí a solas con él, abrazándose el cuerpo con miedo, con inmensa tristeza. Su familia no era idílica, ni mucho menos; había muchas cosas que no le gustaban, como sus rígidas normas. Pero su cultura no permitía romperlas, aunque vivieran lejos de su tierra. Habían trasladado su casa desde Rumanía a España hacía muchos años y poco recordaba de aquella época. Aunque había tratado de mantener el idioma había perdido práctica al haberse integrado mejor que sus padres, y ya no tenía tanta soltura como ellos. Su hermano pequeño, a diferencia de ella, había mantenido mucho más las tradiciones y pocos podrían afirmar que alguna vez lo habían escuchado hablar español fuera del colegio.

A pesar de todo..., seguía siendo romaní.

Había crecido en un ambiente donde las niñas tenían muchas más libertades

que ella y, aunque las envidiaba, sabía que no pertenecía a ese mundo. Era todo un espejismo. Un sueño prestado durante unos años. Se había integrado lo mejor posible y había disfrutado imaginando que era una de ellas, que pertenecía a ese lugar. Pero estaba claro que nunca había tenido ni la más mínima posibilidad. Regresaría pronto a esa vida que la reclamaría, como un dios antiguo que reclama el sacrificio de una virgen.

Sí, existieron esos dioses. Juego a las cartas de vez en cuando con ellos también, pero le perdieron el gusto a eso del sacrificio de vírgenes, de cabras y otras cosas raras. De todo se aburre uno pasados unos cuantos siglos. Ahora apostaban en juegos de azar. La vida era así.

Su familia la había prometido a su futuro marido a los diez años. ¿Pronto? Bueno, depende. Sus padres se habían prometido a los ocho y sus abuelos a los nueve. Ella no tuvo elección y tampoco entendía muy bien a qué se referían con eso de conseguirle un marido con diez años. Solo se había quedado con la idea de que la iban a vestir de princesa, le pondrían una corona en la cabeza y se festejaría su boda durante muchos días. También recordaba algo de amar y honrar a su esposo, pero esa última palabra no la entendía demasiado.

Gracias a que en el colegio se enteraron y denunciaron la situación no había acabado desposada a los catorce, abandonando su educación para empezar a engendrar hijos. Hasta que no le vino la regla no se concertó la fecha, y se le retrasó bastante. Era la primera vez en su familia que una hembra no estaba preparada para concebir a los once años. Hasta a una curandera la habían llevado para que le quitaran un más que probable mal de ojo que la retenía en una eterna niñez. La pobre Jovanka había visto cómo le cortaban la cabeza a una paloma y derramaban su sangre sobre su vientre y sus muslos, en señal de la que derramaría en su primera menstruación.

Estuvo sin dormir durante días.

Su padre solo le había levantado la mano una vez y fue en aquella ocasión en la que recibió la visita de los Servicios Sociales por la denuncia del colegio.

—¿Lo dijiste tú? —le preguntó hacía ya seis años, tras el bofetón que la tumbó contra el suelo después de golpearse contra la pared.

—No, papá —dijo entonces una joven Jovanka de poco menos de catorce primaveras, mientras se encogía de dolor en la esquina del salón, tras recibir el tremendo impacto—. ¡Yo no dije nada!

No era cierto. Se lo había comentado a una amiga de su clase y ella, a su vez, a sus padres. Poco después la información se había difundido entre la

comunidad educativa, llegó a la profesora de Jovanka, de esta al director, y a este último le faltó tiempo para levantar el auricular del teléfono de su despacho para hacer la fatídica llamada. Una pareja de agentes se personó en el aula de la muchacha ese mismo día, a la vez que lo hacían en el domicilio familiar. También acudieron desde los Servicios Sociales.

Un espectáculo que aún recordaba. Toda la comunidad de vecinos lo hacía, de hecho.

Jovanka no confesó nunca y nadie contó de dónde había salido la información, por suerte. Eso le ahorró otro buen par de guantazos.

Para consternación de todos, la boda se pospuso hasta que la menor se pudiera casar con la mayoría de edad, evitando así el cúmulo de problemas. Después de todo, nadie quería arriesgarse a acabar entre rejas por un «vete a desposarla por cojones», aunque yo lo habría hecho. Vale, yo lo que hubiera hecho habría sido follármela sin boda..., pero yo soy Lucifer y la policía me importa un cojón de pato.

Su prometido resultó no estar tan chapado a la antigua o ser un pusilánime y querer a toda costa conseguir a Jovanka como esposa. Podría haberla raptado, haberse fugado con ella a cualquier país sin extradición y haber vivido desde entonces feliz teniendo a su preciosa y jovencísima esposa con él, pero no lo hizo. Dijo que esperaría... ¿Quién coño entiende a los humanos? Siguió visitándola regularmente, convirtiendo su fachada de normalidad en una pesadilla. Odió cada visita, en la que le recordaban que solo había obtenido un corto aplazamiento. Dejaría de estudiar para convertirse en una fiel esposa y para nada le habría valido terminar el instituto y soñar con la universidad...

El tipo no era desagradable del todo. No llegaba a los treinta, aunque tenía pinta de haber pasado una mala vida. Era comerciante, con los pelos demasiado largos y los dientes demasiado sucios. Jovanka siempre rehuía sus besos y con motivo justificado. Siempre se decía que si su esposo le iba a conceder un deseo el día en el que se desposaran le diría que comenzara a lavárselos.

Pero, cuando cumplió los dieciocho, ante la estupefacción de todos, tuvo la mala suerte de ser rechazada por vieja. Su futuro marido había esperado hasta el último momento para dar el deseado golpe de efecto. Les quedaban unos días para unirse en matrimonio. La boda estaba completamente organizada, el vestido colgado en su habitación y le sudaban hasta las palmas de las manos cuando pensaba en ese momento, el del maldito pañuelo.

Una semana después, su prometido —o el hombre que la había rechazado—

viajó a su país para contraer nupcias con una chiquilla de quince años. Jovanka se vio ridiculizada casi en el altar.

Interesante giro de los acontecimientos. Ni que lo hubiera planeado yo...

Sus padres no la culparon, pero no estuvieron nada contentos con el resultado. Después de todo, seguían pensando que había tenido algo que ver con la denuncia cuatro años antes. Su relación no volvió a ser la misma, por descontado, pero se mantuvo en una tensa calma cuando cesaron las habladerías y los comentarios cada vez que los veían pasar.

Pocos meses después movieron hilos y le localizaron un buen esposo, aunque mucho más viejo que su anterior prometido y con bastante menos dinero. ¿Qué esperaba con los diecinueve años casi cumplidos?

El tipo en cuestión era chatarrero, pero no de esos que consiguen hacer fortuna. Tenía serias dificultades para llegar a fin de mes ya que era viudo y mantenía a un hijo. Había tenido una empresa en sus años gloriosos, pero ya ni se acordaba de cómo la había perdido. Bebía mucho.

Pero no habían contado con el deseo que había despertado la muchacha en el hermano de su padre. Al principio fueron cosas sutiles justo tras ser ridiculizada por su prometido, pero no tardó mucho en volverse compulsivo. La estuvo acosando durante semanas a la salida de la universidad. Ella, que tenía muy claro que nadie de la comunidad le haría caso si denunciaba y que si hablaba otra vez con la policía podía darse por muerta —de forma metafórica o tan real como el dolor que sentía en ese momento, que cualquiera valía para destruirla—, intentó por todos los medios gestionarlo desde la intimidad.

Se escondía. Lo evitaba.

De todos modos, nunca pensó que pudiera llegar tan lejos. ¡Era su tío! ¡El hermano de su padre! Esas cosas no sucedían. Tenía que estar pasando una mala racha o quizá se lo estaba imaginando todo, producto de su depresión tras la ruptura. En realidad estaba triste por el rechazo, aunque sabía que tenía derecho a alegrarse por haberse librado de su matrimonio. Después de todo, cuando ocurrió no habían encontrado todavía a su segundo prometido y eso la tenía en una «tranquila espera» que sabía que no duraría demasiado. Su padre estaba en busca y captura del siguiente candidato.

Pero estaba triste, esa era la verdad. A nadie le gustaba que le dijeran que no la querían como esposa y más a una chica a la que habían educado para obedecer a su esposo sin pararse a pensar.

Cualquier excusa era mejor que la realidad.

A pesar de todos sus rechazos su tío no aceptaba un no por respuesta.

La primera vez que la violó fue un mes después de quedar plantada por su prometido. Estaba tan destrozada por la humillación que había sufrido que no lo vio venir. La abofeteó cuando intentó revolverse y le levantó la falda con tanta destreza que se imaginó que aquello ya lo había hecho otras veces con infinidad de chicas. Sus padres no estaban en casa y nadie la escuchó gritar. Se enterró en ella y empujó fuerte mientras le sujetaba las muñecas por encima de la cabeza. Le gruñó sobre la oreja, babeándosela, mientras le iba narrando todo lo que pensaba hacerle de allí en adelante.

Jovanka sintió arcadas, pero consiguió no vomitar.

Cuando su tío se clavó por última vez en ella, llenándola de su esperma, la chica lloraba hacía tiempo amargamente. Era gitana, tenía que llegar virgen al matrimonio y sabía que tendría un enorme problema para conseguir esposo al haber compartido cama con un hombre.

Aunque fuera a la fuerza.

—Déjate de dramas, estúpida —le soltó su tío subiéndose los pantalones tras ponerse en pie y mirarla de forma despectiva. Le molestaban las mujeres dramáticas—. Nadie espera que con tu edad vayas a ser virgen. Te he hecho un favor, que con la cara que tienes no será la última vez que te dejen plantada a las puertas de la iglesia.

Jovanka trató de salir corriendo de su cuarto, donde la había encontrado Olaf estudiando para un examen, pero su tío fue muy rápido y ella estaba dolorida por el trato rudo que había recibido entre las piernas. También le dolía el rostro y los brazos. En verdad le dolía todo.

—Nadie iba a querer follarte... —le soltó sujetándola por la barbilla y empotrándola contra la puerta, de espaldas. La otra mano la llevó a su entrepierna que encontró empapada de su corrida—. Deberías darme las gracias. —Jovanka se revolvió, pero Olaf se las arregló para volver a bajarse la cremallera de la bragueta. Se le había vuelto a poner dura al presionar su pelvis contra las nalgas de su sobrina. Le excitaba su miedo, su enfado, su desesperación. Le excitaba sujetarla y forzarla—. Dame las gracias, Jo —le jadeó, mientras ella gritaba pidiendo ayuda—. Venga, dame las gracias. —La penetró por detrás mientras la chica no dejaba de llorar, golpeando la puerta, tratando de que alguien la escuchara. Pero sus vecinos estaban acostumbrados a los gritos en el patio de escaleras y nadie pensó que fuera relevante. O ni les importó—. Dame las gracias te he dicho —le repitió embistiendo con fuerza, haciendo rebotar todo el cuerpo de la chica contra la puerta—. ¡Da las gracias!

Le gritó que la soltara. Se lo exigió... y luego, al final, le rogó. Entendió que se le ponía mucho más dura mientras gimoteaba, pero no se imaginó insultándolo o amenazándolo. Olaf acabó pasándole un brazo sobre el cuello, para asfixiarla mientras seguía metiendo y sacando su polla de entre sus piernas, disfrutando de lo lindo de la resistencia que le ofrecía la chica. Era estrecha como había imaginado. Arrancarle la virginidad había sido lo más placentero que había hecho en años con una mujer.

Jovanka nunca había sido ni ágil ni fuerte y no supo oponer más resistencia. Olaf trabajaba en la construcción como peón y estaba acostumbrado a cargar peso. Controlar a su sobrina fue un juego de niños para él.

—Dame las gracias, zorra.

Y Jovanka, que se sostenía casi de puntillas contra la maldita puerta con un brazo inmovilizado a la espalda y el otro contra la superficie arañando desesperada la madera, se dijo que era mejor salir de aquella habitación con vida que con el orgullo intacto.

Tampoco era que le quedara demasiado.

—Gracias —logró decir con el poco aire que pudo encontrar en los pulmones. También éstos le dolían por la falta de oxígeno.

Olaf aflojó el cuello de su sobrina y Jovanka pudo respirar. La bocanada de aire le quemó la garganta y la hizo toser.

—Gracias por hacerme mujer, venga.

Una embestida más y la muchacha volvió a gritar de dolor.

—Gracias por hacerme mujer —repitió ella lloriqueando con angustia.

—Gracias por darme placer, vamos.

¿Placer? Pero no era el peor motivo para dar las gracias. Ni el menos falso.

—Gracias... gracias por darme placer.

Su tío se corrió otra vez en su interior mientras se reía de lo estúpidas que podían llegar a ser las mujeres. Embistió como un maldito cerdo contra el culo de la chica gimiendo como un poseso, hasta que la polla se le salió del agujero estrecho que acababa de desvirgar. Su corrida goteó hasta el suelo y parte le resbaló por los muslos.

Sonrió, contento por todas las veces que iba a tener a disposición a su sobrina a partir de entonces.

5

«Cada cual tiene el diablo que se merece».
Arturo Pérez Reverte

Universitaria de casualidad —porque ella había rogado durante años y reunido el dinero a base de ahorrar a escondidas—, no podía creerse que tener a mitad la carrera de Psicología no le fuera a abrir ninguna puerta. Tampoco lo había pensado demasiado, teniendo en cuenta que en su cabeza solo se arremolinaban las últimas imágenes del desprecio de sus padres y la sonrisa libidinosa de su tío. Y, con tamaño lío, poco le importaba el hecho de no saber dónde iba a dormir esa noche.

Sus padres no habían tratado de integrarse en el país, como le había pasado a los de otras amigas de la infancia, pero después de haber sido expedientados por tratar de casarla con catorce años habían preferido no montar otro escándalo prohibiéndole a Jovanka que pudiera seguir estudiando. Después de todo, había trabajado todos los veranos, la mayor parte de sus fines de semana desde que cumplió los dieciséis, y de todo ese dinero se había quedado con una pequeña parte, sabiendo que sus padres tendrían la excusa perfecta en la precariedad económica familiar para impedirle el acceso a la facultad. Había entregado el resto del dinero para colaborar en casa y de esa forma nadie había protestado. Si llegan a enterarse antes de que siempre reservaba una cantidad destinada a cumplir su sueño de poder licenciarse en Psicología seguramente habrían puesto el grito en el cielo, habrían maldecido mucho y la habrían obligado a que lo devolviera.

Había cosas más interesantes en las que gastarlo.

Yo habría elegido putas, alcohol y drogas varias, pero solo como sugerencia. Cada uno podía elegir en qué gastar el maldito dinero... Para eso me lo había inventado. Para esclavizar a toda esa panda de gilipollas humanos.

Jovanka anunció que iba a estudiar el mismo día en el que empezaban las clases. A su madre le dio un pasmo y su padre escupió en el suelo. Después de interrogar a conciencia a su hija tuvieron ganas de castigarla, casarla lo antes

posible y enviarla de vuelta con los abuelos paternos para que la hicieran entrar en razón; pero, con la matrícula hecha y todo el dinero de las tasas reunido en una caja de zapatos, prefirieron pasar desapercibidos. No estaban para recibir otra visita de la policía. Aunque Jovanka ya era mayor de edad, y lo que querían era casarla, no encontraron motivo para impedir que se pusiera a estudiar y se desposara, todo junto. Que su marido la hiciera agachar la cabeza les pareció razonable.

Pero rompió el compromiso.

Y el segundo tuvo de pronto problemas económicos más serios y la boda quedó aplazada durante un año, mientras arreglaba sus asuntos.

Con tal de que no rompiera el compromiso a sus padres les pareció bien. A ella también le resultó una bendición eso de poder esperar y estudiar otro año.

Si Jovanka llega a imaginarse que la cosa iba a terminar de aquella manera se habría preocupado por mantener un trabajo más estable en vez de ir cogiendo contratos temporales que le permitieran estudiar en época de exámenes. Después de todo, estaba prometida con un hombre que se suponía que podría mantenerla algún día y, aunque no le agradaba la idea de tener que casarse por obligación, jamás se le habría ocurrido contradecir la voluntad de sus padres. Además..., estaba loca por alejarse de su tío. Viviendo en casa de sus padres ese asqueroso ser tenía acceso a ella y no había forma de conseguir que no le pusiera las manos encima. Rodó muebles y los puso contra la puerta, trató de estar acompañada dentro del pequeño piso y hasta intentó hablar con su tía para contarle lo que pasaba, pero la vergüenza y las amenazas de Olaf no dejaron que las palabras salieran de su garganta. Y se las apañó para conseguir meterse entre sus piernas al menos un par de veces más.

No quería recordar cuántas.

Yo, claro, las tengo muy presentes todas. Y entiendo que ella quisiera olvidarlas.

Pero habían sido mucho menos de lo que le apetecía a Olaf, por descontado. Si por él hubiera sido habría poseído a su sobrina todas y cada una de las noches, pero había que ser cauto e inteligente para doblegar la voluntad de la chica, conseguir que mantuviera la boca cerrada y que nadie se enterara de lo que pasaba. Si llega a extralimitarse, la situación probablemente se habría convertido en insostenible y Jovanka habría explotado, de una forma u otra, denunciándolo y arruinándolo todo.

Pero no siempre consiguió acceder a ella cuando se lo propuso.

Y ella calló, sabiendo que sus padres necesitaban que se casara, por el buen

nombre de la familia. Nunca los habría dejado en evidencia de esa forma. La habían criado para obedecer, aunque hubiera soñado con ser libre. Y obedecía... casi siempre. Si se revelaba era por cosas que le parecía que no perjudicaban al buen nombre de la familia. Estudiar, por ejemplo, era una de ellas. A nadie podía hacerle mal que se sacara una carrera, trabajara y encima ayudara en casa con su sueldo.

Pero al final la habían repudiado. No tenía padres. No tenía que casarse con nadie..., aunque fuera a ser lo más cómodo. Buscar un padre para su bebé...

—¿Soy tonta? —se preguntó en voz alta cerrando la puerta del zaguán de su pequeño edificio de protección oficial. Ese al que sabía que no volvería—. ¿Cómo va a quererme... embarazada?

Todo se había ido al garete. Estaba en la calle sin dinero, sin expectativas de futuro, con una carrera universitaria a medias y con un embarazo que, aunque no se le notaba todavía, le cerraría demasiadas puertas como para empezar a contarlas esa noche. Con un prometido que desde hacía un mes no daba señales de vida. Y con un tío que lo negaría todo.

No había dejado de llorar.

Cuando se vio en la acera, con las pocas cosas que le dejaron recoger de su habitación, se percató de ello. Había caído la noche, no sabía dónde ir, le dolía todo el cuerpo de la angustia y sentía que se desmayaría de un momento a otro. Además, llevaba días con náuseas y un malestar en la parte baja del abdomen que no le permitía moverse con tranquilidad. No podía quedarse en la calle y lo sabía. Tampoco podía permitirse un hotel, pensión o albergue. Se había gastado todos los ahorros en la última matrícula y, como estaba en época de exámenes, no había buscado trabajo para poder estudiar. Se sentía una mierda, de las grandes.

Normal... con aquella perspectiva.

La zona de Madrid no era segura. Se le ocurrió mandarle un mensaje a su mejor amiga explicándole la situación, encontrando algo de lucidez tras el bloqueo inicial. Esperaba que fuera a prestarle ayuda. Quizá le permitiera dormir un par de noches en su casa mientras conseguía centrarse y pensar en lo que tenía que hacer para salir adelante. Sus padres tenían un piso grande. Ella podría acoplarse a cualquier sitio.

Escribió un mensaje en el móvil y rezó para que Aryma lo viera pronto. La gente, con bastante mala pinta, la empezaba a mirar de forma extraña. Quizá porque no conseguía dejar de llorar...

ARYMA:

Por supuesto, Jovanka. Vente a casa.

Sonrió con un gesto en el rostro que poco se parecía a una sonrisa. Por fin algo le salía bien. Aryma siempre se había portado estupendamente con ella; no la juzgaba ni le hacía sentir diferente, aunque ambas supieran que lo era. Sus padres también eran muy comprensivos con sus circunstancias. Nunca habían mostrado ningún problema con sus horarios, mucho más estrictos, o con su vestimenta, mucho más llamativa que la de su hija. Habían sabido mirar más allá de las cosas que los separaban. EL color más oscuro de su piel, sus rasgos marcados o la profundidad de sus ojos negros.

Esos que estaban rojos de tanto llorar...

Apenas tenía un par de monedas en la cartera y no quiso gastárselas en un autobús, así que emprendió el camino con sus pertenencias metidas en varias mochilas, sabiendo que tardaría por lo menos media hora en llegar a pie hasta la casa de su amiga. Tampoco tenía demasiada prisa. En cuanto llegara tendría que explicarle a la chica lo que había pasado y eso... implicaba sacar todo lo que había guardado dentro. Y en su pecho había mucho odio y mucha tristeza. Y mucho, mucho miedo.

Contarlo iba a ser la cosa más dura que hubiera hecho.

No, contarlo a sus padres había sido lo más duro. Aguantar mientras su tío la tocaba sí que había sido difícil, pero había sobrevivido. Contarle todo a su amiga sería angustiante porque debía recordar y ella lo que habría deseado por encima de cualquier cosa era olvidarlo todo, hacer como que no había ocurrido.

Pero no era posible. Lo que llevaba en su vientre se lo iba a impedir todos los días de su vida.

Caminó hasta el portal de la muchacha, lamentando no haber tenido el valor de clavarle un cuchillo a su tío en el pecho. Pero ya era tarde para según qué cosas.

Yo pensé que, para vengarse..., siempre había que encontrar tiempo.

6

«Lleva un ángel en su sonrisa y mil demonios en su cabeza».

Aryma escuchó a su amiga con suma atención, como si en cuanto terminara el monólogo alguien le fuera a realizar un examen sobre lo que había contado. Algo así como comprensión lectora, pero en audio. Intentó tener cara de póker durante todo el tiempo, pero es obvio que no lo consiguió. Era imposible dadas las circunstancias.

Jovanka se vació de todo lo que llevaba dentro, angustiada ante la idea de que la otra pudiera sentir rechazo después de enterarse de lo que había sido su vida de allí para atrás. Pero sabiendo que necesitaba desprenderse de todo ello. Esperaba que su amiga fuese tan comprensiva como hasta el momento, aunque sabía que no las tenía todas consigo. Una cosa era tener constancia de que estaba prometida, que no se casaba enamorada y que sus padres casi la habían entregado a un primer hombre con catorce años y, otra muy diferente, era saber que había sido violada en repetidas ocasiones por su tío, el cual la había dejado embarazada y como consecuencia sus padres renegaban de ella.

Y encima no había denunciado el hecho.

Estaba en un buen lío.

—Eres tonta, Jovanka —le dijo la otra saliendo de su absoluta perplejidad—. ¿Cómo demonios no dijiste nada antes? ¡Estás en España! —Era complicado hacerle entender a alguien como Aryma, la cual había nacido con todos sus derechos igual que un hombre o eso creía ella, que ya será de imaginar la opinión que tengo yo al respecto, cómo se sentía la romaní. No se habían criado de la misma forma ni le habían dado los mismos privilegios en su casa. Ella tenía un hermano pequeño al que se le permitían muchas más libertades. Y lo que vivía dentro de las cuatro paredes que había llamado hogar no se parecía en nada a lo que podía clasificar Aryma como vida familiar. Por más que gastase saliva y fuerzas para explicarse, Jovanka supo que esa batalla la tenía perdida, y así se lo hizo saber—. ¡Me da igual lo que pienses! ¡Eres imbécil! —volvió a repetir su amiga, muy convencida de llevar la razón. Su tono de voz era de reproche, que no de enfado, pero a la otra le

sentaba igual de mal escucharla.

Y, como Jovanka no tenía ganas de pelearse con ella, de puro agotamiento físico y mental, sencillamente se dejó llevar por las ganas de llorar y lloró todo lo que pudo. Lloró hasta que a Aryma no le quedaron más insultos que proferirle y se resignó a entender que su amiga lo que necesitaba era un abrazo, silencio y descansar un poco. Y eso hizo. La abrazó mientras lloraba sin consuelo. Lloró hasta que se recostó sobre la cama y se quedó dormida, rota de cansancio. Rota del todo.

Había cosas que no se arreglaban por muy bueno que fuera el pegamento que usaras, si lo sabría yo.

Me habría dado pena, de no ser por el pequeño detalle de que nadie me lo daba.

No hay que malinterpretarme. Cualquiera podía elegir hacer las cosas de otra forma... y casi nunca tomaban el camino correcto. Era algo de eso del libre albedrío y todas esas mierdas. ¿Podía haber ido a la policía? Sí. ¿Podía haber contado a sus padres desde el primer momento lo que había pasado? Sí. ¿Podía haber cogido un candelabro y haberle partido la crisma a su tío? ¡Claro que sí! Y haberle cortado la polla, también. Esta última opción me resultaba especialmente fascinante.

Pero no. No había hecho ninguna. En verdad, no había hecho nada, sumida en la vergüenza, el desconcierto, la pena y la rabia. Y eso era exactamente lo que me interesaba de la historia de la joven Jovanka. Y la habría llamado joven..., aunque hubiera tenido ochenta años y el cuerpo lleno de colgajos. Había que comparar su edad a la mía. Emocionante el odio que sentía en ese momento por todo. El odio que sentía por sí misma. Que todo el mundo tuviera la culpa de su desdicha. Que ella fuera la única culpable de todos sus males. Un compendio de todo y una confusión tan enorme como mi rabo.

Sí, ese rabo.

Jovanka se quedó dormida, pero no descansó. Su amiga confió en sus padres o, más bien, necesitó confesarles lo que pasaba para que después, si se enteraban por otra persona, no fueran a recriminarle que hubiera guardado silencio. Después de todo, tenían acogida a su amiga y tarde o temprano se iban a dar cuenta de que no tenía a dónde marcharse y que engordaba sin comer excesivamente de nada. Quería ayudar a la muchacha pero no sabía cómo, y sus padres seguramente tenían más experiencia en algunos temas, como en ese caso. Sobre música no les iba a preguntar, que estaba claro que no entendían, pero de líos como aquel sí que merecía la pena.

Sugerirle la posibilidad de abortar le había parecido frívolo de primeras, pero tras meditarlo un poco se dio cuenta de que era una opción más que viable. Después de todo, ¿quién quería llevar en el vientre el fruto de un hecho tan abominable como ese?

Sus padres se quedaron, en un primer momento, asombrados, pero poco a poco fueron comportándose como los adultos que eran. Nunca habían dado la impresión de ser racistas. Sin embargo, por lo que vi pasar por sus mentes me quedó claro que no tenían buena idea sobre los gitanos y aquella experiencia reforzaba sus creencias. Aryma, por el contrario, con la que trataba era con Jovanka y gracias a ella no tenía prejuicios sobre el tema... hasta ese momento. No obstante, se dijo que eso podía haber pasado en cualquier familia. Los abusos sexuales ocurrían en todas las razas y en todas las clases sociales. La putada era que ella no había denunciado siendo adulta, precisamente porque la habían educado de otra manera.

Sus padres estuvieron de acuerdo con lo de que el aborto era la mejor opción de las disponibles, pero se levantaron muchas dudas en la sala, mientras Jovanka dormía. ¿Qué pasaría si se enteraba la familia de que le habían dado cobijo? ¿Podría haber represalias por parte del tío? ¿Iría a buscarla? ¿Y su prometido? ¿Qué tenía que decir al respecto?

—Tiene que ir a la policía —dijo su padre, muy convencido al principio de la frase, pero no tan seguro cuando intentó repetirlo—. Sí, creo que es lo mejor. Y tú... preferiría que no estuvieras con ella por ahí. Que no se os viera... juntas.

—¿Qué? —preguntó Aryma confundida—. Papá, el embarazo no se pega...

Lo que le faltaba por escuchar aquel día a la chica. ¿Iban a pensar mal de ella porque su amiga se hubiera quedado embarazada? ¡A la porra! Le importaba una mierda.

La madre de Aryma se habría reído, pero no tenía ni pizca de ganas de mostrar desacuerdo con su marido... aún. Le parecía injusto pensar que Jovanka pudiera resultar una mala influencia para su hija si era eso a lo que se refería. Después de todos los años que hacía que se conocían no podía pensar de otra manera. Pero estaba de acuerdo con que algo había que hacer y con que necesitaba saber que su hija no iba a tener ningún tipo de problema por culpa de la familia de Jovanka. La muchacha era una chica preciosa por dentro y por fuera, pero sus circunstancias no eran buenas. Nada buenas.

—No seas absurda —le soltó su padre tratando de buscar la aprobación de su esposa para razonar con su hija—. No creo que sea seguro. ¡Vete a saber en

qué tipo de líos anda metida su familia y lo que puede llegar a pasar cuando se enteren! ¿No ves las noticias?

—Son gitanos, papá, no delincuentes —protestó Aryma.

Los dos la miraron como si no se creyeran lo que acababa de decir.

—¿Perdona? ¿Acaso el tío de Jovanka no es un delincuente? —La joven tuvo que admitir que llevaba razón—. No quiero que vayáis solas por ahí. No quiero estar todo el día preocupándome de lo que puede pasar si os localiza en la calle. Imagina que su tío piensa que lo va a denunciar. ¿No crees que intentaría cerrarle la boca a tu amiga? ¿Y si te pilla de por medio?

Aryma entendió a lo que se refería su padre, pero no lo compartía. Aquello no era Harlem. No aparecían pandilleros en un coche de lunas tintadas, armados con metralletas y dejaban como a un colador al pobre desgraciado que pillaban en la acera. Era normal que la muchacha pensara que Madrid era un sitio bastante seguro. La edad hacía que se creyera en la inmortalidad, en la impunidad, en la benevolencia del género humano. A esa edad nadie pensaba en la enfermedad, en la muerte o en pagar las letras a final de mes.

Madrid era un sitio seguro. Claro.

Ángel solo acababa de llegar... y había aprendido a limpiar un poco el rastro de sangre que iba dejando a su paso.

O también había comprendido que era necesario moderarse.

Yo no estaba tan de acuerdo con esa idea, pero me resultaba interesante estar a la expectativa. Sería muy aburrido si todo saliera siempre tal y como esperaba. Pero a impredecible nadie ganaba a los humanos. A su lado los demonios nos quedábamos en pañales. Los sentimientos eran muy malos consejeros.

—¿Y qué sugieres? ¿Que se quede aquí encerrada en casa mientras la policía no detenga a ese hombre y a toda su familia, por si las moscas? Mañana tenemos examen...

El padre de Aryma se retorció las manos con gesto más que nervioso. Era obvio que no le gustaba nada tener esa conversación con su hija.

—Puede que la mejor opción sea que Jovanka busque otro sitio para esconderse. Una casa de acogida. Algo de eso que tienen los de Asuntos Sociales...

La otra no se creyó lo que le acababa de decir.

—¿Estás sugiriendo...? ¡No! —gritó, muy enfadada—. Además, Jovanka no se está escondiendo de nadie. Sus padres la han repudiado. Nadie va a venir a buscarla ni va a pasar nada malo..., salvo porque está embarazada, sin trabajo

y sin dinero —ironizó sabiendo que se estaba poniendo a la defensiva y que al menos sus padres le habían ofrecido cobijo de momento.

—Cariño, nos cae bien tu amiga..., pero no es seguro tenerla aquí en estas circunstancias.

—¿Y a dónde quieres que vaya? —volvió a preguntar sabiendo que Jovanka no iba a querer ir a ninguna parte. Ya se lo había escuchado decir.

Le tembló el labio inferior. Ella era lo mejor que tenía Jovanka en ese momento y sentía que le estaba fallando.

—Primero, a la policía. La podemos acercar mañana, no la dejaremos sola. Y ellos sabrán lo que tiene que hacer. Puede que la metan en una de esas casas que dan protección a testigos...

—No puedo creerme lo que estoy escuchando, papá.

—Algún día me entenderás...

—Si llego a entenderte, algún día... me daré mucho asco.

Aryma se levantó del sofá con ganas de mandar todo a la mierda. Hacer la maleta, coger todo el dinero que encontrara por la casa y llevarse a su amiga de allí, por ese orden. Pero no tenía el valor necesario para enfrentarse a su padre. Después de todo, era aún universitaria, dependía económicamente de ellos y no solían portarse de manera irracional casi nunca. Eran comprensivos. Estaba bastante segura de que, en cuanto descansaran todos un poco, las cosas se verían con perspectiva y no parecería nada tan malo. Ella también necesitaba dormir. Había discutido con su amiga y la había llamado imbécil a pesar de saber que no lo era. No había sido el mejor día de su vida, desde luego. Se sentía fatal por ello. Comprendía, muy en el fondo, que Jovanka se había bloqueado y no había sido capaz de reaccionar, pero... ¡aún estaba a tiempo! Denunciar, abortar, organizarse para diseñar un nuevo plan... Empezar a vivir de manera diferente, sin la perspectiva de que sus padres la fueran a casar en cuanto se despistara. ¿Qué había de malo?

Entró en su habitación y encontró a Jovanka sentada en el borde de la cama. La puerta estaba entreabierta, así que comprendió que era muy probable que hubiera escuchado gran parte de la conversación, si no entera. Se lamentó por haber sido poco cuidadosa en ese aspecto. El pasillo siempre servía de amplificador de todas y cada una de las discusiones que sus padres mantenían en el salón. ¿Por qué iba a ser diferente cuando le echaban la bronca a ella?

—Siento que...

—No, Jo —la interrumpió Aryma viendo las lágrimas otra vez en los ojos de la otra—. Yo soy la que lo siente.

—¿Me puedo quedar esta noche y marcharme por la mañana?

Los ojos se le llenaron de lágrimas por empatía y se abrazaron para desahogarse. Todo tenía que mejorar. La vida no se acababa con veinte años.

—Tranquila. Verás que mañana se arregla —le dijo tratando de convencerse también a sí misma—. Deja que se les pase. Están nerviosos.

—Entiendo a tu padre. Es normal que piense que soy un peligro para ti.

—No eres un peligro para nadie.

—Salvo para mí misma, ¿no?

Jovanka no solía ser así. Era bastante alegre y vital, aunque con sus limitaciones. Se había librado de un matrimonio concertado adolescente y eso le regaló nuevos años de experiencia que nunca pensó que llegaría a disfrutar. La habían hecho creer que tenía derecho a ser normal... hasta que rompieron el compromiso. Y hasta que volvieron a comprometerla. No. Probablemente pensó que había hueco en ese mundo para ella... hasta que su tío se encargó de hacerla entender que la gente no era buena.

Era cierto. Jo había tenido un cambio de actitud, pero Aryma se lo había achacado a la ruptura de su compromiso y a que de pronto estuviera otra vez ligada a otra persona a la que no conocía. Un hombre bastante mayor que ella. Nunca pensó que había algo más en esas miradas al vacío, esa cara de tristeza que solía intentar disimular y esas lágrimas que de vez en cuando se le escapaban. Respetó que ella no hubiera querido hablar del tema. Ojalá no se lo hubiera permitido. Ojalá hubiera hablado y se lo hubiera contado todo desde el principio.

Se sentía muy mala amiga.

—No... Pero eso tampoco lo vas a entender ahora. Mejor descansa un rato y ya mañana por la mañana vemos qué hacemos, ¿vale?

—Estoy... estoy muy asustada.

Como para no estarlo.

—Pues no tienes de qué —le soltó tratando de darle una confianza que de momento tampoco ella tenía—. Nadie te va a hacer más daño, Jo. Ya verás. ¡Las cosas solo pueden mejorar a partir de esta mierda!

Las dos rieron ante su ocurrencia. Y era cierto. ¿Qué más podía pasarle a la muchacha?

Pues... se me ocurrían un par de buenas opciones. Y, siendo sinceros, más de un par... también.

Pero yo solo estaba mirando.

«Todo demonio siempre saldrá del infierno en busca de un ángel».

Todas las noches eran más de lo mismo. Y los días más parecidos todavía.

A pesar de que podría resultar aburrido para Ángel, un demonio que tenía más años de los que podía recordar..., se sentía extrañamente en paz. Lo notaba relajado. Imagino que después de tantas vidas convulsas, tantas luchas, tantas pasiones y disputas... saber lo que iba a pasar tenía una inusual atracción para él.

A mí me habrían dado arcadas, pero por eso estaba yo en Infierno y él era quien se había mudado.

Esa madrugada terminó exactamente como las anteriores, con los empleados tratando de pasar completamente desapercibidos durante la hora de cierre, mientras el señor Infern se fumaba el último puro y se tomaba la última copa en el borde de la piscina, completamente desnudo.

Un ritual interesante.

Los trabajadores del club sabían que no tenían hora de cierre. Nadie gastaba tantos cojones como para presentarse en el local e intentar clausurarlo porque se excedía del horario estipulado. Un despistado se pasó una vez por allí. Nunca más. Por ello, todos sabían a la hora a la que entraban a trabajar, pero nunca a la que iban a regresar a sus casas. Ángel lo había dejado claro desde el principio. Si había un cliente dentro, el club... seguía abierto.

Y no porque le hiciera falta su dinero, sino porque le daba la gana.

Ángel tenía suficiente dinero como para gastar en cinco generaciones derrochando a mansalva. No pienso explicar cómo lo consiguió, pero está claro que no fue sin mancharse las manos.

De ese modo, cuando el dueño bajaba a la piscina, ninguno de sus empleados se había movido de su puesto y a esa hora era cuando se comenzaba con las tareas de recogida y cierre, nunca antes. No se desnudaba hasta que la puerta estaba cerrada. Imagino que eran manías de viejos y no algo relacionado con el pudor, ya que de eso Ángel tenía bien poco. Bajaba

tranquilamente las escaleras de cristal hasta llegar al piso inferior, ya sin zapatos y sin calcetines. Dejaba el puro encendido sobre la mesita que le habían dejado preparada y se aflojaba el nudo de la corbata. Se la quitaba con toda la parsimonia del mundo, se despojaba luego de la chaqueta y la dejaba en el respaldo de la silla que había al lado. Todo un ritual. Le encantaban esas cosas. Previsibilidad. Gemelos, botones, se despojaba luego de la camisa impolutamente blanca —salvo cuando había restos de sangre, de esos que yo le había enseñado a derramar— y la colocaba con igual pulcritud que la chaqueta. Como si no tuviera quién la planchase, vamos. Como si no tuviera un armario repleto de ellas, todas iguales o muy parecidas, que no me había puesto a mirar entre las perchas. Tengo mejores cosas que hacer. El cinturón se lo quitaba de un elegante tirón y desabrochaba la bragueta para dejar que las perneras se deslizaran hasta el suelo, mientras enrollaba el cuero entre sus nudillos y lo dejaba también sobre la silla.

Se quedaba desnudo. Nunca usaba ropa interior.

Ángel aparentaba unos cincuenta y largos años humanos con la ropa puesta, con sus entradas pronunciadas en un pelo entre canoso y oscuro, con las arrugas que surcaban su rostro y la barba puntiaguda y casi blanca. Con esa mirada de saber lo que hacía, más por viejo que por diablo. Con la dentadura perfecta que habría pasado como postiza si se le relacionaba con la edad que aparentaba. ¿Qué fumador y bebedor empedernido podía tener semejantes dientes?

Atractivo. Experto. Maduro.

Vicioso.

Sí, soy Lucifer, pero tengo ojos en la cara y no me da vergüenza nada. Hago y digo lo que me apetece. Y me apetecía decir esto.

Pues eso. Que Ángel pasaba por un tío de casi sesenta tacos. Bien cuidado, elegante y preocupado por su porte, eso sí, aunque más cerca de la tumba que de su primer polvo. Pero cuando se desprendía de esos trajes italianos hechos a medida que tanto le gustaban... la cosa cambiaba mucho. Con las telas puestas sobre su cuerpo cualquiera habría afirmado que se pasaba demasiadas horas en el gimnasio, machacándose a conciencia para combatir los signos de la edad. Se le veía fuerte y atlético. Lo divertido era ver cómo cambiaba el gesto de sus rostros cuando lo contemplaban desnudo. Era complicado que pudieran apartar la mirada. A mí me había pasado.

El cuerpo de Ángel estaba surcado por un millar de cicatrices, pero, como también tenía cientos de tatuajes, apenas se notaban si no pasabas la mano por

encima de su piel. No había ni un ápice de grasa, así que mejor no perder el tiempo en buscarla. Era algo así como un luchador que no entrenaba para lucir palmito. Luchaba para sobrevivir y lo hacía muy bien.

Los tatuajes eran cosa de Infierno. Aquí, cada uno se los ganaba cuando sobrevivía a los enfrentamientos con otros demonios. Pero no con cualquier demonio. Solo los viejos, los poderosos, los que sabían lo que hacían. Si te iba matar diablillos de tres al cuarto llegados recientemente a Infierno, como mucho lo que te ganabas era un aplauso si el combate resultaba entretenido. Para tatuarte esos galones tenías que sudar...

Ángel hizo una buena limpieza años atrás. O siglos atrás. Sí, creo que siglos es la palabra adecuada.

Lo interesante de esos tatuajes era ver cómo se movían. Pero, claro..., era algo que podía provocar, de un susto, la muerte de un humano si lo contemplaba. Pero... ¿quién los contaba? Un humano más o menos... Todos olían igual. A miedo...

Ángel, de todos modos, no dejaba que los tatuajes camparan a sus anchas por el cuerpo cuando estaban los empleados delante. A mí me habría gustado provocar un par de infartos con esa técnica, pero entendía que si tenías que vivir entre humanos había que intentar... ¿parecer uno?

No, Ángel no parecía un humano.

Demasiado perfecto, demasiado por encima de todo. Demasiado irreal. Deseable. Especial... Cuando todo el mundo te temía y no sabía por qué lo hacía..., ¿podían considerarte uno de ellos?

El ritual de Ángel a esa hora consistía en beberse de un trago esa última copa que siempre le servía la misma camarera, fumarse un cuarto del puro mirando el agua de la piscina... y pensar en mearse en ella.

Desde el borde, apuntando bien.

Pero hasta la fecha no lo había hecho.

—Es malo para el negocio —soltó Ángel alzando la voz, echándole otra calada al puro—. Y deja de opinar sobre mi vida si no quieres que yo me meta en la tuya —me dijo desafiante, sin importarle estar haciéndolo en voz alta. Normalmente nos comunicábamos a través de pensamientos.

Me gustaba su estilo y él lo sabía.

—No tienes nada que decir sobre mi forma de vida... —contesté yo aceptando el desafío. Mi voz retumbó en el sótano. Menos mal que ningún alma humana me escuchó, porque habría perdido a algún empleado y no precisamente por una baja laboral.

—Lo que tú digas.

Pues eso. Que ese maldito demonio pensaba todas las noches en mear en su propia piscina, pero no lo hacía porque cambiar el agua era una lata. Por sangre..., sí. Pero por orina era una pena. ¡Si todo el mundo se meaba en las putas piscinas! Y con la cantidad de fluidos de todo tipo que debía encontrarse en el agua... ¿Para qué demonios estaba el cloro?

Cuando terminaba de beberse el *whisky* dejaba el vaso junto al cenicero con las dos piezas de hielo dentro y se lanzaba al agua de cabeza. Con la destreza de quien lo ha hecho millones de veces. Esa madrugada hizo exactamente lo mismo. Mientras, sus empleados hacían caja, recogían los últimos vasos de las mesas y se aseguraban de que el suelo estuviera limpio de cristales y otros restos. Colillas, pastillas, preservativos...

Y, como cada noche, todas las miradas fueron a recorrerle el cuerpo mientras hacía los largos, sumergía el cuerpo y salía a la superficie, sin un pelo fuera de su sitio.

Las mujeres de ese local lo deseaban. También lo temían. A partes iguales. Y eso acrecentaba mucho el maldito deseo. Eso de que los tipos malos daban más morbo era completamente cierto. Tenían claro que podían acabar mal si al señor Infern se le iba la mano en la cama..., pero les apetecía probar. Muchas veces. Así era lo de poner la mano en el fuego... hasta quemarse. Algunas lo habían logrado. Pocas lo habían podido contar. Y no porque las matara, sino porque las despachaba pronto. Eran despedidas y ninguna volvía a pisar el club, así que no podían compartir la experiencia.

Y fuera tampoco se atrevían a hablar, por si las moscas.

Esa madrugada, mi demonio favorito salió de la piscina por la escalerilla, dejando que todos sus atributos masculinos volvieran a estar expuestos a los ojos de las féminas que hacían como que recogían vasos con una lentitud que habría sacado de quicio a un padre. Cogió la toalla que también le dejaban siempre colocada en un extremo del sótano y se la pasó por la espalda, empezando a secarse. Supo que sus tatuajes tenían ganas de jugar, de salir a pasear de un miembro a otro, y sintió la tentación de permitirles el exceso mientras se pasaba la toalla sobre la piel desnuda. Después de todo, ¿quién se iba a dar cuenta de que la calavera de la pierna izquierda de pronto estaba en el brazo derecho?

Pero se contuvo.

Le gustaba el personal que tenía en el local. Le había costado unos buenos cuantos meses conseguir una plantilla que fuera silenciosa, eficiente y que no

se cuestionara las cosas. O que no se las cuestionara a él, porque sabía perfectamente que se preguntaban demasiado. Sabía que las mujeres lo deseaban, pero ya había tenido unos cuantos deslices con las primeras camareras y la cosa había terminado mal. Por lo tanto, y para el asombro de todos, se había puesto la norma de no compartir sexo con ninguna de sus empleadas. En alguna parte había leído que era contraproducente mezclar los negocios con el placer y pensó que había que tomarse algunas cosas en serio.

Leyes de humanos.

Gilipolleces.

—Venga, tío. Déjame que lleve mi negocio como me dé la puta gana —me recriminó.

Y fue así como entendí que debía empezar a mirar sin juzgar, sin ser percibido y sin entrometerme en lo que no era capaz de entender al estar demasiado lejos. Quería que algún día ese demonio volviera a Infierno, por lo que era mejor tenerlo de amigo que de enemigo. Nunca se había dado el caso de que un demonio consiguiera acabar con el mismísimo Lucifer..., pero tampoco podía afirmar que yo fuera el primer rey en el averno. Solo que, ciertamente, no se recordaba a ningún otro antes de *mua*.

—Deja que la de la barra plateada te haga esa mamada, Ángel —le pedí a modo de despedida. Las cosas iban a cambiar un poco. Sabía que había llegado el momento. O, si no había llegado, era mejor decidirlo uno que dejarse imponer—. Sabes que no puede dormir imaginándose cómo te la va a chupar.

El demonio se echó las manos a la cintura y se cuadró mirando al frente como si me tuviera delante. Dejó caer la toalla a sus pies y le dio una calada a su puro, medio consumido.

—A tu salud —brindó con el habano en alto llevándose la otra mano a la polla.

La camarera no tardó en aparecer, acudiendo a su extraña, silenciosa y excitante llamada.

8

«Yo me enamoré de sus demonios y ella de mi oscuridad. Éramos el infierno perfecto».

Ángel volvió a ponerse la ropa mientras la camarera, de rodillas al lado de la piscina, se preguntaba cómo había podido ocurrir aquello. La había asaltado el impulso de bajar las escaleras, como si el jefe la estuviera llamando, y se había postrado delante de él cuando se dio la vuelta. Con los ojos a punto de salirse de sus órbitas comprobó que el miembro del señor Infern lucía la erección más llamativa que recordaba haber tenido delante. En las películas porno había visto pollas grandes y erecciones de esas que parecía que te podían romper, pero le parecía que jamás había tenido que vérselas con algo así.

Y, por «algo así», se refería al tamaño, al aspecto duro y compacto... y a los tatuajes. ¿Quién demonios lucía una erección así con la edad que debía de tener ese hombre?

Se la había chupado sin preguntarle nada. No dijo nada y su jefe tampoco. Se convenció a sí misma de que si le estuviera desagradando la idea de recibir sexo oral de una de sus camareras se habría apartado o la habría despedido con un par de gritos. No, el señor Infern nunca había gritado delante de ellos, aunque alguna vez habían escuchado chillidos al otro lado de la puerta de su despacho. De todos modos, todos sospechaban que esos gritos... no habían salido de su boca.

Se la chupó con ganas, como poseída, aun sabiendo que todos sus compañeros podían estar mirando a través del suelo de cristal y estarían pensando que era una furcia o que estaba buscando un ascenso. Ella no solía hacer esas cosas. ¿Liarse con el jefe? ¡Jamás! Pero tenía que reconocer que desde que había conocido a Ángel Infern —o como quiera que se llamara en realidad— no había hecho otra cosa que desear que aquello pasara. En verdad, que pasara mucho más. Que la levantara y le sobara todo el cuerpo, que le lamiera los pechos y le apretara las nalgas. Que la pusiera a cuatro patas y la embistiera hasta dejarla exhausta. Tenía pinta de ser capaz de

hacerlo por más años que le echara. Un macho como ese no era de los que perdían la erección nada más meterla.

Necesitaba todo aquello desde el momento en el que estampó su firma en el contrato de trabajo de Sex Club del Demonio. Desde que él la miró a los ojos y escuchó su voz en su cabeza. Desde siempre.

Pero el jefe se había perdido en su garganta mientras se la chupaba, se había dejado recorrer por sus labios y su lengua una y otra vez. Lamió el capullo, lo rodeó con la lengua, presionó con fuerzas y succionó con ansias, desplegando todas sus artes.

Ángel la había agarrado del pelo y empotrado las caderas con ímpetu.

Se había vaciado en ella sin emitir ni un solo sonido... empujando contra su cabeza. Y se había vuelto a vestir mientras la muchacha no era capaz de saber si debía permanecer inmóvil, arrodillada allí donde se había quedado... o salir corriendo y no regresar nunca más al club.

Si lo había soñado o si había pasado de verdad.

Se atrevió a levantar la vista cuando el dueño se subió la cremallera de los pantalones e iba en busca de la camisa. Habría jurado, mirando en ese momento la piel tatuada de ese hombre, que los dibujos que tenía en la pelvis y en la polla se habían movido mientras se la metía en la boca. Se dijo a sí misma que debía de estar alucinando, que algo se habría echado alguno de los clientes que a ella también le habría llegado. Era un local cerrado y el humo no se filtraba como era debido en algunas de las zonas. Si se tenía en cuenta que la normativa decía que no se podía fumar en los establecimientos como aquel, pero que en Sex Club del Demonio no se seguía ninguna de las normas conocidas, ni desconocidas tampoco..., se entendía que esas cosas pasaban.

—¿No vas a terminar con tus tareas?

La muchacha se preguntó si por «tareas» se referiría a ponerse a cuatro patas y dejar que la follara a base de bien o a seguir colocando mesas y sillas y recogiendo todas las toallas que los clientes habían dejado desperdigadas por las camas balinesas de la parte trasera de la planta alta. Lo miró a los ojos, como si en ellos fuera a encontrar la respuesta escrita con letras fluorescentes. Pero, después de un momento en el que su jefe no se movió ni lo más mínimo, comprendió que si se había puesto los pantalones quería decir algo.

Se sintió un poco imbécil. La muchacha se había llevado la mano a la entrepierna mientras se la chupaba, completamente excitada, deseando conseguir su propio orgasmo. Recordó de pronto eso.

«Nadie te ha dicho que puedas tocarte».

La voz había resonado en su cabeza, como si ella misma se estuviera reprendiendo por la osadía. ¿Y si a don Ángel no le gustaba que se diera placer por su cuenta mientras trabajaba su jugosa polla? ¿En qué demonios estaba pensando?

Sus compañeros la habrían visto comérsela al jefe, la habrían visto intentar masturbarse, pero la chica solo pensaba en que quizá no había complacido lo suficientemente bien al hombre más intimidante que había tenido el gusto, o la desgracia, de conocer. Sí, alguien tenía que haberse fumado algo muy fuerte a su lado... porque estaba alucinando.

—Ahora mismo, señor —respondió la chica tras salir de su estupefacción—. ¿Quiere... quiere algo más?

Ángel la miró, puede que por primera vez en lo que había durado la mamada.

—Sí —le respondió señalándose la comisura de la boca que en su caso estaba recubierta por la barba—. Límpiame un poco la cara.

La chica se llevó la mano al rostro y entendió que, en algún momento, parte de la corrida de su jefe había ido a parar a su piel. Con la cara roja como un tomate, usó lo primero que encontró para adecentarse un poco. Y eso fue su camiseta. También el carmín se quedó manchando la tela. Un desastre, vamos.

Ángel pensó que el logo del club en la camiseta quedaba muy adecuado entre las dos manchas. Sex Club del Demonio, entre maquillaje y leche. Podría plantearse lo de cambiar la uniformidad para su equipo.

Se puso la chaqueta y se giró otra vez hacia la piscina con el puro en la mano. La chica se escabulló a su espalda y pasó entre sus compañeros de trabajo con la cabeza baja, sin atreverse a mirar a nadie a los ojos. Tampoco ninguno le habría recriminado nada. Era como si dieran por sentado que aquellas cosas debían pasar con el jefe, lo premeditaras o no. La mayoría de los hombres del club, muy posiblemente, también habrían abierto la boca para que el demonio se la metiera hasta el fondo..., aunque a ninguno le gustaran los rabos ni hubieran probado jamás uno.

Terminado el puro, casi media hora más tarde, subió las escaleras y llegó hasta la zona del bar donde siempre se sentaba. Allí le esperaba Diego, tomándose la última de la noche mientras supervisaba la caja de ese día.

—Ya se te podía haber visto el detalle de compartir. Michelle está buenísima —comentó pasándole un fajo de billetes pequeños a su jefe.

A Ángel le desagradaban los bancos, así que prefería tener siempre dinero

en efectivo proveniente de su propio negocio. Del resto se encargaba su segundo al mando. La contabilidad, el pago a proveedores y las nóminas de sus empleados le aburrían soberanamente.

—Ni puta idea de cómo se llama —contestó el demonio alzando la mano para que le sirvieran lo mismo que estaba tomando Diego. El barman, que no se lo esperaba, corrió a satisfacer la petición del dueño y casi se cae tras la barra.

—Entiendo que no te sepas el nombre del nuevo cantante que hemos contratado, pero el de las chicas macizorras...

El demonio mostró una sonrisa ladeada que quedó semioculta bajo su blanquecino bigote.

—Me follaría de la misma forma al cantante que a la camarera —sentenció Ángel cogiendo el vaso que le acababa de dejar el apresurado camarero. Miró hacia el escenario y se encontró con el tipo en cuestión, ayudando a recoger los instrumentos para que la chica de la limpieza no tropezara con ellos—. O a este tipo —dijo señalándolo, ante la estupefacción del pobre aludido, al que casi se le resbala la botella de las manos—. Y tampoco sé cómo se llama.

El barman salió a escape antes de tener que arrodillarse delante de su jefe para chuparle lo que quisiera que le chupara el demonio. Diego se carcajeó y echó la recaudación del día al maletín. Faltaban solo dos horas para que lo atendieran en la sucursal bancaria. Quizá podría hacer tiempo de alguna manera... y se le ocurrían unas cuantas bastante placenteras.

—Mientras no me vayas a pedir a mí que te ponga el culo...

Ángel acabó de un trago la bebida y lo miró a través del fondo del vaso.

—Lo harías.

El vaso se quedó entre ambos cuando lo bajó. Diego tragó, visiblemente incómodo, mientras que a Ángel no le había mudado en absoluto el gesto. Como si soltar aquellas cosas fuera de lo más natural y esperar que todo el mundo le obedeciera... también.

—Sí —reconoció Diego, sin saber muy bien de dónde había salido tal afirmación. Volvió a tragar, incómodo de narices.

—Lo sé —terminó Ángel sin más. Le palmeó la espalda a su encargado y se levantó del taburete—. Pero te libras porque no me apetece. Me he corrido bien. Hasta mañana.

—Dirás que hasta dentro de unas horas —lo corrigió el otro mirando el reloj, suspirando aliviado por la falta de deseo sexual de su jefe hacia sus intocables posaderas.

Eran las seis de la mañana y normalmente Ángel estaba de vuelta en el local a las ocho de la tarde. Allí cenaba, leía un poco o se relajaba delante de la tele con alguna película. O eso pensaba todo el mundo. En verdad, nadie sabía lo que hacía en su despacho desde que le llevaban la comida hasta que volvía a salir al local para supervisar la apertura. Pero en el despacho había un televisor enorme y una estantería llena de libros. ¿Qué otra cosa podía hacer allí dentro?

«Ocuparme de mis asuntos».

Y los asuntos del demonio eran mucho más interesantes que cualquier película o cualquier libro.

Llegó hasta la puerta y los dos vigilantes de seguridad las abrieron para él. Uno ya había avisado por radio para que acercaran el coche hasta la entrada. Y allí, al pie de la escalinata, lo encontró como siempre; con la puerta abierta y las llaves en la mano.

A Ángel le gustaba conducir.

El chófer se metía en el vehículo desde las cinco de la mañana, por si al jefe le daba por querer salir un día un poco antes del club y paraba el coche al lado de la acera. Sí, con dos cojones. Los policías reconocían el modelo —un BMW negro tan obscenamente caro que era imposible equivocarse— y la matrícula —aunque no había otro coche parecido en todo Madrid— y ni se acercaban. Un par de ellos, al principio, habían intentado ponerle una multa y hacer que la grúa lo quitara de la calle ya que el conductor se negó a arrancarlo. El chófer había dicho que mejor lo llevaran arrestado en vez de pretender que moviera el BMW del sitio. Le pusieron las esposas y pasó un par de horas en la comisaría. De los policías... nunca más se supo.

—Buenas noches, señor.

Después, daba por terminada su jornada laboral. En el hotel se encargaba el aparcacoches del vehículo. A él lo habían contratado solo para estar allí a las ocho de la tarde, recoger el coche en la entrada cuando llegaba el señor Infern y aparcarlo hasta que el demonio decidía regresar al hotel.

Un trabajo cómodo, habrían afirmado muchos.

Pero el chófer de Ángel siempre llevaba los cojones de pajarita, por si le pasaba algo al coche. Robos de maleantes que no sabían con quién se las tendrían que ver, policías con el sentido del deber demasiado alto como para llegar a cobrar la jubilación o simplemente ancianos descuidados a los que debieran haberle retirado ya el carnet y que pudieran arañar el coche si no medían bien las distancias.

Sí, también he pensado en las mujeres al volante y he intentado ser galante, aunque sea Lucifer.

Vale, no. Eso no me va.

Las peores eran las mujeres conductoras, en general.

9

«El diablo es más diabólico cuando es respetable».
Elizabeth Barret

Ángel condujo como un loco por las calles de Madrid. Estaba claro que no le importaba demasiado llevarse a alguien por delante, aunque habría sido complicado ya que sus reflejos eran, cuanto menos, impresionantes. Los humanos habrían dicho que parecidos a los de un superhéroe, pero él nunca los había utilizado para el bien. O no era consciente de haberlos siquiera utilizado.

Tampoco creo que supiera lo que era un superhéroe. La tele por cable llegaba mal al averno.

En el inframundo las cosas se veían con otra perspectiva. Boca abajo, por hacer el chiste fácil. Y lo de considerar que se tenían capacidades sobrehumanas solo era relevante cuando estabas entre humanos, porque en Infierno todos tenían más o menos las mismas. Un demonio no podía dominar a otro demonio. Podía matarlo o podía someterlo tras dejarlo casi muerto, pero lo que había hecho Ángel con la chica era imposible de hacer con otro ser del averno. Por poner un ejemplo, a mí me obedecían..., básicamente porque me tenían miedo, no porque pudiera influir en sus mentes. Si eso fuera posible habría vaciado mis dominios de demonios..., pero habría retenido a Ángel.

El caballero detuvo el coche delante de la puerta del hotel, pegando un frenazo que seguramente despertó a más de uno en sus tranquilas habitaciones. Ya estaba el aparcacoches en la acera cuando apareció al principio de la calle. El motor se escuchaba rugir y sin equivocación habría sabido que se trataba del señor Infern, aunque también jugaba a su favor que el vigilante de Sex Club lo avisara todas las noches de que el jefe acababa de salir hacia el hotel. A nadie le interesaba que siguieran produciéndose más desapariciones. La próxima siempre podía ser la de uno mismo.

—¿Cómo ha ido la noche, don Ángel? —le preguntó el tipo abriéndole apresuradamente la puerta del conductor—. Se le nota... relajado.

—No ha estado mal —respondió poniendo uno de sus caros zapatos en el

asfalto—. Los baños de madrugada son siempre estimulantes.

Todo el mundo conocía las costumbres de Ángel cuando estaba en público, así que su baño desnudo de madrugada en la piscina era imposible que no llegara a los oídos de cualquiera de los que trataban con él a diario. Una cosa bien distinta era que supieran qué hacía ese hombre en la habitación de su hotel. Salía poco de día y, si lo hacía, daba esquinazo a cualquiera a la primera de cambio. No le gustaban las compañías a plena luz del sol. Sus asistentes solo aparecían cuando los llamaba. Era una de sus normas.

Sabía defenderse solo.

Una vez Diego le sugirió que era peligroso eso de andar por ahí, a su edad, con tanto dinero en efectivo en la cartera. Claro está, Ángel se rio de buena gana. Nunca se le había ocurrido que pudieran verlo como alguien débil o frágil que precisara de guardaespaldas, pero hasta ese momento no se había planteado que su aspecto de cincuentón pudiera llamar la atención de esa manera. Un tirón y seguramente podrían tirarlo al suelo, desvalijarlo y dejarle una cadera rota. La osteoporosis era muy mala a sus años. Pero eso solo pasaba con los humanos. No conocía a nadie capaz de derribar a un demonio, aunque lo cogiera desprevenido.

Ángel había muerto relativamente joven, aunque viejo para su época — hacía demasiados siglos—, y cada vez que había regresado a la tierra lo había hecho con una edad diferente, elegida por él, para experimentar. Era la primera vez que lo hacía con canas. Llevaba tiempo usándolas en Infierno, más por lo de variar que por otra cosa. Y al mudarse a Madrid había decidido llevárselas con él. Lo que no había meditado mucho era lo de hacer que su cuerpo concordara con el aspecto de su rostro. Nadie se esperaba que bajo esos trajes de cinco mil euros hubiera músculos definidos y un millar de tatuajes que bailoteaban dependiendo del estado de ánimo del dueño de la piel.

—Ya me gustaría a mí bañarme a esta hora... como lo hace usted.

—¿Te refieres a desnudo o en tu propia piscina?

—Me vale cualquiera de las dos cosas —contestó socarrón.

Se rieron los dos de buena gana. El tipo tenía agallas, había que reconocerlo. A Ángel le caía especialmente bien ese hombre; puede que porque cuidaba de su coche o porque no tenía pelos en la lengua, pero tampoco le faltaba al respeto. Eso, para un demonio que se sentía bastante solo en la tierra, podía ser importante. Pero quizá me estaba columpiando y no tenía nada que ver con eso.

—Un día te tengo que llevar a la piscina para que te bañes en bolas, entonces.

—¿Me piensa regalar la piscina?

—Te la puedo prestar un rato, no abuses.

El aparcacoches sonrió. Algo en su interior le decía que con él podía hablar con franqueza y no como con los estirados que solían hospedarse en el hotel, los cuales lo miraban por encima del hombro porque se consideraban mejores por su maldito dinero. Ese también lo hacía..., pero además se comportaba muchas veces como si no le importara tener mucho más que él... de todo. Era... como otra cosa. Más como tratar con almas parecidas que con estatus parecido.

No hay que hacerme mucho caso. Solo ando espiando desde mi reino y haciendo conjeturas por aburrimiento. Y estaba claro que Ángel alma no tenía.

—Pero tendrá que ser en horario de oficina, porque a esta hora tengo que estar esperando por su coche y me pueden despedir.

Ángel le entregó las llaves, le sujetó por el hombro y presionó lo justo para hacerse notar. En verdad, podría haberle roto algún hueso por poco que apretara la mano, pero no era su intención dejar lisiado a un hombre que iba a coger en nada entre sus manos su precioso deportivo.

—Avísame si tienes problemas con tu jefe —le dijo, y el otro se tensó al entender que quizá había hablado más de la cuenta. Todo el mundo sabía a qué atenerse y él también se había enterado de los rumores. Era como un capo de la mafia italiana. Si no le caías en gracia... caías. Literalmente—. Quizá vaya siendo hora de que te plantees lo de trabajar para mí.

El aparcacoches se quedó muy serio, valorando la posibilidad de cambiar de trabajo. Ángel llevaba poco tiempo en la ciudad. Su acento era extraño, pero hablaba perfectamente español. Nadie sabía de dónde había venido ni si se quedaría mucho. Quizá la oferta habría sido tentadora de no ser porque los hombres como el señor Infern solían morir a manos de otro tiburón aún más grande.

Los muertos no pagaban bien las nóminas de sus empleados.

La cosa estaba por ver si esos peces existían, porque para él cualquiera con más dientes ya debía estar extinto. Y no lo decía por la edad del dueño del club, el cual se conservaba bastante bien a su parecer. Pero la gente de su... ¿calaña? no solía vivir para luego morir de viejo. Esa gente caía al suelo con el cuerpo lleno de plomo o la sangre saturada de algún tipo de veneno.

Lo más sensato sería rechazar el ofrecimiento. Después de todo, el hotel no

se iba a ir a ninguna parte y el señor Infern podía regresar al lugar donde había estado conservado en formol.

Ese pensamiento del aparcacoches me hizo bastante gracia. Imagino que a Ángel también.

—Gracias, don Ángel. Me lo pensaré. Quizá llegue el momento algún día de cambiar de aires.

—Pues piénsalo antes de que le des un roce a mi coche. Después... te haré pedazos.

El tipo le creyó capaz. Punto para él.

—¿Mañana a la hora de siempre, don Ángel?

El demonio, que ya había puesto un pie en la acera, se giró para mirarlo. Desabrochó un botón de su chaqueta y se metió la mano en el bolsillo.

—¿Sabes? Creo que ha llegado el momento de explorar un poco la ciudad —le confesó haciendo que hasta a mí se me abriera la boca. Ángel cambiando de costumbres. ¿Y qué más?—. ¿Qué me recomiendas?

—Un puticlub, no. Que el suyo es el mejor...

—Lo mío no es un puticlub..., como tú lo llamas —le reprochó suavemente, como si estuviera corrigiendo la mala pronunciación de un niño pequeño.

—En el hotel todo el mundo dice que lo es. Y que usted es...

—Déjame averiguarlo. ¿Un proxeneta?

—Lo dicen de otra manera...

—Ya. Imagino que siempre hay una forma peor de decir las cosas.

Siempre la había.

—¿Usted qué se considera que es, don Ángel?

El demonio estuvo a punto de responder con una pregunta. ¿Una buena persona? Pero al final se mordió la lengua. Yo no lo habría hecho. Era una buena respuesta..., salvo por lo de «buena». Y por lo de «persona», también.

—Un inmigrante.

—Con pasta.

—Con mucha pasta, pero eso no viene al caso.

—¿Y por qué abrir un club de alterne en pleno centro de Madrid si tiene tanto? ¿Necesitaba blanquear dinero?

Sí, sin pelos en la lengua. Quizá habría que cortársela más pronto que tarde.

—Porque me gusta que se hable bien de mí... y pasar desapercibido no es mi estilo.

El aparcacoches pensó que para llamar la atención un excéntrico millonario podría comprarse trajes de flores amarillas y financiarse su propia obra de

teatro, siendo el único protagonista sobre el escenario. Eso habría dado casi tanto de qué hablar como lo de poner el maldito club del que todos cuchicheaban en plena Gran Vía. Todo el mundo conocía la puerta del local. La mitad del mundo se había atrevido a traspasar la entrada, más por curiosidad y por una repentina necesidad de sucumbir al morbo que por querer ver culos y tetas. Y pollas. Y un cuarto del mundo se había tomado una copa en esas barras tan bien surtidas. Ya que estabas dentro..., ¿qué más daba pasarlo bien?

El local estaba destinado a triunfar. Ángel se había encargado de ello. Era elegante, tenía las mejores fiestas de la ciudad todas las puñeteras noches, las chicas más guapas y las mejores bebidas espirituosas. Además, la mejor música enlatada y en directo. Y sexo. Mucho sexo. Y muy, muy variado. ¿Qué más se necesitaba en Madrid?

—De mayor quiero ser como usted... y que me sude todo la polla.

Hasta al aparcacoches, que normalmente hablaba así con sus amigos en privado, pero que jamás se habría atrevido a hacer tal alegación delante de los clientes del hotel, se dio cuenta de que eso no era propio de él. Que era del todo inadecuado. ¿Qué demonios pasaba cuando estaba junto a ese viejo ricachón? No conseguía mantener la boca cerrada. Salían casi todos sus pensamientos a relucir, sin depurar, sin filtros. Como si al hablar con el señor Infern no hubiera forma de ser políticamente correctos.

—Para eso tienes que llegar a la edad que tengo yo.

—¿Y qué edad es esa?

El demonio se pensó un instante eso de contestarle con un número real, pero a nadie le hacía falta ese puñetero dato.

—Una... en la que te gusta no pasar desapercibido.

10

«Es mejor sentarse y quedarse quieto a levantarse y conocer al demonio».

Michael Drayton

Despertar en una casa ajena, en una cama que no era la suya, fue extraño. Pero reconfortante.

Le había cogido odio a la propia. Le traía a la mente demasiadas imágenes, demasiados recuerdos desagradables que habría querido hacer desaparecer con un parpadeo. Pero, aunque le hubiera gustado empezar a dormir en el salón, todo el mundo lo habría encontrado raro... y habría sido peor el remedio que la enfermedad. Además, encerrada en su pequeña habitación, al menos podía llorar tranquila sin que nadie se enterara. No le habría gustado nada tener que esperar a que toda la familia abandonara la estancia tras ver uno de esos horribles programas de la tele para poder considerar el sofá como suyo. Además, para ir al único baño de la casa había que atravesarlo por lo que sus noches no habrían sido nada reparadoras si cada dos por tres pasaba por allí uno de sus padres o su hermano.

Compartir la cama de su amiga no había sido cómodo, ya que las dos se habían estorbado bastante en el colchón de un solo cuerpo. Pero había sido mejor eso que dormir en la calle, gastando todo lo que tenía en una habitación de hotel o intentando volver a casa a ver si a sus padres se les había calmado el ánimo y habían cambiado de opinión.

No, eso último no iba a pasar. Lo sabía bien.

Le dolía el cuerpo, pero en especial el abdomen. Desde que se había enterado de que estaba embarazada no dejaba de sentir punzadas en la zona del vientre, aunque se imaginaba que probablemente era porque estaba asustada y le prestaba demasiada atención a esa parte de su anatomía. Antes nunca le había dolido nada. Bueno, el alma sí, pero esa la tenía bastante cascada y a veces se insensibilizaban las zonas de tanto martirizarlas.

Y a veces... no.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubieran echado de casa embarazada —se lamentó la otra frotándose los ojos. Había dormido a intervalos y, si por ella fuera, se habría quedado en la cama hasta la noche de ese día. O quizá más tiempo—. Una mierda, vamos.

Aryma sonrió con pena.

—Vamos a ver si lo arreglamos con un buen desayuno.

Pero a la muchacha se le revolvió el estómago al pensar en comida. Todas sus mañanas estaban siendo parecidas. Por lo que le había dicho su médico y ella podía comprobar por la última fecha de su regla —y por la última vez que había abusado de ella su tío, que no había ningún otro hombre en su vida—, estaba embarazada de mes y medio. Y no porque no hubiera pensado que eso podía suceder. Había tomado precauciones desde la primera vez que Olaf se metió a la fuerza entre sus piernas y comenzó a tomar pastillas anticonceptivas. Su tío le había asegurado que seguiría haciéndolo y ella había creído su amenaza, por lo que pensó que lo único que podía hacer para evitar un desenlace como el que vivía era empezar a tomar métodos anticonceptivos que no implicaran pedirle a Olaf que se pusiera un preservativo. ¡Habría estado gracioso! Vale, sé que a ella no le hizo ni puñetera gracia tomar esa decisión, pero yo me parto la caja.

Entendí en ese momento un poco su reticencia a ir a denunciar el hecho. Por su mente pasaba la idea de que la policía podía opinar que no había sido forzada si encima ya tomaba píldoras de esas para no quedarse embarazada. Como si «permitiera» que su tío se acercara a ella con intenciones sexuales y lo único que le importara era no tener que sufrir luego las «consecuencias». Comprendí por qué pensaba que no le iban a hacer caso. Que no había denunciado hasta que no se vio metida en un buen lío. Se había comportado como una chiquilla, «disfrutando» del sexo experto y rudo que le ofrecía su tío y que la mayoría de las veces le dejaba cardenales y la entropierna dolorida..., pero cuando le había visto las orejas al lobo había ido a decir que todo era forzado. Que nunca había querido nada de aquello.

Quizá la creyeran.

Quizá... no

Me hizo gracia el pensamiento ese de «comportarse como una chiquilla». ¿Cómo demonios se iba a comportar cuando tenía dieciocho años y una vida infantil vigilada y sometida por unos padres estrictos? Tenía derecho a equivocarse, ¿no? Hasta Dios perdonaba esas cosas. Su primer error había sido no ir a denunciar en el primer momento, cierto, pero yo, más por viejo

que por otra cosa, comprendía que a veces el terror te paralizaba. Esa era mi especialidad y la de los hombres que acaban aquí conmigo. La amenaza de que todo puede ir a peor si se te ocurre hablar es cien por cien efectiva en algunas mentes. Y en la de Jovanka... funcionó a las mil maravillas.

¿Su segundo error fue empezar a tomar la píldora? ¡Y una mierda! Su error fue no haberle cortado la polla a su tío y verlo desangrar a los pies de su cama, pero intentar no quedarse embarazada ante una situación que ella pensó que era imposible de cambiar... no me lo parecía tanto. Si se hubiera criado en el seno de otra familia, sin la presión de llegar virgen al matrimonio, probablemente nada de aquello se hubiera dilatado tanto en el tiempo. Pero le había pasado a ella, que acababa de ser rechazada con dieciocho años y que no tenía perspectivas de ir a casarse bien por su edad y por la vergüenza de lo sucedido. Creyó que nadie la apoyaría, que su padre se pondría de parte de su tío y que la repudiarían, exactamente como había pasado.

Pero la volvieron a comprometer con otro hombre y se le vino el mundo encima. Esa primera noche de bodas, en la que se descubriría que no era virgen..., ¿qué podría pasar? Nuevamente sería rechazada. Su esposo la devolvería a casa de sus padres y estos le cerrarían la puerta en las narices. Allá se las ventilara ella con su amante, ¡que se buscara la vida!

Interesante forma de hilar un suceso con otro sin tener claro sino el punto de partida. Jovanka se había montado toda una película y, por más que cambiara las opciones, siempre acababa mal para ella. Era como uno de esos libros de «elige tu propia historia», pero sin escribir. Lo tenía todo en su imaginación, torturándola por las noches, agazapado durante el día, esperando a que sintiera nuevamente el terror de verse atrapada entre el colchón y el cuerpo duro y violento de su tío.

Yo nunca actuaba pensando en lo que podría llegar a suceder, en las consecuencias. Conseguía lo que me hacía sentir bien y punto. Si me hubiera hecho sentir bien clavarle un punzón en el ojo mientras se bajaba la bragueta para meterle la polla en la boca... lo habría disfrutado.

Pero en humanos la cosa iba de otra manera.

Sí, entendí que la chica tenía un problema de narices. No mayor ni menor que otros millones de humanos, pero me había entrado por los ojos el suyo y me tenía interesado y expectante. Conocía los pensamientos de los padres de Aryma, los de su amiga, los de los padres de Jovanka y hasta los de su tío.

Me gustaba la película.

Su amiga la obligó a salir de la cama, a darse una ducha y a ponerse algo de

ropa que la hiciera verse guapa. Jovanka no tenía grandes prendas para vestir, pero como usaba la misma talla que la otra pudo disponer de casi todo el armario de su amiga. Mientras la barriga no creciera era un lujo que se iba a poder permitir. Siempre y cuando se quedara en aquella casa, claro.

Cuando salió al comedor los padres de Aryma estaban terminando de desayunar. Habían hecho café y la madre les tenía preparadas unas tostadas. La chica no tenía nada de hambre, pero se obligó a comerse al menos algo de pan. Sin embargo, vomitó cuando probó el primer sorbo de café. Le dio tiempo de llegar al cuarto de baño, aunque la ropa que se había puesto quedó para tirar.

—No te preocupes. Ya te busco otra cosa —le aseguró su amiga apartándole el pelo de la cara para que no se le manchara.

La madre de su amiga tomó el relevo mientras Aryma salía hacia la habitación, en busca de una muda. El padre aprovechó para decirle algo rápido a su esposa, se despidió con un beso fugaz y salió por la puerta sin hacer ruido para dirigirse al trabajo. Mientras tanto, Jovanka seguía con arcadas, sin nada ya que echar por la boca. Se sentía morir, como cuando era niña, cuando se comía cualquier cosa que le sentaba mal y después su madre tenía que sujetarle la cabeza para que no se abriera la crisma contra la taza del inodoro. Pero ya no era su madre la que se encargaba de eso. Lloró sin saber si lo hacía por el dolor de estómago, por las náuseas o por todo lo que había perdido. Porque se sentía sucia, usada, abandonada o cualquiera de una larga lista que prefirió no enumerarse para no desquiciarse por completo. También estaba de prestado en esa casa, a expensas de lo que quisieran hacer los padres de Aryma. Y no se les veía muy dispuestos a respaldarla.

—Venga, mójate un poco la cara —la instó la dueña de la casa con una toalla que acababa de empapar en el lavabo—. No hay nada mejor que refrescarse después de haber vomitado. ¡Y lavarse los dientes!

—Si me levanto volveré a vomitar —se quejó Jovanka apoyando las manos en el suelo.

—Tonterías. No hay nada más que puedas echar por esa boca.

Jovanka sabía que tenía razón. Apenas había cenado algo, había comido incluso menos en el desayuno y ya todo se había ido por el retrete. Era mejor enfrentarse a los hechos con valentía porque lo que le apetecía hacer —escondarse hasta que alguien acudiera a despertarla de ese mal sueño— no era una opción. Le esperaban unos cuantos meses malos si no ponía fin al embarazo. ¿Qué demonios iba a hacer ella con su vida, cuidando de un bebé,

cuando apenas si era capaz de cuidar de sí misma?

Se cambió de ropa con ayuda y se ofreció a limpiar el desastre que había provocado en el baño, pero la madre de Aryma no se lo permitió. Alegó que la chica que limpiaba en la casa estaba a punto de entrar por la puerta y que todos llegaban ya tarde; ella, al trabajo, y las otras... a clase.

Sí, habían decidido ir a la universidad porque tenían pendiente un examen. No habían logrado encontrar la manera de que Jovanka renunciara a intentar pasar la prueba. Había prometido que después sería capaz de pensar en las otras posibilidades, pero no iba a empezar a faltar a clase mientras no tuviera un algo que lo justificara.

Un trabajo, por ejemplo.

¡Como si una violación y un embarazo no lo hicieran!

—Aunque, de verdad, yo iría directa a la policía —lo intentó nuevamente la madre de su amiga.

Jovanka volvió a sentirse acosada. No tenía el cuerpo para ir a denunciar algo que llevaba pasándole más de un año y mucho menos el día después de haber sido arrancada del seno familiar. No, expulsada. La herida estaba tan fresca que aún sangraba. Cualquiera diría que se había bloqueado. Ella prefería negar la realidad, mirar hacia otro lado.

No pensaba que denunciando fuera a conseguir nada.

Y, con su edad..., ¿cómo podría asegurar que no había sido consentido? Si se tratara de una menor sería entendible. ¿Pero a sus años? ¿Y si el policía que le tomaba declaración la juzgaba, como si fuera una fresca que había disfrutado de la situación y que al final denunciaba por algún tipo de represalia contra su tío? Que no le pasara suficiente dinero, por ejemplo...

Era curioso cómo la mente humana conseguía encontrar siempre una excusa válida para no llegar a hacer algo que resultaba tremendamente doloroso. Y era obvio que la muchacha tenía miedo a que no la creyeran, a que la juzgaran o a que su tío la buscara tras la denuncia y le hiciera pagar. Sin el apoyo de sus padres, sin nada a lo que aferrarse, habría preferido dejarse morir antes que complicarse más la vida.

Se miró el abdomen y se preguntó si no sería buena idea seguir el consejo de su amiga y poner fin al embarazo.

—No tienes que decidirlo hoy —le dijo Aryma, como si le hubiera leído el pensamiento—. Solo tienes que dejar esa puerta abierta hasta que tengas la mente serena para tomar una decisión.

Cualquiera hubiera dicho que no tenían la misma edad. ¡Lo que era la

seguridad de no tener que decidir, sino dar consejos! Para eso los humanos siempre estaban cargados de refranes que explicaban ese tipo de cosas. Desde mi perspectiva, todo se resumía con una palabra muy simple: cobardía. Los humanos eran cobardes. Cómodos. No les gustaba el esfuerzo. No les gustaban los cambios. Era normal que aceptaran ser pisoteados porque les resultaba eso más fácil que impedir que lo hicieran. Se adaptaban a lo malo. ¿Que las cucarachas serían las que sobrevivirían a un desastre nuclear? Con que los humanos hicieran un par de mutaciones ya se iban a cagar en todo las cucarachas.

Jovanka le sonrió sin fuerzas

—Pero a la policía... sí que vamos.

Y, claro..., la otra meneó tajantemente la cabeza. Primero había que aprobar un examen. Después... después no tenía ni idea.

Pero de pronto se estresó.

—¡No! ¡No! No sé lo que quiero hacer...

—¿Vas a permitir que se salga con la suya?

—Ya se ha salido con la suya.

En eso había que darle la razón. Pero haberse salido con la suya no implicaba no poder propinarle, a posteriori, su merecido. Habría que darle unas cuantas clases a la muchacha.

—¡Pero puede ir a la cárcel por ello, Jo! Abre los ojos. Puedes hacerlo.

—¿Me has visto? ¿Crees que alguien va a creerse que me han violado? Dirán que me lo pasaba en grande y que cuando me quedé embarazada y mi tío no se hizo responsable...

A Aryma se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Tu tío lo sabe? —la interrumpió la otra.

—¡No! —exclamó, alarmada—. O... no lo sé. No sé si mis padres le habrán dicho algo. Pero da igual. La gente opinará, dirá que denuncio porque me he quedado sin dinero, porque me han echado de casa, sin la protección del padre de mi bebé..., que todo es culpa mía...

—Hay veces que no te comprendo. ¿Protección de qué? ¿De un violador?

A Jovanka le tembló el labio inferior, sin ser capaz de poner en orden sus pensamientos. Tenía demasiadas voces en su cabeza, hablando a la vez, susurrándole miles de opiniones de esas personas que estaba segura de que la juzgarían. Nadie iba a sentir lástima por ella. Nadie la vería una víctima.

Tampoco quería serlo. Era lo fácil, pero su vida nunca había sido fácil, por lo que se repetía constantemente que era capaz de salir de aquello sola.

Aunque supiera que no era cierto. No le gustaba que se compadecieran de ella. Lo que le apetecía era que no se acordaran de que existía. Su tío, su prometido, la familia que la había repudiado...

Sacudió el pesimismo agitando la cabeza. Llevaba años salvándose de su destino, ¿no? Retrasando lo que no se esperaba que se pudiera retrasar. ¿Por qué de pronto había perdido todo el valor? ¿Por un nuevo contratiempo? Ciertamente, uno muy grande. Pero ¿seguro que no tenía remedio?

Pareces tonta, se dijo. Se habría abofeteado de no resultar tan estúpido.

—Venga, vamos a clase —le pidió necesitando desesperadamente alejar la conversación y sus pensamientos de la misma idea. Denunciar. Abortar... Suicidarse. Sí, se le acababa de ocurrir. Era una nueva posibilidad. ¿Iba a tener en breve a la muchacha en Infierno? Mi padre no aceptaba a los suicidas en el cielo, había que recordarlo. O con todo lo que había sufrido, ¿acabaría yendo al paraíso? Iba a tener que pelearme por esa alma, lo veía venir—. Y esta tarde... veremos si me atrevo.

Y por atreverse se refería a ir a la policía, claro. Lo de pensar en abortar le resultaba inconcebible de momento y menos cuando apenas si era consciente de estar embarazada.

Lo que no dijo era que existía, de pronto, esa tercera posibilidad. A esa también había que atreverse... y mucho

Cogió aire, luego su mochila y se dijo que nada podía ser más horrible que lo que ya había vivido.

Pobre ilusa.

«Cuando estás en el infierno, solo el diablo te puede mostrar el camino hacia afuera».
Joe Abercrombie

Nadie reparó en que le pasaba algo. Ni sus profesores, ni sus compañeros, ni la camarera de la cafetería que le tendió el sándwich que acababa de pedir. Todo era igual que siempre... y eso la reconfortó. Si nada había cambiado para el mundo, ¿por qué tenía que sentirse diferente ella?

Porque estaba embarazada, básicamente.

Y porque no tenía un duro, también.

Antes tampoco lo tenía, pero al menos su cama era suya.

—Me hace falta encontrar un trabajo —le dijo a Aryma, sentada en la zona adoquinada a la sombra, bajo unos árboles que apenas conservaban un par de hojas. El otoño se las había arrancado. Por suerte para ellas, que a mí me daba igual que se chamuscaran bajo el sol o se les tostara lo que llevaban debajo de las bragas, las ramas eran muy tupidas y las protegieron durante el breve almuerzo—. Tengo que conseguir dinero.

—Bien, esa es una buena idea —la alentó su amiga, la cual hubiera aceptado cualquier sugerencia alocada de Jovanka con tal de no verla deprimida y apática—. ¿Tienes pensado algo?

La joven regañó el gesto. Tenía unos expresivos y enormes ojos negros, enmarcados por unas tupidas pestañas igual de negras, bajo unas cejas densas y rectas. Podría decirse que era muy guapa, pero sus rasgos aceitunados y duros no gustaban a todo el mundo. Tampoco pretendía gustarle a nadie. En sus días adolescentes tuvo que intentar que nadie se fijara en ella para que sus padres no pensaran mal de sus intenciones. Lo de mantener a los hombres alejados se convirtió en un arte. Después de todo, estaba comprometida y no iba a cambiar ese hecho porque de pronto le apareciera un novio que quisiera entregarle todo lo que se le prometía a una chica de su edad. Amor eterno, aventuras sinfín, sexo dulce y excitante... Jovanka no era tonta. Tampoco era una experta, pero tenía muy claro el puesto que debía ocupar y ese no era el de

una chica con la que se podía... intimar. Casi que tampoco se podía ni hablar, por si las moscas.

Su hermano se había encargado de ello en el instituto. Menos mal que no había ido a la misma facultad que ella.

Aunque era menor que la joven, había estado siempre pendiente para espantar a cualquier tipo que pudiera ser considerado hombre y que pudiera poner en peligro la buena reputación de su hermana o de la familia. Mientras menos se la relacionara con el sexo opuesto, mejor. De ese modo, cada vez que algún chico cometía la temeridad de invitarla a un refresco —y quien decía un refresco decía una copa con alcohol después de una sesión de cine—, su hermano se encargaba de recordarle a cualquiera que estuviera cerca que Jovanka estaba prometida en matrimonio y que no debían perder el tiempo cortejándola. No estaba disponible. Ni para contarle un chiste.

Sí, ese tipo de vocablos se usaban poco y sonaban muy raros saliendo de la boca de un adolescente de trece años que protegía a su hermana de quince. Pero si ambientábamos la escena en una aldea del siglo XVII quedaba perfecta.

—Volveré a preguntar en los sitios donde he trabajado, supongo. Y buscaré algo que me permita terminar la carrera.

De pronto paró su discurso y se llevó la mano a la frente, dejando caer la cabeza sobre ella. ¿Cómo que terminar la carrera? Si necesitaba un trabajo era porque en breve no tendría ni para comprarse ese horrible sándwich que se estaba almorzando. Tampoco tendría un techo sobre su cuerpo ni ropa limpia que ponerse. ¿Cómo podía estar pensando en normalizarlo todo cuando estaba claro que no iba a volver a tener una vida normal?

—¿Acaso alguna vez la he tenido? —murmuró casi sin mover los labios.

—¿Qué dices?

—Nada... —Jovanka trató de apartar los malos pensamientos—. Bueno, quizá no algo que me permita terminar la carrera, pero algo que me mantenga de momento y luego... ya se verá. Siempre podré retomarla cuando...

¿Cuándo nazca el niño? Esa fue la pregunta que se le presentó a la muchacha en la cabeza y la dejó sin palabras. No, después tampoco podría. Pañales, biberones y malas noches por los llantos. El mundo se le caía encima por momentos y temió que una de las vigas que lo sustentaban le diera directamente sobre la coronilla, aplastándola sin remedio. Era de las sensaciones que más me fascinaban. Ese sentimiento de derrota que invadía a los humanos justo antes de decidir que iban a sobrevivir a toda costa.

Porque Jovanka era una superviviente.

Pero ella todavía contemplaba, allí, en el fondo de su mente, la idea del suicidio. Sobrevivir y quitarse la vida. ¿Cómo se podía pasar de un extremo a otro en tan solo un segundo? Porque era una mujer, sin duda. Si llega a ser un hombre no habría tenido siquiera dos pensamientos a la vez. Quizá... ni uno.

—Vale. Ya se verá cuándo termino la carrera. Ahora hay cosas más importantes —sentenció arrancándole una sonrisa a Aryma. El examen había ido bastante bien para lo poco que habían dormido y eso la animaba mínimamente—. Hay que priorizar. Y lo más importante es conseguir trabajo y un sitio donde dormir.

—Te puedes quedar en casa...

Jovanka le agradeció el gesto con una sonrisa triste. Ambas sabían que la situación como estaba no se podía prolongar. Sus padres no se encontraban cómodos. El padre de Aryma, sobre todo, había dejado claro que desaprobaba que incluso mantuvieran una relación de amistad dadas las circunstancias, por lo que era solo cuestión de tiempo que una discusión la echara nuevamente de otro hogar.

—Encontraré algo barato, ya lo verás.

—Pero primero...

—No quiero hablar de eso —zanjó Jovanka moviendo la mano como si estuviera cortando el aire—. No es prioritario.

—¡Joder! ¿Cómo que no? ¡Es lo más prioritario!

—¿Sabes hasta qué semana se puede realizar un aborto?

—¿Sabes que, mientras más lo retrases, más duro será para ti y más te costará tomar la decisión?

—Va a ser lo más duro que haga en la vida. —Y se le quebró la voz con las últimas palabras—. No me obligues a pensar en eso ahora.

—Si no lo piensas ahora tendrás que hacerlo más adelante igual y, mientras más lo retrases, más se enquistará...

—¡No es un quiste!

Jovanka se revolvió y puso cara de loca, abrazándose el abdomen como si tener ese bebé fuera lo que más deseara en la vida. Bien mirado, era la única familia que le quedaba y lo único bueno que podía salir de todo aquello. No se casaría, quizá no consiguiera tener nunca un buen hombre a su lado..., pero le podía quedar el amor incondicional de un hijo. Ese amor que no se perdía por más que se metiera la pata.

Curioso.

—No me refería a eso, Jo —se defendió Aryma levantando las manos como para poner un escudo, por si a su amiga le daba por perder los papeles y le arrojaba algo—. Quería que entendieras..., estaba tratando de explicarte... ¡Mierda! ¡Más difícil será! Más apegada a él estarás. Más lo notarás moverse... Lo que se enquistará es lo que sentirás por él.

—No quiero seguir escuchando —terminó Jovanka poniéndose en pie—. De todas las personas que podían darme consejos sobre cosas que no entienden... de ti no lo esperaba.

—No te enfades. ¡Claro que te comprendo! Y entiendo también que estás asustada y que es una decisión que aterra...

—Pues deja de decirme que es la única opción. He sobrevivido durante todos estos años, he conseguido salir adelante. ¿Por qué iba a ser peor embarazada?

Pero iba a ser peor. Mucho peor...

Y Jovanka lo sabía.

Pero le daba miedo quedarse sola. Tanto como estar embarazada.

12

«El diablo mira con envidia a quien sufre mucho y lo expulsa al cielo».
Friedrich Nietzsche

Jovanka tenía claro que no había que pensar en el demonio —¡qué ocurrente soy!— si no querían invocarlo y que se presentara en la puerta de la facultad a la salida de las clases. Era una de esas normas no escritas, pero que todo el mundo conocía. Centrarse en una cosa atraía esa cosa, la ley de «pide al universo y el universo te lo dará», y por norma general los humanos eran de centrarse casi siempre en las peores.

Así que estaba cantado.

Cometió el error de hacerlo... y allí que se presentó.

El demonio.

Bueno..., su hermano.

El hermano del demonio, no. No sé si Ángel tenía hermanos en la tierra, aunque quizá como mucho le quedasen parientes de decimoquinta generación y apenas se pareciesen ya a él. Una pena, por cierto.

Me refiero a su hermano. Alexandru.

Jovanka se quedó petrificada en la puerta al reconocerlo allí, cuadrado delante de la zona donde habían almorzado ese día. Alexandru conocía sus rutinas porque había sido el encargado de vigilarla en más ocasiones de las que era capaz de recordar, así que sabía por dónde salía y a qué hora lo hacía. Sus compañeros de clase lo fueron esquivando, como si se tratara de una roca en medio de la corriente de un río que partía el caudal en dos. Nunca había tenido buena imagen, pero ese día resultaba tremendamente amenazador.

O todo lo amenazador que podía ser un humano de dieciocho años con mala leche.

Jovanka agachó la cabeza, viendo en los ojos de su hermano una especie de odio irracional del que preferiría no ser el objetivo. Pero si estaba allí no era porque se hubiera acercado para apoyarla o preguntarle si estaba bien. Alexandru nunca hacía ese tipo de cosas. De pequeños, cuando jugaban sin la presión de sus padres por todo, seguro que se habían querido. De eso hacía

demasiados años y Jovanka había olvidado lo que era ese sentimiento.

Le tenía miedo, esa era la realidad. Miedo como a su padre. Miedo como a su tío...

Aryma salió justo después que ella por la puerta. Se había quedado esperando a su novio que estudiaba en la misma facultad, pero en un curso superior al de ellas. Sus clases habían terminado hacía dos horas, no obstante, se había quedado en la biblioteca a esperarla, aprovechando el tiempo para dejar preparado un examen. Les costaba quedar a escondidas de sus padres. Siempre decía que encontraría el momento apropiado para contárselo, pero nunca pasaba. Y así llevaban más de seis meses, esperando ese instante en el que se alinearían los astros para hacer que a su padre no le dieran vueltas los ojos y le saliera espuma verde por la boca al enterarse de que trataba de ir en serio... ¡con un melenas!

Lo llevaba mal.

Ríete tú de los que necesitaban un exorcismo. Tenía ganas de ver cómo se le quedaba el cuerpo a su padre.

Tampoco tenía tan mala pinta su novio, pero eso del pelo largo, las ropas holgadas y los porros no iban con el clasismo de la familia adinerada de la chica y todos lo sabían. También él, que espiaba de vez en cuando a los padres para ver de qué tipo de personas se trataba y cada vez se convencía más de que jamás aceptarían la relación. Pero se querían, así que mientras ella no lo dejara todo iría bien.

A Aryma no le caía nada bien Alexandru. Imagino que a nadie le caía bien ese tipo de mirada penetrante y cara de pocos amigos que ni siquiera te hablaba en tu mismo idioma. Había personas a las que era mejor no mirar demasiado por si te soltaban una colleja. Y Jovanka no solía tener palabras agradables para referirse a él desde hacía tiempo, así que como para cogerle cariño. Alexandru era carne de Infierno. Apuntaba maneras.

—Vámonos por allí —le pidió Aryma a Jovanka tirándole de la manga, sin apartar la vista del hermano de esta. El novio melenudo se había quedado también con ellas y, aunque no conocía aún muy bien la historia, sabía lo suficiente como para entender que no debía alejarse. Melenudo, pero caballero andante.

—Nos va a seguir si no hablo con él.

—Pues vamos directas a la policía, Jo. Fíjate en cómo te mira...

Como para no verlo. Alexandru seguía quieto en medio del ancho pasillo, haciendo que la gente tuviera que desviarse para no chocar con él. Lo miraban

mal, pero él no devolvía la mirada. Solo tenía ojos para Jovanka. Intentaba predecir sus movimientos.

Cuando el pequeño grupo hizo intento de girarse para evitar el mismo camino de siempre, Alexandru dio un paso.

—¿Ves? No va a dejar que me marche. Tengo que hablar con él.

—Pues voy contigo...

—¡No! —exclamó Jovanka más alto de lo necesario—. No, Ary. De veras que no. Déjame hablar con él. Se pondrá más nervioso si vienes conmigo. Lo conozco.

Su amiga negó con la cabeza. Por nada del mundo iba a permitir que Jovanka se fuera con el maníaco ese. No se fiaba un pelo de su familia. Su padre hacía bien en pensar mal de lo que podía pasar si los enfurecían. Después de todo, era gente a la que no le gustaba que se metieran en sus asuntos. Y se habían metido. Que no tuviera ganas de reconocérselo no implicaba que no lo pensara y que creyera que Jovanka estaba mejor con ella.

—De verdad que no me muevo de aquí.

—Pues quédate aquí. Él no querrá hablar contigo delante y tenemos que zanjar este asunto. No me iré, pero deja que me acerque para saber qué quiere, ¿vale?

Aryma entendió que la chica no iba a dar su brazo a torcer y tampoco la podía arrastrar para llevársela de la facultad, así que aceptó el término medio que le proponía. ¿Qué iba a hacer el otro? ¿Sacar una pistola y amenazarla para que volviera a casa? ¡Si habían sido sus padres los que la habían echado de ella! Le apretó la mano y se la sujetó hasta que la otra dio un par de pasos y no tuvo más remedio que soltarla si no quería arrancárselo del cuerpo. Casi todos los compañeros se habían marchado ya, por lo que, si quería hablar allí mismo en medio del pasillo, podrían hacerlo con cierta intimidad. Aunque algo le decía que eso a su hermano le importaba bien poco.

—Hola, Alexandru —lo saludó cuando estuvo a dos pasos de distancia y seguía avanzando—. Imagino que ya lo sabes.

El muchacho esperó a tenerla a un escaso metro para levantar la mano y abofetearla. Alexandru mediría una cabeza más que ella y, aunque no se podía decir tampoco que fuera excesivamente alto, sino que ella era más bien bajita, tenía la fuerza de un toro. Ancho de espaldas, brazos potentes; bruto, en definitiva. La derribó del golpe. En la vida habría pensado que alguien podría volver a hacer eso. Cuando su padre la golpeó siendo una niña le achacó eso de volar por un bofetón a su pequeño tamaño, pero en ese momento no se lo

esperaba. Ya era una mujer, pequeña, pero una mujer, al fin y al cabo. Imaginó insultos, amenazas, que tirara de ella para llevarla a rastras a pedirle perdón a su tío o a disculparse también con sus padres. Cualquier cosa menos un golpe delante de tanta gente.

Escuchó a Aryma pegar un grito cuando le empezó a zumbar el oído. De pronto le dolió la cara, el cuello y el culo por el trompazo contra el suelo. Todo le dio vueltas. Vio a su hermano acercarse dando fuertes zancadas y al novio de Aryma interponerse entre los dos. La otra ya estaba asistiendo a Jovanka para intentar que se levantara, pero la joven estaba mareada, dolorida y con ganas de vomitar y no conseguía dar dos pasos sin sentir que se iba directa al suelo otra vez.

Entonces Alexandru sacó un cuchillo. El otro chico dio un respingo y varios pasos hacia atrás, temeroso de acabar atravesado. Se escucharon unos cuantos gritos, alguien pidió que llamaran a la policía y la gente comenzó a correr.

—¡Vámonos, Jovanka! —le gritó el tipo, lleno de rabia—. Tienes que arreglar esto. ¡Eres una sinvergüenza! Con lo mucho que han hecho todos en esta familia por ti..., ¿y así lo pagas? Vas a dar la cara. No te vas a ir de rositas.

Jovanka no era capaz de mirarlo. Las palabras se le metieron en la cabeza, frase a frase, y las interiorizó como si de verdad se las mereciera. Era mala hija. Se había dejado arrebatar la virginidad. Había deshonrado a sus padres. No podría casarse con su prometido y no lograría terminar la carrera para que estuvieran orgullosos de ella. No trabajaría. Ni siquiera sería una buena madre con lo asustada que estaba.

Por suerte..., Aryma no la soltó.

—¡Voy a llamar a la policía! —le gritó ella escupiendo cada una de sus palabras, pero sin quitar la vista de encima a la maldita navaja—. ¡Estás loco!

—¡Ven aquí, zorra! A ver si tienes cojones.

El novio de Aryma dio un paso... y retrocedió tres. El otro tipo se le rio en la cara. Nadie estaba tan loco como para enfrentarse a un gilipollas con cuchillo y nada que perder.

En ese momento llegó el vigilante de seguridad de la facultad, porra en mano, y se acercó lentamente pidiendo que tirara la navaja al suelo. A lo lejos se escuchó una sirena. Luego, otra. Y Alexandru, con cara de odio, salió corriendo metiéndose entre los arbustos.

«Si por besarte tuviera que ir después al infierno, lo haría. Así después podré presumir a los demonios de haber estado en el paraíso sin nunca entrar».

William Shakespeare

—¡A esto se refería tu padre! —le gritó Jovanka a su amiga, fuera de sí. No lograba colocarse derecha porque todas las fuerzas las había acumulado para ponerse a gritar como una loca—. ¡Precisamente a esto! Es normal que tenga miedo de que estés conmigo.

Intentó levantar la cabeza, pero terminó vomitando su escaso almuerzo a los pies de Aryma. La otra dio un respingo esquivándolo para evitar que le manchara los zapatos y Jovanka acabó cayendo nuevamente al suelo.

—No ha pasado nada —intentó tranquilizarla—. A mí... A ti te ha dado un buen golpe. Pero no ha sido nada. Mis padres no tienen por qué enterarse —le aseguró recogéndola del suelo y apartándole los pelos de la cara.

Y era verdad. A Jovanka le seguía dando vueltas la cabeza, aunque quizá se debía a los nervios que había cogido por culpa de su puñetero hermano. Tras vomitar se sentía un poco mejor. Seguía zumbándole el oído y le dolía todo, pero no mucho más que lo que le dolía aquella mañana. Por suerte, no tenía ninguna herida grave. Nada que lamentar a largo plazo si no pensaban en su orgullo herido.

El vigilante se acercó a ella y le preguntó si estaba bien. Todos se quedaron mirando alrededor, pero sin atreverse a acercarse demasiado. Después de ver el comportamiento de Alexandru ninguno se fiaba de que no estuviera agazapado y que pudiera recibir el siguiente manotazo en la cara. O, peor, un cuchillo en la espalda. Era algo así como haber sido señalada por la muerte. Cuando sabes que alguien va a morir a ciencia cierta intentas no estar al lado por si a la parca le da por llevarte a ti también. Si sonaban disparos, mejor agacharse a quedarse al lado de quien iba a recibirlos. Muy humano y comprensible por otra parte, pero muy mezquino.

Por eso venía la gente a Infierno.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el vigilante otra vez al no recibir respuesta, viendo que se echaba mano al abdomen como si le doliera. En

realidad, lo único que le pasaba era que estaba aterrorizada.

Negó con un temblor irracional instalado en todo el cuerpo. No, en verdad era muy racional. Era completamente normal que sintiera miedo después de lo que había pasado. Si su hermano era capaz de sacar una navaja y amenazar a gente, a ella, a cualquiera..., ¿estaba a salvo? ¿Y qué no sería capaz de hacer su tío, como habían predicho los padres de Aryma?

—Tenemos que ir a la policía —le dijo la otra a modo de súplica—. Lo sabes, Jo. No podemos dejar las cosas así. No es seguro.

La sirena estaba cada vez más cerca. Estaban a punto de llegar y la encontrarían allí, con un montón de testigos, y no podría negar lo que había pasado. Tendría que declarar, contarlo todo, quedarse en evidencia y dejar en ridículo a su familia. Su hermano podría ir a la cárcel por estúpido y por defender el honor de sus padres.

Se le llenó la cabeza con ellas, con las amenazas de su hermano, con los ruegos de Aryma.

De todo.

De nada.

Y salió corriendo.

Otra cosa que no me esperaba. Me iba gustando la historia.

«Si no sabe domar demonios no se enamore de una mujer con infiernos».

Ángel se había despertado inusualmente temprano.

Vale, no era del todo correcto. Intentaré rehacer la frase. Ángel se levantó inusualmente temprano, ya que, por norma general, estaba despierto siempre. Sí, porque lo normal era que no durmiera. No le hacía falta. Si se tumbaba en la cama era por hacer algo que lo hiciera sentirse mínimamente en conexión con la gente con la cual llevaba un año conviviendo. Al principio de llegar a Madrid ni se acercaba a la cama. Tampoco para follar. Había demasiadas superficies sólidas como para apoyar a una chica sin tener que tumbarse o sencillamente no le hacía falta porque su posición favorita era de pie, con ella rodeando sus caderas, en una postura que todo el mundo habría creído que produciría ciática a un hombre de su edad.

Si supieran de verdad la edad que tenía...

Pues eso, que se las follaba agarrándoles el culo y clavándoles la verga sin perder el equilibrio y sin ponerse a sudar.

Pero, de un tiempo a esa parte, a Ángel le pasaba algo. Nada por lo que creyera que debiera preocuparme, desde luego, porque si llega a ser el caso habría salido a buscarlo y lo habría arrastrado a casa tirándole del rabo. De la cola. De esa que no enseñaba. Pero imagino que era algo normal que intentara hacer cosas parecidas a las que veía todos los días. Acostarse, aunque no tuviera sueño; quedarse dormido, aunque no lo necesitara; soñar y tener pesadillas, como todo hijo de buen cristiano...

Aunque los cristianos iban al cielo... solo a veces.

A Ángel tampoco le hacía falta comer, pero lo hacía. Tampoco necesitaba beber, pero le gustaba más el *whisky* que a un pez el agua de su charca. Y lo de fumar o esnifar coca... Sí, tampoco lo necesitaba, pero era divertido.

El sexo... Yo creo que no necesitaba absolutamente nada, pero no le gustaba privarse de ninguna cosa. El sexo estaba bien, al igual que el sabor de la comida o un buen vaso de *whisky*, pero no sentir la necesidad de hacer ninguna de esas cosas era lo que le diferenciaba de los humanos.

Aunque cada vez menos.

No lo necesitaba... y de ahí que todo fuera considerado un vicio. Porque no le importaba si era bueno o malo, ni si era necesario. Hacía lo que le daba la gana... y punto.

Eso era lo que había cambiado un poco en él con el paso de los meses. No intentaba intimidar como antes. Ni se pasaba el día controlando las mentes de los que lo rodeaban y hacía mucho tiempo que no mataba a nadie. Lógicamente, eso me inquietaba más que ninguna de las otras cosas.

Pero entendí que era lo normal. El roce... ¿hacía el cariño? ¿Cariño de un demonio? Habría que diseccionar a ese hombre para ver dónde se había alojado ese cariño.

No, no sentía cariño por los humanos. Solo estaba tratando de entenderlos, mimetizarse con ellos, sacar partido de sus debilidades y explotar sus virtudes en su beneficio. Tenía que ser algo así.

Ángel dormía desnudo, enredado normalmente en las sábanas blancas que le cambiaban a diario. A la mierda lo del cambio climático o el ahorro de recursos como el agua. Se había limpiado el culo con los panfletos que le habían dejado en la *suite* y después había obstruido el inodoro al arrojarlos y tirar de la cadena. Había sido un espectáculo contemplar a los de mantenimiento entrar en el baño, aterrorizados, para ver si podían solucionar el problema antes de ser los siguientes en desaparecer en Madrid.

De vez en cuando... pedía sábanas negras.

Pero en mi humilde opinión, y de humilde tengo bastante poco, le iba mejor el blanco.

Esa mañana llamó al servicio de habitaciones, pidió un abundante desayuno que se podía haber repartido perfectamente entre tres personas y ninguna se habría quedado con hambre y se fue vistiendo mientras esperaba. Le gustaba ver amanecer, ya fuera en carretera, en las puertas de su club o en el balcón de su *suite*. Desde luego, ese sí que lo consideraba un placer de los buenos. Era una de las cosas que me gustaban de la tierra. El sol me fascinaba. Había intentado traerme alguna estrella a Infierno, pero las muy *jodías* no eran de desplazarse por uno. Y mira que las había fugaces. De ahí que aprovechara siempre que podía para dejar que los rayos del sol tocaran mi piel. A Ángel también le encantaba. Nuestra piel era mucho más dura y resistente que la de cualquier ser vivo. De ahí que nos costara, también, sentir más. Pero el calor nos reconfortaba, quizá porque nos recordaba a nuestro hogar. Sí, me refiero a Infierno. Hace calorcillo por aquí y uno se acostumbra a las altas

temperaturas. Creo que por eso eligió Madrid, aunque también hace un frío de cojones algunas veces. Tenía que gastar una pasta en calefacción, seguro, pero por suerte podía permitírselo.

Pues eso, que me disperso. Que Ángel vio amanecer mientras se abotonaba la impoluta camisa y se hacía el nudo de una sobria corbata sin espejo, mirando desde el impresionante ventanal que recorría toda la pared de su habitación. Cualquiera habría dicho que con tal cantidad de luz era imposible dormir..., pero había que recordar que no nos hacía falta quedarnos dormidos.

Un amanecer espléndido.

Desayunó con ganas, como si fuera a hacer un ejercicio de la hostia ese día. Lo imaginé corriendo una maratón para bajar todas esas calorías y que no se le quedaran en las cartucheras, como solían temer los humanos. Ya que se le estaba pegando todo..., ¿por qué no también los kilos de más?

—Mira que te gusta...

—Vale, ya me callo —le dije entendiendo que estaba pensando demasiado alto y que lo estaba importunando más de lo que necesitaba. Solo observar. Seguro que podía hacerlo.

Se lavó los dientes para lucir mejor todavía esa impresionante sonrisa y se paró a contemplar las vistas desde el salón. Junto con el desayuno, le habían llevado también la prensa del día y dedicó una hora a leer todas y cada una de las noticias que encontró relevantes. Política, economía, sucesos... Menos mal que no le gustaban los deportes. Se sentó en el sillón orejero, cruzó las piernas y se dedicó a pasar páginas.

A las nueve de la mañana decidió que era una buena hora para salir de la habitación.

Los empleados del hotel se asustaron cuando lo vieron atravesar la recepción. Nadie les había avisado de que podía estar pululando por allí el tipo más peligroso que habían tenido el honor de hospedar. Preferían estar al tanto de sus movimientos. Por suerte, normalmente no se dejaba ver hasta la hora del almuerzo. No recordaban haber visto nunca a Ángel Infern bajar a las zonas comunes de buena mañana.

—¿Necesita su coche, señor? —le preguntó uno de los recepcionistas, descolgando a toda prisa el auricular del teléfono para conseguir que alguien del aparcamiento respondiera—. No sabe cómo lamento este despiste. Nadie nos había avisado...

—No, no lo tenía programado —respondió el demonio restándole importancia al hecho de tener que esperar. Los había cogido a todos por

sorpresa y tampoco era cuestión de armar mucho revuelo cuando estaba de buen humor. Extrañamente de buen humor... y muy relajado. ¿Qué demonios le había conducido a este estado? No podía ser la mamada de la camarera. No había sido tan buena—. Me ha apetecido salir antes a dar una vuelta. Y no se moleste. Solo necesito que alguien me guíe hasta el aparcamiento.

Al recepcionista se le fueron a salir los ojos de las órbitas. ¿Desde cuándo aquel tipo era amable y pedía las cosas con gentileza en vez de exigir las? ¿Qué le había pasado? ¿Quién le había dado el cambiazo al tipo que había hecho desaparecer a más personas por metro cuadrado en la capital?

Ángel, que se había girado para mirar hacia la puerta, volvió a observar al recepcionista con el ceño fruncido. Había escuchado todos los pensamientos del otro y se debatía entre dejarlo estar o hacer que fuera el siguiente en desaparecer. Para una vez que estaba de buen humor y quería hacer algo diferente...

Le clavó la mirada. En sus ojos danzaron llamas y el empleado del hotel se meó encima. Se quedó contemplándolo durante unos segundos. Luego se volvió hacia el primer sillón que encontró, se desocupó en el acto al entender la señora que estaba sentada que no le correspondía si el caballero de barba blanca quería sentarse en él, y cruzó las piernas elegantemente mientras apoyaba la barbilla en una mano llena de enormes anillos. Un tatuaje se le escapó por la muñeca y a la señora le dio un pasmo.

Salió corriendo, pegando un grito.

Volvió a mirar al recepcionista, el cual temblaba al otro lado del mostrador.

Sonrió. Con esa sonrisa perversa con la que enseñaba los colmillos. A punto de morder.

«Ve tú mismo a buscar mi coche. Ahora».

Era divertido comprobar cómo se les desdibujaba la cara por el terror cuando escuchaban las palabras dentro de la cabeza sin que el otro hubiera movido los labios. El recepcionista salió de detrás del mostrador a toda prisa y, sin saber bien cómo tenía que proceder, buscó el primer ascensor que quedó libre y pulsó todos los botones que bajaban hacia la zona de aparcamientos. Ángel leyó en su mente que no tenía ni idea de dónde estaría la llave del ostentoso BMW, pero que le haría un puente al vehículo si era necesario para poder arrancarlo y llevarlo a la puerta del hotel como se le había ordenado.

«No se te ocurra hacerle ni un arañazo a mi coche».

El recepcionista se volvió a mear dentro del ascensor.

«Y cámbiate de pantalones antes de subirte al asiento».

«La gente que deja de creer completamente en Dios o en la bondad, aún cree en el demonio... La maldad es siempre posible».
Anne Rice

Ángel todavía conservaba la sonrisa en la cara cuando salió del túnel y el sol le dio en los ojos. Si hubiera sido humano lo habría deslumbrado hasta el punto de perder el control del coche y estamparse contra el muro que dejaba a su derecha. Pero, como sus reflejos eran excepcionales, aunque hubiera enfilado la salida a doscientos kilómetros por hora, no tuvo problemas. El inconveniente lo encontró en el tráfico que lo impacientó sobremanera. Estaba acostumbrado al de las siete de la tarde, pero los atascos que se formaban por la mañana le eran desconocidos. No recordaba haber salido a esa hora después de haber obtenido todas las licencias para abrir el local. Leía las noticias, veía el telediario y escuchaba las conversaciones de las personas. El tráfico en Madrid era un horror, pero a él le resultaba... intenso. Eso de estar rodeado de personas frustradas, cabreadas y aceleradas le encantaba, por lo que si tenía que esperar a que se disolviera un atasco ponía la música a todo volumen y se centraba en los pensamientos de los humanos.

Saltaron seis radares.

Nadie apareció para detenerlo, aunque se topó con cuatro coches de la Policía Nacional y dos parejas de guardiaciviles en moto.

Cualquiera habría esperado ver detrás del deportivo un dron con cámara grabando una escena para una película de acción en la que un especialista se podía dejar la vida a esa velocidad, pero había que recordar que ese tipo de filmaciones se hacía en circuito cerrado sin tráfico y que, a aquella hora con el coche dando bandazos de un carril a otro para esquivar al de delante, no es que fuera muy seguro.

Un par de conductores le pitaron al ser adelantados peligrosamente. Ángel ni se molestó en mirarlos, aunque en su fuero interno sabía que lo justo habría sido hacer que se convirtieran en cenizas entre el volante y el asiento, pero no estaba la temperatura de Madrid tan extrema como para justificar que una

veintena de conductores perecieran por combustión espontánea, así, por las buenas.

Paró en su tienda de habanos favorita, donde jamás lo habían visto ir a buscar sus propios pedidos. También le temblaron las piernas a la dependienta al verlo entrar, aunque de igual forma se instaló un extraño cosquilleo en su entrepierna. Supo que si aquel hombre se lo proponía se habría ido a la trastienda con él a probar la resistencia de las cajas que tenía almacenadas. Ángel dibujó una media sonrisa al leerle el pensamiento a la chica. Le gustaba poder dominar las mentes, pero más aún conseguir seducir a las mujeres sin tener que hacer absolutamente nada. O, más bien, después de haber trabajado su físico con la mala vida que se había pegado en Infierno. Desde luego... aquello ayudaba.

Cuatro establecimientos más tarde, un almuerzo tranquilo en un reservado cerca del Congreso de los Diputados y, tras haber sido capaz de reprimirse a la hora de ir a aterrorizar con sus artes a un par de camareros, pensó que iba siendo buen momento para regresar a casa. Me tenía mosqueado con esa contención, pero había decidido ver a dónde le iba a conducir.

—Muchas gracias —me dijo alzando su copa de vino mientras le servían el segundo plato—. Brindo por ello.

El camarero puso una mueca extraña y pensó que aquel viejales estaba un poco ido de la chaveta, cosa que hizo que Ángel se tuviera que contener una primera vez.

—¿Y tú qué miras? —le dijo, en vez de meterse en su mente para hacer que se arrepintiera de sus no palabras—. La próxima vez ten un poco más de respeto si no quieres perder tu puesto de trabajo.

«O la vida».

Y el camarero, que no supo entender a qué se refería el vejistorio de barba picuda y aspecto de gánster venido a menos, se retiró con la cabeza gacha por si resultaba ser familiar de uno de los dueños del restaurante.

Me reí de su pasividad y alcé también la copa imaginaria a su salud.

Eran las cuatro de la tarde cuando decidió que podía poner a prueba su capacidad para hacer saltar todos los radares de Madrid antes de regresar al hotel. Y eso hizo. Era uno de los excéntricos caprichos que se permitía y al que no pensaba renunciar, al igual que a su local. ¿Le hacía falta? No. Le gustaba joder manteniéndolo abierto. Y que jodieran en él..., ya de paso.

Escuchó las sirenas a lo lejos, pero supo que no estaban relacionadas con él. Nadie en su sano juicio se atrevía ya a acercarse a su coche por mucho que

se estuviera saltando unas treinta normas de circulación. De momento no había matado a nadie... conduciendo. Y ese pensamiento le hizo reír de buena gana. Y seguía riendo cuando supo que ese último pensamiento estaba a punto de cambiar.

Iba a matar a alguien en cinco segundos.

El primero en muchos meses. Una extraña sensación le recorrió el cuerpo.

No supo por qué lo hizo. A la porra si un humano quería echarse encima de su capó y morir con múltiples fracturas y varios órganos aplastados. Nadie le había mandado a cruzarse por la calle sin mirar a ambos lados. Los humanos eran muy dados a cometer ese tipo de errores. Se lamentó en una milésima de segundo del estado en el que iba a quedar su coche tras la colisión. Sin embargo, pensó que llevarlo al taller no iba a ser lo peor que le podía pasar. Ya compraría otro. Diferente. Se permitiría el lujo de probar cosas nuevas. No había mal que por bien no viniera. Siempre había querido tener un Porche.

Pero a la milésima de segundo siguiente pensó que iba a ser al primer humano al que matara sin desearlo. Y, sin pensarlo, algo le pasó que no quiso hacerlo. El frenazo que pegó de pronto habría arrancado el asfalto de la carretera. El coche se quejó y derrapó mientras el cuerpo del demonio se tensó para recibir el impacto, aunque sabía de sobra que no le iba a pasar nada malo. Y un segundo después allí estaba, mientras trataba de no seguir avanzando durante la frenada. Apareció una chica que tenía toda la pinta de ir completamente desorientada. Salió a la carretera sin mirar ni a un lado ni al otro, con la cabeza agachada y la mano sobre un lado, como si le doliera una oreja. Corría como si la persiguieran, como si temiera por su vida.

Jovanka.

¡Por todos los demonios del universo! ¿Cómo no lo vi venir?

Ángel entornó los ojos y supo que no iba a conseguir detener el coche a tiempo. Haciendo un brusco giro con el volante, el vehículo se cruzó y siguió los últimos metros casi en diagonal. No volcó de milagro.

He de reconocer que se me pusieron los huevos tensos de la expectación. Cuando estaba a un escaso metro de la chica, Jovanka se giró para mirar el coche y los ojos de ambos se cruzaron. Ángel tensó la mandíbula y un instante después percibía el golpe contra el cuerpo de la joven que había tenido el poco cuidado de no fijarse en lo que hacía. No fue tan aparatoso como podría haber esperado, pero su cuerpo se elevó un metro y cayó sobre el capó y, aunque a su boca se quiso asomar un par de tacos y blasfemias, se contuvo. El coche avanzó un par de metros más, dejando humo y un olor a rueda quemada

infernical en la carretera. Un instante después, Ángel abrió la puerta del coche y se paraba justo al lado del cuerpo de la joven.

A lo lejos escuchó acercarse las sirenas de los coches de policía. ¿Lo buscaban a él? No, ya sonaban de antes. Miró a su alrededor para intentar entender la escena, buscando pensamientos que le explicaran lo que acababa de pasar. Nunca en todos sus años había matado a alguien por error y eran los suficientes como para que eso se hubiera podido solucionar unas cuantas veces. Miró otra vez el cuerpo de la chica, que apenas contaría con veinte años. Luego escuchó voces que llamaban a gritos a la muchacha y apareció otra humana que parecía tener la misma edad.

Jovanka. Jovanka. Jovanka.

Le gustó el nombre.

La muchacha pegó un grito de terror, llorando amargamente ante la visión del atropello. Un tipo de pelo largo apareció justo detrás y la abrazó, y varias decenas de transeúntes confusos siguieron llegando a la acera a observar con obscena curiosidad.

Ángel miró a la muchacha y, para su sorpresa y la mía, en vez de empujarla para que cayera al asfalto y poder proseguir su viaje, pasó las manos bajo su cuerpo y la levantó apoyándola contra su cuerpo. Aryma gritó como una poseída, pero Ángel no le hizo el menor caso. Se giró y la metió en el asiento del copiloto, no sin dificultad ya que el deportivo era bastante bajo como para meter a nadie inconsciente en él. Dio luego la vuelta al vehículo y, ante la estupefacción de todos, entró también, cerró la puerta y aceleró.

Apenas un segundo después todo el mundo se preguntaba si alguien habría tenido la cordura de tomar nota de la matrícula. Porque ellos... no lo habían hecho.

«Mata a mis demonios y mis ángeles morirán también».

Tennessee Williams

Debía tratarse de un arrebató hedonista en toda regla. Algo le había hecho sentir un inmenso placer a Ángel al llevarse a la muchacha de la calle en vez de dejarla sobre el asfalto y listo, porque si no... no se explicaba. ¿Cómo si no era posible que la llevara en el coche a riesgo de que empezara a mancharle la tapicería? Sangre, orina, vómito... Por no hablar de cualquier otro líquido que pudiera desprender un cadáver.

Pero entre las prisas, los gritos y la poca atención que le había dedicado a parte de la escena tuve que reconocer mi error al ir de sobrado. Y veces, muy pocas, también me equivoco. No soy perfecto, aunque lo parezca.

No estaba muerta.

¿Podría haberlo estado? Probablemente, pero Ángel había sabido adelantarse antes de que saliera a la carretera y había frenado, con lo que el golpe no había sido tan fuerte como debería a la velocidad que iba pocos segundos atrás. Lo de leer la mente de la gente que pasaba a su alrededor de vez en cuando servía para algo, aunque fuera una lata separar paja de cosas importantes que podían ser de utilidad. Pero... ¿para salvar vidas? ¿Desde cuándo?

Quizá la razón por la que iba en ese momento en el coche con un demonio y no en una ambulancia de camino al hospital era que...

Vale, no sabía por qué.

Ángel le dedicó una mirada al cuerpo de la muchacha. Él, por su cercanía, estaba claro que sabía que estaba viva. Tampoco es que tuviéramos capacidad para diagnosticar patologías o daños en el cuerpo humano, pero sí que sabíamos cuándo una persona iba a morir y cuando no. Y, claro, supo perfectamente que Jovanka estaba lesionada, pero no herida de gravedad. Podía tener una conmoción cerebral. Podía tener un par de fracturas óseas o cualquier otra cosa de esas que mataba a la gente en un atropello, como una hemorragia masiva. Pero Ángel, tan tranquilo, iba otra vez a una velocidad de

vértigo hacia... ¿su hotel?

Interesante de nuevo.

Jovanka se quejó en el asiento del copiloto y trató de moverse. Ángel le dedicó una mirada de reojo, pero siguió conduciendo como si tal cosa. Volvía en sí. Su mente, confundida y aterrorizada, solo pensaba en Alexandru, aunque no pudiera abrir los ojos. ¿Qué había pasado? Recordaba haber salido corriendo. ¿Su hermano la había alcanzado y la había matado? No, no estaba muerta. Le dolía todo el cuerpo, pero no mucho más que antes. Sentía los miembros adormecidos, náuseas y malestar, pero no estaba malherida ni le había llegado a clavar la navaja que había enseñado para aterrorizar a todo el mundo. A ella también.

—Ary. Ary...

Ángel comprendió que llamaba a la muchacha que se había quedado gritando en la acera. Esa que no se había atrevido a acercarse tras ver a su amiga en los brazos de él. Por su cara de pánico estoy seguro de que estaba convencida de que había muerto. La verdad, no me molesté en leerle la mente. Y buscarla a posteriori para descubrir lo que pensaba... pues qué voy a decir. Que me da un poco de pereza.

Jovanka abrió los ojos con dificultad al no obtener respuesta en su llamada. No se podía creer que su amiga se hubiera alejado demasiado. Conociéndola, si Alexandru le hubiera dado un navajazo ella habría recibido otro, porque era del tipo de chica que se interponía en todo. No consiguió enfocar bien. Supo que iba en un vehículo y que no lo hacía en una ambulancia porque estaba sentada y no acostada en una camilla. Sintió el cinturón de seguridad apretarle las costillas cuando trató de girarse y entonces sí que sintió dolor. Y fuerte. Debía de tener algo roto ahí dentro. ¿Cómo había ocurrido? ¿Qué le había hecho su hermano? Sin poder abrir los ojos sintió la claridad del día a través de la luna del coche. Le molestaban todos los estímulos. De pronto se dio cuenta de que sonaba una música estridente. Le molestó enormemente. Ángel se había aficionado a escuchar a Justin Timberlake mientras conducía y en ese momento se escuchaba *SexyBlack*.

Y, entonces, ocurrió lo más desconcertante de todo.

La mano de Ángel llegó hasta el aparato de música del BMW y lo apagó.

¿Desde cuándo a un demonio le importaba eso de procurar el bienestar de un humano?

—No me di cuenta, disculpa —le dijo la sensual voz del otro mirando al frente y girando el volante para abandonar la carretera. Sí, había enfilado

hacia el hotel. ¡Maldito sinvergüenza!—. ¿Te encuentras bien? —Jovanka no respondió. No conseguía saber si se encontraba bien o mal y tampoco tenía fuerzas para articular una frase con sentido. Solo volvió a repetir varias veces el nombre de su amiga, semiinconsciente, desconcertada—. Aryma se ha quedado en la universidad —respondió Ángel mirando por el espejo retrovisor del coche. Había sentido la presencia de un coche de policía, pero no había podido localizarlo para saber si lo buscaban a él—. No te preocupes. Estarás bien.

Que eso lo dijera un demonio que acababa de atropellarte...

—Ary...

La muchacha volvió a desvanecerse y siguió en ese estado de inconsciencia hasta que llegaron al hotel. Ángel la observó un momento mientras se acercaba el aparcacoches, uno que probablemente jamás había conducido su coche porque normalmente no salía de día. La sentía quejarse y escuchaba sus pesadillas. Un hombre la perseguía, amenazándola con un cuchillo. Ella salía corriendo y de pronto ya no había nada. Solo miedo, dolor, tristeza.

A mí me resultaba un sueño encantador.

Pero... ¿por qué a Ángel no?

—Buenas tardes, señor Infer —lo saludó educadamente el tipo que acababa de ponerse a su lado. Le abrió la puerta, pero no la separó, a la espera de que el otro diera su aprobación. Todo el mundo sabía cómo se las gastaba el demonio, pero no quería pensar en eso porque también se hablaba de cosas raras que pasaban cuando pensabas en él—. ¿Cómo le ha ido el día? Espero que haya disfrutado de Madrid...

Ángel hizo crujir un par de vértebras de su espalda al estirarse dentro del vehículo. Al aparcacoches se le erizaron los pelos con ese sonido, demasiado fuerte como para que no pareciera que se le acababa de romper algún hueso. Miró hacia el lado del copiloto y vio a una chica inconsciente y desplomada sobre la puerta, con el cuello girado en una postura que cuanto menos le iba a dar tortícolis. Demasiado joven para ese hombre. ¡Pobre chica!

Ángel lo miró con mala cara y el aparcacoches supo que había pensado demasiado.

—Ha estado bien, gracias —le soltó el demonio visiblemente molesto—. No te preocupes por ella. Ha bebido demasiado y no está acostumbrada.

—¿Es... su hija, señor?

Eso había dolido como una patada en los cojones.

Ángel no se consideraba ni viejo ni joven. Era... atemporal, como la ropa

de fondo de armario. Que un humano de mierda le sugiriera que era tan mayor como para ser el padre de alguien no le sentó bien.

«Deja de poner palabras en mi boca».

«Estoy narrando yo. Tú a lo tuyo. O sea, a fulminar a ese que te ha llamado viejo».

Eso se lo solté reclinándome en mi trono. Un poco incómodo, pero me gustaba el dolor. ¿A quién no?

—No. Es una..., bueno —¿Dudando sobre lo que decir? ¿En serio? ¿Quedaba feo comentar que era una chica a la que acababa de atropellar?—. Es una amiga.

«¿Amiga? ¡Venga ya! Era más creíble decir que era tu nieta, anciano».

—Claro, señor —dijo el otro a modo de disculpa—. ¿Quiere que la ayude a sacar a la señorita del coche?

«¿Otra vez llamándote viejo? ¿No te cree capaz de levantarla en peso? A ese le quedan dos telediarios».

Me partí de risa.

«Uno».

Ángel apartó la puerta de un empujón haciendo que el aparcacoches tuviera que dar un salto hacia atrás para que no le golpeará. Lo miró mal..., pero no le dijo nada. Al otro tampoco se le ocurrió volver a abrir la boca. Solo había pretendido ser amable, pero estaba visto que con el señor Infern no se podía. Le lanzó las llaves del coche, rodeó el capó y abrió la puerta sobre la que reposaba Jovanka. No cayó al suelo porque le había puesto el cinturón de seguridad. ¡El cinturón! ¿Qué demonio le ponía un elemento semejante a alguien?

La soltó, la cogió en brazos y caminó hacia la acera.

—Envía las cosas que hay en el maletero a mi habitación —le exigió de forma cortante—. Y ten mucho cuidado con arañar el coche...

«O te mato».

El pensamiento se lo depositó en la mente. ¡Ese era mi chico! Al aparcacoches le tembló el labio y le apareció un tic que no conocía en un ojo. Cosas de que nunca se hubiera tomado tan en serio una amenaza que ni siquiera habían pronunciado. Tuvo que respirar un par de veces antes de subirse al vehículo. Cuando lo hizo, ya Ángel entraba por la puerta con el cuerpo de la chica inconsciente en los brazos.

Sin ayuda de nadie. Aunque no pareciera coherente.

Nada más entrar por la puerta del gran *hall* tres botones salieron a su encuentro para ayudarlo. Los miró a todos con cara de pocos amigos y se detuvieron en el acto, a casi un metro de distancia. Miraron a la chica y luego a él y se preguntaron qué le podía haber pasado y por qué se lo había hecho.

Sí, nadie pensó que el estado de la muchacha fuera fruto de la casualidad. Después de todo, ellos tenían viviendo en el hotel a un hombre que había conseguido que desaparecieran todas y cada una de las personas que lo habían molestado desde su llegada a Madrid.

El recepcionista fue a abandonar también el mostrador para ofrecer ayuda..., pero se lo pensó dos veces y se quedó en su puesto. Ángel avanzó unos cuantos pasos y luego se dirigió hacia el ascensor.

—Mande un servicio completo de dos almuerzos a mi habitación—rugió de muy malos modos. Estaba visto que ser amable con esa gente no servía de nada. Era mejor que le tuvieran respeto. Miedo—. De todo lo que tengan hoy en la carta. Y un par de botellas de vino.

¡Cómo si la chica fuera a ser capaz de comer algo! Le habría venido también pedir una sonda de esas que se metía por la nariz y un puré de verduras para poder alimentarla.

Habría pedido también *whisky*, pero en su habitación había un enorme mueblebar con todas las botellas dispuestas para su disfrute personal. Pensó en solicitar también los servicios de un médico, pero no lo hizo. Prefería llamar al personal que siempre atendía los casos en los que no quería que nadie muriera. Pocos, cierto, pero algunos había. No sabía qué tenía la chica, pero esperaba poder averiguarlo en unas cuantas horas. Y, si se moría..., ¿cuál era el problema?

Entró en el ascensor. El botones que siempre estaba encargado de ayudar dentro del habitáculo con los bultos y con los pulsadores de los números de las plantas, no se fuera a luxar un ricachón un dedo al presionarlo, recibió la orden de abandonarlo y se quedó a solas cuando se cerraron las puertas.

Bueno, a solas no, que estaba la chica.

Pero, en su estado... no contaba ni como media persona.

Ni estando embarazada.

—¿Embarazada?—preguntó en voz alta Ángel tras escucharme.

—Al menos lo estaba antes de que la subieras sobre el capó de tu coche—le respondí y mi voz resonó como un trueno en el interior del ascensor.

Ángel la miró al rostro como si la viera por primera vez. ¿Desde cuándo se detenía ese demonio a observar a nadie a la cara?

«Nunca he matado a nadie sin proponérmelo».

«*Enamórate de su infierno, de esos demonios de los que otros huyeron y muchos temieron. Porque de su cielo, de eso se enamora cualquiera*».

Ángel dejó que le ayudaran a abrir la puerta de su *suite*, aunque la habría derribado de una patada sin ningún tipo de esfuerzo. Sabía que en media hora le habrían colocado otra y que el cargo por los desperfectos se lo habrían pasado a su cuenta, como con todo lo que se había ido cargando desde que vivía en el hotel. Cerró la puerta de un empujón y dejó al solícito botones fuera, temblando ante la posibilidad de que se fuera a molestar por ofrecerle ayuda, pero también aterrado ante la contraria. Tanto si te ofrecías como si lo ignorabas podías ir a engrosar la larga lista de desaparecidos.

Con ella aún en brazos pensó en qué debía hacer. ¿Dejarla en su cama? ¿Ponerla en el pequeño cuarto adyacente del que disponía la *suite*? ¿Acostarla en el sofá y que se recuperara lo antes posible para sacarse esa desagradable sensación del cuerpo?

Esa sensación...

Hasta yo podía sentirla y era del todo odiosa. Sentirse mal por algo que en principio ni era culpa suya era de locos.

—Iba demasiado deprisa, y lo sabes.

—Ella no miró al salir a la calle, y lo sabes también.

—No es excusa —me replicó el demonio mirando a su alrededor.

—¿Desde cuándo las necesitamos?

Ángel fue hasta la habitación contigua a la suya y la dejó sobre la amplia cama que en todos esos meses nadie había utilizado. Nunca tenía invitados y la gente que pudiera desear en su habitación, mujeres preciosas básicamente, nunca la habían necesitado. Tras follar como animales ellas recibían la invitación para abandonar la *suite* y no se lo pensaban dos veces. Tras desaparecer el deseo, el morbo y la necesidad imperiosa de tener sexo con aquel tipo salvaje... les entraba el temor, como a todos. Y mejor lejos de él que en su misma cama, rozando la piel con esos extraños tatuajes que...

Sí, todas lo habían visto.

Sí, ninguna se lo creía.

La miró respirar entrecortadamente. Tenía gesto de dolor y se le doblaban las piernas sobre el abdomen. Ángel pensó que si de verdad estaba embarazada muy probablemente perdería al niño. No se sentía satisfecho para nada y maldijo un par de veces por lo bajo, pero ya no podía cambiar las cosas. Nosotros, aunque tuviéramos capacidades sobrehumanas, no podíamos gobernar el tiempo.

De acuerdo, sí que podíamos, pero cansaba demasiado y la pereza era uno de nuestros pecados favoritos. ¿O... no? ¿Lujuria iba primero?

El servicio de habitaciones llegó cinco minutos más tarde con una primera tanda de platos. Ángel les indicó que lo dejaran todo en el salón y que molestaran lo menos posible. Él ya había almorzado y no tenía hambre, pero había creído que quizá la chica se sentiría más cómoda si la acompañaba con la comida. Que se fuera a quedar mirando mientras ella comía de forma desconfiada no le resultaba un buen plan para aquella hora de la tarde. Quizá así recuperara fuerzas...

Eso... si despertaba.

Estaba bastante concentrado en entender sus pesadillas y no se dio cuenta de que el segundo carrito con platos llegó y se quedó al lado del primero. El camarero le preguntó si quería que le sirviera algo en concreto en la mesa y Ángel dudó un momento.

—Un poco de cada cosa.

Cogió su móvil e hizo una llamada para conseguir que un especialista acudiera al hotel a valorar a la joven. No era la primera vez que tenía que solicitar los servicios de un médico de confianza. Una vez se le fue un poco la mano y había estado a punto de cargarse a una de sus amantes... en un descuido. Sí, por llamarlo así. La chica se recuperó en una clínica privada y el buen doctor cobró unos buenos honorarios por las molestias. Desde entonces, hacía un par de trabajillos para su empresa y estaba muy satisfecho de su capacidad resolutive y de su rapidez de respuesta.

—Sí, un accidente.

—¿Otro? —preguntó el médico frotándose las manos—. Me vas a hacer rico a este paso.

—Sí, pero este de verdad ha sido un accidente. Se echó encima de mi coche, como si quisiera que alguien la atropellase.

—Y yo que creo que a veces los límites de velocidad existen por alguna extraña razón... Pero llámame exigente.

Ángel le dijo que lo esperaba lo antes posible y colgó. Le caía bien, pero no deseaba darle demasiadas confianzas. Después de todo, trabajaba para él.

Y abandonó el salón rumbo a su habitación. Allí se quitó la chaqueta y la lanzó sobre la cama. Aflojó el nudo de la corbata y se desabotonó los puños de la camisa, para luego remangarlas hasta los codos. Se giró y se quedó mirando por el gran ventanal entreabierto. Hacía buen día, aunque él prefería el calor del verano. Escuchó los coches rodando por la calle y cerró luego los ojos para concentrarse en una canción que llegaba de alguna de las otras habitaciones. Miguel Bosé cantaba no muy lejos *Libre ya de amores* y tarareó llevándose las manos a la espalda.

—Será que con los años me he hecho inmune a casi todos los pecados. Normal me dé pereza ir al infierno si entro y salgo a diario de él...

Me hizo gracia escucharlo disfrutar de una canción en la que se nombrara nuestra casa, nuestro hogar, pero intenté mantenerme al margen y no molestarlo con mi observación. Estaba casi seguro de que era capaz de buscar mi pensamiento si se lo proponía, pero quizá ya no quería enterarse de todo lo que me pasaba por la cabeza. Entendía que demasiadas veces podía ponerme muy pesado con Ángel, así que me quedé observando cómo seguía cantando mirando hacia la calle, cada vez en voz más alta.

Abrió los brazos y extendió las manos con las palmas hacia la pared, abarcando todo lo que había delante. Y alzó la voz.

—Y de repente no sé cómo nada siento y caigo en cuenta que estoy libre de temores, libre ya de amores. Miro, tomo aire y el mundo se ilumina otra vez...

No cantaba mal, el muy malnacido. No servía para montar un grupo de música pop, estaba claro, pero tenía estilo. Voz rasgada, cascada por el alcohol y el tabaco, pero afinada. Las mujeres habrían dicho que resultaba sexi.

Yo... también. ¡Qué cojones!

Pero me molestaba eso de que el mundo se iluminaba otra vez. ¿Libre de temores? ¿Había estado temeroso en el infierno? Cualquiera lo diría.

Tuve que recordarme que era una canción. Solo la estaba cantando, no era el autor. No se estaba refiriendo a nosotros.

Ángel agachó la cabeza y cerró los puños, pero sin bajar los brazos.

—Eres un paranoico —me dijo sonriendo.

Pues sí, me seguía buscando. Aunque yo no le hiciera llegar mis palabras... él las encontraba.

Teníamos conexión.

Se escuchó un pequeño grito en la habitación contigua y avanzó a grandes zancadas. Sin prisa..., pero ligero. Lo de que fuera a estar realmente preocupado me sorprendió. Ese día todo me sorprendía mucho en él, así que me quedé observando otra vez, sin decir nada. Otra vez la maldita pereza...

Traspasó la puerta y encontró a la muchacha intentando incorporarse en la cama. Se sostenía el costado con gesto de dolor. Jovanka pensaba en una costilla y quizá también en una pierna rota, pero no entendía el motivo. No recordaba nada de lo que había pasado. De pronto Ángel también estaba dentro de su cabeza, investigando como yo... y le hice sitio. Un poco apretados..., pero bien. Nos gustaba el calor.

Ángel descubrió la pelea con sus padres, lo desamparada que se encontraba, el miedo a estar embarazada, el terror que sentía por su hermano y el odio a casi todos los hombres en general. No había tenido ninguna buena experiencia con ninguno, salvo quizá con el melencólico novio de su amiga del alma. ¿Pero se podía considerar hombre cuando tenía el pelo más largo que ella? Ángel se empapó de todo como si de veras le importara lo que había pasado aquella chica. Como si no fuera una de tantas...

—¿Y el padre de la criatura no te piensa ayudar? —le preguntó el demonio, como si hubiera estado manteniendo una larga conversación con Jovanka y hubieran llegado ya a un nivel de intimidad importante entre ellos.

La joven dio un respingo en la cama y se volvió a doblar de dolor. El movimiento le había hecho sentir que se clavaba algo en el pecho y, asustada, buscó a su alrededor. Tenía que estar en un hospital, ¿no? Pero la habitación parecía más la de una clínica privada de lujo que la de un hospital público. Solo había estado una vez ingresada y recordaba más bien poco, pero sí que tenía en la mente cuatro camas con gente quejándose, tosiendo y llamando a gritos a la enfermera. Aquello no se parecía en nada.

—¿Dónde estoy?

—Siento que no te acuerdes de nada —le dijo Ángel a modo de disculpa—. Saliste a la carretera, creo que asustada, y te echaste encima de mi coche. Te he traído a mi habitación para que descanses un poco. Parecías necesitarlo. Está a punto de llegar un médico. —En verdad, lo que necesitaba en ese momento era comprender por qué estaba a solas con un desconocido que supuestamente la había atropellado. Volvió a sentir terror. ¿Qué clase de psicópata iba por ahí atropellando y raptando gente? ¿Es que todos los tipos malos de la ciudad le iban a tocar a ella?—. No te preocupes —intentó tranquilizarla viendo que trataba de ponerse en pie con dificultad. Fue a por

ella para ayudarla. No parecía estar en condiciones de caminar de momento. Se la veía demacrada y débil y una de las piernas, la que había recibido el impacto, podía tener una fractura—. Puedes descansar aquí. He pedido algo de comer. ¿Tienes hambre?

Jovanka trató de apartarse cuando Ángel fue a tocarla y el demonio sintió ese rechazo como si lo hubieran abofeteado y escupido a la cara. Pero ¿qué cojones le pasaba a esa mujer? ¡Le había salvado la vida!

—No creo que sea a mí a quien debas tenerle miedo —protestó regañando el ceño.

«O sí...».

Me gustó ese sublime pensamiento de Ángel.

—¿Cómo sabes que estoy embarazada? —se atrevió a preguntar después de una eternidad.

—Lo dijiste en sueños. —Estuvo rápido el caballero a la hora de contestar—. Espero que no haya pasado nada... con el bebé.

¿También se preocupaba por el no nato? ¡No me jodas, hombre!

—No me importaría que le hubiera pasado algo —murmuró ella de forma casi inaudible. Pero no se lo creía ni ella y el gesto de la cara indicaba todo lo contrario. Estaba preocupada, cosa que no tenía explicación maldita.

Ángel tenía muy buen oído y, además, pudo leer el pensamiento antes de que saliera por su boca. Y se enteró de todo. Vio cada secuencia de los actos de su tío Olaf, sintió cada momento de miedo, de rabia, de dolor... Vio toda su vida como si se tratara de una película que rebobinaba una y otra vez, descubriendo detalles nuevos en cada visionado. Y volvió a pasar lo menos plausible.

El demonio se compadeció de ella.

Llamaron a la puerta de la habitación y Ángel salió de sus cavilaciones.

—¿Me disculpas un momento? —le pidió indicándole que pasara al comedor para que almorzara algo más consistente que un sándwich. ¿Que como sabía también que había comido solo eso? Pues también se lo había dicho en sueños, por supuesto.

Ángel le dedicó una escueta sonrisa, la menos perversa que pudo asomar a sus labios, y salió hacia el recibidor de la habitación. Por un breve instante pensó que se trataría de su médico, que por una vez realmente se había dado mucha prisa, pero comprendió muy pronto que no era así. Se centró en lo que lo esperaba al otro lado de la puerta. Supo quiénes eran y lo que estaban pensando, sus nombres y sus miedos. Todo el mundo que llamaba a esa puerta debía sentir pánico o era demasiado imbécil para sentirlo.

«¿Me disculpas un momento? ¿De verdad?».

Podría decirse que era divertido, pero por momentos no me lo parecía.

«¿Qué hay de malo en ser educado?».

«Nada, si lo fueras normalmente. Pero tú no eres de pedir perdón ni permiso. Ni perdón, ni nada».

«Te empiezas a parecer a un anuncio de cerveza, ¿lo sabías? Ya sabes por lo que ha pasado. ¿Por qué martirizarla más si está lo suficientemente rota por dentro?».

«No lo suficiente».

«Claro. Te gustan las mujeres más destrozadas aún. Lo olvidaba».

«¿Y a ti?».

Ángel se mesó la barba, sin detener sus pasos.

—A mí, a veces, los humanos me dan asco.

Pero ese no era el caso, imaginé.

«¿Y qué vas a hacer ahora?».

«Abrir la puerta».

Ángel había llegado hasta la entrada. Sin pensárselo dos veces giró el pomo y se encontró con cuatro agentes de policía. Dos de ellos le apuntaban con sus pistolas reglamentarias. Otros dos tenían la mano en la sobaquera mientras enseñaban las placas para identificarse. Había miedo en sus rostros. Pero se habían atrevido a subir en ese ascensor hasta su planta y después a tocar la puerta. Al demonio le hizo gracia.

—Señor... señor Infern, ¿cierto? ¿Es usted?

—El mismo. ¿Qué vienen buscando? ¿Hay necesidad de apuntarme con eso?

Le enseñaron más de cerca las placas. Les temblaba el pulso, pero no bajaron las armas.

—Ha sido denunciado por un atropello y secuestro, señor. Testigos oculares afirman que usted golpeó a una chica accidentalmente, pero que después, en vez de llamar a los servicios sanitarios, se llevó a la chica de la escena y la trajo al hotel. ¿Es eso cierto?

—¿Quiénes son esos testigos oculares, agente?

—¿Tiene o no tiene en su poder a la señorita Jovanka Dalca, señor Infern?

El demonio cogió aire y se apoyó en la puerta de madera, despreocupado. El otro estaba a punto de mearse en los pantalones o desmayarse.

—No sé de qué me hablan, agentes. Nunca he atropellado a nadie y, desde luego, si llego a hacerlo no me habría traído aquí a ninguna chica. Eso suele traer... problemas. Y es sucio. —Los agentes se miraron entre sí, confundidos. ¿Por qué de pronto se sentían impulsados a creer que aquel casi anciano decía la verdad? Ángel les dedicó una sonrisa de lo más retorcida—. ¿Algo más, señores?

Dudaron. Dudaron mucho. Dudaron demasiado.

Y bajaron las armas.

—¿Nos permitiría echar un vistazo a la habitación, señor? —preguntó uno de ellos, el que más cerca estaba.

El demonio le clavó la mirada y en sus ojos danzaron unas cuantas llamas. Decidía si los cuatro policías saldrían con vida del hotel. Había perdonado ya una vida. ¿Por qué iba a tomarlo por costumbre?

—No, agente Sánchez. No va a pasar a mi habitación y tampoco le hace falta —le aseguró el otro que acababa de decidir que aquel hombre vería crecer a sus gemelos y se follaría un par de veces más a su esposa. La cual, por cierto, le ponía los cuernos cuando este estaba de servicio—. Además, seguro que tienen muchas redadas que hacer hasta que localicen al verdadero culpable de la desaparición de la chica. Rezaré para que la encuentren sana y salva. Voy ahora mismo a encender un par de velitas. ¿Cuál era el santo de los desaparecidos?

¿Rezar? ¿Ese demonio rezando? La carcajada fue tan fuerte que seguro que bastantes habitantes del averno se giraron para mirarme.

«Si entráis en la habitación no habrá misericordia».

El pensamiento se coló en la cabeza de los cuatro policías y se estremecieron al unísono. Sí, era una soberana tontería. ¿Qué habían ido a hacer ellos allí? Estaba claro que ese hombre no podía haber cometido ningún tipo de crimen. Tenía cara de buena persona.

Escuchó la intención de Jovanka de pedir ayuda, sola y temerosa como se había quedado. Escuchaba voces en la entrada y necesitaba salir de allí. No le gustaba sentirse retenida por muy amable que hubiera sido con ella el tipo con aspecto de anciano que se había encontrado al despertar. No, necesitaba pedir ayuda. Necesitaba...

«Callarte. Eso es lo que necesitas. Estar callada. ¿Lo entiendes?».

Para Ángel era un juego de niños manejar cinco mentes humanas a la vez. Era persuasivo. Y, por ello, nadie le llevó la contraria. Ni Jovanka pidió auxilio a los desconocidos de la puerta —¿cómo se le podía haber ocurrido pensar en levantar la voz con lo a gusto que se estaba allí?—, ni los policías osaron intentar dar un paso más en dirección al interior de la habitación. Pronto sería la hora de la cena. Todos querían volver a probar la sopa que se hacía en casa.

—Sí, probablemente sea un error —reconoció el que parecía tener más galones—. ¡Qué tontería! —Volvió a mirar al demonio a los ojos y vio la muerte reflejada en ellos. Daba miedo. Mucho. ¿Cómo se les había ocurrido ir hasta allí buscando a nadie? Fuera como fuese, la romaní seguro que ya estaba

muerta. ¿A quién le importaba? Que no se hubiera dejado atropellar por nadie —. Sentimos haberle importunado. Que tenga buena tarde, señor Infern.

Ángel se despidió con un gesto de la cabeza y cerró un instante después la puerta. Al otro lado pudo escuchar los pensamientos de los agentes, asegurándose a sí mismos que estaban haciendo lo correcto. Allí no había nada raro. No merecía ni la pena ir a investigar el coche. No encontrarían nada. Seguro que la muchacha aparecería tarde o temprano. Y, si no aparecía..., ¿qué más daba? Nadie había denunciado su desaparición, solo su amiga histérica. Quizá se inventó lo que vio para poder justificar que Jovanka Dalca se hubiera metido en el primer coche al que consiguió parar en la carretera para poder huir de su hermano. Sí, todo el mundo solía hacer eso de inventarse excusas...

Ellos... también.

«Y déjame decirte que te convertiste en la adicción del infierno».

Cuando regresó al lado de Jovanka la encontró otra vez tumbada, aunque esta vez en el sofá que había al lado de la mesa donde se había servido la comida. Había obedecido y se había acercado a oler el almuerzo que había encargado, pero sin llegar a probar bocado. Había ido cojeando. Algo no iba bien en su pierna, pero esperaban, ambos, que tuviera solución con un yeso y algo de reposo. El dolor del costado también le impedía moverse con normalidad y decidió que estaba mejor en reposo. Había tratado de alzar la voz para que la fueran a ayudar, quienquiera que estuviera allí en la puerta, pero había sentido un impulso extraño para permanecer con la boca cerrada y no lo entendía. ¿Debido a algo? No supo decirlo ni se lo planteó de lo agotada que se encontraba. Estaba asustada, pero no más que antes. Su situación era tan delicada que se estremecía por poco que se le cruzara un pensamiento por la mente. Sin ayuda de sus padres, buscada por su hermano para vete a saber qué, embarazada y sin trabajo. ¿Estar en la habitación de hotel con un desconocido era lo peor que le había pasado esa semana?

No.

¿No era seguro?

Ciertamente... no lo era.

Si hubiera tenido la cabeza más despejada habría salido corriendo. Si Ángel no se hubiera metido en su mente para que mantuviera la boca cerrada habría pedido ayuda. Si no estuviera tan desconcertada, perdida y abatida habría pensado en llamar a su amiga. Pero ese último pensamiento solo apareció cuando volvió a tener a su... ¿benefactor? delante. La miró con curiosidad. La leyó detenidamente mientras ella trataba de enfocar para encontrar en el rostro de ese hombre algo que le encendiera todas las alarmas. ¿Dónde estaba su cordura? ¿Dónde estaba su sentido de supervivencia?

Pero no apareció.

—Eres la primera persona que conozco hoy que no quiere ir a la policía.

Jovanka se preguntó cómo sabría también eso. ¡Mierda! ¿Tan transparente

era? ¿Lo habría sabido siempre su tío? Que había tenido tanto miedo a delatarlo como a no hacerlo... y al final había caído por el precipicio. No había hecho nada. La inacción era el peor de los remedios para cualquier problema.

La chica miró hacia otro lado, apartando el rostro de los escrutadores ojos de Ángel. En esos que parecía que bailaban llamas. Se sentía mucho más que intimidada. Solo su padre, su tío y su prometido la habían hecho sentir de esa manera. Pero en Ángel... había mucho más. ¿Atracción? ¿De verdad podía ser eso? No, estaba desvariando. No podía sentirse físicamente excitada tras todo lo que había pasado por un hombre al que apenas conocía y que...

... Y que nada. No podía.

—Si al menos hubiera servido de algo... —murmuró, pensando en lo de la policía.

—Nunca se sabe —respondió el otro tirando escuetamente de las perneras de su pantalón de raya diplomática y dejándose caer con elegancia en el sillón de cuero que había justo al lado. Se llevó una mano al mentón y apoyó la cabeza en unos dedos llenos de robustos anillos—. Yo no soy muy defensor de los agentes de la ley, pero supongo que eso se debe a que sé valerme por mí mismo. Tú...

—Ya, yo no tengo ni puta idea —soltó sin saber muy bien porqué. Nunca era así de irrespetuosa, ni con alguien como él, que la trataba de una manera familiar. Como si supiera todo de su vida porque hubieran compartido años de confidencias. Alarmada ante la brusquedad de su respuesta y sin entender el motivo por el que se abría a un completo desconocido, volvió a mirarlo—. Oiga, perdóneme. De veras que le agradezco que me haya recogido de la calle y todo eso, pero he de regresar...

—¿A dónde?

La pregunta justa para la persona adecuada. Había que saber hacerlas.

Y Ángel sabía destrozar el alma con ellas.

Jovanka no respondió. En su mente se dibujó la palabra «casa»..., pero no tenía. Luego la de «familia», corriendo la misma suerte. Apareció la imagen del piso de Aryma, no obstante, después de lo que había pasado dudaba de que fuera buena idea regresar allí. Lo de ir a la policía cada vez le parecía más coherente. Buscar la posibilidad de recibir ayuda, ir a uno de esos hogares de acogida... ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué le quedaba por intentar en su estado? Había sido una tontería postergarlo por un maldito examen que no le valdría para nada, pero ese resquicio de normalidad había logrado que no

perdiera la cabeza.

Pero la había perdido.

Estaba a solas con un hombre que parecía de lo más amenazador..., pero no huía. Algo se movía en su piel, aunque quizá se debía al golpe que le había dado su hermano en la cabeza o al que se había dado luego al ser atropellada. Y esos ojos...

—¿Y qué tal si te quedas aquí hasta que lo sepas?

A Jovanka le bajó un estremecimiento desde la coronilla al coxis y luego a la planta de los pies. ¿Le estaba leyendo el pensamiento o solo interpretaba los gestos de su cara?

—No me puedo quedar aquí.

Por miles de motivos. No conocía a Ángel. No sabía si era un hombre de fiar o un psicópata. No podía pagar aquello aun sin saber dónde estaba. Claro era que el hotel era bastante caro solo por el mobiliario que la rodeaba. No, mejor se iba. Denunciaba el hecho a la policía y...

Una punzada de dolor le atravesó el vientre y Ángel recordó lo del embarazo. No era capaz de saber si el feto había sufrido algún tipo de daño, pero en principio la única herida que había sangrado era una pequeña en la parte posterior de la cabeza de la chica. No había hemorragia de ningún otro tipo, al menos externa. No era capaz de escuchar un segundo latido en el cuerpo de la humana, pero quizá porque fuera demasiado pronto para ello. Tampoco pasaba nada si lo perdía, ¿no? La chica no parecía muy interesada en saber si había sufrido algún tipo de lesión. No sentía ese instinto protector que invadía todos los pensamientos de una futura madre. Había estado metido en la cabeza de muchas mujeres y conocía ese sentimiento irracional de salvaguardar el bienestar de ese ente por encima de cualquier otra cosa.

—Hacemos una cosa. Va a venir un médico pronto y te echará un vistazo. Si hay que atenderte, lo hará él. Descansarás. Te recuperarás. Y cuando tengas la cabeza en mejores condiciones ya piensas en lo que quieres hacer.

—La verdad...

—La verdad es que me necesitas. No te gusta, lo sé. Preferirías que te diera dinero y apañártelas por tu cuenta por ahí. También lo sé. —El discurso de Ángel era muy convincente y, además..., muy cierto—. Pero te estás planteando aceptar mi oferta porque ahora mismo eres incapaz de valerte por ti misma, estás asustada y tienes tantas cosas en contra que lo de que yo vaya a ser un perverso con intenciones de follarte no te asusta más que las otras opciones patéticas de tu vida.

Duro, tajante..., sin alma.

Ángel podía haber tratado de tranquilizar a la joven convenciéndola de que aceptar su oferta era la mejor opción porque era un hombre bondadoso y caritativo, pero eso de ser tan buen tipo no iba con él. Tampoco le parecía malo que le tuviera miedo. Estaba acostumbrado a ver esa emoción en todas las personas que lo rodeaban. Incluso en los de Diego. Que no hubiera querido matarla no implicaba que deseara que lo apreciara o le estuviera agradecida. Estábamos por encima de eso. Le daba igual. Sus días eran aburridos, monótonos y poco gratificantes. Para una vez que se había saltado su rutina casi mata a una chica sin quererlo y era lo más interesante que le había pasado en aquel último mes. Había algo en la vida de Jovanka que lo había cautivado al igual que me había pasado a mí. Quizá yo, con mi forma de vigilarlos a ambos, los había hecho cruzar en la tierra. Pero tampoco me parecía probable.

—¿Pero qué demonios le pasa? —le preguntó ella, molesta y... ¿asustada? No, molesta y cabreada. Tenía carácter para algunas cosas. ¿Cómo así no le plantaba cara a su hermano, a sus padres o a su tío? Si en ese momento tenía unas ganas horribles de partirle la cara al demonio. ¡Lástima que no lo hizo! —. ¿Quién se cree que es para juzgar mi vida sin conocerme?

¿O conociéndome?, pensó.

Ángel sonrió divertido.

«¿Tú qué opinas?».

La pregunta de Ángel iba dirigida hacia mí, pero quizá también la dejó en la mente de la chica. Disfrutó frunciendo los labios, intentando no enseñar la sonrisa que trataba de escapársele.

«Que eres gilipollas por complicarte la vida. Por mucho que quieras someterla..., ¿crees que no se escapará en cuanto te despistes?».

«¿Y un síndrome de Estocolmo bien llevado?».

«¿Para qué?».

«Porque me aburro...».

«¿Y por qué no regresas?».

«Porque ahí me aburría más».

«Gracias por la cuenta que me trae. ¿Y qué vas a hacer? ¿Enamorarla?».

«¿No me crees capaz?».

«Con implantarle ese deseo en la cabeza... Ángel, puedes tener lo que quieras de ella, de cualquier otra, de todos. Puedes hacer cualquier maldita cosa. ¿Qué aliciente tiene?».

«¿No sientes algo diferente?».

«¿Que justifique el esfuerzo? No».

«¿No te sientes igual de vacío que ella?».

«No. ¿Quieres que te rellene yo un poco?».

«Te mueres por volver a metérmela...».

«Era solo una broma. O quizá... no. ¿Qué te pide el cuerpo?».

«Matarla y acabar con su sufrimiento».

«Entonces podrías haberla atropellado en condiciones. Habría sido más rápido».

«Entonces no sabía que iba a desear matarla por piedad».

«¿Compasivo a estas alturas? ¿Quieres que te rescaten para el cielo?».

«No sé lo que quiero».

«Pues máatala y acaba con la incertidumbre».

«Quizá sea más divertido ver si puedo reprimirme».

«¿Y de metérsela ya no hablamos?».

«¿Quieres que me la folle?».

«Antes de matarla...».

Ángel sonrió.

—Te quedas. Harás lo que yo te diga. Trata de comer y descansar y ya veremos si acabas yendo a la policía. El médico está en el recibidor del hotel —la informó encontrando de pronto el pensamiento del tipo a punto de coger el ascensor.

Jovanka se horrorizó ante la posibilidad de que Ángel fuera capaz de saber esas cosas sin haber recibido ningún aviso o alguna llamada. O, quizá, le había vibrado el móvil en el bolsillo del pantalón y por eso estaba al tanto. Sí, tenía que ser eso. ¿Qué... si no?

La chica intentó protestar. En su mente se dibujó la pregunta «¿por qué?», pero no llegó a salir a sus labios.

«Porque lo digo yo».

Jovanka lo escuchó claramente en su cabeza... y no se desmayó. Le habían pasado cosas peores y quizá solo estaba enloqueciendo. Era su imaginación. Seguro que se estaba autosugestionando.

El demonio volvió a sonreír. Se levantó, miró el reloj y decidió que iba a seguir saltándose rutinas. En cuanto el médico terminara con su visita y tuviera datos del estado de salud de la muchacha, se marcharía al club para ver si su personal era tan eficiente a una hora en la que no lo esperaban.

Sí, muy de demonio. Ir a buscar a alguien a quien despedir por falta de profesionalidad. O a comérselo, que también entraba en el buen manual del perfecto demonio.

«El demonio del mal es uno de los instintos primeros del corazón humano».

Edgar Allan Poe

Ángel necesitó salir de la habitación de hotel porque de pronto se había empezado a plantear muchas cosas. Fue algo así como huir de su propio espacio porque se sentía extrañamente incómodo con su propia piel. Y por piel me refería a su conducta, a lo que quería o a lo que sentía. O todo junto. Un batiburrillo de emociones que lo había golpeado en el pecho.

Porque su piel, llena de tatuajes, le gustaba mucho. Obviamente.

Había querido salvar a Jovanka solo porque no había motivo para atropellarla.

Había pensado en matar a la chica por compasión, tras entender todo lo que le pasaba y lo mucho que estaba sufriendo.

Había deseado que se lo pidiera, que acabara con su vida.

Y se había propuesto no hacerlo..., aunque se lo rogara.

Y luego había esperado con angustia a que el doctor la revisara concienzudamente, dictaminado que a su parecer tenía un par de huesos rotos, pero que sin las correspondientes placas de rayos X no podía sino hacer suposiciones. Pero, claro, Ángel no estaba por la labor de permitir que la muchacha saliera del hotel, así que el buen médico tuvo que apañárselas como pudo, poniéndose en lo peor y tratando a la chica como si aquello, sin pruebas complementarias, pudiera ser una ciencia exacta.

Ángel empezaba a tener cambios de humor como las mujeres con la regla.

—No lo entenderías, aunque lo intentaras —me dijo conduciendo hacia su club, algo más despacio de lo habitual. ¿Miedo a cargarse a alguien más sin quererlo? ¿Se le acumulaban los pacientes en su habitación y no quería más inquilinos impuestos? Había cogido un par de bocados y se los había ido comiendo en el ascensor de camino a la recepción, sin hambre. Por gula. Éramos muy de pecar—. Tengo ganas de hacer cosas diferentes.

—¿Matar a alguien porque desee morir es una de ellas? Pensé que era más

divertido matarlos mientras sentían miedo...

—Ya veremos.

Ángel llegó a Sex Club cuando nadie lo esperaba, igual que se había presentado en la recepción del hotel alarmando nuevamente a todos los empleados cuando nadie se imaginaba que aparecería. Después de verlo llegar con una chica semimuerta en brazos y luego enterarse de que la policía se había ido sin registrar su habitación todo el mundo se imaginaba lo peor. Sangre por todas partes. Trozos de la chica esparcidos por doquier. Las camareras de la habitación iban a tener mucho trabajo en los días siguientes.

Pero Ángel no dejaba nunca cabos sueltos y jamás habían encontrado indicios de que hubiera matado a alguien. ¿Que lo sospechaban? Sí, por supuesto. Es más, lo aseguraban. Pero por lo bajito. Sin decir nada, que luego ya se sabía lo que pasaba.

O sin pensar en ello, ya puestos. Que los pensamientos los cargaba el diablo.

¡Qué ocurrente soy!

Y, tras eso, había aparecido un médico. Los empleados del hotel no supieron qué pensar, pero tampoco eran expertos en dejar la mente en blanco, así que se desató el caos y cada uno inventó su propia historia. Daba para un culebrón.

—¿Necesita algo, señor Infern? —le preguntó el portero abriendo apresuradamente la entrada.

Dio una señal por radio para que todo el mundo en el interior estuviera sobre aviso de que acababa de llegar el jefe. Ángel se dio cuenta, pero no hizo ningún comentario. Le gustaba que intentaran tener todo en su sitio para cuando llegaba y ese día se había adelantado. No podía considerar que fuese algo malo que trataran de protegerse los unos a los otros, tampoco.

—Un *whisky* doble y un poco de música iría bien, gracias.

No había dado tres pasos en el interior del club y el barman ya estaba sacando su vaso y buscando su botella. El jefe era de costumbres y todos lo sabían. Le gustaba escuchar *I Think She Knows* mientras se tomaba la primera copa en el taburete en el que dominaba toda la estancia. Alguien corrió hacia el sistema de sonido y lo puso apresuradamente en marcha. Pero en vez de oírse a Justin Timberlake —parecía haberse obsesionado con ese hombre— de pronto la sala se llenó con las primeras notas de *Don Diablo*, una antigua canción de Miguel Bosé. Debía ser la última canción que habían escuchado los empleados mientras iniciaban su turno de trabajo y se les había quedado

sin preparar la que debía sonar. Cosas de que Ángel se hubiera adelantado.

¿Solían poner esa parodia del diablo para descargar la tensión que les producía el señor Infern? Para troncharse.

En los ojos del chico se dibujó el pánico más absoluto. Le temblaron los dedos cuando trató de parar la canción, pero Ángel levantó una mano para detener el movimiento del otro. Se quedó petrificado, con los ojos abiertos como platos, intentando terminar de apagarlo, pero sin conseguirlo. Era como si de repente se hubiera quedado sin fuerzas para hacer un solo gesto. O como si hubiera perdido la función de las articulaciones.

«Déjame escucharla. No la conozco».

«Es una parodia bastante mala de lo que somos, créeme. La que cantabas hace unas horas es mucho mejor».

Ángel miró a los trabajadores de su club, los cuales se habían quedado quietos como estatuas, esperando la cólera del jefe. Aquello era burlarse de él a sus espaldas. ¿Acaso no le tenían miedo? Iban a morir todos, pensaron. Una masacre. Saldrían en las noticias, pero a Ángel no lo acusarían. Nunca le pasaba nada malo. Dirían que había sido la mafia rusa, que se había sentido ofendida porque les habrían aguantado el vodka. Y con ellos no se jugaba.

—Ya veo que os sobra tiempo para bromear —comentó Ángel extrañamente divertido por la osadía de sus empleados. Jamás habría imaginado que unos humanos que le tenían tanto miedo fueran capaces de hacer eso cuando él no estaba presente. Era sorprendente. Los humanos resultaban tan complejos que difícilmente se les lograba entender—. Quizá haya que reducir la plantilla, para repartir mejor las tareas.

Creo que alguno sintió alivio. Habían imaginado que empezaban a arder y se convertían en polvo y el hecho de ir a acabar solo en el paro resultaba hasta revitalizante. Muchos no se atrevían siquiera a renunciar al trabajo... por si las moscas.

«Pero sí se atreven a escuchar *Don Diablo*, ¿no?».

«Son humanos, ¿qué esperabas? Tienen miedo y lo hacen desaparecer haciendo tonterías. ¿Llevas un año en la tierra y no te habías dado cuenta?».

Ángel terminó de escuchar la canción mientras el pobre desgraciado continuaba petrificado al lado del sistema de sonido. Un maniquí tembloroso del que todo el mundo se apiadaba..., pero por el que ninguno se cambiaría. Había sido bonito hablar con él. Nadie daba un duro por verlo al día siguiente aparecer en el club.

Quizá... no apareciera ninguno.

—¡Ángel! —lo llamó Diego entrando por la puerta—. ¿Qué haces aquí tan

temprano?

—Descubrir que mis empleados tienen demasiado tiempo libre.

Diego escuchó la música y entendió lo que tenía tenso a todo el mundo. Se puso a parodiar a Miguel Bosé, cantando como lo había hecho él en su época de juventud e imitando algunos pasos de baile. Alguno hubo que esbozó una sonrisa, pero se esfumó rápidamente en cuanto al jefe se le ocurrió girar imperceptiblemente la cabeza.

—Andan siempre bajo mucha presión, Ángel. Trabajar aquí contigo es... ¿un infierno? —Otro que hacía chistes—. Es duro de cojones. Deja que se relajen un poco escuchando lo que quieran.

—Claro —respondió el demonio cogiendo el vaso y llevandoselo a los labios. Lo apuró de un solo trago. Levantó la mano y el pobre infeliz petrificado volvió a tener dominio sobre su musculatura. Agachó una y mil veces la cabeza, como si fuera una reverencia a un monarca que le acabara de indultar unos segundos antes de recibir el hachazo del verdugo—. Lo que tú digas. Sirve otro y a este no le des nada.

Diego regañó el gesto, pensando que necesitaba una copa después del marrón del que acababan de salir. Él conocía la canción. La había escuchado una decena de veces en el club cuando el jefe no estaba y había permitido que el personal la usara para distender el ambiente. Seguramente el primero que debiera ser castigado era él. Y, probablemente, el jefe lo sabía.

—Así que os gusta escuchar música —soltó en voz alta, tras beberse un trago de su vaso—. Pues a don Diablo le gustan otras canciones.

Chasqueó los dedos y Bosé dejó de escucharse. El local quedó completamente en silencio. Cogió un puro, se lo llevó a la boca y lo encendió sin mechero ni cerilla. Era de esos días en los que le apetecía ser un completo hijo de puta. Y llamar la atención. Todos lo observaron hacerlo y la mayoría tuvo que tragar saliva para que no se les escapara un gemido.

Volvió a chasquear los dedos y comenzó a sonar Fangoria. El estribillo de *Dramas y Comedias* le sacó una sonrisa mientras que el resto trataba de no pensar en cómo se había prendido fuego sin mechero ni cerilla y en cómo había comenzado la canción sin estar en el reproductor de música.

—No quiero más dramas en mi vida... —Pues le había dado por cantar al demonio—. ¿Te la sabes... tú? —preguntó señalando al nuevo cantante del club.

El pobre chico estaba parado con su guitarra en la mano sobre el escenario. El aludido captó la pregunta, pero nunca había hablado con el jefe y se le

quebró la voz antes de poder contestar.

—Pues bien empezamos si no sabe hablar...

Lo volvió a intentar.

—Yo... no, señor. Pero... pero seguro que puedo aprenderla en poco tiempo.

—Tienes una hora.

Los ojos se le fueron a salir de las órbitas. Diego lo regañó con la mirada y Ángel se encogió de hombros, volviendo a su vaso de *whisky* y a su puro. Echó el humo sobre su cabeza.

—¿Qué? ¿Ya uno no puede bromear con su personal? —Se giró hacia el cantante y le guiñó un ojo—. Quiero que te la aprendas. A partir de ahora abrimos la noche con ella... y la cerraremos con *Don Diablo*.

A la mayoría se les desencajó la mandíbula. Habrían dado cualquier cosa por hacer desaparecer esa canción de su recuerdo... y Ángel lo sabía. Por ello se iba a empeñar en hacer que la recordaran todos y cada uno de los días.

Diego aplaudió la mala leche del jefe, instando a que el resto le siguiera el juego. Acabaron todos aplaudiendo con temblor en las manos y sin querer hacerlo. Pero aplaudiendo. Ángel levantó las manos para que, unos segundos después, todos dejaran de hacer el tonto y volvieran al trabajo. Agradecieron poder hacer cosas normales de empleados normales en un *pub*... ¿normal?

—Por cierto... —les dijo alzando nuevamente la voz—. Llamadme don Diablo.

«Mis demonios se quejan constantemente de que me he vuelto un ángel contigo».
David Sant

«¿Qué más da si todo es mentira? ¿Qué más da? Deja que me ría. ¿Qué más da si al final el día... ¡Qué más da! Va a acabar igual».

Jovanka había dormido casi toda la tarde y parte de la noche tras marcharse Ángel y el médico que había llevado hasta allí para que la atendiera. A final le había colocado una férula de fibra de vidrio ante la imposibilidad de asegurarse de que tuviera algo roto. De igual modo, le había aconsejado reposo para el dolor del costado, le había recetado unos analgésicos y le había informado de las posibles complicaciones por las que tendría que acudir de inmediato al servicio de urgencias de cualquier hospital. El más cercano, vaya.

La idea no le gustó a Ángel, pero estaba feo llevarle la contraria al médico. Al menos... delante de la paciente.

De madrugada se despertó y encontró la habitación en silencio, aunque no a oscuras. Había lámparas encendidas por todos los rincones, como si no quisieran que las sombras asustaran en la estancia. Sintió hambre y recordó la comida que el tipo de la barba le había dicho que estaba a su disposición. ¿Envenenada, quizá? No tenía sentido plantearse tantas cosas cuando el estómago rugía y la cabeza no le coordinaba bien. Escuchaba una canción en su mente, pero no recordaba conocerla. ¿La habría escuchado alguna vez y sus sueños, ahora, se la devolvían?

Era imposible que imaginara que era la melodía que estaba escuchando Ángel en ese momento y que al estar rebuscando en su cabeza se la había dejado allí, olvidada, como quien se deja unas gafas en la mesa del restaurante tras pagar la cuenta. O unas pinzas en el interior de un abdomen en un paciente sometido a quirófano.

—No quiero más dramas en mi vida —repitió Jovanka sin saber que la canción era de Fangoria. Por su edad, había cantantes que no le llamaban la atención y Alaska era una de ellas—. Solo comedias entretenidas...

Se levantó con dolor en el costado. Cojeando y con ayuda de una muleta se puso delante del espejo de cuerpo entero que había a un lado de la cama y se miró las costillas, apartando la ropa. No quiso desnudarse para inspeccionarse más a conciencia porque se le ocurrió que quizá había cámaras por allí y la grabarían desnuda. Había un enorme morado en el lado izquierdo, más grande que su mano. Le costaba coger aire, pero supuso que de eso no se iba a morir.

De no comer... podría.

Así que buscó la mesa y encontró dos carritos repletos de platos que podrían haber dado de comer a varias familias. Todo estaba frío, pero no le importó. Eligió primero cosas suaves pero calóricas, como los postres que entraban bien fríos y ya cuando tuvo el estómago un poco más asentado...

No, no lo tuvo.

Una arcada hizo que saliera corriendo, o todo lo corriendo que se puede ir con un yeso, buscando el cuarto de baño. No lo encontró y acabó vomitando en una papelera que había junto a un escritorio, cerca de la puerta que conducía a otra estancia. Vomitó todo lo que acababa de ingerir y se encontró nuevamente débil y exhausta. El dolor del costado se había hecho mucho más pronunciado por culpa del esfuerzo a la hora de devolver y tuvo que sujetarse las costillas mientras recuperaba el aire y se ponía de pie. Con la papelera en la mano buscó el baño y se deshizo del contenido, tratando de dejar todo como estaba. Regresó, cansada, al comedor y volvió a sentarse junto al carrito de la comida. ¿Qué podría irle bien a su estómago? No tenía ni idea. Apenas hacía un par de días que sabía que estaba embarazada y no le había dado por ponerse a buscar información en internet. Si algo podía suponer era que la comida grasa o con mucho sabor no le iba a sentar bien así que buscó entre los platos los que no olieran demasiado y que la textura le resultara agradable. Una crema de algo que podría ser verdura la reconfortó. Pasó a comer algo de pescado, unos huevos y un poco de pasta. Cuando se dio cuenta, había conseguido terminar de comer decentemente, aunque había tardado lo suyo. Bebió un poco de agua, rechazando todas las bebidas alcohólicas que encontró en la parte de abajo del carrito, en una cubitera que probablemente había contenido hielo y ahora estaba llena de agua. No lo hizo porque pensara que le podía sentar mal al feto. Después de todo aún no había decidido si iba a seguir adelante con el embarazo. Era porque no deseaba tener mermados sus sentidos por si le hacían falta. Ya iba bastante limitada en lo físico como para ponerse a emborracharse.

—Aryma...

Miró el reloj y se dio cuenta de que era aún demasiado temprano para llamarla. Pero nunca era mal momento para mandarle un mensaje y conseguir que no se preocupara por ella. Recordaba haber salido corriendo de la facultad, a su amiga gritando..., pero poco más. No conseguía encontrar en su recuerdo ni una sola imagen del coche o del atropello, aunque tampoco le quitaba el sueño. Era normal tener lagunas tras un proceso traumático, y su vida iba de uno a otro sin parar.

Buscó junto a la cama su mochila..., pero no la encontró.

Rebuscó por toda la habitación con el mismo resultado. No estaba por ninguna parte. ¿La habría perdido en el accidente? ¿Se habría deshecho de ella el tipo que la había atropellado?

Revolvió la zona del comedor, el gran salón con su despacho y la habitación principal. Le impuso mucho respeto entrar en esa sobria estancia. Todo estaba completamente ordenado. Al abrir los armarios se encontró con decenas de trajes de chaqueta y camisas blancas. Zapatos de hombre casi idénticos en la zapatera. Un tipo de costumbres y gustos bien definidos, pensó Jovanka. Complementos elegantes gemelos y corbatas lisas... ¿Había ido a parar a manos de un político?

La realidad siempre superaba a la ficción.

En el enorme cuarto de baño también estaba todo impecablemente en su sitio. Toallas blancas, jabones masculinos..., pero todo parecía ser del hotel. Ningún objeto personal llevado de casa. Ni tan siquiera un cepillo de dientes de supermercado. Regresó al dormitorio y buscó alrededor de la cama. Enorme. La embargó una sensación realmente asfixiante, como de que no debería estar rondando por allí. Imaginó el cuerpo de aquel hombre tumbado en la cama completamente desnudo y se le erizó la piel. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en pensar en Ángel de aquella manera? ¿Tan sexi resultaba?

No. Mucho más...

Tocó la colcha como atraída por un imán y se estremeció.

Comenzó entonces a sentir algo de miedo.

Vale, mucho miedo.

Había tardado bastante, la verdad. En sus circunstancias cualquiera habría intentado salir de la habitación antes que ponerse a comer. O antes de obsesionarse con buscar una mochila. Me había resultado un comportamiento bastante curioso, sin embargo, tampoco podía juzgarla, cuando no encontraba mucho sentido a nada de lo que hacía. Corrió hacia la puerta, o más bien

caminó deprisa ayudada de la muleta, pero la encontró cerrada. Aporreó un par de veces la madera, y nadie contestó.

—¡Hola! ¿Alguien puede oírme? —preguntó tratando de alzar la voz lo justo, pero sin parecer realmente alarmada.

Y si podían... nadie iba a responder.

Llegó otra vez al salón y localizó de un vistazo el teléfono. Descolgó y buscó el número para comunicarse con la recepción. Tardó lo suyo por el nerviosismo. Al segundo tono alguien cogió la llamada.

—Señor Infern, no sabíamos que había regresado ya a su habitación — saludó una voz temblorosa al otro lado de la línea. Cada vez que llamaban de la *suite* real pasaba lo mismo. Era como si en cada ocasión fueran a informar de una sentencia de muerte y a dar el nombre de la persona que iba a ser ejecutada. En cualquier momento podía ser uno mismo—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Hola, soy... estoy... Me llamo Jovanka Dalca e imagino que fue el señor que se hospeda aquí quien me trajo.

¿Qué otra cosa podía decirle? Su nombre no estaría entre la lista de la gente que se hospedaba en el hotel y tampoco sabía cómo se llamaba el tipo que la había atropellado. ¿Cómo lo había llamado? ¿Infern? Lo que le faltaba a ella. ¿Infierno? ¿De verdad?

—Buenos días, señorita Dalca. Esperamos que se encuentre perfectamente —le aseguró el recepcionista verdaderamente contento de saber que la chica que había subido en brazos el huésped impronunciable (¡anda, como Voldemort!) siguiera con vida—. ¿Necesita algo? El señor Infern no dejó instrucciones al respecto, pero nosotros...

—¿Dónde estoy?

—En la *suite* del señor Infern, señorita Dalca. En el hotel Ritz...

—¿El Ritz? —Eso explicaba muchas cosas. ¿De verdad?—. ¿Puede pasarme con la policía, por favor?

Silencio al otro lado de la línea. Al recepcionista se le tuvieron que poner los huevos de corbata. ¿Darle opción a la chica que había llevado Ángel a su habitación para que pudiera denunciarlo? ¿Y con qué motivo? ¿Y las represalias luego del señor Infern?

Después de todo, la policía había ido y se había marchado. A ese hombre nunca le pasaba nada. Nadie lograba acusarlo de nada. Era como si se tratara del perfecto ciudadano modelo a seguir.

—Señorita..., ¿está segura?

Jovanka no entendió la pregunta.

Cierto era que no había pensado hasta ese momento en denunciar nada. En verdad no sabía qué quería denunciar. Seguía confusa por todo lo que le había pasado, pero estaba claro que no podía quedarse sin más encerrada en una habitación, aunque no tuviera a dónde ir. ¡Era de locos!

—¿Segura de qué? ¿Puede alguien abrirme la puerta, por favor? No tengo forma de salir de aquí.

—Eso... me temo que no va a poder ser posible, señorita —respondió el otro a punto del colapso. Sudaba profusamente en la recepción—. Si desea llamar a la policía... solo tiene que marcar el cero y luego el número de teléfono. Seguro que lo encuentra en el directorio.

—¡Por favor! Necesito ayuda. ¿Me han secuestrado? ¡No sé quién es ese hombre! —De pronto el cerebro de Jovanka empezaba a funcionar con normalidad. Si antes no había sentido miedo de pronto había entrado en pánico. Miró a su alrededor y luego sobre la mesa en busca de ese maldito directorio—. —¿Cuál es el número? ¿No piensa ayudarme?

—Lo siento, señorita —le dijo él a modo de despedida. Le daba mucha pena la chica, pero más pena le daba convertirse en el punto de mira del señor Infern. Nadie osaría contradecirlo después de todo lo que había pasado en el hotel—. Espero que disfrute mucho de su estancia y que pueda hablar con don Ángel en cuanto regrese a su habitación. Es un hombre muy... razonable.

No, sonó a mentira. Ambos lo supieron.

—¡Espere, espere! —Pero ya no había nadie al otro lado de la línea.

Jovanka golpeó el teléfono al colgar y buscó a su alrededor la maldita agenda con los números. Encontró el de la policía y descolgó nuevamente. Pero no había ya línea. ¡Ese cabrón le había cortado el teléfono para que no pudiera llamar! Desesperada se puso a dar vueltas en busca de otro teléfono, pero todos estaban iguales. Ninguno daba señal. Llegó hasta la primera ventana, pero al intentar abrirla para gritar la encontró cerrada. Todas se le resistieron. Se dejó caer contra la pared, pensando en si sería capaz de lanzar una de las sillas para romper el cristal.

Se llevó las manos a la cara, espantada.

Sí, todo podía empeorar, siempre.

Abajo, en recepción, el chico se maldijo por ser un cobarde y no ayudar a la muchacha. Pero una mano se posó en su hombro y se lo palmeó un par de veces.

—Bien hecho —le aseguró Ángel que acababa de llegar al hotel—. Muchas

gracias por sus servicios.

Y se dirigió al ascensor.

Pobre chica, pensó el recepcionista.

«El infierno puede ser divertido si estás con el demonio correcto».

—Por favor, no me haga daño.

Buen recibimiento para Ángel nada más abrir la puerta de la habitación. De todos modos, el demonio no se llevó ninguna sorpresa. Ya sabía que Jovanka estaba dando vueltas por todas partes buscando su mochila, luego una forma de salir de la habitación y posteriormente una manera de llamar a la policía. Por ello había pedido que le acercaran el coche a la entrada del club, volviendo a saltarse la rutina establecida. Llegó en un santiamén al hotel y encontró al recepcionista a punto del colapso, hablando con su «invitada». Al verlo entrar en la recepción casi se desmaya, pero consiguió mantener la compostura y resolver la pequeña crisis sin entrar en pánico, por lo que Ángel pensó que se merecía una recompensa.

Ya decidiría cuál.

—Eras tú la que ayer pensaba solo en quitarse de en medio y acabar con su sufrimiento —le dijo Ángel acercando una silla hasta ponerla frente a ella—. Yo fui quien te salvó la vida, no lo olvides. Al parecer huías de tu hermano o algo así y saliste a la carretera, no te diste cuenta de que yo iba en el carril que cruzabas e hice todo lo posible por no llevarte por delante. Aun así, te golpeé en la frenada. Quedaste encima del capó, aunque por suerte no volaste por los aires. Me lo has abollado, por cierto...

«Pues vas listo si piensas que voy a poder pagarte la reparación. No tengo donde caerme muerta».

—Y, no, no estoy pensando en que me pagues nada —soltó resuelto él, sin pararse mucho a pensar si podía asustar a Jovanka con esa frase. Después de todo, era normal que ella lo pensara y que él lo supusiera. No había nada de sobrenatural ahí, aunque Ángel hubiera escuchado perfectamente sus pensamientos. Ella era una chica joven con pinta de no tener demasiados recursos económicos por la ropa que llevaba y él... ¡él se hospedaba desde hacía un año en el Ritz!—. Solo te informaba sobre lo que pasó ayer y de por qué estás aquí. Nada más.

A Jovanka le tembló el labio, pero razonó después de un momento. No, ese tipo no le estaba leyendo la mente. Estaba claro que ella no podría pagar ni

una sola noche en el Hotel Ritz, cuanto menos, una reparación del coche que podía calzarse ese tipo de la barba perfecta y la corbata más perfecta todavía. Podía decirse que le tenía miedo..., pero más miedo le tenía a su vida, así que había decidido que los temores de uno en uno. Si no la iba a matar..., ¿la iba a violar? No podría ser peor que lo que había vivido con su tío.

«Mira, Ángel. Piensa que no puedes ser peor que un humano. Animalito...».

«Es difícil ser peor que un humano, no te creas. Son muy retorcidos cuando quieren».

«¡Déjate de coñas! ¿Qué piensas hacer?».

«Algo que no te esperas».

«¿La vas a dejar vivir?».

«Mejor... La voy a ayudar».

Por una vez me quedé sin palabras.

Observé la escena. Ángel sentado en la silla frente a la chica. Jovanka encogida en el suelo junto a la pared. Ciertamente podría haber pasado por su padre, regañándola por un examen suspendido. O por un embarazo no deseado. ¡Mira, seguro que podía ejercer de padre en eso!

«Muy gracioso...».

Ángel le sostuvo la mirada de forma tranquila, tratando de dominar todos y cada uno de sus músculos para que ninguno pudiera hacer un gesto que asustara más a la muchacha. Ya la veía bastante abatida. Se apartó un mechón de pelo de la cara y alzó un poco la cabeza, mostrando su rostro casi por primera vez. Sí, se podía considerar que era guapa. Salvaje, con un punto rebelde que no pegaba nada con su historial. Una chispa de ganas de vivir sepultada debajo de mucha mierda. Mirada dura, labios fruncidos en un intento de... ¿sonrisa? No, creo que más bien quería evitar el llanto.

—No huía de mi hermano —confesó de pronto la chica—. Lo hacía de... la policía.

—No puedo imaginarme el motivo para huir de ellos si no has hecho nada malo.

Ángel se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas. Cruzó las manos bajo su barbilla y se quedó esperando a que Jovanka le diera más información. Pero ya la tenía. Se había metido en su cabeza y registraba todos y cada uno de los recuerdos y sensaciones de la chica. Todas las piezas del puzle terminaron encajando y el demonio fue capaz de entender a Jovanka hasta sus últimas consecuencias. Las que la habían llevado a estar atrapada en una habitación con un completo desconocido que había pensado si no sería más piadoso matarla.

—A veces es mejor mantenerlos a un lado —respondió, como si con eso ya estuviera diciendo demasiado. La pobre ni se imaginaba que ya Ángel la tenía

calada—. Mi hermano solo me dio un bofetón. Por eso no iba a denunciarlo.

—Pues hay mujeres que lo harían... —comentó el otro tratando de posicionarse en los tiempos que corrían y no en los que había vivido. Las mujeres podían elegir, votar, trabajar y abortar. Las mujeres eran humanos con derechos. Eso lo complicaba todo para nosotros.

—Quizá yo me lo mereciera.

Ángel estuvo a punto de decir que era una posibilidad, pero si pensaba como un hombre del siglo veintiuno no podía ser esa su respuesta. Y menos si lo que quería era ayudarla. ¡Dios sabe por qué! ¿Es eso, Señor? ¿Te has llevado a mi demonio al lado claro de la fuerza? ¿Tanto me odias, Padre mío?

«Mira que eres payaso».

—No sé lo que le habrás hecho a tu hermano, pero dudo muchísimo que justifique que te pegara y sacara una navaja. ¿Vas a llamar a la policía?

—¿Para qué? —preguntó con miedo.

—Para denunciarlo. O al padre de tu criatura. O... a mí.

Se sostuvieron nuevamente la mirada. Ángel la estaba probando. Era interesante verlo sopesar las posibles respuestas humanas de la muchacha antes de que se produjeran.

—No serviría de nada denunciar a ninguno de los tres. Incluso a usted seguro que lo encontrarían inocente. Dirían que yo andaba buscando una indemnización por el atropello. O me acusarían de intentar abortar de forma ilegal. Hubo un tiempo en el que eso de arrojarse delante de los coches caros se puso de moda.

—¿Te habría gustado que pasara?

—¿El qué?

Un segundo de silencio.

—Perder... perder el bebé.

Ángel dudó entre los posibles términos que podía utilizar para el ente que crecía en el interior de la chica. De todos, bebé fue el que le pareció más adecuado. Yo habría usado uno mucho menos diplomático, pero ya se sabe que yo no estaba en la conversación y era mejor mantenerme al margen.

Jovanka miró hacia otro lado, evitando responder.

—¿Qué quieres hacer?

—Creo que es la primera persona que me pregunta eso y no me impone su criterio en el asunto —le reconoció esbozando algo que se parecía mucho a una sonrisa de agradecimiento.

—Mi criterio como futura madre sería nefasto, créeme.

A la muchacha se le escapó una sonrisa más abierta. Punto para el demonio encantador.

—Quiero llamar a mi amiga y decirle que estoy bien. Me imagino que estará muy asustada.

Ángel asintió. Se levantó y caminó hacia la puerta. Junto a la entrada había dejado la mochila de Jovanka que se había quedado olvidada en el coche el día anterior. El demonio, que había estado vigilando los pensamientos de la joven, supuso que era mejor subir la pequeña maleta a deshacerse de ella en cualquier contenedor de la calle. Podía ser considerado como una pista en su contra y no estaba de humor para seguir matando policías. Después de todo, ¿qué podía ir mal? Si intentaba hacer cualquier cosa rara con el móvil siempre podía ordenarle que se detuviera. Y todo el mundo lo obedecía. Sin excepción.

Le entregó la mochila a la chica y esta se lo agradeció con un movimiento de cabeza. Buscó en el interior y encontró su teléfono apagado. Por suerte, ni siquiera la pantalla había sufrido ningún tipo de daño en el accidente. Cuando lo encendió e intentó hacer la llamada se dio cuenta de que le habían cortado la línea. Seguramente habrían sido sus padres, pensó, que ya no se verían en la obligación de pagar la factura y la habrían cancelado. Así que se quedaba sin dinero e incomunicada.

—Puedes usar aquel, si quieres —le ofreció Ángel señalando el teléfono que reposaba sobre el mueble, cerca de la entrada.

Ambos miraron el aparato, pero con sensaciones muy diferentes.

—No funciona —comentó ella, como si no pensara que él fuera el culpable de ello—. Creo que alguien que le tiene mucho aprecio me cortó también la línea para que no llamara a la policía.

Ángel sonrió como si se estuviera enterando en ese preciso momento de la historia. Fingía muy bien..., menos los orgasmos. Es más, los orgasmos nadie debiera fingirlos, y un demonio... menos.

—Más bien... creo que la respuesta es que me tiene bastante miedo... a mí.

—No se anda con eufemismos —murmuró tragando saliva.

—¿Para qué? También te doy miedo. Ese es el sentimiento que despierto en la mayoría de la gente —soltó como si tal cosa. Asumir ese tipo de temas era revitalizador—. Me habría gustado pensar que era respeto, pero no. Dejé de engañarme hace tiempo. Las personas me temen, al igual que me temes tú. Pero el temor deriva en respeto y acepto que se llegue a él por alguna vía. Aunque no sea la que mejor se valora.

Ángel se levantó, sacó del bolsillo interior de la chaqueta su móvil y sin

pensárselo mucho se lo ofreció a la muchacha. Ella corrió a hacerse con él antes de que cambiara de opinión, aunque también le temblaron las manos cuando imaginó lo que tendría que pagar si también acababa rompiéndolo. Todo en ese hombre era tremendamente caro.

Usó su propio teléfono para buscar el número de Aryma, ya que no se lo sabía de memoria, y lo marcó. Su amiga contestó al cuarto tono.

—¿Diga? —La voz de Aryma sonó muy alterada. No estaba acostumbrada que la llamaran números desconocidos a esas horas y se imaginó lo peor.

—Soy yo, Ary. Estoy...

—¡Jo! ¿Dónde estás? ¿Estás bien? No pudimos...

Aryma la interrumpió cada vez que quiso ofrecer algo de información. Sí, estaba bien, pero... Sí, era todo muy raro, pero... Sí, estaba con el tipo que la había atropellado...

—Tenía pinta de mafioso, Jo. ¿Por qué no vuelves a casa? Estamos todos muy preocupados.

Jovanka miró a Ángel. No le había quitado los ojos de encima, aunque estuviera mal visto no ofrecer un poco de intimidad a su invitada. Seguía con atención la conversación, intentando localizar el punto de la ciudad donde se encontraba la amiga de Jovanka. Le costaba eso de conseguir geolocalizar a la gente a largas distancias. Y menos si no les había leído mucho la mente antes. A Ángel le gustaba ser demonio, pero a veces era difícil.

La chica dudó un momento.

—No puedo volver. Ya viste lo que pasó con Ale. No quiero ni pensar...

—Eso no va a volver a suceder porque vamos a ir a la policía y vamos a denunciar a tu jodido hermano...

Otra vez imponiendo órdenes. Ahí estaba la Jovanka molesta con el mundo.

—No sé lo que voy a hacer —le soltó incómoda.

—¿Cómo que...? Jo, deja de decir idioteces. Casi te mata un coche tras salir huyendo de tu hermano.

—No, casi me mata un coche por salir huyendo de la policía. ¡Odio que me digan lo que tengo que hacer! Llevo obedeciendo órdenes desde que nací. ¡Para ya!

—¿Y qué quieres que haga si te comportas como una niña pequeña?

Jovanka estuvo a punto de colgar, pero se contuvo. Sabía que Aryma la apreciaba y que no lo estaba haciendo con maldad. De veras creía que así la estaba ayudando. Ángel observó con atención todas las dudas que surcaron su rostro en unos segundos.

—Lo siento, Ary. No voy a volver. Al menos..., no de momento. Dales las gracias a tus padres y diles que estoy bien. En cuanto pueda pasaré a buscar mis cosas y te devolveré la ropa.

—¡Pero..., Jo! ¿Qué piensas hacer? ¿Qué...?

—De verdad que no puedo, Ary. No puedo seguir con esto. Estaré bien. Tranquila. Volveremos a vernos pronto.

Jovanka colgó el teléfono sabiendo que quizá estaba faltando mucho a la verdad a su amiga. Después de todo no sabía todavía si iba a salir viva de esa habitación de hotel donde la habían encerrado. Y, en vez de usar el teléfono para llamar a la policía..., se lo devolvió a mi demonio favorito.

Ángel lo volvió a meter en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Tienes hambre?

—He comido bastante, gracias.

—¿Qué quieres hacer?

Ángel aprendía rápido con las humanas. Y con esa a la que leía... era sencillo.

—Necesito una ducha.

«Solo me queda un demonio en un hombro porque se ha cortado las venas el ángel que había en el otro».

El Chojin

El demonio se fue directo a su habitación mientras que Jovanka usaba el baño de cortesía.

Ángel pensó en ofrecerle el suyo, enorme donde los hubiera —el baño, aunque también tenía enormes otras cosas—, pero imaginó que se encontraría más cómoda cuanto más alejada estuviera de él a la hora de desnudarse. La sintió pasar el fechillo nada más cerrar la puerta. Y también supo que colocó la banqueta contra ella, como si con eso fuera a poder evitar que alguien entrara allí. Él dejó asomar una sonrisa a su rostro y perdió la vista dejándola vagar sobre la pared empapelada mientras escuchaba a la chica desvestirse y abrir el grifo del agua caliente. Pudo escuchar, incluso, el vapor del agua al flotar en el aire denso del cuarto de baño.

Como de costumbre, se quitó la chaqueta, la corbata, los gemelos y la camisa como un ritual, dejando el torso al descubierto. Los tatuajes danzaron por su piel y las marcas donde habían estado sus alas se estiraron al retorcer la espalda, recolocando las vértebras. La línea del pantalón quedaba perfecta sobre sus caderas morenas. Se quitó el cinturón, pero no desabrochó la bragueta, como si pensara que un mínimo de pudor era necesario teniendo invitados en su habitación. Miró por la ventana que dominaba la calle y dejó escapar el aire lentamente.

Se sirvió después una copa y se encendió un puro.

Jovanka salió al cabo de veinte minutos, con la misma ropa que había llegado. Estaba arrugada y sucia tras el atropello. Tenía incluso manchas de sangre que desde luego ayudaban bien poco a que su aspecto luciera fresco después de la ducha. A pesar de que se había cepillado el cabello negro, las ojeras afeaban el rostro de la muchacha. Pero era guapa, sin duda. Algo desgarrada, quizá, pero seguramente por lo intimidada que estaba. No se podía una erguir sobre las puntas de los pies cuando tenías delante a un

hombre como Ángel, sin camisa... y lleno de extraños tatuajes. También era complicado colocar los hombros si no sabías si te apetecía mirar al frente o a tus propios zapatos.

Jovanka se permitió mirarlo un instante. Y luego se convirtió en dos instantes. Era muy difícil apartar la vista de su cuerpo, esbelto y perfecto salvo por las cicatrices. Aunque esas... también lo eran.

Le costó apartar los ojos, a pesar de que supiera que lo peor que podía hacer era mirarlo de forma tan descarada. Nadie en su sano juicio se atrevería a dejar ver que sentía atracción por una persona que la tenía retenida en una habitación cerrada. Y sin estar encerrada tampoco. A ella no le habían enseñado eso sus padres. Había aprendido a agachar la mirada, a respetar, a ser complaciente. La habían preparado para el matrimonio desde su más tierna infancia; aunque de tierna, su infancia, tenía más bien poco.

Nunca había deseado a un hombre. No sabía lo que era. Había aprendido que eso estaba mal, que solo podía tener ojos para su prometido y que los placeres del cuerpo solo le estaban permitidos cuando su esposo tuviera a bien concedérselos.

Y claro que se había enamorado de adolescente de esos actores y cantantes que salían en la tele. Los veía y suspiraba, como toda hija de vecina. Y se le encendía un fuego en el bajo vientre que tuvo que aprender a manejar sola, en la intimidad de su cuarto, como cualquier otra chica de su edad. Pero jamás miró a un chico de su clase con deseo. Nunca se atrevió a permitir que esos sentimientos pudieran aflorar e instaurarse en ella. Estaba prometida. Era una falta de respeto hacia su futuro marido lo de desear a un hombre... que pudiera sentir lo mismo por ella.

Los de la tele no contaban. Esos en la vida sabrían que existía.

Pero aquel hombre... Ángel era diferente.

Quizá, pensó, no se debía a que lo fuera, sino que ella había cambiado. Después de todo, todo su mundo había dado un giro inesperado y se habían venido abajo sus planes de futuro. ¿De qué servía que no quisiera saber nada de los hombres cuando uno había destrozado su vida y veía muy difícil poder encauzarla? ¿Qué mal podía hacer que se le fueran los ojos al físico de un tipo que resultaba tremendamente deseable?

Irresistible.

Jovanka se debatía entre el sentimiento de saber que no era propio de ella y la necesidad de normalizar las cosas. Pero por muy atrayente que le resultara Ángel no dejaba de repetirse que era demasiado mayor. ¡Incluso más que su

prometido! Tenía cuarenta y pico... ¿o cincuenta? y lo había encontrado viejo. ¿Cómo podía estar mirando a aquel hombre y pensar que era el tipo más deseable de la galaxia?

Porque no he mirado a muchos a la cara, se dijo, y se convenció de que ese era el motivo.

Era al primero que realmente veía y miraba sin pudor ni vergüenza. Vale, sí que los tenía, aun así, no conseguía apartar la vista. Era embriagador, desde su olor a la calidez que despertaba en su cuerpo, pasando por la intensidad con la que la miraba.

Pero era jodidamente mayor.

«Sí, hermano. También te considera viejo».

Ángel también estaba leyendo el pensamiento de la muchacha mientras se observaban detenidamente. Y claro, ante eso..., regañó el gesto. No se lo esperaba.

«Eso es porque no me ha visto sin pantalones».

«Ya, lo que le faltaba a la chica es que te desnudaras. Quiero ver cómo lo haces».

Pero, claro estaba, eso no iba a pasar. Si algo había aprendido de Ángel era que si se proponía algo lo mantenía, y se había propuesto por algún extraño motivo defender a capa y espada a aquella chica.

«Te vuelves a equivocar...».

Me recosté en mi asiento y me dispuse a observar, francamente intrigado. ¿Me equivocaba? ¿Qué estaba a punto de pasar en esa habitación?

Ángel se acercó a Jovanka con paso lento, pero decidido. Tensó los brazos y cerró los puños a un escaso metro de la chica. Ella fue a poner un pie atrás para retirarse. Recordaba perfectamente cada uno de los intentos de su tío a la hora de acosarla antes de aquella primera fatídica tarde en la que no pudo quitárselo de encima. Y, aunque la mirada de Ángel era diferente, la consideró igualmente amenazadora.

«Ni se te ocurra alejarte».

Jovanka lo escuchó perfectamente en su cabeza, aunque se dijo a sí misma que era fruto de su mente alterada. Él no había movido los labios ni un milímetro y, aunque no sonreía, tampoco tenía un gesto serio en los labios. Era algo... ¿sensual? Entendía tan poco de la erótica de las personas que no supo distinguirla.

Pero la excitaba.

Estaba en el bote.

Y Ángel solo había tenido que quitarse la camisa y mirarla con esas llamas de Infierno ardiendo en ellos. Se la iba a follar a base de bien y yo estaba en

primera fila para disfrutar del espectáculo.

Jovanka tembló, pensando en lo que vendría a continuación. Los ojos de Ángel se clavaron en ella, exigentes, y la chica se mordió el labio inferior con apetito. Uno que no había sentido en la vida. Por primera vez estaba pensando en sexo con un hombre y no se sentía mal por ello. Estaba deseosa de unir sus labios a los de Ángel y saber por qué sus amigas se derretían desde hacía años por esa experiencia. Para ella, que había tenido que soportar los lametones y mordiscos de Olaf, sentir placer por unos labios traviesos era sobrecogedor.

Ángel alargó la mano y la sujetó por la nuca, atrayendo un poco su cuerpo femenino. Jovanka no opuso resistencia. Entreabrió los labios y jadeó, y a la vez miles de recuerdos y miedos cruzaron su mente como estrellas fugaces. Recordó a su prometido, a su hermano, a su padre, a su tío... Todos hombres que le daban miedo y que la habían mantenido sumida en la más profunda oscuridad durante sus años de vida.

Ángel sintió cada uno de sus miedos al adentrarse en su mente y entrecerró los ojos. Tiró de Jovanka y acercó la cabeza a la suya.

Ella se perdió en el gesto, se rindió a él sin preguntarse por qué lo hacía. Extrañamente, Ángel solo le había pedido que no huyera, no que no lo rechazara. Y no era que no lo tuviera pensado, porque lo tenía..., pero visto lo visto no le iba a hacer falta.

Estaba aceptando al demonio sin obligación.

Una conquista fácil. Una chica sin experiencia. Una mujer sin nada que perder y... nada que ganar, tampoco.

Él abrió la boca y casi enseñó los dientes. Sus colmillos blancos lucieron amenazantes como si en vez de un beso tuviera la intención de hincarle el diente. Jovanka se humedeció los labios y jadeó. Se aferró a sus hombros cuando lo tuvo a unos centímetros de distancia.

Pero entonces Ángel se detuvo. En seco. Respirando el aire que exhalaba la joven de forma agitada.

Él también lo hacía. Extrañamente, respiraba como ella, embravecido.

Le tiró del pelo e hizo que extendiera más el cuello, ofreciéndose por entera. No se resistió. Tampoco entendía muy bien el motivo.

Y la soltó bruscamente, haciendo que casi perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por el pelo cano hasta unirlas en la parte de atrás, mientras la miraba. Acababa de abrir los ojos y lo contemplaba. Ángel se giró, gruñó y dio dos pasos alejándose de ella.

Sus tatuajes se revelaron y se movieron en su espalda, molestos por la falta

de contacto con la piel femenina. Les habría encantado eso de bailar al son de las embestidas. Es más, quizá se hubieran permitido el lujo de cambiar de piel... y pasar a la de ella.

Entonces Jovanka se desmayó.

«A Dios de rodillas, al rey de pie, y al demonio en el canapé».

Pues eso.

Eso mismo.

Una mierda, vamos.

Cuando Jovanka abrió los ojos y pudo concentrarse en lo que había estado a punto de pasar se puso roja como un tomate. Pero, por suerte, nadie la vio porque Ángel ya no estaba allí. Había sacado una camisa limpia del armario, se la había puesto sobre los hombros y sin empezar a abrochar los botones había salido de la habitación, enfurecido. Cogió el ascensor y se dirigió al bar del hotel, donde los camareros parpadearon un par de veces al ver entrar al demonio con la camisa abierta y todos sus tatuajes expuestos. Eso no era normal que pasara en el Ritz. Nunca había aparecido nadie a medio vestir en el bar del hotel..., pero cualquiera le tosía a Ángel.

—Ponme un *whisky* sin hielo y deja aquí la botella.

Al camarero le tembló la mano al llevarla hacia la estantería donde los exponía. Pasó los dedos por las botellas, temiendo elegir uno al azar y equivocarse con la elección, pero tampoco tenía pistas sobre lo que le gustaba beber al señor Infern. Sabía que le subían muchas botellas y que las acababa todas.

Pensó que se estaba jugando el pellejo.

—Ese —le indicó Ángel de pronto, al ver que ponía un dedo sobre un Hakushu de veinticinco años y que al camarero parecía estar a punto de sufrir un ataque—. Me vale ese. Trae la botella.

El camarero asintió con miedo, pero consiguió llevar el *whisky* hasta la barra y luego servir razonablemente bien la copa. Dejó la botella a un lado y dudó entre apuntarla a la habitación del demonio o decir que corría a cargo del hotel. Normalmente Ángel no bebía delante de nadie salvo en su club.

—Te la voy a pagar en efectivo —le dijo el otro sacando del bolsillo lateral de su pantalón una cartera con más billetes de los que podía gastarse en un día.

El camarero ni se planteó que pareciera que le hubiera leído la mente.

Cogió el billete, ni se cercioró de que no fuera falso y depositó la vuelta en una delicada, pero anticuada bandeja. Sí, Ángel pensaba que todo aquel edificio necesitaba una buena remodelación, pero entendía que hubiera gente que disfrutara de lo clásico. Sin embargo, cuando precisamente lo clásico no se sabía dónde empezaba, y menos con los años que tenía Ángel, era complicado que se enamorara de algo con aspecto de...

«Sí. Dilo. Viejo».

Ángel le pegó el primer sorbo a la bebida.

«No me vengas con que te ha afectado, camarada»

«No. Sé lo que soy. Me afectan más... otras cosas».

Pero no conseguí entender qué era lo que le afectaba porque se cerró para mí y solo se centró en la bebida. Era bueno bloqueando sus pensamientos. Si todos aprendieran a hacer eso mi vida sería sumamente aburrida.

El camarero regresó con un plato de anchoas y unas tostas con foie. Eran las ocho de la mañana. Demasiado temprano para beber con el estómago vacío. Ángel agradeció el gesto y se entretuvo mirando el fondo del vaso, como si estuviera buscando respuestas en él. En la expresión de su cara se adivinaba que estaba contrariado, pero había aprendido a no hacer preguntas cuando la gente no quería dar respuestas.

¡Qué coño!

«Venga, cabrón. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no te la has pasado por el rabo?».

«Yo era uno de tantos que podía hacerle daño».

«¿Y te jode no ser el único?».

«Me jode que me tenga miedo por lo que le han hecho otros y no por lo que podría haberle hecho yo».

«No me convences. ¿Qué fue? ¿Se parece a una antigua novia muerta, a una hija perdida, a tu madre de joven? ¿No te puedes follar a alguien que se parece a tu madre? No me convences. Prueba a beber un poco más y seguimos hablando cuando estés borracho».

Pero el alcohol a un demonio no le afectaba tanto como a un humano, y eso ambos lo sabíamos. Era una forma elegante de abandonar una conversación sabiendo que si Ángel no quería soltar prenda no iba a hacerlo por más que me empeñara en ello. Y tenía cosas más interesantes que hacer que ver cómo se acababa esa botella tan cara de *whisky* japonés.

Por ejemplo..., fijarme en lo que hacía Jovanka.

En cuanto el demonio salió por la puerta la joven pudo reaccionar. Hasta ese momento podría decirse que fue como si le hubiera robado el cerebro, la voluntad o las dos cosas. En defensa de Ángel diré que él no hizo nada para sumir a Jovanka en ese estado de abandono. Ser él, quizá sí, aunque nada más. Pero siendo él ya arrebatada el sentido, llenándolo todo de deseo. La cordura

no era compatible con lo que el demonio despertaba en las mujeres y no iba a ser la muchacha una excepción. Y menos con su corta experiencia con los hombres. Que cualquier elemento con rabo entre las piernas —me refiero a la polla— era mejor espécimen que su tío.

Y Ángel tenía todos sus dientes perfectamente colocados.

Jovanka se dejó caer contra la pared y respiró entrecortadamente hasta que su corazón se tranquilizó. Se había visto teniendo sexo con ese tipo que podía ser su padre. ¡O su abuelo! Recordemos que en su familia eran más bien prematuros para según qué cosas, y ella no era madre aún de tres chiquillos porque los Servicios Sociales habían llegado a tiempo.

Pero a Ángel podría darle muchos niños...

—¡Gilipollas! Embarazada, pensando en sexo. Como si no hubiera tenido ya bastantes disgustos por culpa de...

A su cabeza acudió «las pollas», pero no lo pronunció. De sus labios salió débilmente «los penes» que sonó... penoso. Pero Jovanka no era de las chicas que se dedicaban a ir soltando palabrotas por ahí. No es que en su casa la hubieran educado sin ellas, pero había aprendido a quedarse con lo bueno de su hogar y a eliminar todo lo malo que podía. Y bueno..., bueno habría algo, ¿no?

No decía palabrotas porque su profesora de secundaria le había hecho ver que se le había brindado una oportunidad que no se le presentaba a todas las niñas de su condición. Se refería a no tener que casarse, abandonar los estudios y obedecer ciegamente a un marido que quisiera usarla como bien le pareciera. Y ya que disponía de un par de años de estudios por delante debía aprovecharlos.

Y lo había hecho.

Había sacado excelentes notas, había dejado atrás las cosas que no le aportaban nada y había centrado sus esfuerzos en poder tener un futuro sin marido aun sabiendo que no lo iba a necesitar. Si en aquel momento le hubieran dicho que se quedaría embarazada porque su tío se iba a dedicar a violarla y a hacerla sentir culpable por ello habría redoblado sus esfuerzos para terminar antes los estudios y tener una carrera con la que buscar un buen trabajo. Pero nadie se imagina que su vida va a cambiar tanto. Y ella esperaba estar casada como mucho a los veinticuatro, embarazada a los veinticinco y vuelta a embarazarse a los veintiséis. Una vez subida al carro de la maternidad tenía claro que su esposo le impondría un heredero varón. Y lo intentaría todas las veces que fueran necesarias hasta que se lo diera o ella reventara.

Los problemas económicos de su prometido lo habían atrasado todo.

Y ya no importaba.

Jovanka se levantó y fue otra vez hasta la puerta sabiendo que probablemente no iba a tener opción de escapar. Y, efectivamente, estaba cerrada y nadie respondió al otro lado. Tampoco había vuelto a funcionar el teléfono. Dios la había abandonado en las garras de un tipo que podía resultar ser mucho peor que su tío.

Pero, si era así, ¿por qué no la había tomado en aquel momento?

Yo me había perdido en su pensamiento de que Dios no estaba con ella y Jovanka ya se había dirigido al cuarto de baño nuevamente. Volvía a tener arcadas y a sentirse débil. El dolor del costado no había desaparecido y los movimientos bruscos tratando de huir de la habitación no ayudaban en nada.

Cuando consiguió dejar de vomitar regresó al salón y se derrumbó en el sofá. Cogió aire un par de veces, pero hasta respirar le molestaba, así que trató de evadirse de todo y centrar la cabeza sin hacer movimientos bruscos.

Y quiso pensar en cómo salir de allí con vida.

Estaba claro que ese hombre era peligroso. Incluso en la recepción del Ritz lo temían. Si fuera de otra manera nadie en su sano juicio habría desconectado el teléfono sin ofrecer ayuda cuando se pedía. Había cosas que no se le negaban a nadie.

El señor Infern era peligroso. Mucho.

Y tremendamente sexi.

Eso era más peligroso aún.

Estaba confundida y abrumada por la cantidad de emociones que se amontonaban de forma atropellada en su cabeza. No podía quitarse de la mente la sensación de estar metida en una jaula esperando a ser cazada. Era todo un juego. Aquel tipo tenía ganas de volverla loca y a la larga podría conseguirlo. Después de todo, jamás había experimentado unas ganas semejantes de dejarse hacer y que fuera lo que Dios quisiera.

¡Qué le gustaba a la gente mentar a Dios y no al diablo!

En este caso, sin duda alguna, lo apropiado habría sido decir algo así como lo que el demonio quisiera, pero quedaba feo atribuir nuestros actos al diablo.

Patético.

Jovanka estaba tratando de convencerse de que, aunque su captor y salvador fuera peligroso, no tenía nada que temer de él. Había visto algo en sus ojos que le decía que no debía preocuparse por su vida, pero costaba creerse sus palabras al ciento por ciento. Después de todo, no lo conocía y que la hubiera

salvado no quería decir que no fuera porque quisiera matarla de otra manera más... ¿espectacular? O dolorosa, o sanguinaria...

Cuando las mujeres se ponían a darle a la cabeza perdían toda la racionalidad.

Y me gustaba su forma de tranquilizarse y aterrorizarse al mismo tiempo.

Encantador.

Tratando de marcarse un plan... se rindió nuevamente al cansancio. ¿Y cómo se quedaba dormida, así como así, una persona que se creía secuestrada? Pues habiendo descansado de puta pena las últimas noches —y quien decía las últimas decía que llevaba sin dormir decentemente meses—, teniendo que recuperar fuerzas tras un accidente de coche y no pudiendo luchar contra las hormonas que, por su embarazo, la obligaban a dormir para ahorrar todas las energías posibles para el feto.

Sí, era raro que alguien no se dejara la voz gritando para que fueran a buscarla, pero de vez en cuando hasta se creía que el mejor sitio donde podía estar era esa habitación de hotel.

Y eso lo había conseguido Ángel en un momento.

Lo de conseguir que le vendieran el alma al diablo se le daba de fábula.

A veces... hasta se la regalaban.

«Cientos de infiernos y fui a caer en el suyo». Lucio Hernández

Ángel no apareció por la habitación hasta el día siguiente por la mañana. Y bastante tarde, por cierto. Pensó que debiera llamar al servicio de habitaciones para hacer que le llevaran algo de comer a su invitada, pero después de sopesarlo fríamente se dio cuenta de que cualquiera que entrara por aquella puerta podría dejar escapar a la muchacha.

A media tarde se preguntó si eso sería tan malo.

¿Por qué carajo la retenía?

Almorzó sin hambre en uno de esos restaurantes en los que los camareros esperaban propinas de treinta euros y se atrevió a pedir la hoja de reclamaciones aludiendo que el pescado estaba pasado.

Sí, malo malote. Ángel se me estaba ablandando en la tierra. Iba a tener que ir a rescatarlo porque en otras circunstancias habría dado buen uso a las espinas de su comida para castigar al camarero, al cocinero y al dueño del restaurante.

Llegó al club a las cuatro de la tarde y a esa hora solo esperaba encontrar allí al vigilante de seguridad. De milagro recordó que llevaba unas llaves de su negocio en la guantera del coche que dejó aparcado de cualquier manera en medio de la acera. ¡A esa hora! Sí, desafiando al peligro, con dos cojones. Salvó los metros que lo separaban de la fachada del club sin pararse a mirar a la cara a los viandantes que lo censuraron por ocupar parte de la acera con su deportivo en un horario tan poco apropiado, en las que las calles del centro de Madrid bullían de actividad. ¿Pero había alguno que no lo fuera en plena Gran Vía? Ni se dignó a devolverles la mirada. Le bastaba con saber que pensaban que era un desaprensivo y que se merecía un par de días de calabozo para alegrarle el día. Además, la mayoría tuvo la idea de llamar a la policía y lo cierto era que hacía tiempo que ningún miembro de ningún cuerpo de seguridad o justicia se pasaba por su club, así que le apeteció mucho el enfrentamiento.

Sí, estaba buscando camorra.

Habría sido más fácil que aparecieran si les prendía fuego a unos cuantos peatones, pero matar por matar no le estaba gustando demasiado por lo que había entendido.

Fue a soltar un «¿qué cojones miras?» para seguir incitando la denuncia, pero ya una señora de unos cincuenta años había echado mano de su móvil y estaba marcando, así que no merecía ni la pena molestarse. Procrastinar era muy de demonio. ¿Se atreverían a aparecer cuando les dijeran la dirección? Tenía ganas de comprobarlo.

El vigilante se sobresaltó cuando Ángel abrió a puerta. Sacó la porra, pero también la pistola que llevaba escondida y para la que no tenía permiso. Siempre había pensado que era mejor matar a alguien que desilusionar al jefe, por lo que prefería la cárcel por tenencia indebida de armas y homicidio dudosamente involuntario que morir a manos de «don Diablo» —se lo habían tomado en serio y casi todos lo llamaban así— y que nunca apareciera su cadáver.

O que apareciera en muy mal estado.

Su familia era cristiana y de los que velaban el cuerpo durante el tiempo que les permitieran, a tapa abierta, para luego dedicar el más sentido de los entierros. Su madre no se merecía eso de no poder dar santa sepultura a su hijo, aunque al final no hubiera resultado ser lo que se decía un santo.

No le apuntó a la cabeza..., pero de milagro.

El demonio no le dirigió ni la más corta de las miradas.

—Veo que te tomas en serio tu trabajo —le dijo Ángel cerrando la puerta tras de sí. Había hecho bastante ruido a la hora de entrar en el local porque no se apañaba con las llaves. Nunca había tenido la necesidad de ser él quien abriera y se notaba que no sabía cuál de las que llevaba en el manajo era la que entraba en la cerradura—. Suelta el arma ahora mismo.

El tipo dejó caer la pistola después de ponerle el seguro, aunque a punto estuvo de no hacerlo. Se podría haber disparado con el golpe y vete a saber qué botella añeja habría reventado con una bala.

—No lo esperaba tan pronto, don Diablo —se excusó guardando también la porra y encendiendo las luces de la sala. Cuando estaba a solas prefería el silencio y la oscuridad. Ya bastante ruidoso y luminoso era aquel lugar cuando había clientes dentro como para no apreciar el cambio durante el día—. Pensé que alguien estaba tan loco como para atreverse a intentar llevarse la caja fuerte.

—Nadie es tan tonto. Y no tenemos caja fuerte.

Pero ambos sabían perfectamente que sí había. En el despacho de Ángel, a la vista de todos. Como los cuadros no estaban lo que se decían en su sitio había pensado que era una memez lo de poner uno para ocultarla. Ciertamente, sería el primer lugar donde se miraría. Y, ciertamente también, le apetecía mucho eso de llevar al límite de la tentación a cualquiera que osara poner sus ojos en ella.

Lo que pasaba era que en la caja de seguridad no guardaba dinero. Y también los dos lo sabían.

Solo uno de los dos podía asegurar que había visto el contenido de la caja. El otro... prefería no asomar las narices por allí. Ni tener constancia de nada.

Ángel se metió las llaves en el bolsillo de la chaqueta, desabrochó el botón y fue directamente hacia su despacho, echando una escueta mirada a su alrededor. Le gustaba ver el local vacío tanto como el bullicio que se expandía por todas sus estancias a partir de una determinada hora de la noche.

—Perdón, señor. ¿Y su coche...?

—Ahí lo he dejado —respondió el otro leyéndole la mente. Se desvió un momento para coger una de sus botellas preferidas. El día anterior había bebido mucho y no recordaba si había dejado suficiente alcohol en el mueblebar de la otra habitación.

—¿Quiere... quiere que lo aparque, señor? No tardo nada. No le dejaré mucho tiempo aquí solo. A esta hora dudo que alguien se atreva a traspasar esa puerta.

Ángel no supo si le hacía más gracia que el vigilante quisiera proteger a toda costa el coche para que no apareciera por allí la policía o que temiera que el demonio no supiera defenderse solo por si entraba un caco a robar. Vale, le hicieron igual gracia las dos. Es más, pensó que sería cómico que el maleante en cuestión usara su propio deportivo para una especie de alunizaje contra su puerta, en busca del preciado botín del demonio.

—Me parece bien dejarlo donde está.

—Pero el aparcacoches no llega hasta... —Miró su reloj reflejando preocupación—. Hasta dentro de un par de horas. Creo que alguien podría denunciar el coche.

—Con ello cuento.

Le tembló el ojo, pero no dijo nada más. No era él quien infringía la ley. Había tratado de alejar los problemas de la puerta de su jefe, pero si él no quería no iba a osar contradecirle. Como mucho, escondería la pipa por si hacían una inspección del local —si había huevos— y se quedaría a su lado.

Como había pensado ya en otras ocasiones, le temía más a su jefe que a la justicia.

Mientras tanto, Ángel se encerró en su despacho y se dejó caer en el chéster de cuero que presidía la estancia. No se molestó en servirse esa copa en la que había estado pensando o en encender el puro que le apetecía. Estaba algo cansado después de casi huir de su habitación y evitar eso de no aparecer por allí. Se había acostumbrado a descansar de día, aunque no durmiera, y le había resultado extraño no hacerlo porque hubiera alguien muy cerca de su cama que le hubiera sacado de sus casillas.

No sabía qué tenía.

No sabía si quería averiguarlo.

Ángel apoyó la cabeza en el respaldo y clavó la mirada en el techo. Había colgado decenas de cuadros en él, sin orden ni concierto y, aunque pocas veces los contemplaba, le gustaba saber que estaban allí arriba, a su disposición, egoístamente expuestos solo para su disfrute. Se había gastado una pequeña fortuna en unos cuantos y otros... sencillamente los había conseguido a la fuerza. Igual que la propiedad de su club.

Hacía tiempo que no mataba a nadie.

Pero tenía ganas, o quería volver a sentir las ganas de hacerlo. De ahí que hubiera ido provocando a diestro y siniestro. ¿Llegaría a hacerlo nuevamente si se presentaba la ocasión o se estaba convirtiendo en una especie de gelatina que se bamboleaba demasiado?

Llevaba más de un año viviendo en Madrid y, a pesar de haber viajado bastante, habían dejado de emocionarle las cosas. Se sumió en una especie de trance y dejó la mente abierta para que pudiera inspeccionarla, remover sus recuerdos y esas cosas que tenía metidas en sitios mucho más seguros que su caja fuerte. Quería que pudiera curiosear en su cabeza y fue toda una revelación para mí.

Echaba de menos necesitar comer, dormir o relacionarse con la gente. Lo mundano. Lo que convertía a los hombres en hombres. Disfrutaba de los excesos, de los placeres carnales, pero cada vez menos. Una copa de *whisky* era igual a otra, el humo de los habanos sabía siempre igual y se escapaba de la misma forma de entre sus labios. El sexo tenía el mismo olor cada vez... lo practicara con quien lo practicase.

No vivía mal.

En realidad, estaba bastante satisfecho con su decisión de abandonar Infierno e instalarse en la tierra. Imaginaba que todo en la vida era más o

menos así. La monotonía asaltaba a cualquiera como lo hacía con las parejas que se abandonaban a verlas venir. Ángel lo había conseguido todo nada más llegar, ya fuera por dinero, a la fuerza o porque resultaba demasiado atractivo como para negarle nada.

Se lamentaba de algunas cosas.

Tal vez habría debido ir más despacio en todo, abusar menos de lo que podía obtener sin esfuerzo y trabajar un poco para conseguir ser más... ¿empático?, ¿humano?, ¿normal? No estaba claro lo que sentía, porque su cabeza era un hervidero de pensamientos que se entremezclaban con pasiones apagadas. Nunca era tarde para empezar de cero, pero... era viejo. Se consideraba viejo. Y no por su aspecto, sino por la cantidad de pecados cometidos. Si la edad se medía en años él había perdido la cuenta.

No, no se veía levantando el campamento y marchando a cualquier otro sitio donde nadie lo conociera. Como le había dicho Diego, quizá debió aterrizar en algún país africano o en los árabes. Allí el respeto te lo daban casi sin esfuerzo por ser hombre y habría llamado menos la atención entre la opulencia de los jeques.

Daba igual.

Era mejor reorganizar sus ideas y entender lo que lo tenía desmotivado. No sería tan difícil mejorar ciertas cosas, ¿no? Tal vez cambiar de hotel, buscar algo en las afueras. Comprar un coche que pasara un poco más desapercibido y dejar de rondar en el club como si no tuviera otra cosa mejor que hacer.

Escribir un libro con sus memorias.

Obligar a una gran editorial a contar su verdad y a promocionarlo como si les fuera la vida en ello...

Porque les iba.

O, tal vez, solo tratar de no conseguir todo lo que se le antojaba. Dejar que el libre albedrío se extendiera por doquier y dejarse sorprender.

—Tengo un plan —dijo de pronto cantando la canción de Leiva—. Salir corriendo hasta que todo se arregle.

Me guiñó un ojo.

Ángel no era feliz, pero no lo era menos que viviendo en Infierno. Sonreía porque, por lo poco que conocía a ese demonio, sabía que nunca saldría corriendo a ninguna parte. Pero era gracioso saber que le quedaba sentido del humor después de estar tan descontento con todo.

Ya vendrían tiempos mejores. Tiempo era lo que más nos sobraba.

El demonio miró hacia su reproductor de música y empezó a sonar *Don*

Diablo. Elevó el volumen y dejó que la canción retumbara, como si con eso pretendiera apartar sus pensamientos y a mí de ellos. Se encendió un puro y se sirvió una copa.

Y dedicó un mísero momento a pensar en Jovanka.

Luego, escuchó a su vigilante de seguridad acercarse a la puerta, dudando en si molestarlo o no. Había llegado la policía. Sonrió, dejó la comodidad de su chéster atrás y tras levantarse se colocó la chaqueta en su sitio, abrochándose el botón.

Volvió a apoderarse de su habano y su copa.

El vigilante seguía lleno de dudas al otro lado de la puerta. Le daba un miedo atroz dar la noticia.

—Menos mal. Empezaba a aburrirme soberanamente.

«La mejor artimaña del diablo es hacerle creer a todo el mundo que él no existe».

Y así se organizó Ángel la semana durante los días que vinieron. Llegaba por la mañana a la habitación, pedía comida para todo el día y dejaba a Jovanka sola casi todo el tiempo. También le encargó a uno de sus asistentes que le comprara algo de ropa en talla pequeña, informal. Variada, juvenil, nada llamativo.

Ángel no quería pensar en ella como en una mujer, sino como en una niña que de pronto tuviera a cargo. Le desesperaba pensar en ella de otra manera. Dejémoslo en que eran cosas de demonios. Raros. Muy raros. De esos para diseccionar.

Jovanka se lo agradeció todo, apagada. Se había sumido en una especie de depresión y apenas se comunicó durante esa semana. No intentó huir, pensando que era peor el remedio que la enfermedad. Tampoco creyó que le vendría bien intentar tener más trato con su «captor» ya que le parecía un hombre seco y poco dispuesto a querer saber cómo había pasado el día. Ni nada de ella en general. A decir verdad, tenía la inquietante sensación de que a Ángel no le hacía falta preguntar nada... porque sencillamente ya lo sabía todo.

Se bañaba a diario, encendía la tele para escuchar el sonido de la voz de alguien y leía todo lo que caía en sus manos, que era bastante poco. Ángel siempre dejaba el periódico por allí tras leerlo, pero la mitad de las noticias se le antojaban aburridas y, la otra mitad..., incomprensibles. Así que, sin saber muy bien el motivo, regresó a sus apuntes, a los libros que llevaba en la mochila, a hacer como si eso de estudiar le fuera a servir para algo.

Normalizar la situación. Un recurso para evadirse como otro cualquiera. A mí me habría dado por masturbarme como un mono para descargar frustraciones y estrés. Pero si ella prefería estudiar...

El sexto día encontró que, junto con el carro del desayuno, le subían también una bolsa con una docena de libros. Varios de psicología.

Ángel le daba miedo.

Había empezado a dárselo desde el principio, pero la sensación había ido en aumento y ya no podía negarla, reprimirla o disfrazarla con otro nombre.

No sabía cómo se enteraba de todo, pero lo hacía. Era como si hubiera caído en sus manos una especie de diario que nunca escribió y se lo hubiera estudiado a conciencia. Obsesivamente. El color para la ropa, sus platos preferidos, sus estudios, sus ansias y deseos... Pero era mucho más complejo que eso. Se mantenía callado cuando sabía que ella no quería hablar y la miraba detenidamente cuando estaba a punto de decir algo, expectante, por si al final se atrevía.

Casi nunca lo hacía.

Pero él... la miraba.

Y, luego, desaparecía.

Se planteó el hecho de tener vigilancia dentro de la habitación. Pensó que quizá podría haber instalado cámaras y micrófonos por todas partes y que le hubiera dado por hablar en sueños, o en pesadillas, donde desvelaba todo lo que le pasaba por la cabeza. Cualquier idea era menos descabellada que la que se empeñaba en negarse a sí misma y que aún no estaba preparada para aceptar.

Nadie lo estaba.

Pero el tiempo pasó y le hizo bien. Seis largos días haciendo... nada. Seis largos días que le sirvieron como toda una vida: para conocerse, para aceptarse, para asumir lo que le había pasado y perdonarse. Para decidir lo que quería hacer. Seis días en los que solo existió ella y poco más. Seis días en los que trabajó interiormente como si se estuviera tratando a sí misma en su propia consulta privada, esa que jamás llegaría a abrir por falta de recursos o... por falta de tiempo. Nadie sabía qué le deparaba el futuro y el suyo no era demasiado halagüeño.

Seis días en los que ordenó sus ideas y tomó decisiones. En las que echó de menos cosas y dijo adiós en silencio a otras.

Al séptimo día... no descansó. Eso solo se lo podían permitir los seres sobrenaturales. Dios, sin ir más lejos. Y ella no lo era en absoluto. Una humana común y corriente con sus desgracias a cuestas, como la mayoría, pero sin nada excepcional.

Me aburrí enormemente observando a ambos de forma distraída, mientras además me empeñé en ir conociendo a otras personas de sus círculos cercanos... por si las moscas. Las moscas siempre volaban alrededor de la mierda y allí había mucha. Y no precisamente enterrada.

Pero ese séptimo día barruntaba diferente. No porque mi señor padre hubiera descansado y ella no supiera hacerlo, ya fuera por ser mujer y debido a ello incapaz de desconectar el cerebro o porque a los humanos eso de no hacer nada les quedaba enormemente grande.

Ángel también lo supo.

Cuando el demonio entró a la primera habitación encontró todo mucho más recogido de lo habitual. No por nada había tenido que prescindir del servicio de habitaciones para que Jovanka no escapara en cuanto se abriera la puerta y él jamás se había planteado eso de hacer una cama o recoger el cuarto de baño. Lo del servicio de habitaciones era un *inventaco* de la hostia y, quien pensara lo contrario, iba a necesitar pronto los servicios profesionales de Jovanka si alguna vez lograba terminar la carrera de Psicología.

Jovanka estaba sentada en un cojín delante de la puerta de entrada a las seis y media de la mañana. Había dormido poco, pero se encontraba mucho mejor después de esa semana de aislamiento. Le dolía aún el costado, pero mucho menos gracias al reposo. Sabía que una fractura de costilla solo necesitaba eso, así que había decidido concederse ese tiempo. También sentía mucho mejor la pierna y, aunque seguía usando las muletas, se había convencido a sí misma de que en breve dejaría de buscarlas para desplazarse a cualquier parte. De la misma manera, se había acostumbrado a las náuseas, aunque no le gustaban, y había aprendido a comer mejor para no sentir ganas de vomitar constantemente. Jovanka era una mujer lista y se recordó a sí misma que había ido ganando tiempo en cada una de las facetas de su vida, postergando las cosas que siempre la habían amenazado.

Ángel era otra de esas cosas.

Solo había que ponerse en marcha y descubrir qué papel era el que tenía en aquella historia. ¿Su salvador o su verdugo?

Era una superviviente. No se iba a resignar a lo segundo.

Ángel también supo que ese séptimo día era diferente. Lo tuvo claro nada más salir del club y montarse en el coche. Había aprendido a localizar la mente de Jovanka, aunque estuviera a kilómetros de distancia, así que escuchó su pensamiento nada más levantarse de la cama, asearse, cambiarse de ropa y coger el cojín para sentarse delante de la puerta. Dejó las muletas a un lado y colocó la pierna como buenamente pudo para que no le molestara en exceso. Era cuidadosa, al fin y al cabo. Lista. Analítica. Con la ayuda adecuada habría llegado lejos con la edad que tenía, pero se le había privado de demasiadas cosas. Aunque quizá precisamente ello era lo que había despertado su

vivacidad.

Seguía teniéndole miedo al demonio..., aunque también una inmensa gratitud.

Eso no se lo esperaba.

Cuando detuvo el coche delante del hotel no se detuvo a hablar con el tipo que se lo recogió. Quería subir cuanto antes y descubrir si Jovanka se atrevería a soltar ese discurso que llevaba repitiendo en voz alta desde que se levantó de la cama. Tampoco saludó en recepción, pero a eso ya estaban acostumbrados todos en el hotel. El señor Infern era hosco para la mayoría de las cosas y el trato con él podía ser muy complicado todo el tiempo, por lo que mejor que ni dijera hola. Subió en el ascensor y echó al tipo que se encargaba normalmente de presionar los botones. ¿Acaso la gente era tan estúpida como para no saber pulsarlos ellos mismos?

A grandes zancadas llegó al final del pasillo. Se abrochó la chaqueta y se ajustó los bajos, aunque estaba impecable, como siempre. Las manos se le escaparon a las muñecas para recolocar los puños de la camisa y comprobar el lugar correcto de los gemelos. Torció el cuello a un lado y a otro, haciéndolo crujir como si se tratara de sus nudillos. Un gesto de luchador profesional antes de un combate..., aunque no pensaba pelearse con nadie. Destensarse nunca estaba de más cuando se iba a comenzar una especie de batalla dialéctica, sobre todo cuando se trataba de hacerlo con una mujer. O una casi mujer.

Vale, una mujer.

Se detuvo apenas un instante delante de la puerta de su *suite*, con curiosidad. Sentía a Jovanka al otro lado. Ella también le sintió. A esa hora nadie daba esas grandes zancadas por el pasillo para regresar al hotel. Además, presentía que en aquella planta estaban completamente solos, ya fuera porque la *suite* la ocupara por completo o porque hubiera sido desalojada para que nadie importunara al temible señor Infern.

Quizá solo los había matado a todos.

Solo quizá...

Tragó saliva, sentada en el cojín. Él sonrió.

Y abrió la puerta.

Pues eso, que todo estaba recogido, olía de forma diferente —vete a saber el motivo— y todo eso. Bla-bla, bla-bla...

Al grano.

—Hola, buenos días —le saludó ella poniéndose de pie. Por un instante,

uno muy breve, se le cruzó por la cabeza salir corriendo hacia la puerta y escapar, aprovechando que Ángel no la había cerrado aún y parecía descolocado, pero la desechó tan pronto como apareció—. Me llamo Jovanka Dalca, aunque sé que ya lo sabes. Quería... —le tembló la voz—. Quería agradecerte lo que has estado haciendo por mí estos días. No me queda muy claro el motivo por el que lo haces..., pero igualmente te doy las gracias.

A Ángel le sonó raro que lo tutelara. En su cabeza el discurso había sonado de forma diferente y se había referido a él de manera mucho más respetuosa. Señor, don, caballero... Pero no le molestó. Si había alguien que podía hacerlo era ella, que lo había casi expulsado de su habitación de hotel. Vale, se había autoexpulsado él hasta que se le pasaran las ganas de matarla o follársela. Y eso aún no había ocurrido. Tampoco había desaparecido la enorme necesidad de protegerla, que era tan contradictoria —teniendo en cuenta que había deseado más de tres veces acabar con su vida— que hasta Ángel estaba confundido con ese hecho. La vida de una persona dedicada a hacer su santa voluntad era, cuanto menos, complicada cuando aparecían ese tipo de sentimientos.

También Ángel había ensayado su discurso, teniendo en cuenta que sabía lo que Jovanka iba a decirle. Suerte que tienes cuando te conoces las preguntas para un examen antes de que las veas en el papel que te ponen delante.

Vale, tenía dos.

En uno de ellos le decía que darle las gracias estaba de más, que cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo y que se alegraba de que se fuera encontrando mejor. Que podía disponer de aquel espacio tanto tiempo como lo necesitara, ya que él no precisaba estar mucho en ninguna parte y no le gustaba sentir que tenía que regresar a cualquier sitio llamándolo hogar. Que seguro que conseguía recuperarse del todo y tener una vida plena y feliz en cuanto dejara pasar un poco más tiempo. Que esperaba poder verla entonces y sonreír sabiendo que había contribuido a esa independencia que esperaba que consiguiera.

Con ese discurso mostraba la mejor de sus sonrisas.

Pero no salió de sus labios. Ninguna de las dos cosas: ni el discurso ni la sonrisa.

Se enfureció al verla allí, tratando de no sentir miedo por su presencia. Con una ropa que no debería sentarle nada bien ya que era de lo más sencilla, pero que se pegaba a sus curvas de una forma que lo enervaba. Se le endureció el cuerpo, sus tatuajes se revelaron y la sangre fue directa a su polla, haciéndolo

rugir de deseo. Cerró los puños mientras sus ojos se encendían por las pasiones más ocultas que ningún humano querría jamás descubrir. Se vio arrancándole la ropa de la forma más salvaje, arañando su piel al aferrarla y dejándole hematomas tras cada caricia llevada al extremo. Morderla devastando su alma. Penetrarla hasta arrancarle un sinfín de gemidos. Quizá no todos buenos...

Correrse en ella. En toda ella. En sitios que probablemente nunca nadie habría osado.

Hacerla arder y que se consumiera con él. Tal vez... para siempre.

Era la primera vez en aquel regreso que deseaba con tanta ansia a una mujer y no sabía cómo controlar esos impulsos. No por nada era precisamente la primera vez en ese viaje a la tierra que creía que era necesario refrenarse. Y nunca lo hacía. Le gustaba el exceso tanto como al que más. Sin embargo, cerraba los puños y trincaba la mandíbula cuando sus ganas se iban solas a apoderarse del cuerpo de la muchacha.

Había conseguido mantenerse alejado, pero ya no le apetecía en absoluto.

Iba a descubrir por qué esa mujer lo hacía sentir tan diferente.

Pues eso, que podría haber soltado el primer discurso..., pero le salió el otro.

—Si supieras en lo que estoy pensando no me darías las gracias tan alegremente, muchachita.

«Cuando el diablo no tiene nada que hacer mata moscas con el rabo».

Jovanka podría haberse alarmado..., pero ya estaba al tanto de lo que sentía Ángel. Desde el primer momento había visto las llamas en sus ojos y había tenido claro que era un hombre peligroso. El tamaño con el que se le abultaba la entrepierna también le dejaba claro cuáles eran sus deseos. No obstante, al igual que le había pasado en otras ocasiones, pensó que no era lo peor a lo que se había enfrentado.

Ilusa.

Pero ella siempre se decía que lo que no te mataba... te hacía mucho daño.

Mucho.

Pero era cierto, no te mataba.

Aun así, mentiría si digo que no sentí en ella nada de temor. Claro que temía al demonio que tenía enfrente, pero la habían anulado tanto con la forma de criarla que se había acostumbrado a tener miedo. Eso de que su infancia había sido bastante feliz era un espejismo de una niña que no había conocido otra cosa. Al fin y al cabo, cualquiera se acostumbra a poco si ese poco es constante.

Ángel esperó encontrar eso que buscaba en ella, pero no apareció. No sintió ganas de salir corriendo nuevamente hacia la puerta. Tampoco gritó ni hizo ninguna mueca. Se mantuvo todo lo compuesta que pudo, aunque sabía que no era bueno hacerlo. Tampoco quería demostrar que le tenía miedo. Eso ya lo había pensado en otras ocasiones, lo de no dejar que te olieran el miedo para que el otro no atacara.

Pero Ángel seguía sin ser un animal que lo olía. Él lo veía sin más. Lo sentía.

—Deberías tenerme más miedo —le dijo leyendo su último pensamiento en el que se decía a sí misma que no era tan amenazante—. No sabes de lo que soy capaz.

Eso lo decía con la bragueta dura y las manos a la espalda, sujetándoselas para que no se le fueran a las tetas o al cuello de la chica. Sus tatuajes seguían

alterados, dando vueltas por todo su cuerpo. Por suerte, jamás de los jamases se atreverían a subir por el cuello. El rostro de Ángel siempre estaba limpio de cualquier marca.

—Te tengo más miedo de lo que crees —respondió Jovanka sin dar un paso atrás. En verdad, estaba pensando en darlo hacia adelante..., pero tampoco lo hizo—. Lo que pasa es que estás demasiado obcecado en dar miedo y no ves más allá de tu propia nariz.

Que se atreviera a plantarle cara le encantó y lo enfureció a partes iguales. Ese desafío lo encontraba muy estimulante.

—Y tú deberías ser más respetuosa si tan agradecida estás, como decías.

Lo dijo sin enfado alguno en la voz, lo que provocó que algo en Jovanka se subiera al carro y que le importara poco parecer sumisa, condescendiente o cualquiera de las otras cosas que le hubieran enseñado. Se veneraba a los mayores, por ejemplo.

Y Ángel, que la estaba leyendo, tuvo ganas de abrirse la bragueta, sacarse la polla envarada y preguntarle si le parecía que aquella era la verga de un anciano al que había que venerar.

«Venerar..., sí, pero por otras cosas».

Me partí el culo.

—Para eso debería estar agradecida a un tipo que no resultara ser...

—¿Un creído? —la interrumpió el otro poniendo los brazos en jarras, aceptando el desafío de la chica. Vete a saber por qué—. ¿Un capullo? ¿Un arrogante?

—Me vale cualquiera de ellas.

A Ángel se le escapó una sonora carcajada que recompuso un par de segundos después.

Jovanka pensó que, si debía morir, al menos fuera porque se lo mereciera. A Ángel le hizo gracia que una mujer pudiera pensar que, por un par de insultos de nada, mereciera perder la vida. De esas se había encontrado pocas en ese siglo. Vale, pocas no. Era la primera. ¿Era eso lo que le parecía interesante al demonio? ¿Una chica que podría ser independiente y que se había resignado a no serlo? ¿Una chica que podría valerse por sí misma, con casi una carrera terminada y un mundo de posibilidades, pero que si no seguía las órdenes de su familia se sentía perdida?

Estaba como una cabra, pero así solían ser las depresiones.

—Pues quédate con cualquiera de ellas —soltó el demonio yendo hacia el teléfono—. ¿Serás capaz de comportarte si bajamos a desayunar al restaurante

en vez de quedarnos aquí? Creo que a la habitación le vendría bien una buena limpieza.

A Jovanka se le descolgó un poco la mandíbula. ¿De verdad la iba a dejar salir de allí después de tenerla encerrada casi una semana?

—Yo... yo siempre me he comportado correctamente...

—Menos cuando intentaste llamar a la policía o pensaste en romper la ventana con uno de los sillones del salón.

—¿Cómo demonios sabes...?

—Yo también lo habría pensado —respondió sin más, acostumbrado a tener preparadas ese tipo de excusas para cuando los humanos eran capaces de razonar lo que estaba ocurriendo. O, al menos, preguntarse por ello—. Lo he supuesto y tú me lo acabas de confirmar —contestó resuelto Ángel burlándose de ella—. ¿Eso es un sí?

—¿A lo de romper la ventana?

—A lo de bajar a desayunar. Quizá también puedas comprar algo de ropa a tu gusto y... no sé. ¿Volver a intentar llevar una vida normal?

A Jovanka se le ensombreció el rostro. ¿Qué estaba tratando de decir? ¿Que la iba a dejar libre? ¿Que podría marcharse sin más después de estar «cuidando» de ella durante los últimos días? No tenía a dónde ir. No sabría cómo mantenerse. Se había saltado ya un examen y tendría que recuperarlo en junio, por lo que la carrera empezaba a escapársele de entre los dedos.

—No tengo una vida normal a la que volver.

—Lo sé. Tampoco pretendía que te marcharas.

Ángel descolgó el teléfono y se encontró con que seguía desconectado. Localizó mentalmente al recepcionista y le ordenó que volvieran a tener operativa la línea de su habitación. A los dos minutos dio tono y sonrió satisfecho. El tipo de la recepción se había llevado un susto de muerte, pero había sido rápido.

—Dejamos la habitación un par de horas. Hagan el favor de limpiarla y acondicionarla para mi invitada.

Ángel dejó la chaqueta en el perchero y le indicó a la muchacha que saliera. Luego, él la siguió y cerró la puerta, sin necesidad de poner el cartel para que limpiaran la habitación. Tenía claro que inmediatamente aparecería una cuadrilla y la dejarían perfecta. Subieron al ascensor que esperaba en la planta como si tampoco se atreviera a desobedecer al demonio yéndose a otra parte y las puertas se cerraron dejándolos a ambos frente a frente en un espacio reducido. Demasiado, pensó Jovanka, pero Ángel opinaba que podrían estar

aún más juntos por poco que se lo propusiera.

Solo tenía que desearlo...

La miró a los ojos con seriedad y ella no consiguió mantenerle la mirada.

Solo tenía que desearlo.

Pero no lo hizo.

Se apoyó en las muletas deseando hacerlo en el brazo de su acompañante, como cualquier mujer normal que se ayudara en su pareja para caminar con unos altos tacones por una calle empedrada. El demonio cerró los ojos y lamió el pensamiento, deleitándose en él. Sin decir nada, le arrebató las muletas sabiendo que Jovanka estaba apoyándose solo en la pierna buena, las dejó en la esquina del ascensor y le ofreció el brazo.

A ella se le escapó un gemido y su temperatura subió...

Pero se aferró con vehemencia a su antebrazo, notando la firmeza de su cuerpo.

Las puertas se abrieron y llegaron a recepción. Ángel acomodó su paso al de la muchacha, tras mirarla para confirmar que estaba conforme. Jovanka no conocía el hotel y se quedó parada un par de pasos más tarde, sin saber a dónde debía dirigirse. El poco personal de recepción se les quedó mirando como si hubieran visto un fantasma. Habrían asegurado que la chica no podía continuar con vida después de tantos días y allí estaba, caminando y gozando de una apreciable buena salud a pesar de la cojera, por lo que podía verse. Aunque parecía un poco pálida y estaba bastante delgada, si se atrevían a mirarla un poco más detenidamente. Pero el gesto de Ángel no dejaba lugar a dudas. Le molestaba que los miraran, así que todos bajaron la cabeza y fingieron tener mucho trabajo a esa hora de la mañana.

—¿A dónde vamos?

—A desayunar, habíamos dicho, ¿no?

Ángel la condujo hasta el restaurante, donde dos solícitos camareros les apartaron las sillas de la mesa que eligió el demonio. Antes de que pudieran pedir nada ya tenían allí café, leche y varios tipos de zumo recién exprimido. Jovanka se quedó asombrada con la rapidez del servicio.

—Cualquiera diría que te tienen miedo.

—Cualquiera..., ¿menos tú?

—Yo también te tengo miedo, pero en general le tengo miedo a todo últimamente.

El demonio hizo encargo para ambos sin pararse a preguntarle a la muchacha lo que quería comer. De todos modos, pidió de forma tan variada y

abundante como hacía para la habitación, por lo que a Jovanka no le quedó duda de que algo lograría comer sin ponerse a vomitar como una loca. Sin sus muletas o un baño controlado cerca, podía convertir el suelo del restaurante en el lugar menos interesante de Madrid.

—Y si pudieras dejar de tenerle miedo a algo..., ¿a qué sería?

La chica no se esperaba una pregunta tan profunda a esa hora de la mañana, sin café y sin haber descansado decentemente en días. Por muy cómoda que hubiera sido la cama y por muy buena que hubiera estado la comida, sus problemas seguían presentes y seguía sin poder escapar de una habitación de la que no había sabido si lograría marcharse con vida. No eran las mejores condiciones para dormir a pierna suelta.

Jovanka meditó un momento. ¿Perder el miedo? Pensó en que estaría bien no tenerle miedo a su padre, pero a esas alturas ya no servía de nada. No podía regresar con ellos así que no tenerle miedo no le solucionaba nada. Igualmente, tampoco arreglaba las cosas perderle el miedo a su tío. Era un capullo y un degenerado, pero al haberse librado ya de su acoso tampoco le arreglaba la vida dejar de asustarse al pensar en él. A su hermano... Ese sí que podía presentarle algún problema. Y, la verdad, prefería tenerle miedo y mantener la guardia alta para que no volviera a cogerla desprevenida. Ese mecanismo de defensa podía ayudarla a sobrevivir. Los niños temerarios morían jóvenes o llegaban a viejos cargados de dolorosas cicatrices. Después de todo, cierto nivel de estrés te hacía rendir más, ¿no? El miedo podía tener el mismo efecto mientras no fuera invalidante. Y su hermano se lo merecía. Esperaba que aquella fuera a ser la última vez que la golpeará y amenazara. Sería mucho más cuidadosa a partir de entonces.

Perder el miedo a abortar estaría bastante bien...

A Ángel le resultó curioso que no hubiera pensado en ningún momento en él. Aquella chica temía a todo lo que había significado algo en su vida. Pero él, que había estado a punto de matarla y que la había mantenido apartada de todo mientras decidía lo que quería hacer en realidad con ella, ¿no estaba en la lista?

De pronto ella lo miró a través de la nube de su humeante café. Él le devolvió la mirada, intentando no seguir husmeando en su mente. No era capaz de entenderla del todo. Le resultaba compleja y le daba dolor de cabeza. Normalmente los humanos tenían una motivación y la de ella se diluía como ese humo que de pronto estaba reinando sobre su mesa y le desdibujaba los bordes. Ella pensó que Ángel era demasiado atractivo para tener la edad que

tenía o para ser tan malo como quería que todo el mundo creyera. Habría sido divertido que el demonio hubiera escuchado ese último pensamiento porque seguro que le habría alegrado el día. Guapo y bueno, a pesar de él.

Ángel cruzó las manos y apoyó el mentón en ellas, esperando una respuesta.

A ella se le humedeció la entrepierna. Era la primera vez que le pasaba algo así, tan de repente.

—¿Y bien?

Se mordió el labio inferior y Ángel llevó sus dedos hasta allí para que dejara de hacerlo, con ganas de ser él quién se lo comiera. Todo. Con hambre. Con auténtica hambre. De esa de la que se tiene cuando se lleva siglos sin desear a nadie de esa manera.

—Me gustaría dejar de tener miedo a la policía.

Redoble de tambores, trompetas anunciando la apertura del cielo. En el circo, en la pista número uno, el maestro de ceremonias, o sea, *mua*, vestido con chaqué rojo y chistera haciendo restallar un látigo. En la pista número dos, un demonio confundido con la polla tiesa y pensando en atravesar el círculo en llamas al que acabo de prender. Y, en la pista número tres..., la cándida Jovanka. Que, sin duda, iba a morir joven. Daba igual el método. Había que ir tomando medidas para su ataúd a no ser que fuera de las que prefirieran la incineración.

No, espera, que el ataúd también se incineraba con los restos mortales.

Iba a ir cogiendo la cinta métrica que mi ojo de sastre ya no es lo que era. ¿O mejor un flexómetro? Más profesional, ¿a que sí?

—¿De pequeños no enseñaban a los niños que los polis eran de los buenos?

—Quizá no todos los padres fomentaban esa creencia...

«La voz del diablo es muy dulce de oír».
Stephen King

Jovanka regresó a la habitación sin la bolsa que Ángel se había empeñado en que cogiera. Había logrado ponerse seria con eso y el demonio había decidido ver si era capaz de plantarse por el mero hecho de llevarle la contraria. En más de una ocasión estuvo a punto de hacerla doblegar su voluntad y hacerla sentir todo el poder que podía usar para que le hiciera caso, pero creyó que era una tontería malgastar esfuerzos por una estúpida bolsa de ropa.

Bueno, puede que no fuera exactamente por malgastar esfuerzos, sino por tratar de no poner en su contra a la muchacha por una cosa que, al fin y al cabo, para cualquier mortal podía ser una menudencia.

—No puedo pagarla —insistió ella visiblemente incómoda ante la situación—. No la quiero. Pero gracias.

—Tampoco puedes pagar la cama o la comida...

—La comida me hace falta para vivir y de la habitación no me dejas salir. La ropa es... superflua.

Ángel fue a alargar una mano para aferrar la tela de su camiseta y rasgarla, para que viera cuán superflua podía llegar a ser una prenda que le tapaba la piel y hacía que la deseara solo un poquito menos. Pero se contuvo. Se imaginó dejando al aire un pecho de la chica al tirar de la manga y la cara de espanto que pondría ella. Le gustó pensar en infundirle miedo y, a la vez, pensó que no era lo que quería. No deseaba atemorizarla más. ¿Cómo podía albergar en su cuerpo esos dos sentimientos tan contradictorios?

—Podrías comer alimentos caducados y dormir al raso en cualquier descampado de Madrid, arriesgando la vida en ello —le soltó él, de pronto, verdaderamente enfadado ante el desprecio que le hacía al no querer aceptar la ropa que pensaba comprarle. O que le había comprado, pero que ella no había querido llevarse. Se había quedado en la tienda, dentro de la bolsa, custodiada por la dependienta que no se había atrevido a abrir la boca. Lo

cierto era que estuvo a punto de abofetear a la niña malcriada que enfurecía al tipo sexi que había sacado una de esas tarjetas de tipo rico para pagar la cuenta. Y sobre todo viendo lo mal que se había sentido al haber sido contradicho y más en público. Pero si resultaba ser su padre seguro que no era quién para aplicarle ella un correctivo, aunque le tuviera ganas. Le habría encantado llevárselo a la trastienda y hacer que se le olvidara el mal trago a base de una buena sesión de sexo oral, sin embargo, el tipo no puso nada de su parte por más que se restregó contra las esquinas de la mesa. Apenas la miró, y eso que tenía un buen par de tetas—. Pero no parece que te disgusten las comodidades que te ofrezco.

—A ti te disgustaría más que yo prefiriera escaparme a dejar que hagas todo este despliegue ante mí.

Para soltarle eso a Ángel había que tenerlos bien puestos o... no pensar que se iba a llegar a viejo se dijera lo que se dijese. Y con Jovanka me inclinaba más hacia la segunda opción. Una chica a lo «vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver», esa frase que todo el mundo pensaba que era de James Dean.

Y si, a su edad, Jovanka había vivido intensamente. Ya estaba preparada para morirse, pero Ángel se empeñaba en postergarlo. ¡Cómo tuviera que hacer yo el trabajo sucio...!

«Deja de pensar en sandeces».

«¡Mira que te gusta esa palabra!».

—Ya has intentado escapar. Tampoco tienes a dónde ir. ¿Qué más quieres seguir debatiendo? —preguntó, exasperado—. Esto es una tontería.

—No, no lo es. ¿Por qué diantres te empeñas en tenerme aquí cuando está claro que no te sirvo para nada? Y, sí, también me refiero a eso —le soltó de pronto, no sin ruborizarse como una virgen que no supiera de qué estaba hablando e idealizara las relaciones sexuales—. Porque ni me has tocado. Así que tampoco es para eso.

«Sabes que te está desafiando a propósito, ¿verdad?».

«Lo tengo muy presente».

«Nunca he comprendido bien a las mujeres. Dicen que son tan astutas como el diablo. ¡Ya quisieran! Pero esta... creo que solo es gilipollas».

«Dudo que sea eso».

«Dudas porque te jodería que te hayas encaprichado de una chiquilla que no sabe manejarse en las distancias cortas. O que solo actúa como una caprichosa después de una vida llena de amarguras».

«Ni en las cortas ni en las largas».

Lo de ignorarme en lo de que Jovanka era una caprichosa me lo esperaba. No era muy de responder a mis pullas.

«Si no llegas a parar tu coche la habrías atropellado. Pero si en vez de eso hubieras acelerado a conciencia habrías pasado por la calle antes de que ella apareciera y entonces se la habría terminado cargando su hermano, su tío o su marido después de casarse y enterarse de que estaba preñada. Es carne de funeraria. ¿Qué más quieres demostrar con esto?».

«Podía haberla matado y no lo hice».

«Me consta. ¿Quieres que lo ponga en tu epitafio? Ah, ¡espera! Que ya es demasiado tarde para eso. Dime algo que no sepa».

«Solo yo tengo derecho a acabar con su vida. Y, de momento..., no tengo ganas».

De verdad de la buena, de esa de la que habla el ogro verde con trompetillas en las orejas, ¿solo él tenía derecho a acabar con la vida de la chica? ¿En qué momento nos habíamos cargado eso del libre albedrío? Al Señor todopoderoso no le iba a gustar un pelo.

«¿Porque te la pone morcillona? Están mucho más buenas cualesquiera de las chicas que tienes trabajando en el club. Esta solo es un quebradero de cabeza sinsentido. Un cubo de Rubik al que le hayan cambiado los colores de las pegatinas para que sea imposible resolverlo. ¡Y encima insolente! Y huele a vómito casi todo el tiempo...».

«No me digas que, después de todo lo que hemos olido en el inframundo, el vómito es lo que más te incomoda de la situación...».

«De esto me incomoda todo. Y, sí, el vómito es desagradable. Y sabes que prefiero que se meen encima o, directamente, el olor de la sangre al salir por sus miembros mortales. De verdad, Ángel, no te entiendo».

«Dejaste de entenderme hace muchos siglos».

«¡Pues deja que te recupere! ¿Y por eso te marchaste? ¿Qué tiene esa mujer que no tiene cualquier otro ser humano de ese planeta? ¿O de Infierno? Se han quedado unas cuantas chicas que quitan el hipo. ¿Quieres que te mande a alguna a hacerte compañía?».

«No he buscado más allá de Madrid, no seas exagerado».

Otra vez ignorándome, como de costumbre. O, tal vez, lo que pasaba era que hacía demasiadas preguntas juntas y alguna se le tenía que quedar en el tintero. Los años no pasaban en balde para nadie, y para un demonio con tantos siglos...

«Mentira. Te he visto saltar a mentes que están mucho más lejos».

«Esta... me hace sentir vivo».

«Pues es una puta ilusión. Siento ser yo quien te lo diga, pero estás muerto».

«Lo sé. Y me importa una mierda que sea así».

Jovanka se había quedado observando detenidamente a Ángel mientras parecía discutir en silencio y, aunque solo fueron unos segundos, tuvo claro que había tocado la tecla que probablemente nunca debió ser pulsada. Su gran boca era un peligro y por eso había aprendido a mantenerla a raya, cerrada, pero con ese tipo no sabía hacerlo. Todos los miembros de su familia, todos los hombres que la habían rodeado siempre despertaban en ella un sentimiento difícil de explicar. No era reverencial, pero podría ser lo más parecido que se le ocurría en ese momento. Sin embargo, Ángel... Ángel definitivamente la volvía loca. La rompía y reunía sus pedazos sin más con cada palabra. Lo

temía y lo necesitaba como el fuego para cobijarse, sabiendo que sin él se moriría, pero que si se acercaba demasiado acabaría envuelta en llamas. Quemada. Consumida.

No sabía bien cuán acertada estaba siendo su metáfora.

—Entonces..., ¿te quieres marchar?

A Jovanka se le fueron a salir los ojos de tanto que abrió los párpados. ¿Le estaba dando la libertad? Le tembló todo el cuerpo antes de intentar dar una débil respuesta.

—No tengo cómo pagarte todo lo que has... gastado en mí.

—¿Alguna vez te pedí algo?

La muchacha clavó sus ojos en los de él, viendo cómo volvían a arder.

—Sí...

Fue solo un susurro que se escapó de sus labios, como si en verdad no hubiera pretendido que fuera un sí, pero tampoco un no. Una respuesta que ninguno de los dos se esperaba. Ángel la invitó a continuar con la palma de la mano alzada, hacia ella, moviéndola en círculos para alentarla. Sus dedos dibujaron una espiral en la que se habría perdido, cayendo en un vacío infinito. Si solo se dignara a tocarla con esas yemas...

—¿Y...? —le preguntó instándola a continuar, ya que parecía que el gesto la había distraído más.

—Me pediste que no me muriera —respondió rehuendo de su mirada, dejándola vagar por el suelo, por el mantel, por esos dedos en los que se perdía.

«Pues sí que lo hiciste».

«Soy perfectamente consciente de ello. No hace falta que me lo recuerdes a estas alturas».

«Pero no hiciste nada para evitarlo».

«¿Te parece poco frenar el coche? ¿Crees que no fue suficiente tenerle un médico disponible para cualquier posible eventualidad?».

«Ya sabes a lo que me refiero. Los humanos son tercos como mulas. Si se empeñan en morirse, se mueren, y ella lo habría hecho. Una de las costillas podía haberle perforado el pulmón estando tú fuera y sin la supervisión de alguien... Su sitio estaba en el hospital».

«Pero no lo hizo y los dos lo sabíamos».

«No, no lo sabíamos. Somos expertos en torturar, hacer sufrir y matar, pero tenemos nuestras limitaciones. Esa es una. Igualmente se podía haber muerto y no habrías podido evitarlo. Ese poder de resucitar a los muertos solo lo tiene mi padre, y ya sabes lo reactivo que es a usarlo...».

«Sí, Se podía haber muerto, al hacerla comer marisco siendo alérgica o al atragantarse con un trozo de pan comiendo conmigo. ¿Te quieres callar de una vez?».

Me encantaba sacarlo de sus casillas. Y que no fuera capaz de responder a todas mis réplicas de una sola vez. Estaba perdiendo facultades o cada vez le importaba un poco menos.

«Le pediste que no se muriera y ella te hizo el favor de no hacerlo, como una gentil dama. ¿Cómo se lo vas a agradecer?».

Ángel no me respondió. Estaba claro que mis comentarios solo lo importunaban a medias. Tenía demonios más grandes con los que luchar. Y *mua* no conocía a ninguno mayor que yo, así que la cosa era un pelín grave.

«*Si no le gusta el infierno para qué le coquetea al diablo...*».

—**P**ues tenemos un problema.

Era la frase que se repetía Jovanka, dando vueltas en la habitación de hotel después de quedarse sola. Un enorme problema. De esos de los que daban dolor de cabeza y hacían que doliera todo el cuerpo, casi igual que al acabar siendo atropellada por un deportivo. Porque la muchacha no quería quedarse..., pero tampoco marcharse.

Y le había dejado la puerta abierta.

—Te puedo proponer un trato..., pero ya sabes lo que dicen de eso de pactar con el diablo.

El chiste, aunque apropiado, habría sonado mejor si lo llego a hacer yo, que soy realmente el diablo, pero a Ángel se lo permitía. Tenía un tono socarrón en la voz que hacía que cualquier broma quedara sexi y atrevida. Se la estaba jugando por Jovanka y, aunque yo no lo entendía..., tenía ganas de ver qué ocurría.

Le dejó la puerta abierta y se marchó, no sin antes soltarle otra perlita de las suyas.

—Si sigues aquí cuando regrese... hablamos.

Y se largó algo más tarde de lo habitual, dejando la puerta sin cerrar. No sin pasar la llave. La dejó abierta, de par en par, para que pudiera observar el pasillo y el ascensor al fondo. A Ángel caminar elegantemente por él, ajustándose la chaqueta y abrochándose los botones. O al menos mover los brazos para hacerlo que al ir de espaldas la cosa limitaba un poco.

«¿Y si se marcha?».

La pregunta tenía cierto sentido, había que admitirlo. Existía una gran, enorme, posibilidad de que así fuera. Yo no estaba allí para meter el dedo en la herida —que también lo haría con gusto—, pero me pareció prudente dejar caer el comentario, por si el cerebro de Ángel había dejado de funcionar por falta de sangre —¿toda en la polla?— o porque se le hubieran fundido demasiadas neuronas a base de *whisky* y drogas variadas.

«Sabes que no es complicado localizar a un humano...».

La muchacha se quedó allí, dando vueltas, peor que cuando no veía una salida. Ahora la tenía delante, Ángel había desaparecido en el interior del ascensor y no se atrevía a marcharse.

Un rato después llegó el carro de la comida. El camarero se sorprendió al encontrar la puerta abierta y de no ver por allí al demonio. Miró a su alrededor y después a la chica, como si aquello fuera una especie de trampa. *Humor amarillo* en plan madrileño. Seguro que en cualquier momento comenzaban a salir flechas de las paredes o intentaba rebanarle el pescuezo una guillotina. Y allí la gomaespuma no iba a amortiguar el golpe para que luego cayera en blandito en el agua climatizada. Sus sesos esparcidos por doquier. Si ella estaba viva a alguien mataría el demonio, fijo.

—¿Estás bien?

Jovanka asintió demasiado fuerte, quizá, pero era cierto. Se sentía bien. Nerviosa, pero más fuerte. Igual de perdida que antes, pero entera, que ya era decir. Se sentó en una de las sillas y dejó que el camarero pusiera el carrito con la comida en el comedor, aunque acabaran de desayunar como para no tener hambre en todo el día. Luego la volvió a mirar y le señaló la puerta.

—Sabes que está abierta...

—Lo veo.

—Nunca pensé que nadie se quedaría con él por propia voluntad.

Y al decirlo ya se estaba dando cuenta de que había metido la pata. Había cosas que no se podían decir en alto, aunque tampoco se podían pensar. Estuviera o no Ángel Infern presente, había cosas que no se podían mentar.

—No es tan ogro como parece —contestó ella con un aire extrañamente parecido al de *La bella y la bestia*, pero teniendo muy en cuenta que Ángel era demasiado guapo como para compararlo. ¿Un bruto? ¿Un desalmado? Por descontado. Sí, pero con lo atractivo que era se le perdonaba todo.

Pensó que era tonta por tener esas ideas después de todo lo que había sufrido, pero la habían criado de una forma que no ayudaba demasiado a tener pensamientos feministas. En verdad, la habían casi aleccionado para no tener ninguno.

—Para nada, señorita. Es una bellísima persona. —Y trató de que su pensamiento concordara con su afirmación al salir a escape de la habitación, presa del pánico. Allí se podía quedar ella si quería. No esperó al ascensor. Se esfumó por las escaleras.

Sí, desde luego Jovanka sabía que tenía pinta amenazante, pero jamás imaginó que infundiera tanto pavor entre los que lo rodeaban. Se quedó allí en

medio del salón, mirando hacia la puerta, el pasillo y el ascensor... y no se fue. Se volvió a sentar en el cojín delante de la puerta con las piernas cruzadas y las manos sobre el abdomen.

Sintiéndose.

Y se dijo que lo peor había pasado ya.

Sonrió asustada. Porque sí, lo estaba. Había perdido todo lo que conocía, todos sus planes habían desaparecido. Pero nunca había querido esa vida. Sus padres no la apoyaban, su familia no era lo que había esperado y nunca había deseado ese matrimonio. Nadie le exigía ya. Era libre y eso le producía un profundo sentido de bienestar que no era capaz de explicar cuando sabía que su situación distaba mucho de ser buena. Pero se sentía bien y no quería que nadie le arruinara eso. Embarazada y todo, dependiendo de un tipo al que no conocía y al que no debiera dar demasiada confianza..., se sentía bien.

Sonrió otra vez.

No supo decirse a sí misma cuándo había decidido tener el bebé a pesar de no saber cómo lograría sacarlo adelante. Tampoco quiso ahondar en lo de la denuncia a su tío. Bastante había tenido ya con reconocerle a Ángel que le daba miedo toda la situación. Respiró hondo y pensó en Aryma. Cogió su mochila y el móvil descargado y pensó que necesitaba un cargador para poder hablar con ella. A partir de ese día se iba a aprender los números de teléfono que más necesitaba, se lo prometió, pero tenía que recargar su móvil como fuera. Descolgó el auricular del teléfono y marcó el número de la centralita. Un recepcionista asustado respondió al otro lado de la línea.

—Señorita... ¿Dalca? Era así, ¿no?

Se lo tenían que haber apuntado en un pósit porque no era un apellido corriente. Al lado de una imagen con cuernos y espuma saliendo por la boca. Esperaba que fuera la representación de Ángel y no la suya.

—Sí, gracias por acordarse.

—Es mi trabajo —dijo sin más—. ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—¿Cómo puedo cargar mi teléfono?

El recepcionista casi le suelta que enchufándolo a la red eléctrica, como todo el mundo, era la opción más rápida. Pero se mordió la lengua. Incluso en los hoteles de alto postín había gente poco respetuosa. Mucha sonrisa, pero todos tenían una mente retorcida. Y en esa *suite* ya tenían a uno.

—¿No le funcionan los enchufes de la habitación? ¿Quiere que le envíe a alguien de mantenimiento?

—No, no. Todo está bien. Lo que pasa es que no tengo cargador. Necesitaría

uno. ¿Tienen en el hotel?

Jovanka sabía que lo más sencillo habría sido decir que necesitaba comprar uno, pero no podía permitirse ese lujo. Su modesto —por decirlo de una forma más suave, pues yo habría dicho ridículo— presupuesto no le llegaba para hacer el gasto, así que apeló a la conciencia del recepcionista, esperando que intentara hacer su estancia... ¿más agradable? Seguro que era política de la empresa.

—¿Qué tipo de móvil es? Puedo preguntar a ver si tenemos.

Jovanka imaginó un cuarto lleno de cepillos de dientes, cortauñas y cargadores de móviles dispuestos para entregar a los clientes si era necesario. ¿Se lo cobrarían luego a Ángel? Se estremeció al pensarlo, pero necesitaba hacer esa llamada. Su benefactor —se negaba a llamarlo raptor, aunque pudiera ser la palabra idónea— no se lo había prohibido, así que esperaba que no fuera a poner ninguna pega.

—¿Desea algo más, señorita Dalca?

—No —respondió pensando en que le habría gustado poder dar otra respuesta si las circunstancias hubieran sido diferentes. ¿Un coche en la puerta? ¿Otro sitio para vivir? ¿Dinero para poder mantenerse? Probablemente era una tontería dejar aflorar el miedo y que se enterara todo el personal del hotel.—. Solo eso, gracias.

—Se lo llevaremos a la habitación tan pronto encontremos uno.

Y eso fue diez minutos más tarde. Jovanka se estaba duchando cuando golpearon a la puerta y no los escuchó. Como tampoco se atrevieron a abrirla para dejarlo en la habitación, pasaron por debajo de la puerta una nota para avisar de que habían dejado el cargador colgado del pomo. Allí lo encontró Jovanka cuando salió del baño, en una pequeña bolsa blanca con el logo del hotel. Encontró un cargador y varios conectores para el móvil, ya que al final no le había respondido a la pregunta de qué modelo era. Le daba vergüenza reconocer la marca barata que usaba y habría preferido alegar que no lo sabía, que no le prestaba importancia. Estaba en su paquete original, así que podía ser que alguien hubiera tenido que salir corriendo para comprar uno. Se sintió mal por ello, pero agradecida de poder cargar al fin su móvil. Había esperado mucho para ponerse en contacto con su amiga y seguramente estaría enfadada, muerta de miedo o...

—¿Le dará igual? —se preguntó.

Después de una semana podía haber organizado ya hasta una especie de funeral sin cuerpo y más tras haber pasado por allí la policía y no haberse

atrevido a entrar. Cogió el cargador, buscó un enchufe y lo conectó todo. Se llevó el cojín hasta allí y se acomodó para encender el teléfono, no sin antes dedicar un último pensamiento a si se enfadaría Ángel por ponerse en contacto con su amiga para asegurarle que estaba bien. Para quitarle ese peso de encima. Era una mujer agradecida. Aryma no se merecía aquello.

Ángel, por su parte, pensó en responderle. Algo corto y conciso, como que le parecía bien o que daba su consentimiento para que se pusiera en contacto con ella. Algo que no asustara demasiado a Jovanka. Algo que la hiciera pensar que se lo estaba imaginando.

Pero no lo hizo.

También podría haberle fundido el móvil al ir a encenderlo. Habría resultado divertido. Quizá la cara se le habría desfigurado un poco, pero había visto mujeres mucho más exóticas que ella y ya se metería entre las piernas de una.

Siguió con lo suyo mientras Jovanka encendía el terminal, se conectaba a la red wifi de la habitación y se encontraba con centenares de mensajes de su amiga, además de otras muchas cosas que no le gustaron un pelo. Se dijo que ya se encargaría de eso más tarde.

JOVANKA:

Aryma, estoy bien. Sigo en el hotel. Me gustaría verte, pero no sé si tú quieres. Espero que no estés enfadada....

Envió el mensaje y dejó escapar un largo suspiro.

JOVANKA:

No voy a abortar.

Era más fácil decirlo así.

«El demonio no mata a nadie en toda la Biblia y Dios aniquila a la humanidad entera. Creo que alguien lleva mucho tiempo rezando al malo».

Ángel se propuso no regresar al hotel hasta no haber cumplido con su rutina. Pero se la saltó. Toda. Pasmados se quedaron.

—Hoy no me quedo —le dijo el demonio a Diego cuando llegó esa noche al club—. Te dejo al mando de todo. Espero que no tengas que llamarme.

Y ese espero quería decir, en verdad, ni se te ocurra hacerlo si no quieres perder todos los dientes... y los huevos. Y Diego lo sabía bien. Estuvo a punto de preguntar que qué podía ser tan importante como para dejar el club a la deriva —aunque con una tripulación muy preparada para cualquier eventualidad—, pero no se atrevió. Si Ángel hubiera querido que lo supiera ya se lo habría dicho junto con el resto de sus instrucciones y no lo hizo. Así que se relajó, miró hacia los empleados y asintió. En su cara se vieron tanto muestras de alivio como de desconcierto. Desde luego, era más difícil que don Diablo matara a alguno de ellos si no estaba en el local y eso podía salvar unos cuantos pellejos.

—¿Nos tomamos una y te vas o ya te estás despidiendo?

—Siempre me queda tiempo para una copa.

Le prepararon su *whisky* y brindaron por no tener que descuartizar a nadie al día siguiente. Ángel se rio, pero a Diego mucha gracia no le hizo. El dueño del local le dio una palmada en la espalda para que se relajara. Miró a su alrededor y comprobó que estaba todo dispuesto. Solo faltaba abrir la puerta y permitir que entraran los clientes. A beber, a bailar, a drogarse, a follar... Y no precisamente en ese orden ni marcando todos los puntos de la lista. Por muy perverso que fuera su club, había gente que solo pasaba por allí por el puro morbo de decir que habían sido capaces de acercarse a la barra y pedir una copa. Los más incautos incluso habían pensado que era buena idea tratar de organizar alguna que otra despedida de soltero entre sus paredes.

Nadie sabía a qué atenerse.

Todo eran... rumores.

Escandalosos rumores. Raros rumores. Y muy mala fama.

Ángel miró a través de los focos apagados que hacían las veces de cortina, muro y separación abierta hacia la zona propiamente sexual del local y supo lo que iba a cocerse sobre las camas que permanecían vacías. Parejas sedientas de carne, tríos compitiendo por agujeros, orgías desorganizadas en las que los exhibicionistas y los *voyeurs* se complementarían a la perfección. Alcohol derramado sobre la piel sudada y perlada de corridas. Cocaína olvidada sobre las nalgas redondas de alguna chica que debiera haber sido lamida o esnifada..., pero entre tanto vicio y desenfreno tras el sexo se había esparcido al arremeter con fuerza entre sus piernas, a cuatro patas.

Gemidos. Jadeos. Blasfemias. Gritos.

Sí, cualquier cosa se podía comprar y vender al demonio. El problema era fijar el precio y no cagarte en los pantalones cuando fuera a reclamarte. La lujuria, a fin de cuentas, se nos daba de vicio, como cualquier otro pecadillo sin importancia.

—Quizá venga a verte en calidad de cliente —comentó Ángel escuchando sonar su canción en el hilo musical. La había vuelto a poner él.

—¿Tú?, ¿a follar solo? —preguntó el otro arqueando una ceja—. ¿Y para eso tienes que venir como cliente? Te he visto follarte a unas cuantas aquí, al tiempo, sin despeinarte ni quitarte la chaqueta. ¡Qué demonios! Sin dudar ni ensuciarte los putos pantalones. ¿Cómo se hace eso? Así que no disimules.

—No lo hago. —Y se sirvió otra copa. Su barman sabía dejar la botella estratégicamente cerca—. Quiero... saltarme las rutinas.

—¿Tú? ¿Don horarios inflexibles? ¡Si miras más el reloj que el puto conejo del cuento de *Alicia*! ¿Sabes qué? Vete de viaje. Gástate la pasta en un velero, como hacen los de tu edad cuando tienen de verdad pasta, y vete a recorrer la costa de África. O compra un *jet* privado y desayuna en Hong Kong y luego cena en Nueva York.

—¿Mi edad? —preguntó el otro sin decidir todavía si se iba a sentir ofendido por el comentario. Diego no le dio importancia. Estaba claro que, aunque no supiera la fecha de nacimiento de su jefe, era mayor que él—. Además, según tu teoría, estoy viejo para eso del *jet lag*.

—Sí. ¿No quieres saltarte las rutinas? Si yo tuviera...

—¿Mi edad o mi pasta? —preguntó Ángel interrumpiendo a su segundo. Entonces ya al menos sonreía. Había caído la segunda copa.

—Ambas. Si yo tuviera tu edad y tu pasta estaría follando, pero en la cubierta de madera de un barco mientras me tostaba al sol.

—Seguro que acababas vomitando entre las copas, el meneo del barco y el movimiento de las caderas. Y las pastillas, que nos conocemos. Además, también te haría falta tener mi polla.

—La mía no está nada mal, no me restes mérito —se quejó mirándose la entrepierna y sabiendo que era mentira. En comparación con la de su jefe, ninguna chica pondría los ojos en sus pantalones. Quizá influyera el porte. ¡Qué cojones! Lo que desequilibraba la balanza era el dinero—. Tendría a una mujer preciosa contratada solo para limpiar el vómito.

—¿Mujer? Y luego el machista soy yo...

—Yo soy machista. Tú... tú... Tú eres tú. No hay nadie igual. Da igual que seas machista o el puñetero Dalai Lama. Nadie se atrevería a toserte.

Ángel sonrió de medio lado y se terminó otra copa de un trago. No encendió el puro que acostumbraba, pero tampoco lo echó de menos. A su edad era difícil echar de menos algo, cuando se había hecho tanto de todo.

—Seguro que irías con una camisa hawaiana la mar de hortera anudada sobre el ombligo.

—Y las bolas al aire. —Se rio.

—Seguro que te jubilas bien y puedes comprarte ese barco. Con que seas un poco listo y no me entere de cuánto me robas...

—Si llego a viejo... —Y tuvo que dejar la frase a medias. ¿De verdad se podía creer su jefe que le sisaba pasta? Habría que tenerlos cuadrados para eso—. Espero que te vengas a dar un par de vueltas conmigo.

Ángel fue a contestar que no veía motivo para que no fuera a llegar a viejo, pero prefirió no empezar con la esperanza de vida de ninguno. Allí, el que estaba claro que iba a durar bastante... era él.

Se giró hacia el cantante que preparaba todas sus cosas en el escenario.

—Tú, ¿ya te sabes la de *Don Diablo*?

El pobre solo se atrevió a asentir y apresuradamente cogió la guitarra para tocar los primeros acordes. Ángel se golpeó el muslo y se partió de risa mientras miraba cómo el chaval trataba de imitar el tono de Bosé en sus años de máxima sinvergonzonería. Le salió fatal, pero no dejó de cantar, aunque los otros dos hombres hubieran vuelto a lo suyo.

—¿Y a quién te vas a follar esta noche? —le preguntó Ángel sabiendo que le tenía echado el ojo a la camarera de la barra trasera. Una latina que tenía un culo perfecto. Para eso sí que demostraba mejor gusto que Ángel.

—¿Por qué tengo que acabar siempre follando con alguien? Y más de aquí...

—Porque lo haces. ¿O acaso crees que no me entero?

—Lo que deberías hacer entonces es unirme a la fiesta.

El demonio cerró los ojos y recordó la última vez que había pillado a su segundo rendido a algo que no era el trabajo. Había pasado la semana anterior, no lograba ni le importaba precisar el día. Los había encontrado en uno de los reservados. Él, sentado sobre uno de los sillones de mimbre, con casi toda la ropa puesta, y ella... a horcajadas. Conservaba solo la ropa interior, la cual tampoco permanecía demasiado en su sitio. Diego le amasaba las tetas y trataba de llevarse a la boca sus pezones, mientras la chica, que no trabajaban en el local, se restregaba sobre él, poniéndole perdido el pantalón. Únicamente se había permitido el lujo de abrirse la bragueta para que la polla quedara libre. Después de una mamada gloriosa en la que casi se va en su boca, la agarró con fuerza y se la subió encima, clavándosela entera. Ella gritó como una loca y comenzó a cabalgarlo sin quitarse los tacones.

Ángel estuvo a punto de aferrarla también por las caderas, apartar un poco más la ropa interior —o romperla directamente— y sodomizarla sin clemencia. Le encantaba el sexo anal. ¡Qué demonios! Le encantaba el sexo en general. Clavarla en cualquier agujero húmedo y estrecho era un placer. ¿Cómo no lo iba a ser para un tipo que estaba más que acostumbrado a tomar lo que le apetecía?

Podía haberse acercado lentamente, tirarla del pelo e instarla a que le ensalivara bien la polla para después empujarla sobre Diego y pedirle que le separara las nalgas mientras no dejaba de cabalgarlo. Solo habría tenido que bajarse la cremallera.

Se le puso dura al recordar la escena y sus deseos en ese momento.

Pero la chica le había dirigido una mirada, invitadora, y la magia se había perdido.

¿Qué le iba a hacer?

Estaba acostumbrado a despertar miedo, odio o cualquier otro sentimiento. Dolor. No le apetecía que siempre le pusieran el coño en bandeja. En esa ocasión... el culo.

—Tus fiestas son un poco predecibles. Siempre acaban en corrida.

—¿Y en qué quieres que acaben? —preguntó asombrado terminando también su copa—. ¿Acaso solo quieres que se corran ellas?

Pero Ángel no contestó. Se despidió de él mientras el cantante seguía repitiendo en bucle la canción de *Don Diablo*, meneando las caderas de un lado a otro. Tendría que comprarle el conjuntito de colores estridentes que

llevaba Miguel Bosé en el videoclip. Ese con el que parecía que iba a empezar en nada la clase de aeróbic. Cinta en el pelo incluida. ¡Qué daño habían hecho los ochenta! Sí, también era obra mía. Y lo que estaba por venir... ya ni lo cuento.

Jovanka había estado hablando un rato con Aryma. Cuando salió de clase fue lo primero que hizo. Llamarla. Por suerte, no estaba ni enfadada ni la había olvidado. Solo estaba preocupada como nunca en su vida. Jamás había temido por la vida de alguien y después de saber que la policía abandonaba la búsqueda, creyendo que se había fugado con un *noviete* para no tener que casarse, le entraron ganas de ponerse a gritar.

Pero lo que hizo fue llorar.

Sus padres la consolaron los primeros días. Después solo pudieron dejar que el efecto del paso del tiempo se precipitara sobre ella. Pero no había terminado de caer. Había cosas, como la suave lluvia de primavera, que se vertía muy despacio.

—¡Jo! No sabes lo que te odio —le aseguró, a punto de llorar.

—Y yo a ti —le respondió la otra llenándosele los ojos de lágrimas también. Tal para cual. Los humanos se merecían los unos a los otros.

—¿Ya te ha liberado el ogro ese?

—Me está tratando bien —lo defendió, como si de verdad pensara que con ello podía conseguir que su amiga cambiara de opinión. No podía estar más equivocada.

—¿Síndrome de Estocolmo?

—No. No pasa tanto por aquí como para... —Se interrumpió un momento. La verdad, tuvo que reconocerse que le atraía Ángel. Tenía un algo que no podía obviar, aunque fuera un algo que le diera miedo. ¿Podía ser cierto? ¿Enamorada de su captor-salvador?—. Sí, es verdad que no puedo decir que no me parezca atractivo, pero me lo ha parecido desde que abrí los ojos y apenas he tratado con él. No puede ser eso.

—No, solo es que te está manteniendo mientras te pegas la vida padre en un hotel de lujo.

—Aryma, ¿vas a meterte conmigo? —le recriminó tratando de recordarse que había sido ella la que había querido hacer la llamada a pesar de tener claro lo que le esperaba.

—Vuelve. No te quedes ahí. Ese hombre seguro que hace trata de blancas. A lo mejor es que te quiere para prostituirte o para que le pases cocaína de una frontera a otra. Acabarás pajarito en algún motel de mala muerte con un par de

kilos de droga en el intestino. ¿Has revisado los armarios? Seguro que hay restos de uñas de las otras chicas a las que tuvo encerradas allí.

—Esto no es una peli de terror —afirmó, aunque a veces lo hubiera sentido.

—No, va a ser una peli romántica, a lo *Pretty Woman*. ¡No te jode!

No, no era una peli romántica. Más bien era una porno, en la que a la chica se le resbalaban las bragas ante el protagonista experto y con dinero. Y de polla grande. Porque ese paquete no era normal. Pero si le soltaba eso a su amiga Aryma dejaría de hablarle. Jamás de los jamases habían comentado absolutamente nada sobre sexo. O ella no le había comentado nada, en verdad. Era como si Jovanka no tuviera. Como los ángeles. Ni deseo, ni apetencias, ni nada. También era cierto que como no podía ni dar un triste beso a ninguno de los chicos que se le acercaban era comprensible que esos temas hubieran quedado apartados, para no hacer más sangre. ¿Qué se iban a contar? «Sí, ayer noté que a ese chico le gusto, pero como me voy a casar en nada...».

Patético.

—¿Nos vamos a ver o no?

—Sí —le aseguró, aunque la afirmación sonó mucho más convincente en sus labios que en su cabeza—. Deja que hable con él...

—¡Deja de decir tonterías! ¿Te libras de un matrimonio impuesto y permites que se imponga en tus decisiones un desconocido? No te reconozco, Jo. Vale que esta no es la situación ideal con la que seguramente habrías soñado, pero tampoco es la peor del mundo. Si dejáramos a un lado lo del embarazo...

—Pero no lo vamos a dejar a un lado porque este bebé se queda conmigo.

—¡Ya vale! ¿Y qué esperas? ¿Que ese tipo quiera hacerse cargo de ti y del bebé como si fuera el padre? ¡Espabila, por favor!

—Nunca he dicho que pretenda nada de este señor.

—¡Pues explícamelo! Porque no lo comprendo. ¿Qué diantres haces ahí?

—No lo sé..., pero no puedo irme.

—¡Corre, por el amor de Dios!

A Jovanka le vino a la cabeza la idea de correr por miedo al demonio y me pareció de lo más acertado. La muchacha había querido traspasar la puerta, pero no había podido. Llámalo miedo, llámalo necesidad, llámalo como te dé la gana. Se había acercado a la puerta y por primera vez no quería marcharse, quizá porque estaba abierta. O porque le ponía Ángel. O porque no tenía a dónde ir. O porque esperaba que se alinearan los astros y pasara algo que hiciera que su vida tuviera sentido, y parecía que esperar en una habitación en el Ritz era mejor opción que hacerlo con un vaso de papel pidiendo limosna

delante de un McDonald's.

Ángel no era el padre de su bebé ni tenía por qué responsabilizarse de él. Es más, tenía pinta de ser el tipo vividor que no abandonaría jamás los excesos que cometía para sentar la cabeza y querer algo serio con nadie.

Me estaba partiendo la caja con los pensamientos de Jovanka. ¿Ángel formando una familia? ¿De qué iba la tipa? ¿En tan alta estima se tenía como para que pensara que podrían hacerse un retrato familiar en Navidad con el pequeño Olaf Infern entre ambos? O, mejor, Angelito Don Diablillo. Iba a tener que convencer a Miguel Bosé para que adaptara un poco la canción a sus necesidades.

Pero de pronto su mente se fue a otra parte. A pensar en su prometido, en cómo presentarse y decirle que tenían que romper el compromiso. En aceptar su parte de culpa, en...

¿En llevar a Ángel para que la protegiera de la furia del que iba a ser su esposo? ¿De verdad?

«¿Lo has visto, Ángel? ¡Es la caña! Quiere llevarte de la manita para imponerle y que no le suelte un guantazo que le cruce la cara».

«Lo veo. Deja a la chica tranquila. Está un poco perdida».

«¿Un poco, solo? ¡Está como una cabra, hombre! No me digas que no es lo más estrambótico que alguien ha pensado sobre ti».

«No, hay mujeres que han querido casarse conmigo. Eso me parece peor».

Volví a la mente de Jovanka, que seguía hablando por teléfono con su amiga, y si no llego a estar muerto su siguiente pensamiento me habría mandado a la tumba. Me carcajeé mientras Ángel blasfemaba por lo bajo y golpeaba el volante de su deportivo, de mala leche, en un arrebato. Me sorprendió que le afectara tanto el último pensamiento de la chica.

Sí, podía haber cosas más extravagantes. Como, por ejemplo, que se le hubiera ocurrido llevar a Ángel frente a su prometido como si fuera su padre, para que rompiera el compromiso.

Su padre.

Eso sí que ofendía.

La madre que la había parido.

«Aquel que no conozca mis demonios no debería darse la tarea de provocarlos».

—Pues como papá no tienes precio.

—¿Te quieres callar la boca de una puta vez? —me pidió tremendamente irritado. Vale, cabreado de cojones. En su línea, cómo no.

—Mira que te envié a un buen colegio para que no dijeras palabrotas — bromeé rascándome esa parte que no se puede nombrar en horario infantil. Pero al ser yo... ¡qué cojones! Me rasqué eso mismo. Nadie espera nunca que respete lo del horario infantil.

Pero me aparté de su mente para dejarle nuevamente espacio. No quería que descargara su mala hostia conmigo y sabía que tenía mucha acumulada. Era como el reactor de Chernóbil a punto de explotar. Y las consecuencias iban a ser peores que los daños radiactivos de la central nuclear.

Ángel acababa de recorrer el espacio que había entre el ascensor y la puerta de su *suite* y se encontró con la sorpresa de que seguía abierta. No se había percatado de ello al espiar la mente de Jovanka. El paso en el que ponía el pie dentro de la habitación se quedó un instante en el aire, como si de pronto hubiera encontrado una especie de barrera invisible que le impedía traspasar la entrada. ¿A él? ¿Cómo podía ser posible que sintiera que su propio espacio le estaba vetado? ¡Él era un demonio, joder! ¡Aquel era su territorio!

Llamándose gilipollas —que lo era, pero cualquiera se lo decía— entró en la habitación y se encontró con una sorprendida Jovanka que no se esperaba que Ángel fuera a aparecer tan pronto. Era la primera vez que regresaba antes de que oscureciera y volviera a amanecer. Y, por lo que había entendido, Ángel era un hombre de costumbres. O lo que fuera..., pero de costumbres.

Fue a decir que regresaba antes de lo que lo esperaba, pero... ¿quién era ella para hacer un comentario así cuando aquella era su habitación? ¿Debía, acaso, estar preparada como una buena esposa a la que fuera a sacar a cenar y no se hubiera puesto el vestido de fiesta? Ángel podía llegar en el momento en el que le diera la gana y ella... ella no tenía obligación ninguna. Ya era

suficiente que no se hubiera marchado.

—Lo sé. No suelo aparecer a esta hora... —comentó el otro, como queriendo ponerle las cosas más fáciles a la chica. Una de las múltiples ventajas de saber en qué piensa tu interlocutor—. Pero estoy un poco harto de trasnochar.

—¿Cuántas noches hace que no duermes decentemente? —le preguntó la chica sabiendo que debían ser muchas. Si ese ritmo de vida lo había mantenido durante años era normal que hubiera envejecido rápido. Aunque bien. Demasiado bien para ser verdad. A veces le entraban ganas de alargar el dedo y tocarle en pecho para comprobar lo endurecido que estaba, pero se contenía.

Ese tipo de cosas que solo hacen los humanos. La contención también era para los gilipollas.

—¿Noches? —Y sonrió de medio lado quitándose la chaqueta. Jovanka clavó los ojos en cómo se le ceñía la camisa blanca al cuerpo y el demonio ralentizó sus movimientos, complacido por el hecho de estar siendo intensamente observado—. Querrás decir siglos...

Por suerte nadie se creería semejante comentario. Una exageración como otra cualquiera, sin más, y el demonio lo sabía. Había aprendido a tratar con los humanos, a usar sus verdades como ironías y a ocultarse tras ellas. Jovanka casi ni escuchó la frase, por cierto. Se ruborizó al darse cuenta de que se lo estaba comiendo con la mirada, agachó la cabeza y trató de centrarse en su última frase. ¿Qué había dicho? ¿Siglos? Eso quería decir que eran muchos días... ¿Dormía en otra parte? Porque allí... no lo hacía.

—Pues quizá haya llegado el momento de medicarte —soltó con una inusual insolencia extraída del mismísimo averno.

La risa de Ángel salió sincera de su pecho.

—Quizá, pero soy de tomar otro tipo de pastillas.

Y a la mente de Jovanka fue la imagen de una azul que servía para que se le pusiera dura a los ancianos. ¡Punto para Jovanka!

«Venga, no te enfades. Ha tenido gracia».

«Sí, me troncho».

Pero estaba claro que había cosas que a ese tipo no le hacían ni puñetera gracia. Quizá si también a mí me trataran como a un anciano no me gustaría un pelo, pero yo me cuidaba bastante y jamás de los jamases se me ocurriría ir a cualquier parte aparentando más de cuarenta tacos. De veteranos de guerra estaban los asilos y los cementerios llenos, y yo había sobrevivido a todos ellos.

O algo así.

—¿Has cenado? —le preguntó resuelta ella cuando Ángel iba a alegar que se estaba refiriendo a todas esas drogas de diseño que se metía en el cuerpo y que circulaban alegremente por su club. Demasiados tipos. Demasiado accesibles. Y demasiado dado a los excesos como para no hacerse con todas —. ¿Tienes hambre?

El demonio trató de hacer memoria. Al no sentir apetito propiamente dicho muchas veces se saltaba comidas. No era relevante porque nunca nadie le preguntaba si quería comer. Era él quien se encargaba de solicitar que se le atendieran esas necesidades. Que alguien se preocupara de preguntarle era una novedad que encontró extrañamente interesante, ya que la preocupación por su bienestar parecía incluso sincera.

—No. Tú tampoco, ¿no?

Al menos no recordaba haberla visto comiendo esa tarde. Se dijo a sí mismo que debía de meterse menos en la cabeza de la muchacha para saber lo que hacía en todo momento. Comenzaba a ser tan adictivo como cualquiera de las drogas que tomaba. Y que no eran azules. Además, resultaba sospechoso que siempre supiera la respuesta antes de que se formulara casi la pregunta, por lo que era natural que Jovanka empezara a mirarlo de manera extraña.

Ella negó, observando la zona de comedor que quedaba a su derecha.

—¿Y te gustaría hacerlo en compañía?

Que tuviera la deferencia de preguntarle eso me hizo sospechar que quizá precisamente una de esas drogas le podía estar afectando al cerebro. O al corazón, si le latiera. Al alma, si no me la hubiera entregado. A la polla. Esa sí que le funcionaba bien. ¡Cojones! ¿Me lo estaban amariconando?

—Me parece buena idea. ¿Vamos a comer juntos o estás pensando en otras posibilidades? —Eso era una provocación en toda regla, ¿no?—. Me refiero... —siguió entendiendo por la cara que había puesto Ángel que no había sido una pregunta del todo acertada. O, quizá, demasiado acertada, al fin y al cabo—. Me refiero a que quizá quieres que me vaya a cenar con otra persona.

—¿Con Aryma, quizá?

No se paró a preguntarse por qué nombraba a su amiga justo después de haber conseguido hablar con ella. Aquel hombre siempre iba un paso por delante de sus pensamientos y no se iba a plantear el motivo. Más sabía el diablo por viejo que por diablo, ¿verdad? Y le doblaba la edad... ¡O se la triplicaba!

«Venga. Yo la sujeto y tú la abofeteas. O te la follas y te desquitas. Quizá eso haga que se te descontracturen todos los músculos de la espalda, que ahora mismo te empiezan a crujir las articulaciones de lo tenso que te pones con sus pensamientos. Y le demuestras encima que la edad no es un problema».

«Si nos ceñimos a la realidad aparento triplicarle la edad. Me empeñé en venir con este aspecto. No está faltando a la verdad».

«¿Y te arrepientes?».

«Nunca me arrepiento de nada.».

Pero era mentira. Ángel sí que se arrepentía de un par de cosas. Todo el mundo lo hacía.

Y su lista era larga. De haberse enemistado con el hombre que, por venganza, acabó con su familia una tarde hacía ya demasiados años, por ejemplo. Cuando todavía conservaba alma, circulaba la sangre por sus venas y era capaz de sentir amor por alguien. Pero esa tarde murió eso junto con su esposa, su madre, su padre y su abuela. Y el bebé que esperaban.

De haberme vendido luego su alma para poder cobrarse la presa y matar a aquel canalla.

De haber regresado a la tierra trescientos años atrás. En esa ocasión...

«¿Todo esto es por lo que pasó hace tres siglos?».

«Deja de elucubrar. Todo esto es porque quiero. ¿Cuándo he tenido que darte explicaciones? ¿Cuándo he necesitado un motivo?».

Ángel estaba enfadado realmente.

—Esto es muy complicado para mí... —comentó Jovanka dejando vagar su mirada de un lado a otro sin prestar atención a nada en concreto.

—Para mí también lo es —reconoció el demonio tratando de ser un poco más cercano—. No se me dan bien las personas e imagino que no he sido un buen anfitrión. A estas alturas todo el personal del hotel debe pensar que te pago por horas o algo peor...

Lo de «algo peor» era que la había matado, pero por suerte ya la habían visto viva, así que podían descartar esa opción.

—No es lo peor que me han dicho esta semana.

—Lo sé.

—¿Sabes? Estoy un poco cansada de que sepas absolutamente todo sobre mí y yo no tener ni idea de lo que pasa. ¿Quieres explicármelo?

Lo cierto era que Ángel no quería. Si por él fuera las cosas no estarían yendo por ahí, pero se había lanzado a la aventura de ver a dónde le conducía eso de dejar opinar a la chica. Esas decisiones, tomadas a la carrera, no podían llevarle a ningún lugar seguro. Pero... ¿quién lo necesitaba?

«Lo que no tiene precio te va a costar caro, amigo».

«Ya me costó. Y hay cosas que no se pueden comprar dos veces».

«¿Y vender?».

«Ya no me queda nada que alguien quiera comprar».

«Lo dice el ricachón de la habitación en el Ritz, del club en Gran Vía y del deportivo en el garaje. ¡Perdón! Deportivos, en plural».

«¡Ah! ¿Pero hablábamos de cosas materiales?».

—Hagamos un pacto.

Y a ella se le erizó por completo la piel. Era normal. ¿Quién haría tratos con un hombre como Ángel? Había aprendido de mí. ¿Pactar con él? ¿Con el diablo? No, al menos todos me debían el alma a mí y no al capullo del demonio que había dejado escapar de Infierno.

Iba a tener que cambiar la cerradura cuando volviera a vivir aquí, conmigo.

«Cuando un hombre se apura, el diablo sonríe».
Proverbio polaco.

Ángel supo de inmediato que no debía hacerlo. O que no era apropiado para un humano hacerlo, más bien. Porque a él, eso del deber, se la traía floja. Por ello, en vez de meterla en el coche y llevarla a un restaurante de esos en los que los camareros se desvivían por dejarlo contento y satisfecho —y mira que eso era complicado para un demonio—, pisó el acelerador con Jovanka en el asiento del copiloto.

No, no me refiero a que fuera rápido... con ella. O sí. Vamos, a lo que no me refiero es a que se la acabara follando sin haberle pedido antes matrimonio y esas cosas. Puso el coche a ciento sesenta antes de que a la chica se le pudiera ocurrir que aquello era una pésima idea o abrochase el cinturón de seguridad y, poco después, con la muchacha aún con los ojos cerrados del pánico, se detuvo subiendo, como de costumbre, el deportivo en la acera.

Delante de Sex Club del Demonio.

Con dos cojones.

—Seguro que aquí puedes entender mejor a qué me refiero —le dijo Ángel quitándole las manos de la cara, pálida como una hoja de papel. En algún momento, además de cerrar con fuerza los ojos, también se había tapado el rostro con las palmas.

Pero le costó que le hiciera caso. La chica se había visto estrellada contra más cosas de las que podía o quería recordar y, tras decidir que prefería no verlo, se cagó en todos los muertos del vejestorio. ¡Y pensar que ella había creído que era la culpable del atropello! ¿Si conducía así cómo narices iba a poder verla al cruzar la calle? Tenía que haberlo denunciado en su momento. ¡Otra vez haciendo las cosas a destiempo! ¿Alguien en comisaría la creería?

«Mire, señor agente, además de que mi tío lleva violándome desde hace ya... ¿dos años? y de haberme dejado embarazada..., ahora quiero denunciar a este otro tipo que me atropelló. Pensé que la culpable era yo, por salir a la carretera sin mirar, pero visto lo visto pongo la mano en el fuego de que tuvo

la culpa él».

—¡Estás loco! —le gritó aporreando de pronto el salpicadero del coche—. ¡Tú estás loco!

—Me han dicho peores cosas tras verme conducir —se excusó encogiéndose de hombros.

El aparcacoches salió a la carrera del club, como si se le hubiera olvidado que tenía que sacar el pavo del horno y se le hubiera prendido fuego la cocina en pleno día de Acción de Gracias. ¡Espera, que esto era Madrid! Pues... en plena Nochebuena. ¿Vale como símil para que se me entienda? Pues eso, sí, con cara de susto. Casi la misma que Jovanka.

—Perdón, señor Infern. No pensé que fuera a regresar...

Ángel lo olió. Se había echado un par de copas aprovechando que le habían dado la noche libre. Comprensible, después de todo, ya que se había despedido y había dejado a Diego al mando de todo, afirmando que no iba a volver. O que, si regresaba, era en calidad de cliente. Pero de eso no tenía que haberse enterado el chico.

—No te preocupes —le aseguró él entregándole las llaves—. Pero si lo estrellas...

—Ya, ya. En serio, señor Infern. Perdón..., don Diablo. Es en lo último en lo que pienso. —Y miró a la muchacha que estaba llorando al otro lado. ¿Don Diablo? ¿acaso había escuchado bien?, pensó Jovanka—. ¿Quiere que la lleve a alguna parte, jefe? ¿O... que haga algo con ella?

En más de una ocasión se había desecho de personas molestas por él. No habían matado a nadie, por descontado. Para eso se valía solito. Pero a veces sí que apartaban a la gente de su vista para que no lo incordiaran. Podía decirse que tenía... ¿los ojos sensibles? Sabían cuán molestas podías ser las mujeres que rompían a llorar y que Ángel no tenía, lo que se llamaba vulgarmente, paciencia con ellas.

Ángel no respondió. Salió del coche, lo rodeó abrochándose el botón de la chaqueta y abrió la puerta del acompañante para que Jovanka pudiera salir. Habría estado bien eso de extenderle galantemente la mano para que la otra se sintiera segura a su lado, pero no era su estilo. No era un caballero, aunque tuviera esa apariencia, y menos lo era delante de sus trabajadores. Ya se había girado y subía los escalones hacia el vigilante de seguridad cuando Jovanka puso los pies en la acera y se quedó mirando con cara de espanto la entrada al local. ¿Un puticlub? ¿En serio? Giró la cabeza para mirar al aparcacoches, pero este salió quemando ruedas hacia la calle. Los peatones la miraron con

desaprobación, allí parada delante del mayor esperpento que habían abierto en la Gran Vía. Aunque llevaba todo el día apoyando el pie en el suelo tenía miedo de caminar sola por si comenzaba a dolerle y la muleta se había quedado en el hotel. Dio un tímido paso y otro algo más confiada, al no sentir dolor. No por nada el médico que la atendía había comentado que lo de ponerle la férula era más «por si acaso» que por otra cosa. Y ese «por si acaso» podría haberse convertido en otra cosa si la hubieran llevado a un hospital. Pero, claro, allí no mandaba ella.

Y ella... se dejaba gobernar.

—Esto... yo... ¡Perdón! —De pronto no sabía cómo dirigirse a su captor-salvador. ¿De verdad lo había llamado don Diablo?—. ¿Es una broma? Porque, en serio...

—¿Te parece que tengo pinta de querer bromear contigo? —le preguntó deteniendo sus pasos, pero sin girarse. La voz resonó en toda la calle, pero también en su cabeza. Seria, ruda... sexi. ¡Maldita sea! ¿Cómo podía causar tal efecto en ella? Era tan sumamente erótico...

—Yo ahí... no entro.

—¿Llevándome la contraria?

Entonces sí que se giró el demonio, acribillándola con una mirada que habría desarmado a cualquiera. Le temblaron las piernas, pero no dio un solo paso más. Se quedó como una estatua, dejando que los peatones la sortearan en su rápido avance por la acera. Ángel arqueó una ceja de forma elegante y hasta le dedicó una sonrisa torcida tan interesante que hasta su amiga Aryma habría entendido por qué le costaba pensar con claridad cuando estaba a su lado. O cuando lo recordaba. O ya siempre... desde que lo conocía.

Tampoco fue capaz de responder.

—Vamos. Eres más vulnerable ahí, en la entrada, que en el local —le aseguró entendiendo su reticencia a traspasar el umbral de un lugar con tan mala fama como aquel—. De puertas para adentro nadie juzga a nadie. ¿Puedes decir lo mismo de los que te rodean aquí?

Jovanka no supo si se refería a su familia, a la familia de su amiga o a las personas que la miraban de forma reprobatoria en la calle, pero estuvo de acuerdo en que cualquiera lo hacía. Y sin preocuparse de preguntar cómo la hacía sentir eso. Bien jugado por parte del demonio.

Y, aun así..., no se movió.

—Obedecerás —le aseguró Ángel.

Y se giró para terminar de subir la escalinata y traspasar la puerta. Hizo una

señal al vigilante de seguridad y este bajó las escaleras en su busca. Jovanka abrió los ojos como platos cuando de pronto se vio alzada en brazos, como si de pronto el demonio se hubiera acordado de que le era complicado moverse por sí sola y que necesitaba ayuda para ello. Y no protestó, sin tener claro, como en casi todo lo que había hecho desde que lo conocía, el motivo por el que lo hacía.

El tipo atravesó la puerta, que se cerró tras ellos, y tardó unos instantes en adaptarse a la luz del interior. Mientras le temblaba todo el cuerpo se preguntó cómo diablos había llegado a ese punto. ¿En qué momento se había equivocado? ¿En qué lugar debió girar hacia otra parte, pero no lo hizo y había acabado en aquel club?

Otra señal de Ángel hizo que el vigilante la depositara con suavidad en el suelo. Ella no supo si debía agradecer el gesto, si necesitaba pegarle un bofetón por la osadía o si sería mejor simplemente ignorarlo. Al final no hizo ninguna de las tres cosas y se dejó conducir un par de pasos más, con su ayuda. Mientras, en su cabeza se mezclaban un sinfín de pensamientos tremendistas.

Debió salir por la puerta del hotel y huir cuando la dejó abierta. Debió lanzar un mueble por la ventana para pedir auxilio antes. Debió gritar hasta quedarse sin voz cuando despertó tras el atropello, mover muebles, volcarlos, hacer tanto ruido como para que alguien llamara a la policía por ella, pero no lo hizo. Debió haber buscado algo para defenderse cada vez que entraba en la habitación. Quizá habría podido dejarlo inconsciente para salir huyendo. Debió...

Mil cosas debió hacer, pero nada valía ya.

Sin embargo, ahí no habían empezado sus problemas.

Cuando nació en el seno de una familia que quería atarla en corto comenzó todo, en realidad. Y cuando, atándola en corto, alguien le abrió los ojos y le demostró que la cuerda podía ser mucho más larga. O, directamente, no existir. El ovillo se enredó al no romper con las ataduras en el momento de saber que se podían cortar. Y cuando no denunció a su tío... ahí ya la había cagado por completo.

Lo sabía.

Debía reconocérselo a Aryma, a sus padres, a ella misma. Debió correr, aunque nadie fuera a creerle. Debió hacerlo, aunque destruyera el honor de la familia como se había destruido el suyo. Con rabia, con fuerza. Debió correr, pero no lo hizo. Quizá no era tarde para hacerlo y, aun así, allí se había

quedado, esperando a ver qué sucedía después.

Y lo que había pasado era que había acabado en un burdel de ricachones.

La de vueltas que daba la vida por las malas decisiones.

—Espera. ¡Espera! Por favor...

Ángel no la habría escuchado por encima del nivel de la música, pero como estaba pendiente de cada uno de sus movimientos y pensamientos no le pasó desapercibido el ruego de la joven. Se dio la vuelta y se quedó plantado justo al inicio del suelo de cristal, con todas las luces girando a su alrededor como si fuera una puta estrella de *rock*. Tras él, en el escenario, el cantante había perdido la letra de lo que estaba cantando al ver que el jefe regresaba. Todas las camareras se habían quedado paralizadas, al igual que Jovanka, mirando a Ángel. Era el efecto esperado. Sin embargo, los clientes no repararon en que algo hubiera pasado y siguieron a lo suyo.

Y allí se iba a follar.

O a intentarlo, al menos.

¡*Nah!* La gente que entraba en el club sabía que pillaría cacho, aunque la mayoría no sabía lo que se cocinaba ahí dentro. Muchos pensaban que era un local de putas. Otros creían que era un club liberal y la mayoría solo se santiguaba cuando pasaba por delante, sabiendo que aquello era pecado cuanto mínimo. Tres padrenuestros y tres avemarías y podían seguir su camino para comprar el pan. Ángel tampoco lo había definido nunca, ciertamente. Allí todo el mundo hacía lo que le daba la gana con su cuerpo. Venderlo, prestarlo, regalarlo... o compartirlo. Tenía una parte de bar que dejaba muy buenas ganancias. Una zona de música donde poder bailar, otra con el cantante en directo, para los más sibaritas. Y luego... estaba el antro. Ni cortinas, ni paredes ni hostias. Solo unos haces de luces que se movían formando un abanico y que deslumbraban tanto como alumbraban. Y tras ellos... las sombras y los cuerpos de todos los clientes que se abandonaban al placer de la carne. Desde prostitutas a parejas que iban buscando más, pasando por gente que se sentía muy sola y otros que sencillamente eran unos viciosos. Allí iba de todo, buscando cualquier cosa con tal de salir de la monotonía de la cama matrimonial o de las pajas contra las baldosas del baño.

Si las luces apuntaban al techo apenas se veía nada. Si, por el contrario, lo hacían a las paredes o parpadeaban... se desataba la histeria en la zona de baile, donde amenizaban las chicas con poca ropa y los tíos machacados en el gimnasio. Que Ángel quería contentar a todos sus clientes y no solo de tetas y culos bonitos podía vivir un club como el suyo. Sí, también le hacían falta

buenos pectorales y pollas grandes.

Y por eso a los vecinos no les gustaba que el local hubiera abierto en su barrio. No era políticamente correcto, aunque no se pudiera demostrar nada muy ilegal. Salvo lo del consumo de drogas y la desaparición de gente de vez en cuando. ¿Quién contaba a esos que no volvían a casa? ¿Y las drogas? ¿De verdad alguien podía escandalizarse por unas cuantas pastillas y un poco de polvillo blanco? ¡Venga ya!

Ángel no pensaba en tranquilizar a Jovanka. Quería que sintiera pánico, que pensara en todo lo que pasaba allí y que se rindiera a la evidencia. No había ido a parar a las manos de un buen tipo. Había caído en las peores garras, en las de alguien desalmado en todo el esplendor de la palabra. No tenía muy claro por qué aún no la había usado para su beneficio, pero estaba claro que la suerte de la muchacha estaba a punto de cambiar. Si la había llevado hasta allí era para...

Vale, ni puta idea.

Pero para algo bueno no sería, ¿no?

La iba a fulminar con la mirada. La iba a desnudar y a ofrecer a sus clientes. La iba a azotar para que aprendiera a no ser irrespetuosa. La iba a follar como nunca antes lo había hecho...

Pero extendió la mano y le sonrió, como si pretendiera tranquilizarla para que lo acompañara, cuando segundos antes estaba pensando en un millar de barbaridades y en que deseaba que sintiera miedo. ¿Por qué cojones no se comportaba como el maldito bastardo que era?

Y, claro, la muchacha se confió, dejó de temer a todo y a todos y dio un par de pasos para llegar hasta él. Cojeando levemente, eso sí, pero sin apenas dolor en la pierna que llevaba la cara férula que le había colocado el médico privado del ricachón.

Jovanka llegó hasta la barra y él la ayudó a sentarse en uno de los taburetes altos, cogiéndola en brazos. Ella se dejó hacer, como hechizada por las demandas de él. Respiró el aroma de su piel y gimió contra ella sin poder evitarlo. Ejercía un poder devastador en su capacidad de raciocinio o de autocontrol que era imposible de dominar. Cuando volvió a abrir los ojos él la observaba con curiosa elegancia. Frente a ella había ya un par de copas. Reconoció el *whisky* de él, pero lo que ella tenía preparado le era desconocido. Bebía poco o prácticamente nada.

—Te sentará bien. Seguro que te ayuda a relajarte —le susurró Ángel al oído, mientras que la chica no podía dejar de observar todo lo que pasaba a su

alrededor.

La gente parecía completamente desinhibida, como si estuvieran coqueteando —o sobándose directamente— en la intimidad de sus dormitorios. De todos modos, no era un comportamiento mucho más escandaloso que el que se podía observar en cualquier discoteca de la ciudad, salvo por el hecho de que, a pocos metros, se podía continuar con la fiesta de forma mucho más obscena.

—No suelo beber...

—Lo sé. Pero hay que empezar por algún pecado sin importancia...

Lo de empezar hizo que se estremeciera y sin pensárselo se llevó la copa a los labios.

—¡Querido Ángel! —lo saludó efusivamente Diego que llegó por detrás a palmearle la espalda—. Y yo que pensaba que te fiabas de mí..., pero ya veo que eso es un poco complicado. Después de todo..., ¿quién iba a cuidar este sitio mejor que tú?

—No tenía pensado volver, te lo aseguro. Quería tomarme un respiro.

Y por respiro Diego entendió que quería echar un polvo de esos que no se olvidaran fácilmente. ¿Era eso? ¿Quería follarse a la chica en su local y hacerlo delante de todos? ¿O quería llevarla a su despacho y...? No, cualquier cosa que implicara a una sola persona podía haberla realizado en la habitación de hotel. La había llevado allí para algo mucho más grandioso, pero no se dejaba leer a ese respecto.

—Ya veo el respiro que querías darte...

—Deja de mirarla de esa manera —soltó, como si ella no estuviera escuchando toda la conversación—. No es una de tus posibles aventuras.

—¿Te has vuelto celoso de repente? —se burló el otro, más sorprendido que otra cosa. Miró a la muchacha que, aunque resultaba atractiva, no le parecía tampoco nada del otro mundo. Demasiado apocada para su gusto que era más de mujeres explosivas con buena delantera y mejor trasera. Ciertamente tenía una mirada dura y unos gestos que resultaban intrigantes—. No me digas que te piensas atar solo a una.

—No seas ridículo...

—¿Entonces?

Eso. ¿Entonces? ¿Qué había ido a hacer allí? De pronto la mente de Ángel se había llenado de interrogantes. ¿Por qué se comportaba como si la cosa no fuera con él cuando estaba claro que sí que iba? Miró a Jovanka, a un escaso metro de él, y ella le sonrió tímidamente. Había llegado hasta allí por él.

Atraída por su persuasión, por sus encantos o por sus órdenes. Poco importaba. No había llegado hasta allí porque lo hubiera deseado. Por poco que la hubiera dejado libre antes habría vuelto corriendo a casa de su amiga o, peor aún, a casa de sus padres, por si habían cambiado de opinión. Era mejor la opción que le estaba dando él. La de ser independiente, la de olvidarse de todo y empezar de cero, la de mandar a la mierda a todo aquel que se lo merecía.

¿Pero por qué estaba dispuesto a ofrecerle eso cuando se suponía que ella no le importaba nada?

«¿Qué me estás ocultando, Ángel?».

Pero estaba claro que si se estaba esforzando tanto en que no me enterara no me lo iba a soltar así, por las buenas. O me ponía las pilas o solo me enteraría de algo cuando él quisiera. Y eso... no era divertido.

«¿Por qué te importa tanto esa chica?».

—Entonces, nada —respondió a Diego dando la espalda a Jovanka y avanzando un par de pasos para alejarse de ella—. Deja de presuponer cosas y vuelve al trabajo.

Diego esperó un instante a que Ángel pasara de largo, rumbo a su despacho, sin volver a llamar a la chica. Ella los miró a ambos, horrorizada ante la situación en la que se quedaba allí en medio, abandonada, sentada en la barra del antro pecaminoso, habiendo probado la primera gota de alcohol del año. En verdad se había tratado de un buen sorbo, pero solo porque resultó ser una bebida dulce y muy agradable, aunque le fuera a sentar mal a su actual estado. ¿Sentimental? ¿El de abandonada? No, al de embarazada. ¿Pero qué mujer de hoy en día respetaba eso de nada de alcohol durante los nueve meses de gestación? O empezaban a gestarse bebés más rápidamente o todos acabarían con alcohol fluyendo a través del cordón umbilical.

Miró hacia el haz de luz y vio a las parejas moviéndose violentamente. Pero si solo fueran parejas... Había grupos, personas solas, tríos... No era tonta. Sabía que esas cosas pasaban, que había gente que disfrutaba con esa clase de intimidad. O de la escasez de ella. En la era de internet, lo que le estaba vetado era probar, pero lo de saber era otra cosa.

La mano derecha de Ángel observó a la muchacha, preguntándose qué habría visto en ella. Estaba convencido de que tenía que haber algo. En sus ojos enormemente oscuros. En ese miedo que destilaba por cada uno de sus poros. En ese odio que casi podía olerse. Estaba dañada. En esa curiosidad por todo. En... Sí, Jovanka quería y se reprimía. ¿Era eso? No, no podía reducirse solo a un quiero y no puedo.

—Si a ti no te interesa..., ¿puedo jugar con ella un rato?

De la boca del demonio fueron a salir un buen par de maldiciones que ya había escuchado resonar en su cabeza. No, no quería. No iba a permitir que nadie más la hiriera. No dejaría que ningún tipo le pusiera la mano encima. No iba a...

Se volvió y la miró. ¿Qué era lo que en realidad quería hacer?

Le llamaron los ojos al observarla, presa del pánico, mientras Diego se relamía pensando en llevarse sus manjares a la boca. Sintió su lujuria, sintió el miedo de ella, sintió su diversión. ¿Pero qué sentía él? Respiró hondo y dejó que la música que sonaba en el local le inundara los sentidos. Vibró con ella, la paladeó. Pensó en Jovanka abierta de piernas en una de las camas detrás de los focos con Diego encajado entre ellas. Imaginó sus gritos y luego sus jadeos. Saboreó la sangre de su boca al morder para defenderse. Se excitó fantaseando con las acometidas de las caderas de su segundo mientras le aferraba las tetas y le retorció los pezones.

Respiró entrecortadamente.

Ella hizo lo mismo.

Era horriblemente intenso eso de sentir antes de ver o actuar. Jovanka casi también había podido entrever los pensamientos de Ángel, quizá porque él se los había metido en la cabeza o porque ya comenzaba a conocer un poco más al demonio al cual se había arrimado.

—Toda para ti.

«La mujer solo el diablo sabe lo que es. Yo no lo sé en absoluto».
Fiodor Dostoievski

Ángel levantó levemente la mano para pedir otra copa a la vez que Diego aferraba la muñeca de Jovanka para tirar de ella. La muchacha negó varias veces, pero el tipo era mucho más alto y fornido y pudo sacarla de su asiento y arrastrarla un par de metros sin dificultad alguna. La chica miró, primero a Ángel, con el rostro descompuesto por la incredulidad, y después a su alrededor, buscando a alguien que opinara, al igual que ella, que aquello era una locura y que no se podía consentir. ¿En qué mierda de sitio la habían metido? ¿Desde cuándo se podía sujetar a una mujer así en contra de su voluntad y llevarla para hacer...? Sí, no quiso pensarlo, pero sabía lo que pretendía hacer con ella. Lo había visto en el ardor de sus ojos y en el bulto obscuro de la bragueta. ¿Y Ángel? ¿Y su salvador? ¿De verdad se había equivocado con él y lo único que había querido era reponerle las fuerzas para que pudiera defenderse mejor? ¿Eso les ponía cachondos en aquel antro?

—¡No! ¡No! ¡Suelta, malnacido!

Jovanka gritó cuando los dos brazos de Diego la rodearon con fuerza por el pecho y la levantaron en vilo, apoyándola contra su cuerpo. Pateó lo que encontró cerca y él rio de buena gana, sin conseguir asestarle ningún golpe. Eso la enfureció aún más.

—Eres una fierecilla, ¿eh? —le susurró contra la oreja y acto seguido se la lamió entera—. Vamos a descubrir qué es lo que encuentra interesante en ti el jefe. Puede que tengas un coño de primera, porque don Diablo no se fija en cualquiera.

Jovanka pensó en morderlo si se ponía a tiro, pero no tuvo ocasión. Tuvo ganas de vomitar al escuchar nombrar otra vez a Ángel con aquel apodo, pero estaba demasiado ocupada luchando por su honor —¿en serio se le ocurrió pensar en su honor mientras el otro quería follársela?— como para permitirse el lujo de desfallecer y ponerse a vomitar. Echó un vistazo mientras era arrastrada, para localizar por última vez a Ángel, que estaba sentado frente a

un vaso cargado de alcohol en ese momento. Ni la miró cuando le gritó por última vez que tuviera piedad y que hiciera algo. Lo odió con todas sus fuerzas. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Y cómo podía tener tan mala suerte de acabar siendo violada por otro hijo de puta? ¿Cuántas veces le podía suceder aquello a una mujer que jamás había ido por ahí provocando a nadie?

Sus malas decisiones volvían a llevarla a un callejón sin salida. Y se había dejado conducir, solita.

Me resultó simpático que pensara en eso precisamente. Una feminista — vale, o cualquier mujer con dos dedos de frente y mucho menos miedo en el cuerpo— habría dicho que ninguna chica se merecía aquel trato, pero ella había sido criada en el seno de una familia machista y jamás había pretendido que un hombre pusiera los ojos en ella. ¿Era eso? ¿Se las ponía dura que a ella no le hubiera interesado jamás coquetear con nadie?

Pensó un leve instante en que sí lo había hecho. Había pensado en Ángel como hombre, como amante, como posible... ¡Ja! Antes habría conseguido que Olaf reconociera su paternidad y mantuviera a su hijo que lograr meter en vereda al demonio al que se había cruzado. Pero las mujeres eran capaces de crear fantasías románticas de la nada y ese era un defectillo de nada que mi señor padre debiera haber solucionado en la versión 67.0, ya que se había visto que el modelo primigenio fallaba a menudo.

Y ahora van y me llaman cabrón todas las mujeres del planeta. Y yo haría la versión 71.1, quitándoles el uso de la palabra, pero dejándoles la boca. Una boca bien usada... Existían hembras que hacían maravillas con las mamadas.

Pero vuelvo al lío, que me pierdo y se me pone dura.

—¿Nadie piensa hacer algo? —gritó Jovanka, desesperada, cuando pasaba a rastras por encima del haz de luz para encontrarse de frente con los cuerpos desnudos que disfrutaban de un morbo que jamás había experimentado.

Estaba repleto de gente. Nadie la miró. Ninguno de los empleados intentó hacer absolutamente nada para ayudarla tampoco. Se sintió invisible, poco importante, ninguneada. Y, mientras se preguntaba qué podía haber hecho que las personas del local no quisieran involucrarse en algo tan serio como una violación —como que estuvieran amenazados por el dueño del club—, fue arrojada contra una de las superficies acolchadas que hacían las veces de cama. Jovanka cayó boca abajo y dio con el rostro en algo pringoso pegado en el plástico negro que cubría lo que imaginó que era un colchón. Se habría asqueado si no llega a tener cosas más importantes de las que ocuparse. Intentó incorporarse, pero Diego le puso una rodilla a la altura de los riñones

y descargó el peso, haciendo que un dolor intenso se uniera al que había vuelto a despertarse en el costado. Se quedó sin aire para gritar. A su lado cayó la chaqueta del tipo y también el cinturón de enorme y descarada hebilla. Se le saltaron las lágrimas.

Escuchó gemidos mezclados con la música. Aquello no podía ser real.

Apretó los dientes y se aseguró a sí misma que también sobreviviría a esa experiencia. Si lo había hecho otras veces, lo que estaba a punto de pasarle no iba a ser peor que lo que ya había vivido. Salvo por el pequeño detalle de la rabia de que, en esa ocasión, hubiera cientos de personas por allí que podrían echarle una mano... y las tenían todas ocupadas en tocar, apretar, arañar o palmear el cuerpo ajeno, por citar algunas.

—Vamos a pasar un buen rato tú y yo, preciosa —le dijo Diego desabrochándose el primero de los botones de la bragueta.

No llegó a soltar el último.

Jovanka sintió cómo de pronto la presión se liberaba y no tuvo tiempo de ver al malnacido salir volando por encima de la cama y estamparse contra la pared contigua. Sí, voló. No era ninguna metáfora. Alguien gritó muy cerca de allí, pero no le estaba prestando atención a los grupos de humanos que follaban sin orden ni concierto creyendo que eran lo más de lo más por ser capaces de desnudarse en público y restregar sus partes nobles contra cualquier boca abierta. Todos se apartaron, pero a mi parecer no estorbaban. Lo había perdido de vista solo un momento mientras se desarrollaba la última escena y me di cuenta de mi error.

A quien no había que olvidar nunca era al demonio.

Ángel se había terminado su copa de un solo trago, había mirado el fondo del vaso con las piezas de hielo danzando y había escuchado los jadeos de todos y cada uno de sus clientes. Y luego... había sentido a Jovanka. Yo eso no lo vi, ocupado como estaba en prestarle atención a la desesperación de ella que pensé que era lo importante. Pero él se quedó derritiendo el hielo con la mirada y destrozando el vaso al apretarlo, el cual estalló en mil pedazos de cristal. Casi le saca un ojo a su barman.

Se levantó, dio un par de pasos hacia los haces de luces y se abrochó la chaqueta mientras caminaba.

Un segundo más tarde... se la desabrochó.

Al igual que los gemelos de los puños de la impoluta camisa.

Ángel llegó con pisadas firmes que resonaron en el suelo de madera más que cualquier otro movimiento de la sala. Y mira que se movía la gente por

aquellos lares. Agarró a su segundo por el cuello antes de que el otro pudiera enterarse de lo que pasaba, lo levantó en vilo y lo arrojó con tal violencia contra la pared que perdió el conocimiento al golpearse la cabeza con el yeso. Dejó una fea marca que habría que arreglar pronto.

Jovanka solo vio pasar las piernas a su lado antes de girarse y comprender lo que ocurría. Ángel, con una tranquilidad tan fría que parecía irreal —ya que estaba claro que ardía por dentro—, caminó hasta el cuerpo del otro, tendido boca arriba en el colchón, y se colocó lentamente a horcajadas sobre él. Podría haberlo quemado con el calor que acumulaba dentro, aunque eso nadie podía imaginarlo.

Solo yo lo veía.

Y Jovanka... lo sospechaba.

Con el rostro serio y rígido observó a Diego, tendido debajo. Tensó los labios y cerró los ojos un instante. Y asestó el primer golpe. Levantó el puño cerrado en una posición que cualquiera habría dicho que podía desencajarle el hombro a un anciano como él —vale, un hombre entrado en años y con canas interesantes, ¿mejor así?— y descargó toda su fuerza contra la cara del desdichado. Corrijo, toda no, pero eso no lo podían saber los que observaban la escena. Si llega a hacerlo así habría arrancado la cabeza de su segundo de un golpe y tampoco quería que todo el mundo huyera despavorido, ¿no?

Eso era malo para el negocio.

No, en verdad cualquiera podía imaginar lo que quisiera de Ángel, pero era complicado saber en qué pensaba él realmente. Enumeré un par de ellas antes de que el segundo puñetazo impactara en el lado contrario del rostro de Diego, que ya mostraba una importante herida donde un momento antes había caído el otro golpe. La sangre escurrió de una brecha en el pómulos mientras que a Jovanka le salpicaban las gotas del siguiente impacto. Se llevó las manos a la cara y comenzó a gritar, creyendo que estaba a punto de ser testigo de un asesinato. Al apartar las palmas se las encontró manchadas con sangre.

La música seguía sonando, pero ya nadie follaba. Nadie gemía. Solo observaban.

El tercer golpe terminó de abrir la carne de Diego y le giró la cabeza bruscamente. Un acto que podía costarle la movilidad de todo el cuerpo si le había dañado las cervicales. Tenía un ojo hinchado que, si sobrevivía, no podría abrir en semanas.

Nadie daba un duro por él, en realidad, después de verlo volar por los aires. ¿Cómo había ocurrido? ¿De dónde había sacado ese tipo tanta fuerza

como para lanzarlo por encima de su cabeza?

Ángel dejó caer los puños a ambos lados del cuerpo. Los tenía ensangrentados y enrojecidos. Los tatuajes bailaban en ellos, pero eso apenas pudo verse por culpa de la falta de luz. Jovanka creyó vislumbrar un movimiento, no obstante, lo achacó a los nervios, a la sangre y a las sombras del local. Tampoco importaba. Ángel acababa de quitarle a ese tipo de encima, a ese hombre al cual la había entregado de primeras, a ese hombre al que acababa de dar una paliza. No tenía claro si debía darle las gracias o escupirle a la cara.

Pero le estaba muy agradecida.

Y le tenía un miedo atroz.

Quizá le escupiera.

«Vamos a ver, caballero, si nos aclaramos. Primero dices que se la folle y después te enfadas porque va a hacer precisamente eso».

«No estoy enfadado».

«Me queda claro. Si llegas a estarlo le arrancas los ojos y se los haces tragar medio muerto».

Ángel observó la cara de Diego, desfigurada. Le costaba respirar, pero no lo había matado. Y, no lo había hecho, no porque no lo hubiera deseado, porque se había despertado ese instinto que era casi irrefrenable en su naturaleza. Había parado porque era la primera vez que se le podría ver agresivo y causando la muerte con sus propias manos. La mayoría de las personas creían que Ángel era el típico jefe de una organización delictiva, pero que nunca se manchaba las uñas con ese tipo de asuntos. Verle ahora los puños ensangrentados cambiaba mucho las cosas.

Podía ser juez y verdugo a su edad. Nadie lo habría creído.

«No estoy enfadado. Solo...».

Pero la mente de Ángel estaba tan confusa que fue mejor dejarlo tranquilo. No sabía por qué había actuado así. Si alguna vez había tenido las ideas claras con respecto a Jovanka, esa no era una de las mejores ocasiones para demostrarlo. Había actuado como si al tocar a la joven el tema se hubiera convertido en algo personal y el demonio nunca se había implicado tanto con alguien. No había temas personales. Él no era una persona. Estaba por encima de eso.

«Vale, no estás enfadado. Pero tienes que averiguar por qué esta chica te importa tanto. Es solo un consejo de amigo».

Ángel se incorporó al lado de la cama, hizo una señal para que varios de los vigilantes de seguridad se hicieran cargo del cuerpo de Diego y se abrochó nuevamente el botón de la chaqueta. Del bolsillo sacó un pañuelo blanco con el que se limpió despreocupadamente las manos y luego lo volvió a colocar en

su lugar, mostrando la sangre en la punta.

Miró a Jovanka.

Esta tembló, temiendo ser la siguiente que acabaría en ese estado. Y la siguiente a la que cargarían los tipos de seguridad contratados por Ángel Infern.

—No seas ridícula —le dijo dando un par de pasos en su dirección. Le hizo un gesto para que se incorporara—. Si hubiera querido que terminaras así te habría dejado en sus manos.

Ella no se planteó por qué sabía en lo que estaba pensando. Solo le miró la mano, extendida, como si en esa ocasión sí fuera a prestarle ayuda para que lo siguiera.

—Podrías haberlo evitado... —soltó tartamudeando.

—Y eso he hecho —respondió de lo más tranquilo.

—¡No! Tú lo has provocado —le espetó cabreada de narices. Se escurrió hacia el borde de la cama y trató de ponerse de pie, pero el dolor en el costado la dejó un momento sin respiración. ¡Maldita costilla rota!—. ¿Me has traído aquí para que vea lo poderoso que eres? ¿Lo mucho que te gusta jugar con las chicas? ¿Lo que podrías hacer conmigo en caso de que intentara huir de ti?

Ángel frunció los labios y se pasó un dedo por las tupidas cejas, cerrando los ojos.

—No. Has venido para salvarte de ti misma.

—¿Salvarme? ¡Si casi me matas en el coche a esa velocidad! Y luego tu jodido amigo estuvo a punto de romperme la columna poniéndome la pierna encima. ¿Cómo pretendes salvarme?

—Enseñándote que puedes ser otra persona.

Ángel miró al suelo. El cuerpo de Diego había dejado un rastro de sangre al ser transportado fuera de la zona de juegos. Las chicas habían acudido con enseres de limpieza y estaban tratando de dejar el espacio limpio para que continuara la fiesta. Algunos clientes habían vuelto a lo suyo. Pocos eran capaces de encontrar interesante una conversación entre un viejo y una jovencita que parecían padre e hija. Si no se quitaban la ropa no podía aportarles nada morboso para amenizar la noche.

Aunque el tema de lo filial tenía su puntillo...

—Ya era otra persona.

—No. Te empeñabas en ser eso en lo que tus padres te habían convertido. Te empeñabas en pensar que en tus circunstancias podrías seguir

escondiéndote tras el escudo de una carrera sin terminar y la benevolencia de los familiares de tu amiga. Te empeñabas en pensar que tanto sufrimiento iba a servir para algo, que la vida tenía que tenerte reservado algo bueno después de todo lo malo que te había puesto delante. Pero no, Jovanka. Dios no es bueno. No es el tipo de tío que se preocupa de las personas que sufren. Tiene sus propios planes. Le importas una mierda.

Jovanka negó de forma brusca, abrumada por el discurso del otro. Comenzó a llorar, aunque no se dio cuenta de ello.

—No soy creyente...

—Pues deberías. Siempre hay que creer en algo.

—Dios no existe...

—Si él no existiera yo no existiría.

—Nosotros, querrás decir —trató de corregirle ella.

—No, tú existes porque tus padres follaron —le soltó el otro llevándose las manos a los bolsillos del pantalón. Suspiró hondo y apartó la mirada. Era un mal momento para que Ángel se fuera a poner a hablar de la evolución y todas esas mierdas. Era mejor que Jovanka pensara que la historia de Adán y Eva era un cuento chino y que el cielo y el infierno solo podían ser nombrados cuando estabas de vacaciones en el Caribe, para el primero, o cuando estabas en la cola de pago de una tienda del Primark el primer día de rebajas, para el segundo—. Venga, vamos. Aún no hemos cenado.

Volvió a negar.

—No tengo hambre.

—Pues comerás. Tengo todo el tiempo del mundo para que lo hagas. ¿Lo tienes tú?

«El diablo hará todo lo posible para que te sientas cómodo en tu ignorancia».
Sunday Adelaja

Y, ciertamente, Ángel podría haberse quedado allí el resto de la existencia de la humanidad, viendo a todos morir y los muros convertirse en polvo, y probablemente por cabezonería ni se habría inmutado. Mientras le quedaran buenos puros y buen *whisky* habría cruzado las manos a la espalda y le habría mantenido la mirada a Jovanka hasta verla desfallecer.

Pero eso no era divertido.

La muchacha estaba nerviosa y era lógico que desconfiara de Ángel. Quería marcharse de allí. Lo tenía claro. Quería irse y no regresar jamás. Olvidarse de que había conocido a ese hombre y que había estado en ese lugar. Pero estaba cansada. Y, aunque no era excesivamente tarde como para poner rumbo a la casa de Aryma, no tenía móvil ni dinero para llegar hasta allí. Dependía de que alguien quisiera llevarla y la cosa estaba un poco complicada dadas las circunstancias.

El otro solo tenía que chasquear un dedo para complicarle la vida.

Miró a Ángel y se preguntó por qué hacía lo que hacía. Y por qué ella tenía ganas de confiar en él cuando estaba claro que no era un tipo de fiar. ¿La había hechizado o algo? Pero se decía que en su situación de desesperación era normal que solo pensara en buscar un puerto seguro y que se le había antojado que aquel hombre lo era.

Puerto seguro con un oleaje de narices y arenas movedizas por todos lados. Sí, muy seguro.

—Mira, en serio, no quiero parecer desagradecida ni nada de eso...

—Ahora —la interrumpió Ángel.

Y comenzó a caminar en dirección al haz de luz, muy despacio.

Jovanka se quedó observando a las parejas que retozaban otra vez en la enorme y atestada sala. ¿Cómo podía haber tanta gente a esa hora? ¿Esas personas no tenían familia a quien rendirle cuentas? Nadie le devolvió la

mirada. Era como si en aquel rincón no hubiera pasado nada. Como si todo el mundo pretendiera olvidar a golpe de embestida o, peor aún, que a nadie le importara un comino.

Un grupo de cuatro mujeres se turnaban para meterse en la boca la verga de un afortunado. El tipo parecía estar gozando de lo lindo, pasando la punta de la polla por los labios de cada una de ellas. Se mordía y relamía mientras lo hacía con las cuatro chicas arrodilladas a sus pies y gemía como si estuviera disfrutando del placer más absoluto del universo. Simples mortales. A su lado, una pareja se masturbaba mutuamente observando la escena. Ella tenía las piernas bien separadas y los dedos del tipo entraban y salían de su interior, completamente empapados, mientras que la mano de la chica se movía con determinación, desde los huevos al capullo, cambiando de un ritmo lento a otro frenético como si con ello pretendiera sorprenderlo. Y lo hacía. Tenía más veces la cabeza echada hacia atrás que colocada en posición para observar al afortunado de las cuatro chicas con la boca abierta.

Bien mirado, no la tenía tan imponente como para tenerlas así, de rodillas, esperando a que se la restregara por la cara. Lo que me llevaba a la suposición de que su billetera sí que debía ser interesante.

Dos camas más allá, un trío trataba de mantener los agujeros de una rubia ocupados, pero parecía que iban demasiado borrachos como para lograr la verticalidad y el buen ritmo de los movimientos. Los tres se reían mientras la muchacha se meneaba las tetas delante del rostro del que tenía debajo, tentándolo para que intentara atrapar sus pezones entre los dientes. El que la taladraba por detrás se derrumbó sobre su espalda y ella aplastó con sus pechos operados la cabeza del tercero. Iban colocados a base de bien. La rubia gimió mientras el que le daba por el culo seguía arremetiendo contra sus nalgas, empujándola contra el otro tipo. Alguien iba a tener que explicarle a ese trío que la finalidad de aquello era que salieran todos vivos.

Otros hombres solitarios solo observaban a unos y a otros, meneándosela con ganas. La mayoría había dejado ya un reguero de esperma muy cerca de donde se la machacaban. Uno, incluso, jugó a tratar de apuntarse a su propia boca abierta y casi pierde un ojo en el intento. Y una pareja que parecía de lo más normalita daba alaridos la mar de exagerados disfrutando de la postura del misionero. O el tipo la tenía enorme o era la mujer más complaciente de la galaxia.

Y no... tampoco la tenía enorme.

Seguro que había más que observar, pero a la muchacha no le dio tiempo a

quedarse con todas las escenas. Es más, por la cara que ponía cualquiera de ellos habría entendido que sentía bastante asco. Pero no por el hecho de que estuvieran disfrutando de una buena sesión de sexo, sino porque a ninguno se le hubieran ido las manos a ayudarla y estuvieran como si nada, gozando otra vez de los placeres que los cuerpos ajenos podían provocar.

Jovanka levantó la cabeza y miró hacia Ángel que atravesaba en ese momento la cortina de luces para abandonar la zona de los jadeos. Podría haberla llamado el cuarto rojo del dolor, pero allí todo era negro y blanco, así que la broma no tenía mucho sentido ya que nadie estaba atizando a otro alguien con un látigo.

Aunque tenían ganas...

Seguro que aquel lugar debía tener una mazmorra o algo por el estilo, pero no se veía capaz de ponerse a investigar y mucho menos sola.

O a investigar, a secas. No estaba para bromas, para sexo, para nada en general.

Jovanka salió corriendo de allí, detrás del demonio.

Lo siguió sin importarle que estuviera bien señalizada la puerta de salida y que pudiera intentar atravesarla. No se lo planteó. Quizá porque pensaba que nadie la dejaría escaparse de allí después de lo sucedido o quizá porque Ángel lograba ser muy persuasivo cuando se lo proponía. Y aquello había sido una orden en toda regla. Lo observó llegar a la barra, dar un par de instrucciones a un joven camarero y seguir luego caminando hacia una especie de pasillo que le había pasado completamente desapercibido por poco iluminado. La chica giró a su alrededor y se encontró con la mirada del cantante, que rasgaba las cuerdas de la guitarra mientras sus labios se pegaban al micrófono para seguir con la canción. Apenas entendió lo que decía. La miró y se lamentó de haber sido un cobarde y no haber actuado cuando ella solicitó ayuda. Había observado la escena y, aunque sabía lo que era correcto, había sido incapaz de moverse del escenario. Sí, un cobarde como el resto. Todos le tenían miedo al jefe. La miró y le pidió disculpas con los ojos, pero ella no entendió su expresión. No lo conocía de nada y no le decía mucho que alguien la mirara desde la distancia, con las luces abriendo brechas en su carne como instantes antes había hecho Ángel con los puños sobre el rostro de Diego.

¡Qué poeta me estoy volviendo!

Pues eso, Jovanka lo miró un momento, pero no se interesó en lo que ocurría en el escenario. Se giró y recorrió deprisa la distancia que la separaba de

aquel oscuro pasillo por el que había desaparecido el demonio.

Encontró la puerta abierta y a Ángel al lado de un atestado mueblebar de madera oscura. Era el típico mueble que aparecía en las películas en blanco y negro cuando los actores eran galanes y hacían suspirar a las damas. Un sofá tipo chéster de cuero marrón presidía una de las paredes blancas, sin adorno alguno. A continuación, una enorme librería daba cobijo a un millar de historias en papel. El suelo estaba cubierto por una cantidad ingente de alfombras, una puesta encima de la otra. No pudo encontrar un hueco en el que no hubiera una cubriendo el suelo.

Pero lo que más le llamó la atención fue que los cuadros estuvieran colgados en el techo.

Los observó con asombro hasta que le dolió el cuello por la mala postura. Estaba segura de que las firmas de la mayoría eran auténticas y habrían costado una fortuna. Otros... imaginaba que sencillamente era imposible que estuvieran allí ya que se suponían que estaban colgados en las paredes de grandes museos. Miró a Ángel y de pronto ya no estuvo muy segura de su pensamiento. Se le antojó que el cuadro que era falso debía ser el que se exhibía en el Louvre. Se lo dijo la seguridad con la que la miró.

Yo se lo podría haber afirmado también.

—¿Otra copa? ¿O estás tratando de cuidarte desde que estás embarazada? —le preguntó extendiendo un vaso con una mezcla a la que no había prestado atención.

Pero de pronto supe que era la combinación favorita de Jovanka. Pocas veces se permitía el lujo de beber, pero cuando lo hacía siempre tomaba vodka con zumo de limón. Cualquier vodka le valía, no le hacía ascos a ninguno por motivos económicos; pero, como Ángel solo escogía de lo bueno lo mejor, allí que había colocado una botella de su mejor vodka y había hecho exprimir limones a su llegada. Probablemente en la vida le hubieran preparado a la chica algo tan sofisticado...

... Que rechazó.

—No, gracias.

No lo hizo porque estuviera embarazada, en verdad. Aún no tenía sentimiento de protección del bebé. En ningún momento había pensado en él cuando habían estado a punto de violarla de nuevo. No se había estresado al pensar en que podía perderlo si la maltrataban demasiado, como tenía costumbre su tío, por ejemplo. Podría haberse agarrado el vientre, haberse arrodillado y haber gimoteado que, si no lo hacían por ella que al menos

ayudaran a su hijo no nacido, pero ni se le pasó por la cabeza que debía salvaguardar una segunda vida.

No, Jovanka no estaba hecha para ser madre, pero todavía no se había dado cuenta de ello.

—¿Y un vino con la comida? —le preguntó dejando a un lado el vodka sin importarle nada el haber tenido el detalle de investigar en su cabeza para luego poder materializar la copa en su despacho—. Me he tomado la licencia de pedir por los dos...

—Como hasta ahora —dijo resuelta ella que no se creía que le quedaran ganas de seguir tocándole las narices a un tipo que la acababa de mandar directa al infierno al abandonarla—. Seguro que has elegido bien.

De eso ninguno de los dos tenía la menor duda.

—¿Quieres sentarte?

—No, gracias. Quiero terminar esto cuanto antes.

—La frase correcta debería ser «iniciar esto cuanto antes» —la corrigió Ángel que terminó sirviendo dos copas de vino además de su sempiterno *whisky*. Se sentó en el chéster y cruzó las piernas, extendiendo los brazos sobre la parte superior del sofá. Le hizo un gesto a Jovanka para que se sentara en el sillón que había frente a él, al otro lado de una opulenta mesa de cristal con estructura dorada y base de mármol—. Porque lo que quiero hacer es el inicio de algo. —Luego, hizo una pausa—. Venga, no hagas que te obligue.

Se le pusieron de punta todos los pelos. Saber que tenía esa intención, la de conseguir todo lo que quería, era bastante obvio. Pero aun así no le gustaba que se lo echara en cara. Ángel era del tipo de hombre al que no había que llevar la contraria, como a un padre cuando tienes diez años. Pero debía recordarse constantemente que no estaba allí para obedecer a nadie. No quería. No se iba a prestar a ser una más por mucho que necesitara cambiar de vida.

—No quiero que me obligues ni tampoco quiero sentarme. ¿Hay alguna posibilidad de permanecer de pie sin que vuelvas a pedirle a uno de tus esbirros que me lleve a la fuerza para darme un escarmiento?

Me gustó la palabra esbirro. La chica tenía estilo.

—Supongo que no, pero puedes intentarlo... a ver qué pasa. —Jovanka tragó, sintió un escalofrío muy desagradable y cruzó los brazos a la altura del pecho. Un nuevo desafío. Un nuevo reto. Ángel sonrió sutilmente y se bebió el *whisky* de dos sorbos, lentamente—. Siéntate.

«La otra idea me gustaba más».

Y, por otra idea, me refería a lo que había pensado Ángel antes de hablar. La de meterle el pensamiento en la cabeza mientras ella era muy consciente de que no había abierto la boca para decir nada. Con esa luz era imposible que la muchacha pensara que se lo había imaginado. Podía verle perfectamente bien la boca. Ya estaba bien de jueguecitos. Esa mocosa tenía que dejar de provocar sin recibir castigo ninguno.

Jovanka supo que no se sentaba porque le daba miedo Ángel. Caminó hacia el sillón, cojeando levemente, entendiendo que no quería hacerlo; no como en otras ocasiones, en las que había dudado y creído que se estaba autosugestionando con el tema. Ella no dio la orden a sus músculos para moverse. Y, a pesar de todo, se movía.

Entró en pánico y comenzó a llorar. Se sentó en el sofá y seguía llorando. Se secó las lágrimas con el borde de la camiseta, pero no dejaban de salir. Los humanos eran así. Perdían la cabeza cuando no se podían explicar el motivo de las cosas. Era mejor saber que lo que había movido el arbusto en un bosque era un oso a punto de devorarte a verlo solo mover sin saber qué había detrás. Aunque al final solo fuera una ardilla y nunca llegaran a verla... preferían al oso escandaloso. Esos miedos, esos humanos.

Se nos daba de cojones infundir miedo.

—Y, si ya has terminado de llorar, estaría bien que habláramos un rato.

Probablemente fue la espera más irritante a la que había tenido que enfrentarse el demonio. Jovanka siguió llorando durante lo que parecieron horas, aunque imagino que no llegaría ni a media. A mí también me irritó bastante, ciertamente. Pero a estas alturas no podía cambiar siglos de evolución. Y los humanos lloraban.

Lo que no estaba claro era que los demonios tuviéramos que soportarlo.

«¿Me dejas que le seque las lágrimas?».

«Ya se calmará».

Ángel había permitido la entrada de la comida, se había terminado una segunda copa de *whisky* y se había servido una tercera. Las dos copas de vino seguían entre ambos cuando, por fin, Jovanka consiguió levantar la mirada y sostenérsela al demonio. Un trabajo arduo, no cabía duda.

—Bienvenida de nuevo. ¿Cómo te encuentras ahora?

Jovanka fue a decir «asustada», pero se perdió la palabra en la punta de la lengua.

—Cabreada.

—¿Por qué?

—Porque llevas jugando conmigo todo este tiempo... y no lo sabía.

—No, muchacha. Vamos a empezar a jugar ahora.

Jovanka sintió un escalofrío. Una sucesión de ellos, en verdad. Ángel elevó sensiblemente la temperatura de la estancia al instante, cosa que a Jovanka no le pasó desapercibido. Ya no tenía frío, pero seguía estremeciéndose. ¿Cómo no hacerlo?

—¿Quién eres?

—Me llamo Ángel Infern. Creo que eso ya te lo había dicho.

—No. No... ¿Qué eres?

El demonio se llevó el lateral de un dedo a la boca y se lo mordió mientras sonreía. Luego dejó la mano frente a la barbilla y se inclinó un poco sobre ella.

—No quieras saberlo.

«El diablo susurró a mi oído: no eres lo suficientemente fuerte para resistir la tormenta. Hoy le susurré al diablo al oído: yo soy la tormenta».

Pocas veces he visto a una mujer correr tanto por algo que no fuera su vida o la vida de un hijo. Pero allí estaba ella, corriendo como una posesa a pesar de saber que lo lamentaría porque, ciertamente, le dolía un poco la pierna. Se había arrancado la férula de fibra de vidrio y la había dejado en plena calle, consciente de que caminaba mejor sin ella y de que no tenía ninguna fractura. Quizá sí alguna torcedura, pero eso ya no importaba tras ponerse a correr de esa manera, como si la persiguiera el monstruo más horrendo sacado del mejor ordenador de Hollywood. Jovanka había escuchado al demonio con toda la atención que le permitieron sus aterrorizados sentidos mortales. Y, sí, lo escuchó, aunque a veces se le escaparon las palabras porque se bloqueaba. Normal, después de todo. Nadie estaba preparado para que su vida se desmoronara en un instante y un desconocido quisiera reconstruirla de cero.

A su modo.

A su terrorífico modo.

Pero a Jovanka le había pasado.

Y Ángel se había erigido como paladín de la muchacha, con ganas de salvar lo poco que quedaba de ella. O con ganas de manipular, mejor dicho, pues no era el típico caballero de capa y espada.

Lo de ofrecerle trabajo en un club de su estilo no era lo más apropiado, por descontado, pero era lo que le había apetecido hacer. Aunque el demonio podría haber movido hilos para que cualquier empresario de la zona le ofertara un puesto bien remunerado no era de los hombres que hacían ese tipo de favores. Tampoco le interesaba alejarla de su lado a pesar de no conocer el motivo. O no conocerlo yo, ya que imagino que él seguramente estaba más o menos al tanto, pero me lo ocultaba convenientemente. La información era poder y ambos lo sabíamos. Y, si Jovanka conseguía otro puesto, a él no lo necesitaba... y no le gustaba que así fuera. Quería saber que si tiraba de la

cuerda ella tendría que acudir. Que la tenía bien agarrada, aunque ella quisiera creer lo contrario.

Se había arriesgado.

Había dejado claro que era un tipo peligroso, que era dueño de un negocio de reputación nada clara y que allí, cuanto menos, se mataba de vez en cuando a alguien. ¿Que quizá se lo merecía? Pues muy posiblemente, pero la sangre dejaba marcas extrañas en la ropa y en la mente y las gotas de sangre de Diego habían marcado demasiado a Jovanka. Aunque hubiera deseado partirla ella misma el cuello no estaba preparada para verlo en ese estado en el cual lo dejó Ángel, a golpes. Tampoco para recordar todas las escenas de sexo salvaje que se habían sucedido, una tras otra, ante sus ojos.

Sí, drogas, alcohol, sexo... Mucho sexo. ¿Cómo podía plantearse en serio su oferta de trabajo? Aunque fuera de camarera, aunque fuera fregando copas en la cocina, aunque fuera limpiando manchas de corridas de las paredes. Aquel lugar ponía los pelos de punta.

Era un club cojonudo.

Había dejado claro que había algo en Ángel, o quizá todo, que lo convertía en el ser al que había que tener más lejos de todos a los que había conocido. Y, a pesar de eso..., se sentía atraída como nunca antes. Más, si cabía, que cuando la hizo entrar en el local. Más, si podía ser cierto, que cuando la salvó después de entregarla, como si fuera un juguete viejo.

Se sentía atada a ese demonio mientras corría por la Gran Vía con el corazón encogido, sin saber qué iba a pasar con ella. Esperando a que el carrito de cuerda llegara a su fin y le diera un tirón, recordándole que no era libre para hacer lo que le diera la gana. Porque era de él...

En la cabeza de Jovanka solo encontraba los ojos de Ángel, la sonrisa de Ángel, las manos de Ángel. Y sus palabras. «Quédate. Trabaja para mí. Yo puedo hacerte llegar a donde nadie podría —o la mejor de todas—. No te atrevas a creer que puedes decidir en este asunto».

Sí, fue una amenaza.

Ángel quemó sus cartuchos de una forma tonta y apresurada y después, creyendo que surtirían efecto, se quedó en el sofá esperando respuesta.

Jovanka salió corriendo.

Y Ángel... no hizo nada.

Lo suyo habría sido que la fulminara al instante, que la paralizara, que la hiciera sentir todo el miedo que había pretendido. Pero se quedó quieto, como si no fuera con él. ¿Cómo podía decirle que no se atreviera y después dejar

que hiciera eso mismo? Pues sí, se había atrevido. Se había marchado y él seguía en su despacho, con la comida enfriándose, bebiendo una cuarta copa. El humo se acumulaba en el techo, dañando sin duda las pinturas que adornaban su superficie. Por supuesto, a Ángel le importaba un cojón de pato.

Cuando Jovanka se sintió medianamente segura, después de correr durante lo que le parecieron horas, se derrumbó contra una pared a coger aire. Estaba exhausta, le dolía absolutamente todo, además de muchísimo la cabeza. No había dejado de repetirse las palabras de Ángel, sus intenciones, sus necesidades. La quería con él de una manera que no entendía y que ella no se podía permitir. La quería trabajando allí para darle lo que él llamaba un futuro, pero no lo creía posible.

No había futuro cuando en su presencia solo sentía muerte y destrucción, pero además la necesidad de ser cobijada contra ese pecho fuerte y entre esos brazos poderosos.

No encontraría nunca paz si no resolvía su vida y huir no era una opción. Ya no. No sabía a dónde hacerlo porque no había forma de esconderse de él.

Sí, otra vez lo de «tengo un plan, salir corriendo hasta que todo se arregle». Pasaban demasiado tiempo juntos... o quizá todo lo contrario. ¿Quién lo sabía? Y, no, yo de este tipo de relaciones raras y enfermizas no entiendo una mierda. Para mí, que se fueran a destruir mutuamente era razonable, pero solo si había mucha sangre y violencia en las escenas, en plan película gore.

Destruirse el alma...

Bueno, bien mirado, tampoco estaba nada mal como cambio.

Había huido y se habían jodido más las cosas. Había desaparecido para sobrevivir, pero ella lo que quería era vivir. ¿Qué otra cosa podía hacer? Encontrar un trabajo decente, sin duda. Disculparse con Aryma y buscar la manera de mantener al hijo que llevaba dentro, por descontado. Pedir perdón a su madre... Al menos a ella, la cual tanto había llorado en el momento en el que la repudiaron. A ella debía importarle.

¿Hablar con su hermano?

Alexandru no era el tipo de tío que le convenía tener de enemigo. No podía huir eternamente a no ser que se decidiera a abandonar el país, cosa que le aterraba casi igual que cualquiera de las otras opciones que podía tomar. Estaba bloqueada. Llevaba bloqueada demasiado tiempo. Quizá por eso no había hecho nada más contundente para escapar de Ángel, pensó, justificando su falta de acción. Vivir casi una semana sin tener que plantearse lo que haría al día siguiente había resultado reconfortante. Había tenido una cama mullida,

comida a disposición, agua caliente para bañarse y un techo bajo el que guarecerse, y había decidido desconectar y creer que la salvación era posible. Pero había caído justo donde no debía, porque el diablo siempre quería hacerte sentir que estabas en el sitio correcto haciendo lo que mejor te sienta.

Eso Ángel lo hacía de fábula.

Cuando recuperó el aliento por completo se levantó del suelo y se concentró en pensar en lo que tenía que hacer a continuación. No podía quedarse en la calle o, al menos, no quería. Necesitaba ponerse en contacto con Aryma una vez más y tuvo que hacer de tripas corazón para pedir algunas monedas sueltas para conseguir hacer una llamada. Se apostó al lado de una cabina y con cara de pena se puso a mendigar. Por suerte, al ir limpia y peinada la gente creyó que de verdad necesitaba el dinero para hacer una llamada telefónica y consiguió un par de euros en seis intentos. Llamó a su amiga, ya que se había aprendido el número desde la última vez que lo necesitó y le explicó la situación. Aryma le pidió que no se moviera de donde estaba y le aseguró que llegaría en veinte minutos a buscarla.

Apareció en quince.

El padre de su amiga tenía una especie de huevo blanco por coche. Decía que era práctico para ir a trabajar cuando el tráfico en Madrid era lo peor que se había inventado después de Telecinco. Apenas si cabían dos personas bien sentadas como para que entrara ella en la parte de atrás, pero después de los saludos y las miradas de reproche y alivio al mismo tiempo —sí, miradas muy raras—, decidieron que estarían mejor entre las cuatro paredes de su piso antes de empezar con la discusión que se avecinaba.

—Vamos a ir a la policía —le dijo Aryma—. Y no acepto un no. Todo esto es demasiado raro como para que lo dejemos estar. Tu hermano, ese tipo que te ha tenido retenida... No, no trates de decir que no porque soy capaz de llevarte drogada, ¿de acuerdo? Voy a ser la puta loca que meta a M.A. Barracus drogado en el avión por miedo a volar..., pero en estudiante de Psicología y algo menos negra —soltó tratando de hacer el chiste con *El Equipo A* para hacerla reír. Era la serie que habían visto juntas en verano, en una de esas reposiciones de clásicos que hacían por la mañana, cuando se suponía que todo el mundo estaba en la piscina o en la playa. Ellas no habían ido a ninguna de las dos y se habían dado cuenta de que «les gustaba que los planes salieran bien». La miró y sonrió—. Vamos a denunciar a todos estos cabrones, ¿de acuerdo?

Aryma sabía que era arriesgado volver a mencionar lo de la policía, pero es

que no veía otra forma de comenzar. La última vez había perdido a Jovanka en la carretera y ella había preferido no aparecer más, quedándose a merced de un tipo que vete a saber qué maldades habría hecho con ella. Le daba miedo preguntar. Aun así, a pesar de saber que se enfrentaba a la posibilidad de que su amiga volviera a escaparse, decidió que debía poner las cosas claras. Era su forma de verlo y ella era lo más importante en ese momento. Se preocupaba por ella. No iba a lamentarse más por pensar cómo lo hacía, y si Jovanka volvía a fugarse tendría que aceptar su decisión, como mujer adulta y poco racional que era. Seguro que se debía a todas esas hormonas del puñetero embarazo. Sus padres no estaban de acuerdo con volver a tenerla en casa después de lo que había ocurrido, pero harían cualquier cosa por su hija. Entendían la montaña rusa de emociones que anulaban el juicio de la chica por lo que habían accedido a darle una segunda oportunidad. Todo el mundo se la merecía, ¿no?

Pero habían dejado claro que no habría una tercera. Era imposible que la hubiera.

Tendría, entonces, que hacer las cosas bien. Y Aryma necesitaba que la muchacha entendiera eso.

Jovanka debería haber asentido. Estaba claro que era lo que se esperaba de ella después de haber huido de Ángel, antes de su hermano y antes que eso de la ira de su padre. No, de allí la habían echado, se dijo. No habría huido jamás de sus padres o de su esposo.

Debería haber asentido, pero estaba destrozada y atemorizada por primera vez por lo que sentía y no por lo que le esperaba. Lo suyo habría sido que aceptara de una vez por todas que la vida se la había jugado y que tenía que empezar a utilizar sus cartas como buenamente pudiera, pero otra vez volvía a lo mismo. No la habían educado así.

Iría a hablar con su hermano, con sus padres, con su prometido. Probablemente por ese orden y, si podía..., en el mismo día. Tenía que quitarse eso de encima y, cuanto antes lo hiciera, mejor. Después, buscaría un trabajo. El que fuera. Daba igual con tal de que pudiera mantenerse, aunque estaba claro que tenía sus límites. No trabajaría en un antro de perversión como el de Ángel, aunque supiera que sería lo fácil.

Y después... después tenía claro a lo que no podría resistirse.

Se ponía interesante la cosa.

Tendría que haber abierto la boca..., pero no lo hizo. No dijo nada. No podía quitarse los labios del demonio de la cabeza. Esas palabras seguían

danzando en su mente. Sus ojos penetrantes exigiendo la respuesta que querían, su mano apoyada en esa barbilla en la que tenía ganas de perder sus dedos en un obsceno beso que no sabía dar... Jovanka no era capaz de confesar que lo único de lo que estaba segura era de que volvería a los brazos de Ángel una y mil veces. De que había caído en el infierno, pero era el mejor lugar para desear a un demonio. El sitio apropiado para amar lo que nunca debía ser amado, lo que nunca merecería.

Solo se estaba dando tiempo para recobrar las fuerzas y reponerse, porque lo necesitaba. Aquel tira y afloja iba a ser agotador para ella. Para Ángel... estaba por verse.

¡Con lo fácil que habría sido que la obligara a quedarse!

Se quedó callada y meditó, porque no estaba dispuesta a aceptar sus condiciones. No podía. No quería.

Pero sabía que volvería porque quería quemarse. Ojalá entendiera el motivo o supiera revelarse contra su necesidad..., pero había perdido las ganas de hacer las cosas bien, como se esperaba de ella.

*«Los ángeles lo llaman placer divino, los demonios sufrimiento infernal.
Los hombres, amor».*
Heinrich Heine

Y estaba en el mismo maldito punto que hacía una semana. Tampoco era que hubiese hecho mucho para cambiar esa situación, salvo dejarse golpear por su hermano y casi violar por un desconocido. ¡Naa! La chica tenía que estar a punto de despertar, de reaccionar, de hacer... algo grandioso o algo completamente estúpido.

Y, sí, eso mismo hizo.

Por la mañana se presentó en casa de sus padres tras desoír los consejos de su amiga del alma que le dijo una y otra vez que no fuera. Pero la romaní sentía que debía hacer algo, que tenía que intentar arreglar las cosas antes de cortar todos los lazos. De esa forma, y sabiendo que a esa hora solo encontraría a su madre en casa, quiso que los astros se alinearan por una vez a su favor y llamó a la puerta de lo que una vez fue su hogar.

Abrió su tío, sin camiseta.

La voz de su madre, tras la puerta, le pedía que esperara, que quería hablar con ella. Algo en la angustia de su tono puso los pelos de punta a Jovanka mucho más de lo que lo hizo ver a su tío allí, medio desnudo. Los dos sabían que era ella antes de abrir. Había escuchado cómo alguien miraba a través de la mirilla y lo que le pareció una pequeña discusión dentro de la casa.

Su tío la miró con suficiencia, con una sonrisa retorcida que le heló la sangre. Si había alguien a quien no le apetecía encontrarse era a Olaf y mucho menos en su casa. Jamás se lo habría imaginado.

Su madre empujó la puerta para ponerse a su lado, colocándose los tirantes de un vestido con estampado de flores que siempre se ponía cuando recibían visitas.

—Jovanka, escucha...

—Vete dentro, mujer. No me hagas enfadar.

La voz de su tío consiguió que las dos se pusieran tensas. Su madre

obedeció, agachando la cabeza. Desapareció de su vista y supo que probablemente iba a ser la última vez que la viera. Ella quiso hacer lo mismo. Correr escaleras abajo y desaparecer, pero temía que si lo hacía su tío le daría caza y podría caer rodando. No era lo que se decía una chica ágil y últimamente la suerte la tenía bastante abandonada. Fractura de cuello, quizá el resto de su vida postrada en una cama teniendo que permitir que su tío se colara entre sus piernas mientras era incapaz de protestar o sentir nada. Tenía tan mala suerte que lo creyó posible.

—Así que la puta ha regresado a por más... —le soltó Olaf llevándose la mano hasta la bragueta abultada. Estaba claro lo que había estado haciendo segundos antes de abrir la puerta—. Normal que busques esto cuando ningún hombre iba a dártelo.

Escupirle, darle una patada en las pelotas, abofetearlo, insultarlo tanto que se quedara sin palabras y sin saliva. Jovanka tuvo ganas de todo y luego... de nada. Lo de hacerse la muerta como una zarigüeya para no resultar interesante tampoco era un buen plan, pero pensó que de todas las opciones esa sería la única que jamás se perdonaría. Sabía que se iba a caer por las escaleras al salir corriendo. Lo sabía...

Pero lo hizo.

No sin antes darle su merecida patada en los cojones.

Olaf, que no se lo esperaba en absoluto, cayó doblado hacia delante como un saco. Apenas si gritó ya que se había quedado sin aire. Jovanka aprovechó para bajar los escalones de dos en dos y, a veces, hasta de tres en tres. Se barruntaba la tragedia. Cuando llegó al zaguán, sin aliento y sin creérselo, abrió la puerta de un tirón y salió a la calle como si se le hubiera prendido fuego en la espalda. Siguió corriendo calle abajo, sabiendo que en cuanto se recuperara su tío iría en su busca. No le iba a perdonar esa ofensa, lo tenía claro. Pero era la primera vez desde que empezara su acoso que se sentía revitalizada por dentro. Le ardían los pulmones, pero no le importaba. Habría reído, liberada, si hubiera tenido tiempo de hacerlo. Ya habría un momento para ello, pensó, esquivando gente a medida que se iba alejando de su casa y se sentía un poco más segura. No lo había escuchado a su espalda desde que había huido. Tampoco lo había visto en las múltiples ocasiones en las que se dio la vuelta para comprobarlo. Sabía que la gente de la zona la conocía y que no dudarían en señalarla si Olaf preguntaba si habían visto por allí a su sobrina, así que trató de no pararse ni mirar a nadie. Cuando llevaba más de media hora dando largos pasos, porque las fuerzas se le habían acabado para

correr, se detuvo y rio con fuerza. Tanta... que llamó demasiado la atención. La gente la miró más de la cuenta y entendió que no se lo podía permitir, así que siguió caminando, rumbo a la casa de Aryma.

Era domingo, pero un día tan bueno como cualquier otro para poner una denuncia, como tantas veces le había pedido su amiga. Sonrió, sabiendo que al menos lo había intentado. Si no era por ella al menos lo haría por Aryma, para que se quedara tranquila y tuviera el convencimiento de que nadie iría jamás a molestarla por conocerla. Habría dado cualquier cosa por no tener que meter en más líos a su familia, pero a nadie le importaba. Por lo visto, tampoco a su madre que, a la fuerza o probablemente porque le daba la gana, compartía cama con el tipo que la había obligado y que la había dejado embarazada. Si sabía de lo que era capaz y no le había importado nada protegerla... ella no lo haría.

Se sentía cada vez más fuerte a medida que los lazos se cortaban. Era como si el saberse completamente sola hubiera hecho que abriera por fin los ojos. Y lo había visto claro. No les importaba.

Sí, liberada. Esa era la palabra.

Mi querido demonio había vuelto a tratar de ser un caballero y le había dejado una tarjeta prepago para que pudiera hacer llamadas en caso de necesidad y pensó que era el momento perfecto para usarla. Llegó a un pequeño parque donde un par de madres paseaban carritos con bebés abrigados en su interior. Se sentó en un banco de piedra y sintió el frío atravesarle la ropa para pegarse en sus nalgas. El estremecimiento le gustó después de la carrera que se había pegado.

Sacó el teléfono y entonces lo vio.

En verdad, los vio.

No supo a cuál de ellos primero, porque más bien vio a su hermano a un par de metros, observándola e intuyó los ojos del demonio... observándola también. A la presencia de Alexandru pudo encontrar una explicación. La habría visto salir de su casa, deambulando por el barrio y la habría seguido a una distancia prudencial. Era normal que lo hubiera hecho hasta tenerla casi acorralada en el primer sitio donde se sentía estúpidamente segura. Pero, al hecho de que Ángel la hubiera localizado también, no le encontró un motivo que no hiciera que se le helara la sangre en las venas.

Alexandru no lo vio, pero Jovanka estaba segura de que Ángel tenía controlado a su hermano.

—Perra asquerosa —le dijo él dando un par de pasos hasta ella. Tenía el

mismo aspecto amenazante que cuando se lo había topado a la salida de la facultad. ¿Por qué tanto odio?, se preguntó Jovanka—. ¿No has tenido los cojones de decirle nada a la mamá?

—¿Sabes lo que estaba haciendo la mamá? —le preguntó ella regañada y molesta porque su hermano pequeño se hubiera vuelto un completo gilipollas. Nunca se habían querido mucho, pero aquello era el colmo—. ¿Lo sabes? ¿No? Pues ve a casa a ver qué te encuentras.

La bilis le subía por la garganta cuando se puso de pie para encarar a su hermano. Si iba a intentar golpearla al menos que la pillara preparada. Por un instante se olvidó de que estaba Ángel detrás de él, observando la escena, con un impoluto traje de raya diplomática. Su gesto duro era imposible de ignorar, pero trató de hacerlo para que Alexandru no la pillara desprevenida otra vez.

—Seguro que ninguna de tus golferías, puta —le soltó con tanto odio que Jovanka decidió que tampoco le iba a importar ya su hermano a partir de ese instante. Si quería olvidar que existía estaría encantada de hacer lo mismo. Me resultó extraño que en una misma familia se hubieran podido criar dos personas tan diferentes—. La mamá llora por las noches por ti. Y no te lo mereces.

—Quizá llora por otra cosa que nunca te has llegado a plantear —repuso cabreada nivel oso molestado en plena hibernación.

—Vuelve a casa ahora mismo. Tenemos que arreglarlo. Tu prometido ha preguntado por ti. Papá te está buscando.

—Pues ya le puedes ir diciendo que me desvirgaron a la fuerza y que estoy preñada, ¿vale? Seguro que así deja de preguntar.

La rabia de Jovanka hizo sonreír a Ángel. A mí... también. Por fin se despertaba el pajarillo. Era digno de presenciar.

—Ya lo sabe... y no le importa. Dice que así se ahorra una boda por todo lo alto. Que lo que quiere es una esposa que le dé muchos hijos y que no le busque problemas. Con tu historial seguro que no te quejas demasiado. Si tú no dices nada de que el hijo es de otro, él tampoco lo hará. Da igual de quién sea, nadie va a hacerse responsable de él. Así que deberías estar muy agradecida por esta segunda..., no, tercera oportunidad.

Jovanka entró en pánico. ¿Se podía ser más cruel? A mí se me ocurrían un par de detalles con los que adornar la historia, ya que había estado vigilando la conversación que tuvo el padre de la chica con el prometido, un tal Mihai, de cincuenta tacos. Había regresado a Madrid tres días después de que se descubriera todo el pastel y los dos hombres habían tenido una larga y tensa

conversación. Mihai se había marchado a meditar y hacía solo un día que había vuelto a hablar con el padre de la chica, para comunicarle su decisión. Se casaría con ella, no pagaría ni un euro y nunca nadie diría que ese hijo que gestaba no era suyo. Si se le presentaba la oportunidad, lo abandonaría a su suerte, sufriría un accidente del que no lograría sobrevivir o quizá lo vendería en su siguiente viaje. A nadie le importaba lo que ocurriera con la deshonra de la familia, ¿no?

Pues eso.

Se habían estrechado la mano y Mihai había exigido ver a la muchacha.

Su padre le había dicho que concertaría una cita con ella. No había querido decirle que la había echado de casa. Para el honor de la familia era mejor que esa boda llegara a producirse en vez de tener que explicarle a todo el mundo que Jovanka se había dejado preñar y se había fugado de casa. Porque no tenían pensado decir que la habían echado.

¿Que por qué me guardo toda esta información? Pues porque así es más divertido, ¿no?

Alexandru tampoco sabía mucho más del asunto, ya que su padre solo le había mandado un escueto mensaje para decirle que siguiera buscando. Esa noche no había pasado por casa y su padre había preferido iniciar la batida por su «hija resurgida de las cenizas» esa misma mañana. Había empezado visitando a las familias conocidas. La tercera casa a la que fue resultó ser la de Aryma, donde no la encontró porque se había marchado hacía un rato. A la madre de Aryma le tembló la voz al mentirle, fingiendo que no la había visto, y él... fingió que se lo creyó. Se fue y tomó posiciones cerca del portal, metido en el destartado coche que se negaba a renovar. Tampoco era que tuviera demasiado dinero para hacerlo.

«¿Qué piensas hacer, hermano?».

«Esperar».

«Sabes lo que va a pasar...».

«Esperaré a que pase».

«Mentiroso».

Ángel se cruzó de brazos y se metió en la cabeza de Alexandru, como yo. Los dos lo teníamos claro. El chico iba a arrastrar a Jovanka a casa después de darle una paliza y no pensaba permitir que se le escapara una segunda vez. Si tenía que llevarla inconsciente así sería. Estaba preparándose para saltar sobre ella sin permitirle que encontrara la manera de escabullirse cuando Jovanka miró por encima de su hombro, más allá de la arboleda, donde Ángel seguía esperando el desenlace de la escena. En sus ojos podría haber un atisbo

de súplica, pero extrañamente no lo encontré. Cualquiera habría pedido auxilio, pero Jovanka era terca e iba a preferir que su hermano tomara la delantera antes que solicitar ayuda. Dio un paso atrás y se encontró con el banco, cortándole la retirada. La sonrisa de Alexandru le revolvió el estómago.

«Ya, vas a esperar. Y yo que te creo».

Ángel apareció como de la nada al lado de ambos. Jovanka habría jurado que hasta había surgido en medio de una intensa humareda que salió del suelo, pero seguro que se lo había imaginado. Cuando su hermano se giró para mirarlo ya lo tenía sujeto por el cuello y lo levantaba como si no pesara nada. Agarró el brazo de Ángel con las dos manos mientras sentía que le faltaba el aire. Pataleó a medio metro del suelo, sin creerse que un viejo como aquel pudiera levantarlo con esa facilidad.

—Bueno, esto es lo que va a pasar, Alexandru —empezó el demonio informándole con palabras lentas—. Vas a volver a casa, le vas a decir a tu padre que Jovanka no va a regresar y que se olvide de casarla con nadie. Que se olvide de ella en general. Y, si tiene alguna duda, dile que lo espero en esta dirección.

Sacó del bolsillo de su chaqueta una tarjeta y se la lanzó a la cara un instante antes de arrojarlo también a él contra el suelo. Se levantó una intensa polvareda. Alexandru se arrastró alejándose de la extraña pareja mientras trataba de coger aire.

—No te vayas sin la tarjeta —le exigió Ángel, divertido, viendo al muchacho tratar de escaparse—. Espera, que quizá no la ves.

Sacó otra de su bolsillo y dando un par de pasos se la metió en la boca a Alexandru, el cual lo miró con los ojos inyectados en sangre. Habría tratado de matarlo si no llega a estar paralizado. No había sido capaz de pensar en la navaja que tenía guardada en el pantalón vaquero.

—Eso es. Muerde... bien, así, bien sujeta. Ahora ve y dale el mensaje a tu padre. Deja que de esto se encarguen los mayores, mozalbetes.

Su hermano consiguió ponerse en pie mientras cogía la tarjeta y salía corriendo. Sintió ganas de arrugarla y tirarla, pero Ángel no se lo permitió. Asustado ante su incapacidad para hacer lo que quería, el chico desapareció mientras que el demonio se sacudía un poco el polvo de su elegante traje a rayas.

«Te dije que no ibas a ser capaz de quedarte al margen».

«Bueno... es que esto es más divertido».

—Creí... creí que ibas a matarlo.

Ángel se miró los zapatos cubiertos de polvo y torció la sonrisa. Respiró un par de veces y pensó en mí, cosa que me sorprendió mucho y muy gratamente. En nuestra última conversación, en por qué estaba haciendo las cosas cuando estaba claro que sus instintos iban en otra dirección.

—Porque tú me lo pediste.

*«Los éxitos del diablo son más grandes cuando aparece con el nombre
de Dios en sus labios».*
Mahatma Gandhi

«Vale. ¿Y qué si la deseo?».

«Menos mal que empezamos a reconocer las cosas. Pues te estás comportando como un completo gilipollas, espero que lo tengas claro. ¿Por qué no tomarla y listo?»

«¡Por el amor de Dios!».

«A ese ni mentarlo. ¿Acaso no te he enseñado nada? Es mi padre. No quiero hablar de la familia si no es para cagarme en ella».

Ángel se llevó la copa a la boca. No le había puesto hielo y apreció mejor que nunca el sabor del *whisky*. Le gustó. Levantó el vaso y me ofreció un brindis. Por nosotros y por lo que iba a venir. Luego miró a Jovanka que tenía la vista fija en la pared.

—Tenías razón.

—Siempre la tengo —dijo Ángel sirviendo otro trago. Buscó en la mente de Jovanka para saber si le aceptaría una copa y supo que en ese momento le daría un sí a un vodka bien cargado, así que lo preparó—. Pero me gustaría saber exactamente sobre cuál de ellas estamos hablando.

—Seguro que eres capaz de meterte en mi cabeza para ahorrarme las palabras —replicó la otra, un poco por dar por culo, imagino.

—Pero es más divertido hacerlo así —le aseguró tendiéndole la copa. Que Jovanka aceptó.

A Ángel le gustaba jugar, como a todo buen hijo de Infierno.

—¿Puedo desafiar al ser que es capaz de mostrar una fuerza sobrenatural cada vez que estoy en apuros? ¿Puedo correr ese riesgo? —preguntó con mucha ironía—. Pareces el maldito Superman protegiendo a la periodista que solo sabía cagarla. ¿Cómo se llamaba?

Ángel se pasó la lengua por el labio superior con suma lentitud.

—Soy lo menos parecido a un superhéroe que te puedas encontrar en las calles de Madrid. —O en cualquier calle, habría añadido, pero le pareció que era redundar en lo evidente—. Y no soy seguidor de ese tipo de historias. No

sé cómo se llama la chica.

—Pensé que lo sabías todo...

Ángel volvió a pasar la lengua por el labio, pero esta vez por el inferior, tratando de ocultar un atisbo de sonrisa. Cerró los ojos y bebió. Luego puso el nombre de la novia, Lane, en la mente de la chica. Ella también cerró los ojos al estremecerse cuando escuchó la voz de Ángel, allí dentro, con ella. En una conexión tan íntima y morbosa. Y también bebió de su copa.

—¿Cómo lo haces? —preguntó cogiendo aire y soltándolo como a trompicones con las palabras.

—¿No te asusta?

El demonio no supo decir si le iba a agradar más una respuesta negativa que una positiva. Y ello era lo que resultaba fascinante de la historia. O quizá solo a mí, ¡qué cojones!

—Por supuesto... —murmuró mirándose los pies. Tenía en la boca el gusto del alcohol y no estaba acostumbrada a beber. Iba a hacer muchas cosas estúpidas si dejaba que el vodka la envalentonara—. Pero hay demasiadas que lo hacen más.

«¿Más que tú, Ángel? Estás perdiendo facultades...».

—Deja que lo adivine...

—Tú no adivinas nada —lo interrumpió volviéndose a arriesgar—. Tú lo sabes todo. Dime una cosa. Todo eso que dices que dije en sueños... no fue exactamente así, ¿a que no?

El fuego chispeó en los ojos del demonio y dibujó una sonrisa de lo más sexi.

—Si eso es lo único que me vas a recriminar..., acepto la culpa —reconoció mordiendo luego el labio inferior y bebiendo el último trago de su copa—. Pero habla, venga, no te desvíes del tema. No pienses que voy a olvidarme de las cosas porque tenga pinta de ser viejo y necesitar una agenda que me lo recuerde todo...

«Pues sí que tienes pinta de eso, sí».

Jovanka se levantó de su asiento y se acercó a Ángel. Quizá... demasiado. Un acto muy impropio de ella. Busqué el motivo y no lo encontré en la voluntad de él. Mi demonio no estaba atrayendo a la joven para que se le sentara en las rodillas y le propinara unos azotes correctivos por su mala conducta. Habría estado bien, pero me iban a privar de ese espectáculo.

Jovanka necesitaba contacto físico humano y Ángel era lo más parecido que tenía cerca.

—Dijiste que tenía que destruirme por completo para levantarme...

«Y ahora vas y le dices que aún se puede destruir más».
«No pienso decirle eso».
«¿Vas a dejar que lo descubra sola? Está buscando consuelo, un amigo... ¡Sexo! Vete a saber por qué lo busca contigo. No tiene sentido. Te teme, te odia...».
«Me desea».
«Pues no la destruyas. Puedes mirar hacia otro lado».
«El diablo aconsejando a uno de sus demonios que haga algo bueno. Espero que de esto nos vayamos a reír un día».
«Lo dudo. Espero que lo olvides en cuanto te quedas dormido. Negaré haberlo dicho».
«Ya sabes que duermo poco...».
—Eso quiere decir que estás preparada para reconstruirte, entiendo.
—Esta mañana tenía claro que iba a ir a la policía y más después de... de...

Ángel inspeccionó la mente de la chica y vivió todos sus recuerdos. Se regocijó cuando descubrió el placer de ella a la hora de golpear al asqueroso de su tío en la entrepierna. Había sido justicia poética. Yo le habría dado más fuerte, hasta castrarlo, pero era normal que la muchacha hubiera preferido salir corriendo y preservar su vida. Pocas veces trataba de hacerlo, pero, para una vez que lo había pensado, bien pensado estaba.

—También quiero escuchártelo decir.

Ángel quería saber si se guardaría algo para ella o sería completamente sincera con el demonio, aunque ella supiera que era capaz de enterarse de todo por sus propios métodos. Podría decirse que estaba haciendo investigación de campo. Jugando con su ratoncillo, poniéndole pruebas en un laberinto, como a un hámster, a ver si llegaba hasta la comida o se mataba por el camino.

—Mi madre se acuesta con mi tío. No sé si de forma consentida o...

—¿Y quieres saberlo?

Jovanka se mordió el labio inferior, imitando quizá el gesto de él y pensó en un sí y un no al mismo tiempo. ¡Qué extraños podían llegar a ser los humanos! ¡Las tentaciones podían llegar a ser tan fuertes!

—Si la estuviera forzando, no podría perdonarme el haberme marchado de allí dejándola a merced de Olaf —confesó con un infinito remordimiento.

—¿Igual que ella lo hacía contigo? —Se podía ser muy cabrón cuando se nos dejaba en nuestra salsa.

—Ella no sabía que mi tío hacía lo que hacía.

Y al decirlo rogó, pidió, imploró que fuera cierto. Que no lo supiera. Que su madre no la hubiera abandonado a su suerte. Ella no...

—¿Y ahora que está informada de todo?

—No sé si te has dado cuenta, pero las mujeres en mi familia no suelen

tener demasiada libertad para elegir o para dar su punto de vista —respondió con bastante mala leche. Como resentida. Como si culpara a los hombres como él de la desdicha de las mujeres que tenían coartadas sus libertades—. Y, sí..., por favor. Quiero saberlo.

«A veces es mejor vivir en la más absoluta de las ignorancias... para ser más feliz. No más fuerte, pero sí más feliz. ¿Cómo era aquello? Lo que no te mata te hace... mucho daño».

Ángel cruzó las piernas y se agarró la rodilla con las manos entrecruzadas. Hizo crujir las vértebras de su cuello y la miró con determinación, evaluando si era un arranque caprichoso o si iba de verdad en serio.

—La primera vez... sí. La obligó. Pero después... A ella al parecer le gusta. Tu padre no le hace mucho caso desde hace unos cuantos años. No se le..., ya sabes, levanta. Y, bueno, tu madre es una mujer relativamente joven.

Jovanka se tapó las orejas, dando a entender que no quería escuchar más. Entonces, ¿su madre habría pensado que a ella le había pasado lo mismo? ¿Que la había forzado una primera vez y después había decidido que le gustaba y que iba a seguir aceptando los supuestos placeres sexuales que le ofrecía su tío porque ningún otro se los iba a ofrecer? ¿La habría visto como una competencia? ¿Le habría molestado que se quedara embarazada en vez de hacerlo ella y darle su primer vástago a Olaf?

«Bueno, bueno, ¡qué fino hilamos! Yo ya le llevo contados cuatro churumbeles a Olaf con mujeres diferentes. No pienso dar más datos al respecto, porque las historias de ellas también son para sacar otro culebrón, y con uno ya tenemos bastante».

Ángel la observaba con atención mientras pensaba en todo y sentía mucho más de lo que podía asimilar al tiempo. Era demasiado complejo como para no precisar de todos sus sentidos, y las emociones humanas a veces nos desbordaban.

Cuando por fin la chica pareció tranquilizarse y logró dar un par de respiraciones profundas, lo miró a los ojos. Él se terminó el otro vaso de *whisky* que se había servido —¡qué mal íbamos a llevar el hígado a esa edad! — y le sostuvo la mirada. Jovanka se humedeció y Ángel pudo olerlo además de sentir el calor de su piel y los pensamientos obscenos que de pronto la asaltaron. Le costó otra eternidad serenarse. ¿Qué demonios hacía ese sentimiento allí?

Pero no. No era un sentimiento. Era una necesidad.

«¿Y bien?».

El demonio se sorprendió de que Jovanka le preguntara a través de un pensamiento. O le estaba perdiendo el miedo a todo o ya creía que no había más que perder. Y no podía estar más equivocada.

«¿Y bien... qué?».

Esto era más divertido que un *reality show*.

«Seguro que lo has escuchado todo».

«Seré un caballero y diré que no sé de qué estás hablando».

«Sospecho que un caballero es lo menos que eres».

Y ese era el momento en el cual yo me habría levantado y le habría demostrado... que llevaba razón.

«No tientes al demonio».

«¿Eso es lo que eres?».

Ángel entreabrió los labios y dejó salir humo de sus pulmones. De ese que dejaría escapar de su boca si tuviera un cigarro entre los dedos..., pero no estaba fumando.

A Jovanka se le heló la sangre.

—Si de verdad vamos a tener esta conversación..., ¿no sería mejor hacerlo de una forma más convencional? —Lo que venía siendo normalizar la situación, vamos. ¡Yo me mondo! Hacer que aquello no fuera raro de cojones. Una relación entre un demonio y una humana. ¡Vamos, hombre!—. Pregúntamelo, venga.

Jovanka tragó saliva y el demonio acercó una mano para acariciarle uno de los mechones de pelo. Lo tocó como si en la vida jamás hubiera visto algo tan hermoso, algo tan delicado. La chica se quedó embrujada mirando sus dedos, enredando en ellos los cabellos oscuros.

—No entiendo por qué me siento tan atraída hacia ti —le dijo cambiando el tema. Cobarde, pensé, pero al fin y al cabo era mejor no abrir esa maldita caja. El miedo a lo irracional convertía a las personas en irracionales—. Nunca jamás había pensado en un hombre de esta manera.

Bueno, había que reconocer que era cobarde para unas cosas y muy valiente para otras.

—Eso es porque de hombre tengo poco —bromeó Ángel con un tono de voz tan sensual que hasta yo mismo le habría comido la boca. Ella se mordió el labio inferior y se lo chupó a continuación, y los dedos de él fueron a soltarlo, recorriéndolo con las yemas—. Pero, dime, ¿preferirías que no fuera así? ¿Te gustaría no sentir lo que sientes?

Jovanka soltó un gemido y le lamió los dedos. Él se dejó hacer y se perdió en la visión de su lengua húmeda que de pronto quiso saborear. No, de pronto, no. Llevaba queriendo hacerlo desde el día en el que la atropelló y no lograba explicarse el motivo. Él, con cientos de años a sus espaldas, se había dejado engatusar por una humana llena de infiernos, cabreada con el mundo y consigo misma; pero con unas ganas atroces de resurgir de sus cenizas. Quería

quemarse y estaba a punto de hacerlo. Combustión espontánea por roce con demonio, podía llamarse. Se estudiaba en las clases de química en el instituto, seguro.

—Creo que ya es un poco tarde para eso...

Otra forma de decir que no pensaba dar marcha atrás porque no le daba la real gana, pero valía como respuesta. Muy diplomática. «Yo no tengo la forma de ir hacia atrás en el tiempo, de ahí que me deje llevar. No es culpa mía. Es tuya por estar tan bueno y ser tan... ¿sobrenatural?».

—Nunca es tarde para un demonio —le susurró diciéndolo por fin en voz alta. Sus labios acudieron a los de ella y sintió todo el calor de su excitación. Ella se embriagó en lo que Ángel le ofrecía. O sea... nada. Era pura lujuria sin nada más de forma o base. Olía a alcohol, a puro, a sexo sin control. Olía a todo lo que debía tenerle miedo y a lo que más deseaba. Olía a no tener preocupaciones por lo que pasaría al día siguiente—. Tengo todo el tiempo que quiera para cambiar las cosas.

Jovanka gimió a escasos milímetros de esos labios pecaminosos, pensando que si llega a haber una mínima posibilidad de resistirse no la aprovecharía. Separó los labios. Se rindió.

—¿Y yo? —jadeó—. ¿Yo lo tengo?

—Eso depende —susurró a su vez pasando la mano por detrás de su cabeza—. ¿Quieres tenerla?

Jovanka cerró los ojos y lo invitó. Ángel no necesitaba invitación para nada y pensó que quizá, por una vez, debía tener un comportamiento honorable en su eterna existencia. ¡Pero al diablo si iba a comenzar a tenerlo en ese momento!

Su boca se estampó sin delicadeza ninguna contra la de ella, mojada, caliente, obscena. Sus lenguas se enredaron y después lo hicieron ambas manos en su cabeza, haciendo desaparecer los dedos entre los mechones oscuros. Se mordieron, se probaron, se bebieron el uno al otro y después les faltó el aire. El espacio entre ellos se hizo inmenso y necesitaron pegar los cuerpos hasta tal punto que habría sido imposible desnudarse sin rasgarse las ropas. Ángel la aferró con tal fuerza que los dos supieron que aquellas caricias iban a dejar marcas.

Jovanka en la vida había besado de esa manera y no quiso que acabara nunca. Era el contacto más sincero, íntimo y excitante que había tenido con una persona del sexo opuesto. Con algo del sexo opuesto. Se dejó ir y se encendió sin reservas. Estaba dispuesta para todo lo que pudiera pasar a continuación.

Y, sí, en un acto de pura honorabilidad, Ángel le sujetó la cabeza a la gitana

para separarla de él. Jadeando ambos, suspiró sobre sus labios e hizo que se quedara profundamente dormida. ¡Buen truco de magia!

«¡Ya te vale! ¡Ahora que empezaba lo bueno!».

«Vete, por favor. No te metas en esto».

«¿Y qué es esto, exactamente?».

«Cuando lo averigüe serás el primero en enterarte».

«Porque pienso seguir en tu cabeza. Si me largo no dirás una puta mierda».

«No, vas a salir de la mía... y de la de ella».

«No pienso hacer tal cosa».

«¿Ni pidiéndotelo por favor?».

«Así... menos».

Me carcajé de buena gana.

«Vete a la mierda».

«A la mierda iré, pero seguiré atento a los acontecimientos. ¿Te la vas a follar mientras duermes? ¿Eso es lo que te pone ahora?».

Ángel la depositó en la cama, en su cama, y se sentó al lado, en la butaca que había junto a su galán de noche. Se sirvió otra copa y miró el reloj. Aún podía permitirse un par de horas vigilando sus sueños antes de marcharse al club. Por fin le había dicho lo que era. Por fin Jovanka no lo había mirado con miedo, aunque estaba claro para ambos que debería sentirlo. Quizá mañana lo hiciera. La atracción sexual era un arma de doble filo que volvía imprudentes a los mortales, pero más imprudentes aún a los demonios. Ángel estaba metiendo la pata y lo sabía. Era dolorosamente consciente, pero pensaba fortalecerse para cuando llegara esa mirada de miedo, de asco o de odio. Porque tenía que llegar, ¿no? Los humanos eran así. Temían. Amaban. Lloraban. Odiaban.

Pero antes de todo eso tendría que satisfacer ese apetito que se había despertado en ella. En él también.

De ahí que la hubiera dejado dormida. Necesitaba tiempo. Tomar nuevamente las riendas. Tener claro lo que quería hacer. Saber que no lo hacía porque... ¡Qué gilipollez más grande! No importaba nada el motivo por el cual hacíamos las cosas. ¡Las hacíamos sin motivo, porque nos daba la gana! Plantearse eso era ir contra la naturaleza de lo que éramos.

Pero, de momento, Ángel no pensaba en eso. Creía que Jovanka no volvería a escaparse. Se había rendido al fin. Deseaba quedarse a su lado, al menos durante un tiempo. Y aquella iba a ser una tarde tranquila, tras la ebullición de las emociones, buscando un poco de paz y de la tranquilidad que necesitaba...

Hasta que vio con lo que soñaba la joven.

Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en los muslos y separó levemente los labios. Se quedó absorto en el cuerpo de Jovanka que de pronto se

estremecía como si estuviera a punto de tener un orgasmo. Y, entonces, se le puso la polla dura y rabiosa.

Y ella se corrió en sueños.

«La tentación es el diablo viendo a través del ojo de la cerradura. Ceder es abrirle la puerta e invitarlo a pasar».
Billy Sunday

«¡Ha soñado con una puta orgía!».

Si llego a saber que eso de mandar a mis demonios a la tierra iba a resultar tan entretenido lo habría hecho muchos siglos antes. ¡Lo que me había perdido todos esos años!

«Con lo que tú le mostraste. ¿Para qué la llevaste a tu club, si no?».

«Para abrirle los ojos...».

«Ya, claro. Y las piernas».

Me encantaba ver a Ángel fuera de sus casillas. Había tenido que abandonar su habitación de hotel para no saltar sobre ella. O para no machacársela a conciencia sobre ella, que también le vi las intenciones. Habría sido un acto sublime. Desnudarla mientras seguía soñando, exponer su piel y ponerse de pie con ambas piernas a cada uno de los lados de las caderas de la chica, derramando sobre su cuerpo orgasmo tras orgasmo mientras seguía estremeciéndose por lo que soñaba. Manchándola entera. Corriéndosele en la cara. Joder, ¿por qué demonios no lo hizo? El que tenía entonces la polla dura era yo.

Se habría tenido que dar una buena ducha, porque estaba claro que Ángel se estaba guardando muchas reservas. Pero, no, no lo hizo. Se marchó sin más con el cuerpo tan caliente como si siguiera aquí en Infierno, conmigo. Que de temperatura no andábamos mal servidos. Lo del frío no nos iba.

Mi perverso y torturado demonio puso las manos en la pared y luego apoyó también la frente, cerrando los ojos. La paz que había tratado de buscar, viéndola dormir, apenas había durado un instante. La visión de Jovanka, entregada al desenfreno de su sueño, lo había alterado más que cualquier cosa en ese viaje.

Llevaba tres copas y tenía servida la cuarta.

Y el miembro tan duro como hacía una hora.

Lo interesante era que le gustaba sentirlo así, con presión, sin la intención

de ir a descargar todo lo que llevaba dentro. Podría haber pedido a cualquiera de las chicas que trabajaban para él que fuera a aliviarle el problema, pero deseaba sentirlo. La tensión sexual podía llegar a ser arrolladora y a él se lo había llevado por delante.

Jovanka había soñado con Ángel. Con ese hombre que no lo era tanto, pero al que deseaba por encima de todo sin plantearse que era una locura. Pero también con otros, con muchos. Alrededor de ella, extendida en una cama de color blanco sin mácula, había por los menos otros tres tipos de vergas envaradas. Y no de esas que se ven en las pelis porno, de las que andan masturbándose constantemente para que no decayera la fiesta. Los tipos eran de los jóvenes que por poco que les estornudaras se les levantaba como si tuvieran un resorte. O eso me pareció entender, porque la imagen en el sueño era un pelín borrosa y no estaba tampoco para ir sintonizándole bien el canal a la chica. Jovanka estaba acostada con las piernas dobladas y abiertas y Ángel permanecía de rodillas, también completamente erecto, entre ellas.

El problema era que Ángel no era exactamente Ángel, sino una versión mucho más joven de él. Treinta y pocos como mucho. Sin canas, sin arrugas, pero con la misma barba sexi y los mismos ojos ardientes. Y con esos labios jugosos, tan dispuestos a dar placer metidos entre unas piernas.

Se agachó lentamente, dejando caer saliva a un par de centímetros sobre sus pliegues y después sopló, abrasándola con el calor de su interior. Echando humo, como lo había visto hacer. Y estaba claro que un demonio de calor tenía mucho. Un instante después bajó más y lamió el sexo entregado y cálido de ella, que se estremeció al primer contacto con la lengua. La boca de Jovanka se abrió para dejar escapar un gemido y una de las pollas que la rodeaban corrió a meterse entre sus labios. Ángel succionó, lamió y mordió mientras sus manos se convertían en garras poderosas que se incrustaban en las nalgas de la muchacha. Ella arqueó la espalda, entregándose más, y el demonio aprovechó para usar toda su experiencia para ponerla al límite. La empapó con su saliva y la de su propia esencia, disponiéndola para que la penetración fuera más placentera. Era en lo único en lo que pensaba, en poseerla de todas y cada una de las formas en las que se podía poseer el cuerpo de una mujer. Y todos sus orificios. Las manos de otro de los presentes amasaron sus pechos y pellizcaron los pezones mientras la verga del primero daba cuenta de la boca de Jovanka, que no se oponía al trato rudo que le dispensaba. Presionaba una y otra vez, recorriendo la cavidad por entero hasta incrustarse al fondo, dejándola sin aire. Ella intentaba mantener los labios cerrados contra la dura

carne, pero el movimiento era tan rápido que a veces se le escapaba y el glande se le restregaba por la cara, empapado en su saliva. Las manos de Jovanka se agarraban a las sábanas, extendidas, como si le diera miedo tocar a cualquiera de ellos y descubrir que en verdad no estaban allí. Cuando la lengua de Ángel imprimió más ritmo y rudeza a su trabajo quiso agarrarlo de los cabellos y gritar de placer, a punto de sentir el primer orgasmo de los que sabía que serían muchos más, pero no se movió. Opino que fue por vergüenza. No sabía cómo comportarse y simplemente se dejaba hacer, que era para lo que la habían preparado sus padres. Las nalgas se elevaron contra la boca de mi demonio favorito en su versión *millennial* y tembló, dejándose guiar hacia el más extraordinario de los placeres. Estalló, se rompió y se desplomó, y Ángel se bebió su orgasmo sin desperdiciar ni una sola gota.

Fue entonces cuando trepó por su cuerpo rendido, apartando al otro personaje que trataba de buscar su placer entre los labios de la chica. Se encajó entre sus piernas y sintió palpar su miembro donde hacía solo un instante estaba su lengua buscando el orgasmo de la muchacha. Ella elevó las caderas y Ángel entreabrió los labios, dispuesto a comerse la boca de Jovanka en la primera embestida.

—Hazlo tú, por favor —le pidió ella mientras llegaba a enredar su lengua con la otra y se enterraba en la calidez de la chica.

Ángel pudo sentir el placer de ambos, aunque solo fuera un mero espectador en el sueño.

Yo también lo hice.

La primera arremetida fue brutal y no lo fue tanto, después de todo, ya que el sueño era el de una muchacha que no sabía en sí lo que era de verdad el sexo. Había sido sometida unas cuantas veces y jamás había sentido ningún tipo de placer con ello. Tampoco había follado con un demonio todopoderoso, aunque se hubiera imaginado haciéndolo. Ni con nadie, por más oportunidades que le hubiera podido dar la vida universitaria.

—¿Quieres dejarlo ya? —me pidió Ángel tomando su copa y bebiéndola de un trago. Había dejado de echarle hielo. Curioso. Manteniendo el calor.

—No puedo, querido amigo. Es muy cómico. No me lo puedes negar.

Jovanka, en su sueño, había rodeado las caderas de un joven Ángel que embestía con fuerza contra la pelvis femenina, mientras, bajo ella, un pequeño hilo de sangre corría hasta manchar la blancura de las sábanas. Jovanka lo besaba, conteniendo los gemidos de dolor y placer, mientras él le sujetaba las manos y entrecruzaba los dedos con los de ella. Muy de película todo.

—Ha soñado con que eras tú el que la desvirgaba, demonio mío. Y te lo pedía. ¡Te lo rogaba! Hazlo tú, por favor —le recordé, usando la voz de Jovanka para imprimir más dramatismo a mis palabras. A Ángel no le gustó que lo hiciera, pero no me dijo nada—. ¿No te resulta poético?

Ángel pensó que no, que no lo era. Había sentido con ella la resistencia del himen de la chica un instante antes de atravesarlo. Había sentido su miedo y su necesidad. Había deseado hacerlo tanto como lo deseaba ella.

El Ángel joven había seguido empujando contra las caderas de Jovanka, incrustándose y fundiéndose con ella, hasta que lo irrefrenable los había consumido a los dos y se habían dejado ir. La empotró contra el colchón arrancándole un grito de agonía que a él también se le escapó. Ángel se corrió, llenándola de su maligna semilla, pero a ella le pareció el más maravilloso de los regalos.

—¿También quería que la dejaras embarazada tú? —le pregunté conociendo perfectamente la respuesta. Sonreí desde mi trono mientras Ángel se golpeaba la cabeza contra la pared en su despacho, en el perverso Sex Club del Demonio.

—No sabe lo que quiere. No sabe nada de la vida real.

—¿Y tú sí?

—Yo al menos sé lo que es la vida real...

Me gustaba hablar con Ángel más que meter mis pensamientos en su cabeza. Mi voz sonaba un poco distorsionada cuando lo hacíamos de ese modo, algo en plan retumbar en una habitación vacía con eco—, pero cuando había otros humanos presentes era mucho más cómodo de esa manera. Lo de que se escuchara mi imponente presencia como si fuera el hilo musical de la estancia no era la mejor manera de pasar desapercibido, pero con mi nivel de excesos..., ¿quién deseaba eso?

El Ángel joven en el sueño de Jovanka se retiraba del interior de ella y de entre sus piernas para observar la sábana manchada de sangre y los restos de su corrida resbalar de la humedad de sus pliegues. Ponía la mano sobre el abdomen de ella y sentía los espasmos de su último orgasmo, a la vez que hacía un gesto para que alguno de los otros tipos empalmados volviera a meterle la polla en su boca, para acabar de darle la cena a la chica. Unos dientes acudieron a morder uno de los pezones, que dejaron endurecido bajo la presión. Ángel comenzó a masajear con dedos expertos el clítoris de la muchacha, que separó aún más las piernas para él. Se corrió bajo la presión de sus yemas, que sintió como brasas del mismo Infierno. Ángel también sintió

el calor en la piel de ella mientras la llevaba al nuevo orgasmo, que se ahogó contra la carne del que le follaba la boca.

Mi querido demonio arrojó la copa que tenía en la mano y se estrelló contra la pared, rompiéndola en miles de pedazos. Agitado, cerró los puños y golpeó la pared, abriendo un boquete en ella del tamaño de un escudo vikingo. Al otro lado de la pared, una de sus camareras miró hacia el interior del despacho y pegó un grito, aterrorizada al ver los ojos enrojecidos de su jefe. Y el efecto de su enfado en general.

«Fóllatela. Desahógate de una puta vez y acaba con esta tontería».

Pero Ángel dejó de mirarla y la camarera salió corriendo, mientras que en su cabeza no dejaba de reproducir una y otra vez el sueño de Jovanka. Él, de joven, apartándose de ella para que otro de los tipos ocupara su lugar y metiera la polla en el agujero en el que acababa de correrse. Él, de joven, observando la escena en la que una chica de piel oscura recortada sobre la sábana blanca, a la que se aferraba con los puños cerrados, disfrutaba del placer de la carne que parecía haber descubierto... por su culpa. Los tipos haciendo turnos para correrse en ella. Ella tragando, con la boca abierta, cada vez que se la incrustaban hasta los cojones, y dejando que otro le girara la cabeza para que también atendiera sus duras necesidades.

Y ella abría siempre la boca.

¿Cómo había llegado a soñar todo eso?

«Eres una mala influencia».

Ángel cogió la botella de *whisky* y bebió directamente de ella. Quiso estrellarla también contra la pared tras terminarla, pero en el último momento cambió de opinión y trató de serenarse. Desde mi punto de vista, la mejor opción era poner a todas sus camareras en fila y dejar que lo montaran en el sofá de su despacho hasta dejarlo seco. O ponerlas de rodillas y metérsela en la boca, una a una, hasta que no quedara nada más que sacarle.

—He bebido demasiado como para no tener reservas —bromeó Ángel.

—¿No recuerdas que el alcohol deshidrata? —me burlé—. Además, yo lo que quiero es que te expriman los cojones, no el estómago. Se te está recalentando todo ahí dentro.

No quise decir ni «mu» sobre el pequeño y poco importante detalle de que sabía que Ángel estaba terriblemente celoso del resto de los tipos que se estaban follando a Jovanka en su sueño. Ya llegaría el momento de sacarlo a relucir, porque era de lo más desternillante.

Mi querido demonio cogió aire y luego lo soltó con perversa lentitud. Caminó por su despacho pisoteando con sus caros zapatos los miles de

cristales en los que había quedado reducida la copa y llegó hasta el espejo que cubría casi toda una pared.

Proyectó su imagen en él, ya que de por sí... un demonio no tenía reflejo.

Pero lo hizo mostrando a un Ángel mucho más joven, de unos treinta años. Exactamente igual que en el sueño de Jovanka. Se examinó en él, viendo lo que en su momento había sido y que no se imaginaba queriendo volver a ser.

Joven...

Sin canas, sin arrugas, sin preocupaciones milenarias en la mirada. Con el mentón orgulloso cubierto por una barba oscura y poblada. Con un peinado de esos modernos por los que pagaban cientos de euros en las barberías y que incluían cantidades ingentes de gomina.

Con la edad que tenía cuando perdió a su familia antes de morir por primera vez.

Seguía con la bragueta abultada. Se la miró a través del reflejo. Dura, rabiosa, ardiente.

Y luego destruyó el espejo, haciendo que reventara por completo... sin tocarlo.

Una pena. Me gustaba ese espejo.

«No conozco otra cosa más graciosa que un diablo que se desespera».
Johann Wolfgang Von Goethe

—¿Por qué no te tomabas la píldora?

La pregunta de Ángel la cogió por sorpresa al entrar en la habitación. Eran las ocho de la mañana y Jovanka se había despertado hacía una hora. Había descansado escasamente ya que el sueño que la había acompañado no había sido lo que podía llamarse reparador. Había despertado empapada en sudor... y en otras cosas. Nunca le había ocurrido algo semejante. Estaba agotada, como si todo lo que había soñado lo hubiera vivido de verdad. Tenía agujetas y le molestaba mover las articulaciones. Incluso sentía escozor en la entrepierna, como si hubiera tenido una polla martilleando allí donde la había necesitado.

Había dado un par de vueltas en la cama, había olido las sábanas y se había ruborizado. Jadeó, recordando todo. Creyendo que, quizá, la habían hecho creer que no había pasado. Que de verdad era un sueño.

Y no le importó.

Se había dado una ducha y se había sentado a esperar en el enorme y acogedor sofá del salón, tratando de concentrarse en el libro que había rescatado de la estantería.

Y, claro, cuando Ángel llegó a la habitación era más normal que soltara esa pregunta a que dijera algo más inusual como «buenos días».

Todo correcto.

También habría estado bien lo de preguntarle por la orgía de la otra noche, pero eso ya se podía dejar para cuando tuvieran más confianza el uno en el otro. ¿Tras la boda?

—¡Sí que la tomaba! —afirmó la otra, molesta—. ¿Por qué el señor todopoderoso... —¿Se estaba refiriendo a mi padre?— ... se cree que no lo hacía? —Vale, no, estaba equiparando a Ángel con mi padre. ¡Qué error más grande!—. Pero sí que me costó empezar a hacerlo, porque sabía lo que iba a pensar la gente. Habría sido como si aceptara que me follara —respondió

atropelladamente, como si le hubieran puesto una pistola apuntando al centro del pecho y le hubieran exigido que dijera la verdad o acabaría como un colador. Una técnica que dominaba Ángel como el mejor demonio, pero que no me había dado cuenta de que estaba usando con la muchacha. A mí también se me pasaban cosas.

Ángel se tocó las sienes como si de verdad pudiera tener dolor de cabeza. En nada le saldrían los cuernos.

—Ya, era más lógico dejar que te hiciera un bombo. Muy razonable todo —escupió cabreado con el mundo y con la irracionalidad de los seres con los que trataba de convivir—. Putos humanos...

Jovanka se sintió completamente avergonzada. Como excusa, ciertamente, era muy mala, pero mi capacidad de buscar excusas ingeniosas se había desarrollado hasta límites insospechados en siglos de práctica. Y, después, me dio exactamente igual tenerlas o no. Al final, había acabado tomándola, pero en algún punto... falló. ¡Obviamente! Allí estaba el resultado. Un feto de lo más feo creciendo en el interior de su vientre.

Pero se sintió juzgada. En realidad, sí que lo había hecho. Ángel estaba medio desquiciado y no razonaba con claridad. Y se había olvidado de los detalles relevantes de la historia. Los métodos anticonceptivos se usaron... y fallaron. Y ella se sentía mal por haberlos usado y por haberlos usado mal.

—¿Acaso siempre has tomado las decisiones correctas? —le preguntó Jovanka levantándose del sofá y acercándose demasiado a Ángel. Demasiado para ella, no para él, el cual había vuelto a empalmarse al entrar por la puerta de su habitación.

Iba a tener que cambiar de talla de traje si eso le seguía ocurriendo sin control.

—Ni mucho menos —le aseguró llevándole un dedo a la mejilla—. Pero intento enmendar mis errores.

—Hay errores con los que no se puede lidiar.

Odiaba las conversaciones profundas tanto como Ángel, así que no me sorprendió que desviara el tema.

—¿Vas a denunciar? —A Jovanka le tembló el labio antes de asentir. No podía adivinar si se había mantenido firme en su decisión del día anterior o si había cambiado de idea y vuelto a cambiar. Otra más de las contradicciones de los humanos, porque habría estado casi seguro de que después de todo se habría largado, huyendo como era costumbre en ella. Nunca había observado a alguien con tantas ganas de enfrentarse al peligro, pero que luego se rajara a la

primera de cambio—. ¿Quieres que te lleve? —preguntó el demonio, sorprendiéndome más que la otra. ¿De verdad se iba a exponer? Porque, hasta donde yo sabía, él la había retenido y casi la habían violado por su culpa. Estaba claro que podrían intentar meterlo entre rejas.

«No hay cojones».

«Lo tengo claro. ¿Pero ella lo sabe?».

—Creo que es algo que le debo a mi amiga. Iré con ella —reconoció Jovanka lamentando el hecho de no tener los arrestos necesarios para pedirle que la protegiera de todo mal..., aunque el peor de todos fuera él mismo.

—¿Y después?

—Quizá... deba aceptar algún puesto de trabajo. ¿Sigues interesado en contratarme?

Ángel arqueó una ceja, descolocado. Entre todos los escenarios posibles no había visto llegar este. Tragó saliva y se preguntó si no debía sacar un fajito de billetes de la caja fuerte, ponerlo en las manos de la chica y mandarla a buscarse la vida antes de que fuera tarde. Pero sabía que ya lo era. Para ambos. Había caído y podría caer mucho más aún. Con un poco de suerte conseguiría conservar los piños tras el golpe que le esperaba. ¿Una humana? ¿Una humana destrozada? ¿De verdad? ¿Con todas las modelos de Victoria's Secret que había en ese mundo?

Ángel ofreció su teléfono y su coche para que Jovanka pudiera llegar hasta su amiga, pero no respondió a la pregunta del trabajo. Le aseguró que la llevaría hasta ella y que se mantendría al margen, aunque le fuera a costar la misma vida. Eso, desde luego, no lo dijo. Cosa que no me sorprendió, por otro lado, ya que su cabeza bullía con todos los pensamientos de las últimas horas y quería despejarse.

—Por favor, no me juzgues tú también. Ya tengo bastante con...

Ángel metió las manos en los bolsillos de los pantalones y cerró los ojos. No, no quería juzgarla, ni desearla, ni cabrearse con ella. Sin embargo, lo hacía y le costaba un mundo despejar la mente. Sí, le había ofrecido su ayuda para que intentara terminar con todo y comenzara de nuevo. Pero ¿para qué? ¿A él le beneficiaba?

«En menudo lío nos has metido a los dos».

—No te juzgo. No podría...

De pronto, Jovanka se le abalanzó y lo abrazó, apoyando la cabeza en su pecho. Intentó rodearlo con los brazos, pero era demasiado ancho y ella muy menuda. Ángel se quedó parado, parpadeando sin creerse esa muestra de afecto, con las manos en los bolsillos. Cerró los puños allí dentro y expulsó el

aire violentamente.

Pero no la apartó.

Por otro lado, Jovanka era incapaz de soltar al demonio. Lo sintió duro y poderoso, como en su sueño. No, en realidad mucho mejor. Tampoco pudo pasar por alto la excitación de su bragueta que era más que evidente. Trató de escuchar los latidos de su corazón. Se esforzó en ello. Quería encontrar el rastro de algo que Jovanka necesitaba. Vida. Cualquier signo. Su cuerpo estaba caliente, pero eso no le bastaba. ¿No había un corazón ahí debajo, oculto entre tanto tatuaje, cicatriz y músculo endurecido?

—No sé lo que tengo que hacer ahora —susurró reconociendo lo perdida que estaba. Tembló contra su cuerpo.

«¿Chupársela?».

Jovanka se puso de puntillas y trató de buscar la boca de Ángel, pero el demonio tenía una altura considerable y no se agachó. Seguía con los ojos cerrados, tratando de controlarse, aunque habría deseado arrancarle la ropa más que cualquier otra cosa imaginable en ese momento. O en cualquier momento. Dios, ¡cómo la deseaba! No, mejor; diablos, ¡cómo la deseaba! Sí, mejor así.

—Voy a darme una ducha. La necesito. Quizá también te venga bien a ti. Luego... podemos irnos.

Apoyó el mentón en su cabeza y respiró el olor de su cabello. Era el mismo que debía tener él, pero en su piel era completamente diferente. Más puro, sensual, electrizante. Vale, eso era lo que pensaba él. A Ángel se le estaba yendo la pinza. A mí todos esos olores me parecían iguales, quizá por culpa del azufre.

Jovanka, confundida y sintiéndose rechazada, soltó al demonio y se quedó un instante parada a escasos centímetros de él. El otro aprovechó para soltar el nudo de la corbata y enredarla en los nudillos de la mano izquierda, imaginando todas las perversiones que podía hacer con ese trozo de tela sobre el cuerpo de la chica. ¡Punto para mi demonio!

Ángel le hizo un gesto para que caminara hacia el cuarto de baño. Fue entonces cuando la chica pareció despertar.

—Ya me duché esta mañana —le informó sonrojándose hasta las orejas.

—¿Y ese es un impedimento para hacerlo otra vez? —le preguntó con voz ronca y sensual.

Volvió a ruborizarse, pero, sin embargo, se quitó la camiseta delante de él, quedando a la vista un sujetador blanco con poca gracia. Tampoco le hacía

mucha falta. Tenía un cuerpo muy interesante cuando te fijabas bien. Ángel se la comió con los ojos y trincó la mandíbula. Tiró de los bordes de la camisa e hizo saltar todos los botones. Al descubierto quedó su piel tatuada, brillante y morena. Cuando soltó la tela y dejó los brazos a ambos lados, su pecho se movía agitadamente. Jovanka no supo cómo consiguió caminar hacia el baño, apartando la vista de él, aunque cuando llegó se dio cuenta de que solo había seguido la orden que había escuchado en su cabeza y a la que no pudo resistirse.

Comenzó a desnudarse delante de la enorme ducha mientras Ángel la observaba. ¡Por fin había decidido someterla! Me puse a aplaudir por adelantado el espectáculo que estaba a punto de presenciar. Al fin un poco de acción.

Jovanka se quedó completamente desnuda y entró en la ducha que de pronto comenzó a funcionar sola. Del techo se derramó el agua cálida como si se tratara de una lluvia tropical en pleno agosto. Un efecto especial de lo más erótico. El agua se escurrió sobre su piel y sus cabellos negros se desparramaron por su espalda y su rostro. Ángel la siguió sin quitarse la ropa. Con zapatos y todo se metió en el amplio espacio acristalado y dejó que el agua le empapara la chaqueta, la camisa abierta y los pantalones. No había conseguido calmar su respiración.

Sus manos liberaron su erección abriendo la bragueta y entonces fue Jovanka la que jadeó apresuradamente. Había un metro de distancia entre los dos, cosa de las duchas grandes de hoteles de lujo. La mano tatuada del demonio aferró su miembro y ya no hubo nada más interesante a lo que mirar. Él y ella.

Comenzó a moverla sobre el tronco duro y venoso, rabiando de necesidad. Imprimió más velocidad, como si le hiciera falta ponerla al límite de su dureza, pero los tres en esta historia estábamos convencidos de que eso no era posible. Iba a estallar de un momento a otro. Ángel se dejó caer hacia adelante y acorraló el cuerpo de la chica. Puso una mano contra la pared para que la distancia de su brazo impidiera que la empotrara contra los azulejos del baño, aunque era eso por lo que perdía el sentido. Abrió la boca y sacó la lengua. Casi se le disloca la mandíbula en el brusco gesto. Jovanka no era capaz de apartar la mirada de la polla, deseando arrodillarse para llevársela a la boca. O enroscarse en sus caderas y quedar expuesta a sus deseos.

«Sí, niña. Baja y hazle un favor a nuestro amigo. Ya que él no te lo ordena... lo haré yo».

«¡No! No lo hagas. Vete de aquí, tío. Esto no es asunto tuyo...».

Jovanka no reaccionó, aunque de pronto había dos voces en su cabeza y una

de ellas no la reconocía.

«Todo es asunto mío».

«No te metas en su mente. No te quiero en ella. No te necesito en ella».

«Pues títatela de una vez».

Ángel miró a Jovanka y ella consiguió escuchar solo la voz de mi díscolo demonio. Siguió masturbándose, reprimiendo sus impulsos de cogerla y escabullirse entre sus piernas para empotrarla contra la pared y rendirse a la evidencia. Jamás había deseado a ninguna mujer como a esa chica, ni a su propia esposa. Jadeó y gimió inclinando la cabeza hacia la de ella, relamiéndose los labios y tragándose el agua que le corría desde la cabeza. Le clavó la mirada y ella consiguió hacer lo mismo.

Volvió a mover la mano a una velocidad endiablada.

—Vete. Sal de aquí —le exigió a la chica. Pero Jovanka no se movió—. ¡Corre! —rugió y su voz retumbó en todo el edificio.

Los ojos de Ángel se volvieron rojo fuego, su rostro se desfiguró y los tatuajes danzaron como locos por su cuerpo. Jovanka, recobrando un mínimo de cordura, salió huyendo de la ducha, bebiéndose las lágrimas mezcladas con el sudor de su piel y las gotas de la ducha. En la vida había estado tan excitada y tan perdida, y eso que era casi su estado natural desde hacía unos años.

Lo de perdida. No lo de excitada.

Ángel maldijo por lo bajo, pero también respiró, aliviado. Miró hacia la puerta y supo que Jovanka ya había desaparecido de la habitación. Siguió masturbándose, con la imagen de la muchacha acorralada contra la pared de su baño, deseando llevarse la mano también a la entrepierna para hallar el consuelo y descargar del mismo modo la tensión que los tenía a los dos atenazados. A Ángel, por más que le pesara, le había excitado el miedo y la rendición de ella. Y sus ganas. Eso lo había vuelto loco. Pasó la mano por su verga, arriba y abajo, aferrándose a lo que sentía.

—¿Te vas a quedar ahí mirando? —me preguntó comenzando a temblar.

—Ya sabes que me encanta ver cómo te corres...

—Pues que lo disfrutes. —Ángel hizo crujir su mandíbula, gritó con desesperación y se derramó contra los azulejos mojados. Llamó a la chica en voz alta y luego, no sé cuánto tiempo más tarde, siguió haciéndolo casi en susurros—. Jovanka...

Mucho después de terminar de expulsar su simiente siguió meneándose la verga, sin conseguir que se le bajara la erección.

También seguía maldiciendo por lo bajo.

«Dicen por ahí que nadie conoce mejor la Biblia que el diablo».
Rick Yancey

Pasó una semana y Jovanka no dio señales de vida. Bueno, nosotros supimos de ella porque sabíamos en todo momento lo que hacía y lo que pensaba, pero porque nosotros éramos así de cotillas. Vale, solo yo. Ángel estaba genuinamente preocupado.

Jovanka, tras superar las emociones iniciales de pánico y angustia, había acabado yendo a la policía. Su querida amiga la había consolado, arropado y, al fin..., acompañado a poner la denuncia a la policía.

A Jovanka la enviaron a una casa de protección de testigos.

Y se interpuso una orden de busca y captura a nombre del tío de la chica.

Todo en orden, ya podríamos seguir con nuestras vidas.

Pero, claro, en eso solo pensaba yo.

Jovanka llevaba días viviendo en un pequeño piso en las afueras de Madrid. Habría sido bonito decir que tenía día y noche a una pareja de policías protegiéndola, pero no era cierto. Recortes presupuestarios lo habían llamado, pero en el fondo todo el mundo sabía lo que pasaba. A nadie le importaba mucho que una chica que se había dejado preñar de aquella manera estuviera vigilada. Había miles de mujeres maltratadas, niños desaparecidos y asesinatos sin resolver como para destinar personal en gente que por falta de luces dejaba que le pasaran esas cosas.

No lo pensaba yo, ojo.

Vale, sí, yo era quien más lo pensaba, pero me importa una mierda si era políticamente incorrecto. Yo inventé ese término.

Se pasó esa última semana deseando ir al encuentro de Ángel, pero no se atrevió a hacerlo. Por encima de todo sentía que debía protegerse de esa segunda voz que se había metido en su cabeza y cuyo cuerpo le era desconocido. O sea, *mua*. Pero a mí era mejor no conocerme demasiado. En eso había acertado.

Si no fuera porque las historias de los humanos al final acababan

aburriéndome podría haber encontrado interesante ese sufrimiento que se empeñaba en mantener la muchacha.

Se sentía sola.

En realidad, lo estaba. Le habían prohibido que tuviera cualquier tipo de contacto con cualquier persona de su vida mientras Olaf no apareciera. Eso incluía a sus amigas. A conocidos. A cualquier compañero de algún trabajo que hubiera tenido y, por supuesto, a su familia. También había pensado en su madre. Había querido llamarla en más ocasiones de las que le apetecía reconocer. Decirle que sentía por lo que había pasado y que no le guardaba rencor por lo que había dejado que ocurriera. O, al menos, no mucho.

Le habían conseguido un trabajo mediocre, la habían matriculado en clases nocturnas bajo un nombre falso para que pudiera volver a estudiar y hasta le habían hecho teñir el pelo. En ese momento llevaba gafas con un cristal sin graduación. Pero eso ya lo hacían muchos jóvenes para parecer más interesantes. A ella no le quedaban especialmente bien.

Se sentía sola, tenía miedo y estaba cansada. Eso, con los pocos años que tenía, era chungo de narices.

Y aburrido, aburrido, aburrido.

Después de vigilarla durante siete largos y penosos días, pasé.

Justo entonces ya no podía sacarse de la cabeza a Ángel, pero la situación era tan repetitiva que no me engancho. Una serie de las malas en las que tienen que alargar la temporada porque ya le han pagado los honorarios a los actores para diez capítulos cuando la cosa se podía haber resuelto en tres. Sus suspiros, sus gemidos y sus ganas de abrazarlo se me antojaban tan artificiales que desconecté. Después de todo, parecía un enamoramiento adolescente de una chica que nunca había tenido nada y que no sabía lo que era querer de todo.

En verdad, me confundía demasiado y había preferido alejarme, por miedo a que se me pegara algo de ese malestar, pero no lo iba a reconocer ni muerto. Y muerto... ya estaba.

Ángel también había pensado en ir a visitarla. Y quien decía había pensado quería decir que no había pensado en otra cosa. Estaba obsesionado. Le había dado por dormir porque pensar en ella siempre terminaba de la misma manera. Y pensó que si hablaba su subconsciente quizá entendería mejor ese sentimiento extraño que hacía siglos que no le asaltaba. No, no se trataba de puro deseo. Era...

Me daba asco pensarlo.

¿Se estaba enamorando de ella?

¿Se había enamorado de él?

El día que volví a escuchar la voz de Diego en Sex Club del Demonio me sacaron una sonrisa. ¡Por fin algo interesante!

Diego entró con un brazo en cabestrillo y un collarín que le impedía los movimientos ágiles que había tenido unas semanas antes. Un ojo no lo abría con facilidad y llevaba un par de implantes dentales para sustituir los dientes que había perdido. Unas cuantas cicatrices daban constancia de que se había abierto la carne y de que era difícil de matar.

Pero seguramente Ángel no lo había intentado en serio.

Me uní a la conversación cuando el demonio y su mano derecha se estaban bebiendo la segunda copa de la noche. El local aún no estaba abierto, pero no porque no fuera la hora. Sencillamente, el dueño no había dado la orden porque estaba enfrascado en la conversación y prefería no tener interrupciones.

—No me vengas con imbecilidades, Ángel —le espetó Diego cabreado, pero intentando calmarse. Tenía muy claro con quién se estaba midiendo y no pretendía faltarle al respecto... ¡Pero joder! ¡Que casi lo mata! Intentaba parecer que no le guardaba rencor. ¿Quién lo habría dicho?—. Querías que me la tirara. Y luego me destrozaste la cara.

—No es verdad. Lo que quería era quitármela de la cabeza —respondió sin más Ángel acabando un nuevo vaso de *whisky*—. Pensé que si te veía a ti...

¿Ángel confesando un pecado? ¿Ángel reconociendo su parte de culpa? Tenía que conseguir que ese demonio regresara a Infierno antes de que se convirtiera en cenizas.

—Pues habértela arrancado de cuajo, tío —le susurró entre dientes, replicando su segundo. Obviamente, se refería a la cabeza y no a otra parte del cuerpo, aunque habría sido interesante ver a Diego pidiéndole a Ángel que se arrancara la polla, por poner el ejemplo más sutil que me venía a la cabeza. Tenía los puños cerrados, conteniéndose para no decir una burrada, aunque sabía perfectamente que su jefe estaba metido en su cabeza y que no le podía ocultar nada. Casi tenía ganas de pedirle perdón de forma verbal por no ser capaz de controlar sus pensamientos—. A mí no me vuelvas a obligar a hacer algo para después dejarme casi muerto. ¡Ni de coña!

«Diego, esa boca...».

El otro se revolvió en su asiento, incómodo. Era consciente de casi haber matado a Diego. Sabía cómo se sentía y le permitía que pensara de él de esa

manera. Yo ya lo habría liquidado, pero ya he dicho que Ángel se estaba ablandando como una galleta mojada en leche. Los humanos hacían mucho daño cuando se convivía con ellos de tú a tú.

—Querías follártela, no me vengas con historias —contestó el demonio con odio. Mucho, mucho odio. Recordaba perfectamente a Jovanka tirada en la cama y a Diego encima, desabrochándose el pantalón para enterrarse entre sus piernas.

—Porque tú la deseabas. Sentí tu deseo. Lo metiste en mi puta cabeza. Antes de eso ni me había parado a mirarla. Antes de eso... hasta que tú... ¡Es una cría!

Ángel ardió por dentro. Había sido muchas cosas a lo largo de su vida, pero nunca se lo podría haber considerado un pederasta. La chica era joven, cierto, pero era mayor de edad y sabía lo que se hacía. O, al menos, había tratado de convencerse de ello. Lo jodido era que no lo había conseguido, ya que cada acto de Jovanka le demostraba que no tenía ni puta idea de lo que era la vida adulta que le habían arrebatado. O que no quería vivirla si era algo tan horrible como se imaginaba.

«Estabas tardando en aparecer».

«Es que vuestros pensamientos eran la mar de patéticos y me busqué humanos más interesantes. Tenía enfilada a una monja que se follaba a uno de los padres que daban catequesis en la parroquia que frecuentaban, cada vez que el cura estaba dando misa. Una historia la mar de entretenida. Pero esta conversación me resulta mucho más estimulante. ¿Qué me he perdido?».

«Sírvelo tú mismo».

—No podía permitir que le fueran a hacer más daño —reconoció al fin Ángel, a modo de media disculpa, hirviendo por dentro al recordar cómo había estado a punto de ser violada por su segundo... casi por orden suya. Si alguna vez fue humano había perdido toda esperanza de ser mínimamente decente en la tierra.

Le dio una palmada en la espalda, como si con eso se fuera a solucionar todo. Si Diego pretendía algo más explícito, iba listo. Solo se le iba la cortesía a la boca cuando estaba con la gitanilla de marras.

Diego se puso tenso al sentir las palmadas, pero no dijo ni «mu». Lo miró, terminando también su copa, y se quedaron un instante sosteniéndose la mirada. Habría estado bien que se dieran un abrazo o un beso en los morros para zanjar el asunto, pero ninguno hizo intento de acercamiento.

Putas mala suerte.

—Pues no se lo hagas tú.

Diego hizo una señal avisando de que se iba y le dio también una palmada a

Ángel en la espalda. No había olvidado que era un ser sobrenatural que podía acabar con su vida. Si no estaba muerto era porque el dueño del club no lo había querido. Y porque se había encargado, después, de sus cuidados. Por algún extraño motivo pensaba que debía darle las gracias a pesar de haber sido el responsable de ir directo al hospital.

Pero no a la tumba.

«Eso, no se lo hagas tú».

Y me reí en su cara desde Infierno.

Entonces fue cuando los dos la escuchamos gritar.

Y Ángel salió corriendo.

«La ilusión es el polvo que airea el diablo en los ojos de los tontos».

Minna Antrim

Hay cosas que se pueden predecir, otras que puedes desear y luego estaban las que nadie habría querido creer. Y Ángel no había prestado ni un instante a plantearse que Jovanka pudiera estar en peligro después de amenazar a su hermano y ponerse en manos de la policía. Había tratado de estar pendiente de ella, pero aceptando que no deseaba verle —ya que nunca materializaba eso de acercarse— y de esa forma ambos se habían mantenido alejados. Para ese entonces ya se había dado cuenta de que era una gilipollez y se sentía un completo imbécil. Bueno, en realidad lo que sentía era una rabia infinita por haber confiado en que Jovanka iba a estar más segura alejada de él.

La conversación con Diego lo había distraído y no se había dado cuenta de que la muchacha había encontrado los arrestos necesarios para ir a verlo. Yo había corrido el mismo tipo de suerte.

Me interesó saber qué había pasado por la cabeza de la chica para saltarse todos los protocolos de seguridad que le habían impuesto, pero estaba claro que no era el momento. La verdad era que la mente de Ángel resultó mucho más interesante entonces. Miedo, rabia, odio, recriminaciones para él y para ella... Era un batiburrillo de emociones invalidantes demasiado intensas como para que fuera a salir algo bueno de allí. Y, por bueno, me refería a algo que no fuera a acabar en sangre.

Pero por partes.

Ángel saltó del taburete donde estaba sentado y corrió como alma que lleva el diablo hacia la puerta del club. Apenas si le dio tiempo al portero de apartar la puerta para que pudiera seguir. Habría atravesado la madera y habría sido todo un espectáculo. Un par de vigilantes le preguntaron si necesitaba ayuda, pero él no respondió. Al menos uno de ellos se atrevió a seguirle, temeroso, pero decidido a no dejar solo al jefe, aunque antes de correr se había persignado un par de veces y había pedido refuerzos a sus

compañeros. Ninguno le hizo caso.

Normal. Cualquiera iba a quemarse.

Ángel giró un par de veces en busca de Jovanka. Sabía exactamente dónde se encontraba porque una vez tenía localizado el pensamiento de un humano era como si estuviera lanzando una señal de GPS y solo había que seguirla. Fue golpeando gente en su carrera por la acera hasta que llegó a una especie de portal cerrado que parecía ser un negocio que buscaba arrendatario, con unos grafitis encima de otros grafitis que tapaban una fachada que necesitaba un lavado de cara.

Jovanka estaba allí dentro.

Pero no estaba sola.

El vigilante se había quedado atrás, incapaz de seguirle el ritmo a su jefe. Eso de que la tercera edad estaba en desventaja era un cuento chino o él iba a resultar que estaba en baja forma. A partir del día siguiente, si sobrevivía, redoblaría sus esfuerzos por ponerse en forma en el gimnasio, porque era de locos que un anciano pudiera correr más rápido que él, en la flor de la vida. Para cuando dobló la última esquina ya Ángel había empujado la puerta y había arrancado las bisagras de la pared.

Sabía lo que se iba a encontrar en el interior. Y tenía unas enormes ganas de zanjar ese asunto de una vez por todas.

Lo primero que vio fue el cuerpo de Jovanka hecho un ovillo en el suelo. Debajo de ella, aunque no se veía, había un charco de sangre creciente que Ángel detectó por el olor. Su corazón latía y la chica estaba consciente, pero sentía un dolor horrible que desconcentró al demonio un segundo. Tan solo uno.

Al otro lado del zaguán escuchó la respiración agitada de un hombre. Tampoco lo vio, pero sabía perfectamente quién era y qué había hecho. Lo había sentido varias veces rondando por el club, pero nunca había tenido los cojones de entrar. Después de que le metiera la tarjeta de visita en la boca a su sobrino había que ser muy imbécil para entrar a buscarlo, pero los humanos ya se sabía cómo eran. De todos modos, no había ido a buscarlo a él, sino a ella. Estaba convencido de que Jovanka aparecería tarde o temprano y solo había que esperarla, ¿no? Y eso había hecho. Esperar por allí al igual que alguien había estado rondando el hotel. ¿El padre de la muchacha? No se había parado a mirar, aunque le había apetecido más de una vez bajar a reventarle la cara a alguien. En vez de eso, había pasado demasiadas horas en el club, paseando entre sus barras, follando como si fuera a ser ejecutado al día siguiente y

bebiendo como si el alcohol no le afectara.

Pero lo había hecho. Resaca nivel Dios. O nivel demonio. Mala de narices, vamos.

Olaf estaba de pie, mirando a Ángel entre enfurecido y asustado. Había encontrado por fin a su sobrina y las cosas se habían precipitado. La policía estaba poniéndoselo difícil tras la orden de busca y captura y no podía permitirse ciertos lujos. Andar a plena luz del día era una de ellos, así que salía por las noches. Y los lunes a esa hora había poca gente en la calle que pudiera reconocerlo, así que se había envalentonado al reconocer de pronto a Jovanka yendo en dirección hacia la casa del pecado.

Sex Club del Demonio tenía mala fama dentro y fuera de Madrid, pero todo el mundo se sentía atraído por lo que pasaba dentro de sus muros. Jovanka no era una excepción y, como una polilla hacia la luz, había dirigido sus pasos para encontrarse con mi demonio favorito y nadie se había dado cuenta..., salvo su tío. ¿Cómo se podía tener tan mala suerte? Mira que yo era de maldecir a las personas, pero a esta mujer la había mirado un tuerto, arañado un gato negro y se había rajado de arriba abajo con un enorme espejo. Sin contar las tonterías de la sal y lo de las escaleras, que eso no daba mala suerte ni pollas. ¡Si lo sabría yo!

Pues recapitulando... Jovanka se vio arrastrada hasta ese portal y su tío la había golpeado.

Y, en ese momento, sangraba.

No entiendo mucho de anatomía humana porque no soy el que tortura directamente. Me gusta ordenar a otros que sean los que hagan el trabajo sucio mientras yo disfruto del espectáculo, pero diría que eso de perder sangre por ahí abajo no era bueno para el ser que llevaba en su vientre.

Jovanka lloraba y gemía.

—Aparta de mi camino si no quieres...

—¿Si no quiero qué? —preguntó Ángel acercándose con paso lento hasta Olaf. En ese momento llegó su empleado con la pistola ya desenfundada. Sacó una linterna para iluminar la escena y se le pusieron los pelos de punta al ver la sangre en el suelo y a la chica retorciéndose en la suciedad—. Llama al médico de siempre —le ordenó el demonio sin girarse para comprobar quién era—. Que vaya directo al club. Y tú ve a esperarme allí.

—Pero, señor...

—¿Cuál de mis palabras no has entendido?

El portero cogió el teléfono e hizo una llamada sin apartar el haz de luz de

Olaf que miraba aterrorizado la pistola. Entonces Ángel se giró y sus ojos rojos hicieron que al tipo se le cayera la linterna al suelo y casi se meara en los pantalones. Se marchó corriendo mientras seguía con el teléfono en la oreja, solicitando la asistencia médica privada que tanto le gustaba a mi amigo.

—Y ahora que ya estamos solos...

Olaf pensó que quien golpeaba primero golpeaba dos veces, pero no se esperaba que Ángel no fuera a ser el típico ricachón con años de más al que un guantazo dejara medio tirado en el suelo. Cuando la cara del tipo ni se inmutó tras recibir el impacto, Olaf supo que debía haberlo pensado antes de actuar.

El demonio lo agarró por el cuello y lo empotró contra la pared. Sintió que comenzaba a asfixiarse, aunque lo estuviera sujetando solo con una mano. Olaf lo golpeó con las piernas y los brazos, pero fue como si estuviera pateando el tronco de un árbol milenario. O sea, sin afectarle nada. Jovanka levantó la cabeza detrás de ellos, pero Ángel no se enteró. Estaba la mar de concentrado en el miedo del tipo al que sujetaba contra la pared, decidiendo qué haría con él. Tenía unas cuantas ideas en mente, pero no conseguía decidirse por ninguna.

—¿Qué quieres de ella? —balbuceó casi sin aire—. ¿Follártela? Podemos arreglarlo...

Jovanka lloró amargamente detrás de ellos, pero ninguno le hizo caso. En semipenumbra, apenas si veía la espalda de Ángel y parte del rostro de su tío. El haz de luz de la linterna apuntaba a los pies de ambos y era la mejor vista que tenía. Sabía que era Ángel porque había reconocido su voz, pero le daba miedo llamarlo en tales circunstancias. Habría sentido miedo, pero lo único que había era un gran vacío en su interior. Los pies de su tío habían desaparecido en el aire y ella se podía imaginar por qué.

—Das asco, y mira que he conocido perturbados que lo daban...

Apretó más y Olaf gritó con el poco aire que le quedaba. De repente, la indecisión que había sentido un instante antes se tornó en determinación, y Olaf...

Olaf desapareció.

Hubo un fognazo, un nuevo y angustiante grito y de pronto solo había cenizas que lo volvieron todo negro. El suelo se cubrió de ellas como si acabaran de soltar un saco desde lo alto. Un saco grande, tamaño Olaf. Jovanka cerró los ojos. Era como si acabara de meterse bajo una nevada negra que no le permitiera ver lo que había a su alrededor, pero tenía claro lo que

había pasado. Ángel acababa de matar a su tío. Lo había reducido a polvo. Puso la mano en el suelo y las cenizas se deshicieron aún más y, donde se mezclaron con su sangre, quedaron pegadas de forma obscena y grotesca.

Toda ella se cubrió con las cenizas de su tío, como si de pronto estuviera en las faldas de un volcán en erupción.

Faltaba por llegar la lava.

Ángel seguía con la mano extendida, sujetando un cuello que ya no estaba. Era la primera vez que mataba a un humano con sus propias manos y le estaba costando descubrir si se sentía bien tras el asesinato o si por el contrario se iba a arrepentir de haberlo hecho. Pero era demasiado pronto para ello. Aún en el calor del momento, con la mano ardiendo tras provocar la energía necesaria para calcinar hasta ese punto a una persona, todo lo que había en su cabeza era odio.

También podía ser que fuera a odiarse a sí mismo por ello.

Tardó al menos un minuto en bajar la mano, cerrar el puño para quitarse las cenizas y luego sacudirse el traje de los restos ennegrecidos de Olaf. Cuando se giró para mirar a Jovanka, la chica estaba otra vez tumbada en el suelo, pero no dejaba de mirarlo. Lloraba en silencio.

Se miraron un instante.

Ángel se acercó a ella con paso un poco vacilante al principio, pero más decidido al final. Se le daba mal eso de intentar entender a las mujeres o a los humanos en general. ¿No estaba contenta por haberse librado al fin de la amenaza de su tío? ¿Le tenía más miedo a él que el que representaba Olaf? Tiró de las perneras para arrodillarse a su lado y el pantalón se empapó con su sangre. La advirtió débil e indefensa, como cuando la recogió en la calle tras atropellarla.

—Yo jamás te haría daño, Jo —le susurró queriendo acercar una mano a sus mejillas para secarle esas silenciosas lágrimas.

—Me lo hago yo misma cada vez que necesito volver a tu lado.

Ángel pasó las manos por debajo de su menudo cuerpo y la levantó. Jovanka se dejó hacer, apoyando la cabeza contra su pecho. Respiró su olor y todo se le llenó de él. De fuerza, de fuego, de ira. Olía a quemado, pero su traje estaba intacto.

No debía abrazarlo..., pero lo hizo. No debía sentirse reconfortada al lado de alguien como él..., pero lo hizo también. Le pasó las manos por el cuello y se acurrucó en ese hueco mientras el demonio la sacaba del lugar que sería la tumba de su tío.

No debía sentirse segura a su lado... Sin embargo, también lo hizo.

«Si nunca te has topado con el diablo es porque vas en la misma dirección que él».
Andrew Wommack

Algo se me había pasado. Algo importante, por descontado, porque de no ser así Jovanka no estaría medio muerta y Ángel no acabaría de matar de forma tan explosiva a un humano. Quizá había llegado el momento de meterme en la cabeza de la chica y entender qué demonios pasaba allí dentro. Probablemente, mi querido amigo tardaría poco en descubrir que estábamos un poco estrechos y que era porque yo no debería haberme instalado en ella, pero merecía la pena por descubrir de una vez por todas qué pasaba.

Y tenía que hacerlo entonces, ya que Ángel estaba concentrado en las mentes de los humanos con los que se cruzaba mientras llevaba en brazos a una chica ensangrentada. Lo que menos necesitaba era a una patrulla de agentes de la ley intentando arrebatarme el cuerpo de Jovanka sin su permiso. A todos les decía que ni se atrevieran siquiera a pensarlo. Y ellos, pobres humanos..., dejaban de pensar por si las moscas.

El plan era sencillo. Meterme en ella, dejar de pensar, solo estar.

Tenía claro que Ángel me acabaría encontrando tarde o temprano. Seguramente cuando se percatara de que había desaparecido. No se podía estar dentro de alguien pasando desapercibido para un ser del averno y al mismo tiempo mantener una conversación de coleguillas con él.

Pero valdría la pena.

Y allí que me fui, deseándome buena suerte y todas esas mariconadas.

¿Me quedarían bien los labios pintados de rojo? ¿Me daría tiempo a probarlos?

Me dolía todo, perdía el conocimiento de vez en cuando y había llegado a un punto en el que solo me importaba sobrevivir. O morir rápidamente sin sentir más dolor. El nudo de la garganta se me había deshecho, al menos, tras llorar durante todo el tiempo en el que estuve sola frente a mi tío, mientras me pateaba el abdomen. No le importó que estuviera embarazada y que el bebé

fuera suyo. Solo quería darme un escarmiento y que me quedara claro de una vez por todas que con él no se jugaba. Él mandaba. Y no iba a permitir que me escapara nunca más. Así me lo había repetido con cada uno de los golpes, mientras comenzaba a sangrar. La verdad era que no me había dado cuenta de que lo hacía hasta que no puse las manos en el suelo y noté el líquido viscoso pegarse a mis dedos. Me horroricé y lo odié como nunca. Me dije que era lo mejor. Una parte de mí trató de aferrarse a la idea de que un sangrado no implicaba necesariamente un aborto, pero dolía demasiado como para negarme la realidad. Era demasiado pronto para que se hubiera movido y me indicara que todo estaba bien. Apenas dos meses... Pero ya no estaba. No podía explicarlo, pero imagino que una madre sabe esas cosas, aunque fuera la primera vez que estuviera encinta.

Olaf me había arrebatado el único motivo por el que me aferraba a la vida. Ya se podía escapar toda la sangre entre las piernas que no lucharía más. Ni la familia, ni mi amiga, ni mi carrera... Nada importaba. ¿Él? Él... quizá justo antes de la paliza sí. Antes de que mi tío me arrastrara a aquel local olvidado de la mano de Dios y me metiera la mano entre las piernas, preguntándome que quién más me había estado tocando ahí abajo. En ese momento, de verdad, sí que pensé en Ángel. Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá pudiera tener al menos ese recuerdo, esa experiencia. Ojalá fuera algo que me pudiera llevar conmigo al más allá, si es que existía. Pero solo estaba él. Mi tío, el mayor hijo de puta que me podía haber encontrado. Y que me había asegurado que acabaría conmigo después de follarme como nunca me había follado. Y, quizá, después de muerta... seguiría haciéndolo. Al final, mi agujero iba a estar caliente un rato y era más fácil meterme también la polla en la boca si no corría ningún riesgo a acabar siendo mordido por la hija de puta de su sobrina.

Volví a perder el sentido, pero de eso solo me daba cuenta cuando despertaba, porque Ángel me llamaba con voz exigente y apremiante. Zarandeaba mi cuerpo y acababa abriendo los ojos muy a pesar mío. ¿Por qué se empeñaba en hacerme regresar de entre los muertos? Si casi lo estaba. Solo tenía que dejarme ir y a nadie le pesaría. Quizá Aryma me lloraría un par de días, pero después me olvidaría como el resto del mundo. Como mis padres. Como... como...

¿Tenía a alguien más?

No.

Volví a quedarme en negro y dejé de sentir. De vez en cuando veía manchas rojas que eran como pequeñas explosiones a mi alrededor. Ni sabía lo que

eran ni me importaba. Era incapaz de abrir los ojos. Si Ángel estaba llamándome no me enteré. No supe qué fue de mí. Si estaba ya muerta...

Pesadillas. Miles de ellas. Todas juntas.

¿Se soñaba cuando se moría? ¿Aquello era estar en el infierno? ¿Lograría salir de ese bucle infinito en el que Olaf me pedía una y otra vez que le diera las gracias por follarme y luego mi padre me decía que él no tenía ninguna hija?

Y otra vez oscuridad.

Si Ángel hubiera querido... me habría salvado.

Pero los hombres como él no hacían esas cosas.

¿Eso era otra pesadilla? ¿Esperar a que ese ser decidiera aparecer en mi vida un par de días antes de mi caída en desgracia? No, un par de años antes. Antes... de que me tocara Olaf. ¿Por qué lo elegía a él como mi paladín? Con todos los hombres que se habían cruzado en mi camino..., ¿por qué tenía que ser él?

Si él... no era humano.

Y otra vez una negrura infinita.

«Habría que sacarte de ahí como a un parásito, pero no sé si le haría daño a ella».

Por fin Ángel se había dado cuenta de que estaba desaparecido y me había buscado en el único sitio donde no lo había hecho hasta la fecha, que vete a saber cuál era. En ella. Y, por suerte, mi intuitivo amigo había olfateado mi olor o degustado mi sabor en el cerebro de Jovanka, porque allí se había aparecido conmigo, estrechando aún más el espacio que teníamos para revolvernó. ¿Felices los cuatro? Nos faltaba alguien más...

«Me harías un favor. Pasa demasiado tiempo inconsciente como para que resulte divertido. A veces he llegado a creer que de verdad estaba muerta y me la había bajado a Infierno. Es un alma atormentada. Tiene más demonios en su cabeza de los que a mí me quedan en el averno.»

«No tenías derecho».

«¡Venga ya! Si no le he hecho nada. Ella me lo ha hecho a mí. Me ha hecho sentir... cosas».

«Eso te lo has hecho tú mismo al zambullirte en ella».

«Yo me habría escurrido por otros agujeros. Me habría resultado mucho más excitante».

«No habrías sido capaz».

«¿Quieres comprobarlo? No me tientes, demonio de pacotilla. Podría poseer a cualquiera para que se la follara. Personarme yo mismo y partirla en dos. O, como más me gusta, hacerlo sin cuerpo. Que me sintiera sin verme, en plan fantasma separándole las piernas. Obligarla a dejarme hacer. Creo que hicieron una peli sobre eso. ¿Es lo que quieres?».

Estaba claro que me había pasado de la raya. No sabía cuánto llevaba escondido en la mente de Jovanka, pero podían ser desde horas hasta años. El tiempo, en ese tipo de casos, perdía toda importancia. Jovanka podía haber envejecido en coma, Ángel podía haber creado un imperio de clubes

repartidos por todo el planeta e Infierno podía haberse convertido en un parque de recreo infantil para los niños a los que no les gustaba el frío y sus padres no sabían mantener a raya.

Tomé una mala decisión en su momento, lo tenía claro. Pero ya era tarde para arrepentirse. Además, yo no era de los que hacían esas cosas.

«Sal por las buenas o tendré que obligarte».

«¿Tú? No me hagas reír...».

«Te has debilitado ahí dentro. Estás desorientado».

«Creí que pensaría más. Pero solo ha tenido pesadillas o ha estado en el limbo, esperando a ver qué ocurría con su cuerpo».

«Lo sé, lo he visto».

«¿También cuando te ha recriminado por no haberla salvado?».

Ángel tardó en responder.

«También».

Pobrecito, mi demonio abatido.

«¿Y qué piensas hacer ahora que ha sobrevivido? ¿Volver atrás? ¿Vas a cumplir sus deseos y rescatarla antes de que todo la destrozara?».

Lo bueno de tantear a los demonios era que tenían una divertida manera de valorar el bien y el mal, sus consecuencias y demás cosas de humanos. Ángel podría ser un caballero andante en el presente, pero no era de los que se sacrificaban por nadie para cambiar las cosas. Los dos lo sabíamos.

No contestó.

«¿Cuánto tiempo lleva inconsciente?».

El demonio no respondió tampoco.

Hice que Jovanka abriera los ojos antes de abandonar su mente. Una vez descubierto el pastel, ¿para qué me iba a quedar allí muriéndome de aburrimiento? La chica lo miró a los ojos. Ángel estaba un poco demacrado. Quizá había descuidado la barba y el corte de pelo y el nudo de la corbata no era lo que se podía decir perfecto, pero seguía siendo básicamente... él.

Sin embargo, ella lo encontró irresistible.

Humanos.

«Tres meses».

«Mierda».

«Somos nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro propio infierno».
Oscar Wilde

Pues resulta que Jovanka llevaba tres meses sedada. No en un coma por la pérdida de sangre, un golpe recibido o un quirófano que hubiera salido mal, sino por uno inducido por el médico que la había atendido. Uno a sueldo, ese de confianza de Ángel. ¿Por qué? ¿Porque lo necesitaba?

No. Por lo que me dejó entender el demonio... porque no quería que Jovanka se enfrentara a la realidad y prefería mantenerla así, recuperándose sin sentir ni padecer. ¿Normal? No. Los humanos eran multiresistentes para las desgracias, ya lo he dicho. Necesitaban padecer sufrimientos inimaginables para ser capaces luego de apreciar las cosas buenas de la vida. Si no, no había nada que hacer. Se acostumbraban a lo bueno, se deprimían y se suicidaban teniendo millones en el banco y un *jet* privado en el hangar de un aeropuerto. Se les iba la mano con las drogas, con el alcohol, con el sexo... ¡Mira, como a nosotros! La diferencia estaba en que ellos... ¡la palmaban!

Jovanka necesitaba asumir su pérdida. Después de todo, había estado embarazada, aunque no lo hubiera buscado y había abortado sin haber decidido si quería tenerlo o no. No se le había permitido elegir, y eso... Oye, pues eso podía ser también bueno, porque la chica estaba sumida en un mar de dudas y quizá se habría dado cuenta de que no quería ser madre entrando en paritorio.

Tampoco era normal que Ángel hubiera demostrado tal interés en el bienestar de una mujer que no iba a aportarle si no quebraderos de cabeza, pero ya en eso no iba a meterme y más después de haber permanecido yo también en «coma» por culpa de su obsesión por proteger a Jovanka a toda costa. ¡Me había perdido un par de meses de maldades! No era justo.

«Deja de quejarte. Te metiste en este embrollo tú solo. Fue una gozada estar este tiempo sin escucharte criticar cada uno de mis movimientos».

Le hice una mueca y él me la devolvió. Era buena cosa estar otra vez en contacto con alguien que no fuera la aburrida de Jovanka. Se había pasado la

mitad de su coma sintonizando en su mente una canción de Sergio Dalma llamada *Ave Lucía*, una especie de oda a las mujeres que decidían, sin haberlo buscado, seguir adelante con su embarazo. Hacía lustros que no escuchaba esa canción en ninguna parte. Me pregunté cómo podía ser que Jovanka la conociera y después pensé en internet. Y, claro..., internet lo cargaba el diablo. De contenido extraño y muchas veces... inapropiado.

¡Viva el contenido inapropiado en la era de internet! Mi trabajo me había costado, ciertamente.

El médico había insistido en despertarla mucho antes, pero el otro lo había mirado tan mal que no se había atrevido a hacer nada más. Cualquiera arriesgaba el pellejo por una desconocida; aunque, a su entender, estuviera cometiendo mala praxis. Si la chica acababa muerta, lesionada o cualquier otra de las posibilidades que el médico habría enumerado mientras no teníamos ni voz ni voto en esta historia..., ¿qué más daba? La cosa estaba clara. Una muerte segura en un lado de la balanza y una inhabilitación o la cárcel si llegaba a pasar... y a saberse, claro. Y, por supuesto, con Ángel todo el mundo siempre se decanta por la vida.

Poco importó que le advirtiera de los riesgos de la inmovilidad, de los problemas que podía acarrear algo que no era necesario. Broncoaspiración, neumonías, úlceras por decúbito... Ángel no dio su brazo a torcer. Quería a la chica recuperada cuando abriera los ojos. Llegó a pensar que, si no tenía dolor, si podía llevar una vida normal y si dejaba atrás todo lo que tenía que ver con su pasado... la mantenía a salvo. Como si también pudiera borrarle la memoria.

¿Para qué?

Porque no podía verla otra vez llorar.

Le había partido el corazón —que no tenía— verla destrozada, sangrando, perdida... Llorando sin emitir sonido. Temiéndole a él. Había visto cómo reducía a cenizas a su tío. Aunque se lo mereciera una y mil veces, lo había matado delante de ella. Él. Se había descuidado y lo iba a pagar caro. Por eso nunca, jamás, había que dejar que las emociones se adueñaran de los actos de uno, por más omnipotente que se fuera.

¡Joder! A la porra con esas memeces. Había pasado demasiado tiempo metido en la mente de una humana. No había que tenerme demasiado en cuenta cuando tenía innumerables sentimientos que no eran míos metidos en mi precioso cráneo.

No había conseguido fortalecerse, ni él ni ella. Solo habían dejado pasar el

tiempo en una pantomima inútil que había tensado aún más la situación.

«Está a punto de despertar».

«Soy consciente de ello».

«¿Y qué piensas hacer?».

Ángel llevaba una camisa blanca, sin corbata ni chaqueta, desabotonada hasta mitad del pecho. Había apartado todos los tatuajes de esa zona, aunque no de los brazos. Las mangas las había doblado hasta la altura de los codos. Había pensado en quitarse los anillos de piedras negras, pero al final no lo había hecho. El pantalón que llevaba era de uno de sus trajes, pero completamente negro y se había arrugado allí donde doblaban las piernas. Debía llevar horas en la misma postura.

Estaba sentado en una butaca, inclinado hacia adelante, al lado de la cama donde reposaba el cuerpo de Jovanka. Su cama. La enorme cama de la *suite* presidencial de uno de los hoteles más caros de la ciudad. Estaba pálida y delgada, aunque se habían asegurado de hacer que comiera por sonda y le habían ido haciendo controles analíticos como si estuviera en un hospital a cargo de los mejores especialistas. Por allí había pasado un ginecólogo, un traumatólogo y un endocrino, por citar algunos. Todos habían salido de allí con el demonio metido en el cuerpo. O sea, con un miedo de cojones, pero nadie se había atrevido a contradecir la voluntad del señor Infern. ¿Él no quería mover a su «invitada» de aquel lugar que consideraba seguro? Pues allá él. Si fuera familiar de cualquiera de ellos ya la habrían hecho pasar por varias pruebas de imagen que no se podían realizar allí. Como mucho, Ángel había conseguido que hicieran trasladar un aparato de ecografía y otro de esos de rayos X portátil hasta la habitación. ¡Y yo me perdí la cara de espanto del personal de recepción cuando vieron que lo subían por el ascensor! ¡Si la habitación no estaba preparada para contener las radiaciones!

Pudieron avisar a los huéspedes cercanos para que abandonaran las estancias por precaución. Algunos liquidaron la cuenta y se marcharon, echando pestes de la calidad del servicio y de las incomodidades de la estancia.

Menos mal que no era uno de esos hoteles que tuvieran problemas con los comentarios de TripAdvisor. Se las traía al paio, vamos.

Pues eso, que Ángel estaba sentado con las piernas separadas, los codos apoyados en las rodillas y las puntas de los dedos unidas bajo su mentón. Seguía llevando la barba perfecta y ni un pelo fuera de su sitio, pero se le notaba sensiblemente alterado.

Todo por una mujer.

El amor era una mierda, y más cuando lo padecía un demonio por una humana.

«Abrazarla hasta que deje de tenerme miedo...».

Y lo creí capaz.

—Ya es tarde para obligarte a regresar a Infierno, ¿verdad?

—Nunca tuviste la posibilidad de conseguirlo, viejo amigo. Subí aquí buscándola a ella.

—¿Y por qué no la localizarte antes?

—Porque no sabía que existía.

¡Cómo habían cambiado las cosas! De aquel «libre de temores, libre ya de amores» a estar allí, con el corazón en la boca, esperando la acción de Jovanka. Sí, los humanos tenían versos para todo.

Jovanka gimió. Le habían retirado la sedación hacía unas horas, que fue cuando yo conseguí escapar también de mi coma. Consejo de amigo, no hay que poseer nunca el cuerpo de una chica a la que van a meterle drogas sin tino. No sale a cuenta. No puedes hacerle eso de girarle la cabeza, que vomite un contenido verde que sería imposible que le cupiera entero en el estómago o que le cambie la voz a la mía cuando apareciera el cura de turno para realizar el obligatorio e inútil exorcismo. Yo nunca abandonaba un cuerpo si no me daba la gana. Pero un cuerpo debilitado por eso de las ataduras y la inanición... no resultaba divertido. Era como solían poner a los poseídos. Y, para qué negarlo..., no me gustaban nada los crucifijos. Pero porque había padecido con el hijo de Dios su agonía, expectante, sin entrometerme, porque mi querido y adorable padre me prohibió arrasar con todo. Que uno también tiene su corazoncito... y Jesús era familia mía. Extraña, cierto. De carne y hueso, con un padre paloma que lo complicaba todo y una madre virgen que no se creía nadie. ¿Mis sobrinos habrían nacido de huevos en unapestoso nido lleno de cacas de esas que se comen la pintura de la carrocería de los coches?

Cualquiera sabía...

Pero eso..., sí, era mi hermano.

Odiaba las cruces por ello.

Las habría quemado todas. Sin excepción. La cruz de San Andrés se libraba por motivos más que obvios.

Jovanka volvió a quejarse y abrió lentamente los ojos. Dejó la mirada fija en el techo, reconociendo el lugar donde volvía a estar. No se inmutó, no dijo nada. Fue como si nada de lo que había vivido hubiera existido, aunque tenía muy presente todo. La muerte de su tío o al menos su desaparición. Su aborto

o, de igual modo que antes, la certeza de que había sagrado tanto y le había dolido de tal manera que era muy poco probable que siguiera gestando un bebé en su vientre. La naturaleza maligna del tipo que debía estar a su lado. Sabía que había alguien. Estaba allí. Ángel Infern.

No quería girar la cabeza. Todo era demasiado... demasiado de todo.

—Si me miras otra vez a los ojos... verás que arden. Es cierto, arden —le confirmó él que no tenía manera de desmentir el hecho de que su naturaleza era maligna. Tampoco quería mentirle o engañarse a sí mismo. Lo había visto con los ojos en llamas—. Arden... por ti.

Jovanka se estremeció por entero y apretó los ojos con tanta fuerza que el demonio pensó que se haría daño. ¡Qué mal tenían que haber ido las cosas por allí! Ángel puso una mano en la colcha que cubría el cuerpo de la muchacha, lo suficientemente alejada de ella como para que no se sintiera amenazada. Presionó el colchón deseando que fuera su piel lo que estuviera tocando.

Y esperó.

Tenía todo el tiempo del mundo.

«Mataría a todos los que se atrevieron a hacerte daño. Insultaría a todos los que me pidieras que perdonara la vida, como poco. Desaparecería de tu vida si es lo que necesitas. Y no habría fuerza humana o sobrehumana que consiguiera arrancarme de tu lado si me tiendes tu mano. Mis ojos van a seguir llameando por ti... vaya a donde vaya. Me consumiré eternamente. No tengo nada que perder... ni tan siquiera el tiempo. Y a arder... ya estoy acostumbrado».

En mi opinión, era un discurso demasiado largo para soltar, así de pronto, en la mente de la chica. Yo lo habría cortado cuando dijo lo de la mano. Creo que causaba mejor impacto, más final de película romántica en la que ellos dos por fin se besan con pasión, hacen el amor lentamente con una música moña de fondo y luces de velas por todas partes, pero Ángel tenía su forma de hacer las cosas. Mal, pero su forma.

El demonio abrió la palma de la mano y luego la cerró en el mismo punto del colchón.

Jovanka, sencillamente, abrió los ojos anegados en lágrimas y, con una agilidad inaudita para una mujer que acababa de pasar tantos meses en coma, saltó hacia Ángel, abalanzándose contra su pecho. Él la atrajo hacia su cuerpo, poniéndola sobre su regazo y la acunó aspirando el aroma de su piel. Ese que debían compartir por el mismo producto de baño..., pero que impregnado en ella lo llevaba al paraíso.

El paraíso en la tierra.

¿Quién lo habría apostado?

—Estoy rota por dentro...

—Pues vamos a fundirte. No te imaginas el bien que puede hacer el calor para recomponer pedazos.

«Nunca escuchamos la versión de la historia del diablo, porque solo Dios escribió el libro».
Anatole France

Jovanka podría haberse dicho a sí misma que, de lo peor, había elegido lo menos malo. Después de todo, perder la cabeza por un demonio había sido la más alocada de sus decisiones. Discrepo, pero los humanos son así. Lo que pasaba era que no pensaba ni quería oír que hubiera elegido mal. De pronto, haber conocido a Ángel era lo mejor que le podía haber ocurrido y habría gritado a los cuatro vientos que se sentía la mujer más afortunada de la galaxia, pero era de ese tipo de chicas que habían aprendido a reprimir.

Y reprimía de puta madre.

Por fortuna o por desgracia, Ángel sabía perfectamente lo que le pasaba por la cabeza a la chica y dudaba entre decírselo abiertamente o esperar a que todo lo que había en esa olla a presión se estabilizara, dejara salir el vapor por la válvula o hiciera saltar la tapa y quemara a cualquiera que se encontrara cerca. Eso de quemar... le gustaba. Para qué nos íbamos a engañar.

Ella le pidió tiempo de una manera un tanto extraña. Le dijo que necesitaba verlo como era y él, de primeras, no supo a qué se refería.

—¿Quieres verme cuernos, rabo, alas y garras? —le preguntó desconcertado. Creía haber seguido muy de cerca los pensamientos y necesidades de la chica, pero ese se le había escapado. ¿Estaba aprendiendo a ocultarle cosas, a guardarlas en cajas de imposible acceso? ¿De esas reforzadas con varios metros de grosor de un material extraterrestre que no conociéramos?

Jovanka sonrió. Le agradó saber que Ángel podía tener su punto cómico. Se lo había demostrado en los últimos dos días, en los que pasó revisiones médicas, nuevas pruebas y siguió recibiendo los cuidados de la enfermera y la fisioterapeuta que había contratado desde el principio el caballero don Diablo. Él apenas se había separado de su lado, había amenazado de una forma bastante inquietante a todo el que se le acercó e intentó que la relación

entre ellos fuera... ¿normal? ¿Podía ser eso posible?

Los baños de espuma la ayudaban a desconectar, las comidas la hacían sentirse fortalecida y, dormir con él, enredada entre sus brazos y piernas, la transportaban al infierno que nunca creyó querer para ella.

Porque Ángel no la había tocado... de la manera que ella necesitaba.

Y lo necesitaba mucho.

Eso, en mi Infierno, se consideraba tortura, pero parecía que ambos lo estaban disfrutando. ¿Por qué? Ni zorra idea. Paso de quebrarme la cabeza con teorías.

—¿Tienes cuernos? —le preguntó mirándolo de reojo con un gesto pícaro.

—¿No te interesa más mi rabo?

Los dos rieron y puse los ojos en blanco.

—Me refería a... a que... ¡Dios! ¿Este eres tú? ¿Eres de verdad así? Necesito... que seas tú mismo. Dudo que todo esto sea real. Antes ibas al club, aquí no dormías... Eras más rudo, más tosco y me imagino que tenías otros planes para...

—¿Lo nuestro?

—Nuestro es una palabra tan...

—No, no suena bien, desde luego.

Ángel sabía que Jovanka había bloqueado la mayor parte de las cosas que le hacían daño, una especie de proceso de negación que él mismo había fomentado con su forma de tratar la crisis de la muerte de su tío —o más bien asesinato— y la aplastante realidad de su aborto. Había esperado que llorara, pero no lo había hecho. Había esperado que quisiera ir a ver a sus padres o a Aryma nuevamente, pero no había dicho nada. Sin embargo, en lo que se centraba era en él, en esa extraña relación que se había tejido entre ambos. ¿Tóxica? Iba a tener que ir a una librería a comprarles un libro sobre el asunto. Seguro que la lectura les resultaba apasionante.

Eran las nueve de la noche, habían cenado tranquilamente en el restaurante del hotel y habían compartido una botella de vino. A Ángel le estaba pareciendo buena idea eso de permitir que Jovanka se recuperara del todo antes de dar un paso, fuera cual fuera. Eso de ejercer de perfecto caballero no iba con él, pero se estaba esforzando de forma significativa. Yo prefería la procrastinación o el pecado de la pereza, pero cada cual con sus vicios.

—Ciertamente..., tenía otros planes —le reconoció dejando la servilleta sobre la mesa tras acabar el postre, reconociéndose a sí mismo que en verdad lo que le habría apetecido era comerse otra cosa—. Pero eso ya lo sabes.

—¿Y ahora? —preguntó coqueta, como si necesitara jugar con él para obtener toda su atención. Como si estuviera fingiendo que no sabía que lo tenía en el bote. Y él a ella. ¡Vivan los novios! Me faltaba el arroz que se comieran luego las palomas.

—Pues... estoy improvisando. No me hagas mucho caso en ese aspecto. He llevado una vida un tanto... cuadrículada desde hace algún tiempo.

—¿Y vamos a improvisar juntos?

—Te encantan las etiquetas, ¿no?

«Me encantas tú».

Claro, ella se ruborizó, él la leyó, ella supo que lo había hecho y allí se terminó la conversación. Fue algo así como sentir que se habían dicho demasiado sin decir absolutamente nada, y para ambos, a esa velocidad y en sus circunstancias, era excesivo. ¡Un demonio pensando en excesos como algo negativo! Dios mío, ¡ya estoy preparado para regresar a tu paraíso! No me queda nada más por ver por estos lares.

—Tengo que pasarme por el piso tutelado a buscar mis cosas —le confesó Jovanka agachando la cabeza. Llevaba tiempo queriendo sacar el tema o esperando que fuera él quien se diera por aludido. Pero no lo hizo. Por más que dijera que quería ponerle las cosas fáciles... a veces no seguía sus propios planes—. Devolver las llaves, decir que estoy bien...

—No pienso dejar que te acerques a cualquier sitio en el que puedas correr peligro, ¿me entiendes? Nada de policía, nada de Servicios Sociales, nada de...

—¿Familia?

—Si la quieres llamar así...

Bueno, en algún momento iban a tener que hablar del tema, así que ambos se miraron a los ojos para tratar de escrutar sus pensamientos. Jovanka tenía la batalla perdida en ese aspecto, básicamente porque no tenía poderes sobrenaturales y mi demonio... sí. Pero no por ello iba a dejar de intentarlo. Después de todo, era casi tan terca como un demonio.

—No tenía ninguna intención de pasarme a ver a nadie de mi familia. Mi hermano dudo que vaya a arriesgarse después de cómo lo trataste...

—¿Me estás reprochando mi comportamiento, señorita Dalca?

—Mira que te gusta que te regale el oído...

—Y eso quiere decir que...

—Que no, que no te reprocho nada. Te estoy muy agradecida por haber conseguido que dejara de seguirme y...

Volvieron a sostenerse la mirada. Tocaba tratar el tema conflictivo y podía salir la cosa muy mal. Gentilmente, Ángel salió de su cabeza para dejar que ella organizara sus pensamientos y decidiera cómo dejarlos libres a través de su boca. Yo no soy tan caballero y no pensaba apartarme de ese lugar calentito en el que se había convertido la mente de Jovanka. Un lugar ardiente, necesitado de experiencias excitantes, de lascivia, de pasión...

Se me ponía dura con solo pensarlo.

Ángel se pellizcó el labio inferior con dos dedos de la mano derecha, esperando. Un camarero los observaba desde unos metros preguntándose si debía acercarse a retirar los platos o esperaba a ser llamado. Con el señor Infern no se podía estar seguro nunca de nada.

—Y, aunque no lo haya dicho hasta ahora, sé que debo darte las gracias por lo de mi... mi... —le estaba costando la vida—. Mi tío. —Ya estaba dicho—. Yo nunca pensé que pudiera desearle mal a nadie...

—Y no lo hiciste.

—Sí, sí que lo hice. No me quites mi parte de culpa. Pasó. Quise que parara. Quise que desapareciera. Quise que... que muriera.

—Pero no me lo pediste. Podía haberlo asustado, como hice con tu hermano. Podía haberle dado un escarmiento, haberle roto las piernas, haberlo castrado... —Por ir enumerando. La lista se podía hacer un poco larga y ella no tenía todo el tiempo del que disponíamos nosotros.

—Las cosas siempre pueden salir de forma completamente diferente a como uno lo imagina.

—No para mí...

—Sí, para ti también —lo corrigió ella, muy valiente por su parte—. Ya te ha pasado.

—Será el magnetismo de la tierra. O el carbono. O...

—¿Los sentimientos? —soltó pícara.

—Casi podría asegurarte que de eso no tengo —negó el otro soltándose el labio.

—Y yo podría rebatirte esa afirmación, pero creo que no te gustaría.

Se cuadró muy seria en la silla, dudando entre extender la mano para que él se la tomara o hacerse la dura y mirar hacia otro lado, como si la cosa no fuera con ella.

—Y eso lo has sabido sin leerme la mente.

—Las mujeres tenemos nuestras estrategias...

Flirteo en toda regla. La frase esa de «iros a un hotel» habría quedado

magnífica..., pero ya estaban en uno y no hacían absolutamente nada. Así que me ahorré el comentario y seguí escuchando con suma atención.

—Si lo que necesitas es darme las gracias por hacer desaparecer a tu tío —comenzó evitando utilizar la palabra «matar» que quedaba un poco fuerte para los humanos—, no tienes que hacerlo. Apliqué su castigo con sumo placer. Es a lo que me tienen acostumbrado. —Luego hizo una pausa para mirar al camarero y asentir cuando éste le hizo un gesto preguntando si lo que quería era la cuenta. Todo el mundo prefería guardar las distancias si era posible—. Si lo que estás intentando es justificar el hecho de que te sientes culpable por lo ocurrido y racionalizarlo de alguna manera, pierdes el tiempo. No habrías logrado detener mis impulsos, aunque hubieras estado entre nosotros. Probablemente habrías corrido la misma suerte que él.

Era una confesión dura, pero bastante acertada. Cuando un demonio se proponía acabar con la vida de alguien, poco se podía hacer, salvo que yo ordenara lo contrario, claro. Aunque, alguna vez —muy pocas— se había dado el caso. Pero no habían quedado testigos para contar esas batallas.

—No lo habrías hecho.

—Eso no lo sabes...

—Lo sé —replicó apuntándose a terca.

—Apuestas demasiado por algo que desconoces.

Y los dos sabíamos que Jovanka no había ido a una sala de juegos en la vida y que, por descontado, los faroles se le daban de puta pena.

—Te conozco a ti...

—No, a mí me intuyes, te crees lo que te muestro, te dejas convencer de lo que imaginas o quieres creer que soy. —Y así se pintaba de mal un demonio que sabía que la otra persona nunca lo vería con malos ojos. Si hubiera creído que podía llegar a despertar asco quizá no se lo hubiera planteado.

—Pues déjate de historias y dime qué demonios eres.

—Malo...

—No, ni de broma. —Y negó con fuerza con la cabeza—. Alguien malo no me habría salvado tantas veces.

—Incluso los seres malos tenemos nuestras debilidades.

—¿Soy una puñetera debilidad?

—La peor de todas —le reconoció, para que las cosas fueran quedando claras. No era un maldito caballero andante, no era del tipo de ser que se enamoraba ni que dejaba todo atrás por una mujer. No era, sino lo que yo quería que fuera. Y era lo más opuesto a eso que se pudiera llegar a imaginar.

—Eso no me deja a mí ahora en buen lugar...

—No, te deja en la mejor posición de todas.

—Pues no me imagino en cuál...

Pero Ángel no respondió y ella, por más que le preguntó en su cabeza una y otra vez esperando a que él le dijera algo..., no volvió a abrir la boca al respecto.

La mejor posición de todas. En la que era capaz de cargarse a un demonio. Porque estaba consiguiendo que dejara de serlo.

«Dios nos ama, pero el diablo es el que toma interés».
Jennifer Donnelly

—Volverá, como la primera vez. Déjala que vuelva, ella conoce solita el camino conmigo —le canté con mi melodiosa voz, haciéndola retumbar en el interior de su coche. Uno nuevo, por cierto, de un horroroso color amarillo. ¿En qué pensaban los demonios que bajaban a la tierra? ¡Qué color más horroroso! Seguro que daba mala suerte—. Biplaza, sin pensar en futuros hijos... ¡Irresponsable!

Me burlé a carcajadas de Ángel y cruzó los brazos sobre el pecho. Sí, el reguetón también lo había inventado yo. ¿Qué pasa? Y los embarazos no deseados. Y lo de que a las mujeres se les partiera una uña justo cuando iban de invitadas a una boda en la que odiaban a la novia, pero le sonreían cada vez que abría la boca.

Al final había accedido a dejar que Jovanka pasara por el piso en el que había vivido una semana. Le costaba negarle cosas, esa era la realidad, pero no quería reconocérselo y lo disfrazaba con miles de subterfugios tan válidos que hasta a mí podría haberme despistado si no llego a estar atento a la jugada. Entendía que Jovanka necesitaba ir cerrando etapas para abrir nuevas. Comprendía que lo de dejar atrás la familia, después huir como quien dice de su amiga y por último de la protección de un servicio de policía que poco la había protegido —porque no había seguido las indicaciones indicadas, básicamente, y valga la redundancia— no era fácil. Pero nada lo era en el mundo de los humanos. Se complicaban demasiado.

—¿No te conoces ninguna mejor?

—Sí, tengo una que mola. *Felices los cuatro*, de Maluma. ¿Quieres que te cante un par de estrofas?

—Me la sé —replicó el demonio mirando por la ventanilla de su deportivo—. Te puedes ahorrar lo de ilustrarme con ella.

—Malvado —lo reprendí poniendo voz melosa—. Con lo que me gusta esa historia. ¿No me permitirías ser feliz... con tu chica?

Sé que la pregunta tenía muy mala hostia, pero no me esperaba que se picara con tanta facilidad. La verdad, no esperaba ningún tipo de reacción por su parte ya que eso hacía el juego más interesante para mí y lo ponía en desventaja a él. ¿Desde cuándo tenía miedo Ángel de que yo pudiera...?

—Ni se te ocurra intentarlo.

—Mira, tendría una excusa para cambiar de aires. ¿No decías que me vendría genial eso de salir de Infierno?

—Serás el primer diablo muerto de la historia de la humanidad si te atreves siquiera a planteártelo —me amenazó.

Y llevo mal las amenazas. Quizá por falta de costumbre. Quizá porque nunca había habido otro Satán.

—No te extralimites, Ángel. No me hagas tener que recordarte de lo que soy capaz.

—No me hagas tú a mí tener que hacer lo mismo.

Nos miramos. Sé que el concepto es complicado porque yo no me encuentro nunca en ese mismo plano en el que viven los humanos, pero trataré de explicarme. Podíamos vernos mentalmente. Él, si se empeñaba, podía encontrarme en Infierno y verme aquí, sentado en mi trono, disfrutando de mi recién adquirido espacio, como un terrateniente que era dueño de..., sí, de todo. Y, yo, bueno... Podía verlo a él en cualquier circunstancia, ya que lo tenía localizado como si lo siguiera con un GPS de los buenos, de los militares esos caros. De los que usaban para las misiones que requerían precisión quirúrgica. Además, podía verlo como si estuviera frente a él o dentro de él. Encima o debajo. Daba igual, como las cámaras nuevas de los coches que lo rodeaban para ayudar a las mujeres a aparcar sin arañarlo contra todas las columnas de los centros comerciales. Sí, siempre haciendo amistades entre las féminas. Seguro que les caigo de puta madre. O esas otras cámaras que te metían por el culo para verte los intestinos. También podía haber hecho el ejemplo con la que se usaba para meter por la boca..., pero me mola más pensar en meter cosas por el culo. Obsceno, sí. Pero sin sobresaltos. Lo que se llama un obsceno de libro, de manual, de los que no cambian de rumbo.

Y allí me planté.

Y lo miré.

Y me miró.

Nos desafiamos como nunca antes lo habíamos hecho. ¿Merecía la pena por una chica? ¿Una insignificante mortal?

Por supuesto.

En nuestra larga y aburrida vida contemplativa, lo que más nos hacía disfrutar eran las disputas. Y ya he dicho que Ángel había sido un luchador nato en vida y lo había seguido siendo en demonio. No pasaba nada por tentar un poco a la suerte y ver qué salía de allí. ¿Qué era lo peor que nos podía pasar? ¿Que tuviera que matarlo al final? Bueno, ya se me había escapado de Infierno. En el mundo de los humanos de poco me servía...

No nos tuvimos que decir nada más.

Jovanka entró en el coche interrumpiendo la conexión que habíamos creado. Ángel dejó de mirarme para centrarse en la muchacha que había bajado a la carrera del piso. No llevaba nada en las manos, pero era de esperar. Después de tanto tiempo sin aparecer por allí alguien habría recogido sus cosas y habría dado su habitación a otra alguien. Más agradecida que la pequeña Jovanka, la cual había huido o se había dejado atrapar o vete a saber lo que había pasado. Tampoco era que entre sus pertenencias hubiera demasiadas cosas que apreciara mucho. Lo poco que había podido meter en sus bolsas cuando su padre la echó de casa y un par de prendas que se había quedado de las que le había comprado el demonio. Si quería recuperarlo tendría que acudir a los Servicios Sociales o a la policía, y no estaba por la labor de hacer ni una cosa ni la otra.

Se había cansado de estar pendiente de todo y de todos. Por una vez... ¿era libre?

—Nadie se va a atrever a acercarse a ti, te lo prometo —le aseguró Ángel comprendiendo de pronto su angustia—. Aunque tenga que convertir en polvo a todas las personas que lo intenten, te mantendré alejada de ellos. Tu padre, tu hermano, tu prometido...

Jovanka trataba de acostumbrarse a esa capacidad de Ángel para leerla sin más, pero por más que ejerciera su embrujo le seguía resultando inquietante. Era lo que pasaba cuando tenías frente a ti a seres sobrenaturales. Tenías claro que lo más sensato era salir corriendo..., pero a la vez te atrapaban para que no pudieras o quisieras hacerlo. Y Jovanka estaba perdida con Ángel. Ni siquiera tenía que esforzarse. Su magnetismo era demasiado fuerte y los dos lo sabían. Aunque estuviera preparándola para un sacrificio humano donde el mayor atractivo lo pusieran unos cuchillos muy afilados y la piel oscura de ella, la muchacha sería incapaz de escapar de él. Pondría el cuello a su disposición y solo pediría que fuera lo más indoloro posible.

O quizá no. Que le iba el masoquismo. No había más que verla.

Bueno, tal vez no lo fuera tanto y volviera a sorprenderme.

—No quiero que muera nadie más...

No quedó claro si era una orden o una petición, pero en vez de perder el tiempo en descubrir cuál de ellos resultaba ser la correcta... pasé. Procrastinar. Mi deporte rey.

—Hecho.

¿Cómo que hecho? ¿No más muertes? Se refería a solo no más muertes que tuvieran que ver con la gente relacionada con Jovanka, ¿verdad? No se refería a cualquier otro humano que no supiera que existía ni le tuviera una rabia infinita a la chica, vaya usted a saber el motivo.

—Por cierto, aquel tipo al que...

Ángel no tuvo que leerla para saber que le estaba preguntando por Diego.

—Sigue vivo, si eso es lo que te angustia.

Arrancó el coche y sin usar los espejos retrovisores puso el vehículo en la calle. Tenía ganas de alejarse de todo. Sentido arácnido o sensores tipo Batmóvil conectados a su cerebro para no chocar con nadie. Jovanka lo pensó, pero luego recordó lo de sus poderes sobrenaturales y dejó de interesarse por el tema.

—¿Y sano?

El demonio tuvo ganas de responder que sano nunca había estado. Al menos en lo que a salud mental se refería, ya que alguien que se codeara tan estrechamente con él por propia voluntad, sabiendo a lo que se arriesgaba, con la esperanza de ganarse a esos «amigos en el infierno», no daba muy buenas sensaciones. Pero luego se acordó de que a Jovanka podía pasarle exactamente lo mismo y prefirió apartar ese pensamiento. Le resultaba más cómodo no plantearse las cosas con ella. Le daba miedo hacerlo. En la vida le había asustado algo y de pronto le aterrorizaba perder a la chica. Complejo.

Llegaron al hotel y dejaron el coche como de costumbre. Ángel apenas miró a los trabajadores a la cara mientras caminaba, con paso firme, hacia el ascensor. Solo hizo la consabida señal para avisar de que esperaba el servicio de habitaciones inmediatamente a su disposición. Sin embargo, Jovanka entró con paso trémulo, más que consciente de cómo la miraban o de lo que pensaban de ella. O lo que se atrevían a pensar, porque Ángel los tenía a todos vigilados. Apartaban la vista nada más verla, como si fuera pecado contemplarla. Era algo así parecido a un juguete nuevo del tipo peligroso... que aún no había destrozado en una rabieta. Todavía no se había roto, aunque se sintiera así por dentro a veces. ¿Hasta cuándo duraría?

Ángel dejó de escuchar sus pensamientos porque lo encolerizaban más de lo esperado. Pero ya, con él, no se sabía qué esperar. Quizá me había precipitado al dejar de estudiar la historia de la monja con el catequista. Prometía mucho más que aquello.

Subieron en el ascensor en silencio. Ella, con las manos entrelazadas delante del abdomen, y él, con su acostumbrada pose de manos en los bolsillos del pantalón. Cuando llegaron a la habitación, Ángel estaba dispuesto a ponerse a golpear cosas por lo furioso que se había puesto. Por mí, por ella, por todos. Y, sobre todo, por él. Había cosas a las que uno no podía acostumbrarse después de tantos años. Sin seguir su rutina habitual, se dejó caer a plomo sobre el sofá del salón. Solo se desabrochó el botón de la chaqueta para poder sentirse un poco más cómodo.

Cerró los ojos.

Se puso a escuchar música en su cabeza, como si lo que pretendiera fuera no pensar en nada o que yo no lo escuchara pensar. Buena estrategia. Elevar el volumen y dejarme fuera, como en las películas con micrófonos ocultos en las habitaciones de los espías. Por suerte, me hizo el favor de «ponerme» la maldita canción de Maluma.

«No se te vaya a ocurrir intentarlo».

Me reí de buena gana, levantándome de mi trono de piedra y huesos. Todo llameaba a mi alrededor... y me encantaba. ¿Se encendería de igual manera Jovanka? Ángel gruñó ante mi pensamiento. Me lo ponía demasiado fácil.

De pronto, el pequeño cuerpo de la muchacha se le subió encima y se colocó a horcajadas sobre el demonio. Ángel se tensó antes de abrir los ojos para mirarla. Su verga también reaccionó al instante y ella pudo sentir su apremiante reacción. Iba a clavarle los ojos y a meterse en su cabeza para entender qué demonios hacía la humana cuando Jovanka se apoderó de sus labios y buscó su respuesta, con toda la torpeza del mundo. Eso lo excitó aún más. Dejó de plantearse las cosas. Sus manos acudieron a las caderas de ella y luego a las nalgas y se las aferró con fuerza. Ella le correspondió tratando de hacer su beso más intenso. Aprendía por segundos. Probablemente fuera el primero que daba ella de propia voluntad. Elegido sin tener muy claro si era correcto o no hacerlo. El demonio le pasó una mano por la nuca y la atrajo para hacerla suya, poseyendo su boca con una lengua ávida de su sabor. Mal rayo les partiera a los dos, me estaban poniendo cachondo a mí también.

—¿Qué haces? —le preguntó él, cuando sintió sus manos bajar por su pecho hacia su abdomen, en busca del botón del pantalón de su traje. ¡Vaya pregunta,

hombre! ¿Había que explicárselo? Y la inexperta era ella—. Podría matarte...

Jovanka no se esperaba ser rechazada. Llevaba tiempo pensando que lo único que deseaba el señor Infern era su cuerpo, por lo que decidió que, ya que ella también llameaba por dentro, no había nada de malo en entregarlo por una vez por propia voluntad. O por una voluntad alterada quizá por el deseo y la determinación de él. También había llegado a pensar, en alguna ocasión, que si Ángel obtenía de ella lo que quería quizá perdería el interés y la dejaría marchar sin más. No estaba segura de querer eso, pero a lo mejor había que tensar de una puñetera vez la cuerda para que terminara de romperse. Si él después de follarla no quería saber nada más de ella... ya luego se vería.

Mejor llevarse el batacazo pronto para poder levantarse y seguir su camino a hacerlo cuando no fuera capaz de levantarse. O sea, de anciana. Una larga y rara vida hasta la senectud conviviendo con un ser sin saber muy bien cuál de los dos iba a ser el que pusiera el punto y final a la relación. O sea, como cualquier relación de humanos. Se apagó la chispa, diría él, cuando ella tuviera ochenta años y le crujiera la cadera cada vez que intentara montarlo a horcajadas de esa misma manera. No tenían maldito futuro..., pero lo de jugar a las casitas siempre había sido un apasionante juego de niños. Y los niños de lo que iban sobrados era de esperanza y ganas.

—Ya he estado muerta muchos años —le susurró contra sus labios, sacando la lengua para acariciarlos con ella—. Por favor, hazme sentir que se puede estar viva también. Hagamos de este infierno nuestro paraíso.

Ángel volvió a gruñir y la apretó aún más contra su cuerpo. Su polla, embravecida, agradeció los movimientos de ella, la cual había perdido el control de su cuerpo, buscando ese placer que jamás había sentido con otra persona. Se movía adelante y atrás con un ritmo que lo ponía enfermo. Pero por lo de la fiebre y demás, no porque le produjera arcadas. A mí también me había subido la temperatura. Sus pechos se apretaron contra la tela que cubría el torso de él y se le ocurrió que debía empezar a quitarse ropa. Mientras las poderosas garras de Ángel acompañaban los movimientos de la diminuta Jovanka ella aprovechó para sacarse la camiseta por encima de los hombros y dejar expuesto el suyo. El demonio quiso devorarla.

Pero no pudo ser.

Ángel se levantó, apartándola con rudeza. Jovanka cayó a un lado del sofá y quedó aturdida. Apenas si fue capaz de mirarlo antes de que él, sin explicación maldita, saliera del salón a grandes zancadas. Al llegar al dormitorio arrojó de cualquier manera la chaqueta y de un portazo se encerró

en el enorme cuarto de baño. Hizo saltar los gemelos de los puños, se subió la camisa hasta los codos y de igual manera arrojó la corbata y desabrochó los primeros botones, liberando el cuello.

Apoyó los brazos sobre la encimera de mármol y proyectó su imagen en el espejo. Se vio alterado, descompuesto, sudoroso. Excitado.

Pero algo más.

Creí que rompería el espejo, pero se contuvo. Pensó que Jovanka se asustaría si escuchaba el sonido al romperse. ¿En serio? ¿A eso habíamos llegado?

—¿Por qué se enamoran los humanos? —me preguntó de pronto sin dejarse de mirar en el espejo. Se analizaba buscando en sus rasgos lo que había cambiado. ¿O eso lo hacía yo?

—Porque son estúpidos —respondí resuelto. Me quedé con todos sus malditos surcos en la frente.

—¿Y por qué lo he hecho yo?

Silencio en el baño.

Por fin lo reconocía.

—Porque eres más humano de lo que nadie había creído posible.

«La consciencia callada es un invento del demonio».
Albert Schweitzer

—Últimamente, Ángel, no tienes demasiada cabeza para los negocios, por lo que veo —le comentó Diego, leyendo los libros de cuentas del club. Tenía muy claro que tampoco podía echarle la bronca al dueño del local por no estar haciendo las cosas bien en su ausencia. Por suerte, ya estaba de vuelta. O eso iba a intentar—. Me va a costar poner todo esto en orden, pero para eso me pagas, ¿no? Porque me sigues pagando...

El demonio había huido de su habitación de hotel al poco de echarse agua por la cara, después de meterse directamente en la ducha con ropa y todo y no conseguir que se le calmaran los ánimos. Por supuesto, eso era lo que ayudaba a los humanos y él había probado el mismo método, por si las moscas. Pero no, con demonios no colaba. Seguía teniendo el rabo duro a punto de estallar y temía perder el control con Jovanka.

No podía permitírselo.

Maldito estúpido.

Al llegar al club se encontró con Diego sentado en la barra. Era el primer día que se presentaba después de aquella última y única conversación que habían tenido, antes de que convirtiera a Olaf en cenizas y bla-bla. Que no tengo que repetir toda la historia, seguro. Ángel se había ido interesando puntualmente por su estado de salud y había mandado también a su médico particular a cuidarlo a su domicilio hasta su completa recuperación. Por suerte, no había perdido el ojo y solo le quedaban unas cicatrices bastante disimuladas en el rostro. Se lo había tomado con calma para incorporarse al trabajo. Es más, ese día solo se había presentado por allí como si fuera un cliente más, pero al ver el libro de contabilidad se le había crispado el ánimo. ¿Los camareros no cobraban desde que se había marchado?

Necesitaba salir de casa, echar un buen polvo, beberse todo el alcohol que le permitiera el estómago. Ese tipo de cosas que echaba en falta. Pero los números lo ponían más cachondo. En verdad, lo que lo ponía verraco era

ganar pasta y de esa forma parecía que lo que hacían era perderla. ¿Y los proveedores?

—Para eso te tengo a ti, ¿no? Y sobre lo de cobrar...

A Diego no le gustaba que se jugara con el dinero, al menos con el suyo, pero no podía dar un puñetazo en la mesa e imponer su voluntad por sus santos cojones, ya que a él no lo había beatificado nadie.

—Lo de cobrar es importante para los humanos, Ángel. No todos nacemos con el culo de oro como tú y los de tu especie. Que parece que cagáis dinero. A nosotros nos hace falta un ingreso a final de mes para pagar hipotecas. No vivimos en hoteles de lujo ni nada por el estilo.

A Ángel le habría gustado decirle que si no lo hacía era porque se gastaba todo el dinero que ganaba en juego, en drogas, en putas y demás vicios, aunque en el local también sacaba bastante tajada y se llevaba un buen pellizco en especias. Pero como le alegraba tenerlo de vuelta no abrió la boca.

—¿Y piensas obtener un aumento de sueldo intentando dar lástima en vez de hacer prevalecer tu valía?

—Mi valía ha quedado demostrada con creces cuando no me mataste, pedazo de cabrón —le soltó sabiendo que Ángel no estaba de buen humor, pero que tampoco él estaba como para tirar cohetes. Que ninguno de los dos había olvidado lo que había pasado entre ellos—. Y, si eres capaz de hacerme sentir que deseo a una chica, también debieras hacer que me inquietara menos mi nómina al final de mes.

Sí, probablemente todo se reducía a eso. Ángel era el que sentía la enorme atracción irracional por Jovanka y el resto nos estábamos dejando obsesionar por ello al tener contacto directo con sus pensamientos. Era como si fuéramos permeables a sus emociones y, lo que sintiera él..., lo sintiéramos todos. Así que la petición de Diego no resultaba del todo descabellada. De igual modo, yo estaba preparando ya mis pequeñas vacaciones al mundo terrenal. En nada veríamos qué sentía yo cuando tuviera delante a Jovanka.

—Aumento de sueldo concedido, aunque eres un atroz negociante. ¿Algo más o me dejas seguir con mi pésimo mal humor antes de que intente golpearte de nuevo?

Ángel se revolvió en el taburete y miró a la primera camarera que pasó por delante de él. Supo que, como el resto de su equipo, se abriría de piernas para él y decidió que las normas autoimpuestas —y las demás... también— estaban para romperse. Así que la miró con la suficiente fijeza como para que entendiera que le había tocado el turno.

—¿Esa? —preguntó su segundo cerrando el libro de cuentas y siguiéndole la mirada al jefe.

—Siempre tienes que quejarte por algo, ¿cierto?

—Es que las tienes más monas...

Y en eso estaba de acuerdo con él, pero también había que recordar que se había enamorado de Jovanka.

—Solo quiero follar. Puedo taparle la cabeza con una bolsa de papel, como decís vosotros.

«Y olvidarme de todo».

«Pues ahí vas a ir mal...».

Pero la chica tampoco era fea como para hacerle ese desprecio.

—Pues, puestos a follar, elige a una más..., no sé...

—Ya, con las tetas más grandes —comentó Ángel haciendo el gesto de ir a tocarse unas tetas postizas—. Estás obsesionado.

—Si yo pudiera elegir...

—Pero no puedes y eso te jode horrores.

Pues sí, lo cierto era que le jodía bastante ser siempre el segundo de aquel club. El segundo en elegir cualquier cosa, el segundo en opinar..., pero la vida estaba hecha para que hubiera de todo. Y él..., pues era un segundo.

Ángel volvió a pensar y se me fundieron los plomos otra vez.

—Venga, ¿a cuál te quieres tirar? Elige primero.

—No, tío. Deja de hacer cosas por mí. Que cada vez que lo haces... pasa algo. Ya si eso me busco yo la vida. Pero súbeme el puto sueldo y ponme a un guardaespaldas por si vuelve a darte alguno de tus arrebatos.

—Como si cualquiera de ellos pudiera hacer que no te matara si de verdad llego a querer hacerlo...

—Si me pierdes a mí..., ¿quién va a aguantarte?

El demonio se quedó callado, planteándose si debía sentirse ofendido o no. Pero acabó decidiendo que no era necesario. Después de todo, le debía..., ¿una disculpa?

«¡No, hombre, no! Ponme a mí de guardaespaldas de ese capullo y, ya si eso, decido si lo defiendo de ti o lo fulmino por mi cuenta».

—Vale. Nos vemos. Que te cunda.

El otro no le respondió. Siguió con su copazo mirando al frente, alegrándose de poder hacerlo con dos ojos en vez de con un parche en uno. Esas cosas eran de agradecer. Ángel, por su parte, se levantó del taburete, pidió la botella de lo que estaba bebiendo y, agarrándola del cuello, siguió a la camarera que estaba sirviendo a unos clientes que la miraban como si

estuviera en venta. Como la miraba el demonio, vaya. Pero él sí que le pagaba. O lo había hecho hasta que todo se torció en ese puñetero club. Si su personal no lo había abandonado era, sin duda, por miedo.

Y porque sabían que volverían a cobrar en cuanto la cosa se calmara, claro. No por lo que estaba a punto de suceder, por supuesto, pero daba igual. El dinero llenaba sus bolsillos y eso era lo importante.

La chica sintió la presencia del jefe a su espalda y al girar casi tira la botella que llevaba en la bandeja. Era pelirroja, ciertamente guapa, aunque no más que Jovanka. Ese pensamiento era de Ángel, no mío. A mí, el hecho de que fuera hermosa o no me parecía irrelevante. Lo que me gustaba era que fuera viciosa, perversa, dispuesta a experimentar... En realidad, lo que me gustaba de una humana no me quedaba nada claro. Hacía demasiado tiempo que me había alejado de los mortales y podía ser que de repente lo que me gustara de cada una de ellas fuera la forma en la que tuviera depilado el pubis.

Soy franco. Entiendo que con mi postura no postule demasiada gente..., pero me importaba una mierda.

Ángel estuvo a punto de preguntarle si le apetecía pasar un rato sexualmente intenso con él, pero llamándose capullo integral la miró fijamente y ella entendió a la primera lo que quería. No tuvo que decirle nada. Le costó a él más decidir si quería intimidad o no que a ella sucumbir a la tentación. Con un demonio nunca sabías si te apetecía o no realmente. Y daba igual... porque lo ibas a hacer de todos modos.

La muchacha lo siguió, podía decirse que hechizada, pero como a nadie le importaba tampoco pasaba nada. Ángel caminó por encima del cristal que dejaba ver la piscina del piso inferior, pasó por delante del escenario donde actuaba su joven cantante y esquivó a las parejas que se restregaban en la pista de baile. Al llegar a la cortina de luces estuvo a punto de elegir lo de la intimidad, más que nada por la chica, pero volvió a llamarse gilipollas. La habría tomado allí mismo, al lado de los clientes en la zona del bar si no llega a ser porque estaba convencido de que había que mantener unas mínimas normas para que aquel club siguiera siendo un referente en Madrid... o en el resto de lo que los humanos conocían por mundo. Si él se saltaba la norma, ¿quién la respetaría?

«Cualquiera con dos dedos de frente y ganas de conservar el cuello intacto».

Y es que solo se podía follar más allá de la línea de luces. Así se mantenía el orden en el club. Y eso era sagrado, como lo de los mandamientos para mi padre.

Ángel se paró frente a una atestada cama balinesa. Su camarera hizo lo mismo, un par de pasos atrás. Esperó. El jefe también lo hizo, mientras observaba a la jauría que se frotaba, empujaba, penetraba y babeaba en la zona que había elegido. Se quitó la chaqueta y se arrancó la corbata de un tirón. ¿Estaba esperando a que le hicieran hueco, como se habían abierto las aguas para que Moisés pasara a través del mar rojo? De todos los que estaban en la cama, solo algunas chicas se dieron cuenta de que estaba allí, abriéndose la camisa para dejar al aire sus pectorales y abdominales repletos de tatuajes. Las miró con suficiencia, sabiendo que por poco que le apeteciera se las follaría a todas. Y ellas lo desearon con locura, se encendieron como nunca y se corrieron casi a la vez, mientras eran otros quienes embestían contra sus agujeros abiertos.

Y pedían más...

La camarera le puso una mano en el hombro. Él se la agarró con tanta rapidez que pareció que tuviera miedo de que se le escapara. O de que le tocaran allí donde se escondían pertinentemente sus alas. Tiró de ella mientras se bajaba la cremallera de la bragueta y se la montó sobre las caderas, haciendo que a la pobre le diera vueltas la cabeza, pensando que se iba a estrellar contra el suelo. Estaba aún con la pequeña falda puesta, pero eso no iba a impedir que el demonio disfrutara de su entrepierna como deseaba. Un momento después, la ropa interior de la camarera yacía rasgada en el suelo y él se enterraba en su coño húmedo y caliente. Gimió y se corrió un instante después; excitada como estaba poco le había hecho falta para explotar entre las garras del infierno. Y él, que había pensado que sería liberador follar por follar, sintió la desilusión de no verse pleno y satisfecho al tenerla rendida y a su merced. Las otras chicas lo miraron, los tíos lo odiaron y envidiaron a partes iguales, asegurándose a sí mismos que cuando llegaran a su edad la tendrían igual de dura y poderosa que él. Ilusos.

Lo del mismo dinero en la cuenta del banco quedaba un poco a merced de lo que creyera cada uno que podía poseer el carcamal de los tatuajes extraños.

La manejó a su antojo, subiéndola y bajándola sobre su verga, tratando de satisfacer su necesidad. Pero esa estaba en otra parte y él lo sabía, muy a su pesar. Una chica se acercó a ellos y metió la cabeza bajo el culo de la camarera, lamiendo la polla de Ángel cada vez que salía de su interior. Jugueteara con sus huevos cuando el ritmo resultaba tan brutal que era imposible que le siguiera el ritmo. Otra mujer se puso de pie sobre la cama a su lado, atrajo su cabeza para meterle la lengua en la boca y compartir saliva,

pensando en que quería ser la siguiente en ser montada. Su pareja, también bajo el influjo de la atracción que desprendía, se colocó detrás de él para frotarse contra sus nalgas. Pensó si sería muy atrevido penetrarlo directamente sin presentarse ni nada. Después de todo, era un señor mayor. Bien cuidado y todo eso, pero podría ser su padre.

«Como tardes en hacerlo sí que te vas a enterar de lo que es un tipo mayor follando...».

Sí, así se las gastaba el demonio. O se la metías tú por el culo o te lo reventaba a ti. A la camarera le separó las nalgas para dejar su agujero expuesto a un cuarto tipo que se había acercado. Entendiendo el ofrecimiento, colocó el capullo y empujó con fuerza, abriéndose paso dentro de ella. La chica arqueó la espalda y soltó un alarido, mezcla de sorpresa y placer. Y dolor, seguramente también eso, que ser penetrada de esa manera a veces escocía un poco. Se dejó recostar contra el pecho del desconocido a la vez que la mujer que besaba a Ángel también se la follaba uno por detrás. Le jadeó en la boca, chocando los dientes contra los suyos con cada embestida.

Entonces el que tenía detrás reunió el valor y dobló las rodillas, acomodándose para intentar follarse al demonio. Ángel separó las piernas y lo instó a darse prisa. Estaba impaciente por desconectar, desahogarse, romperse y unir los pedazos y comenzar con nuevas fuerzas. Y eso solo se lo permitía el sexo desenfrenado como aquel.

Sintió la polla entrar con fuerza y apretó la mandíbula, dejando que el placer lo llenara. Eso no lo podría esperar de Jovanka. Había cosas que no se le podían pedir a una mujer como ella. La lujuria no formaba parte de su naturaleza, aunque se le hubiera lanzado a los brazos, desesperada por entender lo que pasaría si él la aceptaba.

¿Pero cómo podía volver a pensar en ella en medio de una orgía?

«Porque eres gilipollas, amigo».

Pero se lo dije delante de él, en carne y hueso, convertido en el humano más deseable que cualquiera pudiera imaginar. Me acababa de dejar caer por aquella cama, en bolas, ocioso y rejuvenecido como nunca. Bueno, quizá no tanto, que mis buenos treinta años aparentaba. Moreno, mucho, como si acabara de salir de mi sesión semanal de rayos UVA. Tupé en lo alto de la cabeza, como les gustaba peinarse ahora a los jóvenes. Había dudado entre dejarme o no esa barba tupida que tanto gustaba, pero al final no me había convencido y había preferido un rasurado muy apurado, de esos en los que se notaba la calidad de la piel con solo mirar el cuadrado y varonil mentón.

Sí, si fuera posible, me follaría a mí mismo, porque estaba bueno de cojones.

Si me empeñaba, podría follarme también. Que a sobrenatural y raro no me ganaba nadie. Ni mi padre. Él, después de su mala racha de maldades en el Antiguo Testamento, se había vuelto un blandengue.

Ángel me miró y dejó de follarse a la camarera en el acto. Había cosas que te llevaban a perder el ritmo y esa era una de ellas. Ya una chica estaba yendo en busca de mi polla y se la llevaba a la boca justo antes de que el demonio me mirara directamente a los ojos. Atractivo natural que tenía uno.

—Hola, viejo amigo. Ya te dije que no te convenía tentar al diablo...

«El diablo no tiene miedo de sentarse en un altar».

Austin O'Malley

—No sé si debo darte un puñetazo o invitarte a una copa —me dijo Ángel abriendo la puerta de su despacho y dándome paso. Entendía que no quisiera darme la espalda. Yo tampoco lo haría.

—Siempre puedes sugerirme que me «vaya al infierno» —bromeé mostrando la mejor de mis sonrisas. Una Profiden, de las que deslumbraban a las tías.

Me había quedado a mitad de una buena mamada. La verdad era que no me molestaba demasiado. Tenía más ganas de estrecharle la mano a un viejo amigo que sentir los labios de una mujer rodearme la verga y deslizarlos arriba y abajo. Arriba y abajo. Arriba... Vale, sí que tenía ganas. Pero había cosas más importantes.

—Fui el que te alentó a salir de Infierno —dijo como lamentándose de ello, pero sin hacerlo—. Sería patético mandarte otra vez allí. Pero... ¿y Nueva York? Hay mucho sitio y creo que sería genial para tu nivel de maldad y obscenidad.

—¿Comparando niveles? —Me reí—. Nunca has querido quedarte atrás, Ángel.

—Ni lo he pretendido ni lo pretendo. Ahora solo buscamos cosas diferentes.

Negué con inquietante lentitud.

—No, buscamos lo mismo.

—¿El qué?

—A Jovanka...

Ángel rompió el vaso que tenía en la mano izquierda, en el que ya había vertido hielo y *whisky*. Una alfombra para la tintorería. La sangre goteó desde las heridas al suelo, empapando el tejido junto con el licor.

—Vamos a tratar de llevarnos bien, ¿de acuerdo? —me pidió intentando tranquilizarse—. Yo te he estropeado la mamada y tú a mí... la orgía. A

Jovanka déjala a un lado.

—No me quites la diversión nada más empezar...

—No hagas que aparezcan mis ganas de matarte.

Pero ya habían aparecido. Muchas. Demasiadas.

—Recuerda a quién le debes pleitesía.

—A nadie —replicó, cabreado nivel averno. Y eso era mucho nivel—. En Infierno mandabas tú. Aquí nos regimos por la ley los hombres... y estamos por encima de ellas. Tú y yo. Aquí no hay escalas.

—Te equivocas, muchachito. —Y quedaba muy raro que yo, con aspecto de treinta, le dijera eso a un tipo que aparentaba casi el doble. Pero en realidad yo tenía muchos más siglos. Era tan viejo como el mundo. O más—. Estés donde estés, eres mi siervo. No te confundas. Puedo hacerte agachar la cabeza cuando quiera.

—Quizá tengas que arrancármela para conseguirlo.

Incliné la mía, a modo de saludo cordial.

—Sea.

Pero, aunque allí había ido con un propósito, acortar drásticamente la vida —o lo que fuera— de Ángel no entraba dentro mis planes a muy corto plazo. Pasaría. Probablemente, muy a nuestro pesar, iba a suceder. Pero ya se vería el momento y modo llegado el caso.

—¿Y qué? ¿Me vas a invitar a tu hotel o voy a tener que buscarme la vida? —pregunté con bastante buen talante, dejando a un lado nuestros pleitos.

—Vas a tener que buscarte algo. No sé si precisamente la vida.

Estábamos en sintonía.

—Me quieres tan lejos de ti como sea posible.

Y no era una pregunta.

—¿Qué tal la Antártida? —sugirió, el muy capullo—. Por lo del cambio de temperatura y eso.

—La piel de foca como complemento me hace gordo.

—A ti y a cualquiera.

—¿Tregua? —le pedí con la mejor de mis sonrisas. Vale, cualquiera era la mejor. Solo tenía que mover los labios.

—Si no te acercas a ella...

Un poco hasta los cojones me estaba poniendo el demonio de las narices.

—Hagamos una cosa. Consigue que esté desesperada por tus huesos, por tus cuernos, por tus alas, por tu cola... y ya luego me olvido de ella.

—Ya lo está, muy a mi pesar.

Y, cómo no, parecía realmente abatido por un hecho que cualquier otro ser vivo habría encontrado la mar de revitalizante.

—No, lo que está es bajo tu irresistible embrujo —le corregí—. ¿Pero qué pasaría si no dependiera de ello?

Sí, las cosas siempre se podían poner más interesantes si podías manejar las reglas.

—¿Qué sugieres?

Y lo preguntó más con miedo que con curiosidad. Con el diablo era peligroso hacer tratos.

—Pongamos que... no sé. Pues que dejara de estar intensamente atraída por tu magnetismo sobrenatural.

—¿Para caer en el tuyo? Ya, espera que me lo pienso —soltó preparando otras dos copas y ofreciéndome una—. ¿Sabes? No lo veo. Yo no puedo competir con la edad que te has puesto, ni esos dientes perfectos o ese... ese..., ¿qué demonios te has hecho en el pelo?

Me toqué el tupé con la palma de la mano y con mucho cuidado. El exceso de gomina y fijadores varios habían conseguido que no se me moviera ni un solo pelo con la mamada. O con la media mamada.

—¿No te gusta? Llevas un año aquí y no has aprendido nada de moda. Andas anclado en la época en la que los gánsteres poblaban la tierra, y me parece bien. Pero no te metas con mi tupé, que estoy muy orgulloso de saber defenderlo con dignidad.

Habría sido divertido de no saber que Ángel no estaba para bromas.

—Y, no, no pensaba hacerla caer en mi magnetismo. ¿Qué tal si declaramos a Jovanka... zona neutral? Sitio seguro. Sin influjos, sin nada.

—¿Y eso cómo se hace?

—¿Ves por qué necesitabas que yo viniera a hacerte una visita? ¿Ya no sabes hacer este tipo de cosas? Y así me lo pagas. Negándome un techo y unas paredes, y una copa... que llevas ya un rato para dárme la.

Ángel extendió el brazo y cogió el vaso. Luego, ambos encendimos un par de cigarrillos y nos tiramos en los asientos del sofá. Echamos el humo al aire y ascendió rápidamente yendo a enturbiar la vista de los cuadros del techo.

—No voy a disputarme a una chica contigo —me aseguró sin mirarme a los ojos.

—Porque sabes que ganaría —repliqué, muy seguro de mí mismo.

—No jugamos en igualdad de condiciones.

—¿Pues hazte joven, por el amor del cielo! Te he visto tentado a hacerlo.

¿Qué te detiene? —le pregunté metiendo el dedo en la llaga—. ¿Tienes miedo de no tener más excusas que usar luego? ¡Estás loco por tirártela y no te atreves! Siempre buscando un motivo para no hacerlo. ¿Y si te desea más siendo joven?

—¿Más? ¿Acaso no viste cómo se echó encima de mí?

A veces, para lo que quería, era duro de mollera.

—Está obcecada. ¿Crees que si no fueras un demonio y desprendieras todo ese poder atrayente estaría mirando a alguien de tu edad?

No, estaba claro que no, y aunque le costara tenía que reconocer que era verdad.

—¿Y por ello he de cambiar precisamente yo?

—Sí. La deseas —sentencié, tajante como yo solo—. No has deseado nada tanto desde hace..., desde ni sé cuánto tiempo hace. ¿No te parece que, ya que estás, debieras intentarlo? No sé, por hacer algo diferente a las mierdas que has ido intentando en estos meses.

Lo de juzgar su forma de haber llevado su vida desde que había regresado a la tierra no era una buena estrategia en mi plan conciliador, pero había perdido un poco de práctica en eso de hacer tratos con la gente.

—No pienso cambiar de edad para competir contigo en igualdad de condiciones. Tú nunca me permitirías ganar. Te gusta demasiado quedar por encima de todos y de todo. Has salido de tu puto Infierno solo para darme una lección. ¡Para ganar! ¡Ya está! Ya lo has conseguido. ¿Quieres que nos matemos? ¿Quieres que nos despedacemos y dejemos nuestros restos esparcidos por el club para darle un toque más gore? Sabemos hacerlo. Es lo que mejor se nos da.

Me tapé media frente y un ojo con una perfecta y masculina mano. Sí, sé que suena a que estoy enamorado de mí mismo..., pero es que soy perfecto, en Infierno o en la tierra. Incluso en el cielo, donde vivía con mi padre, era el tipo más atractivo y deseable que se podía encontrar por aquellos lares. Pues eso, que me llevé la mano a la cara y negué con la cabeza.

—Eres un dramático...

—Aprendí del mejor.

—Vamos a ver. Otro trato...

Pero a Ángel se le fueron a salir los ojos de las órbitas.

—¿Sabes? —me interrumpió—. No soy un humano al que puedas seducir con tus pactos. No quiero hacer tratos contigo. Quiero que me dejes tranquilo, que me permitas hacer lo que estaba haciendo y equivocarme mil veces si hace

falta con Jovanka.

—¿Solo con ella?

—No te pases de listo. Prefiero perder mil veces a este juego si al final puedo ganar su sonrisa.

—¿Pero te estás escuchando? —le pregunté haciendo una mueca de ir a tener arcadas de un momento a otro—. Resulta hasta grotesco...

Ángel echó una calada hacia el techo y volvió a beber. Tenía mala cara. Parecía de pronto más viejo, demacrado, hundido. Yo había llegado a la tierra de los hombres para divertirme y si estaba de ese humor no iba a haber demonio que lo soportara. Porque hablar de Dios a estas alturas...

—Venga, vamos a hacerlo más emocionante. —Y chasqué un par de dedos, a lo Thanos. Hay que ver la peli de Marvel para entender el chiste—. Ya no está bajo tu embrujo, me acabo de encargar de ello. Ahora..., ¿tienes huevos? —Cómo no, Ángel me miró con una cara de odio infinito, de esa con la que se mira a los padres cuando te castigan sin ir al festival de moda con todos los amigos en verano... por las malas notas. O por una pelea con tu hermana. O porque te hayan pillado con la polla fuera del pantalón delante de tu novia en ese ratillo en el que te dicen que te van a dejar solo en casa para irse al cine a ver una peli y te dicen que esperan que seas lo suficientemente maduro como para que no haya que llamar a los bomberos. Y mi demonio favorito había sacado unas pésimas calificaciones en sus últimos exámenes, se había peleado con todo el universo y se había follado en su casa a todo el equipo de animadoras... sin que ninguna de ellas fuera su novia. Así que... había que tomar medidas—. Por cierto, un último apunte, ya que parece que no te has dado cuenta de ello. Viene hacia aquí. O, mejor dicho, creo que está justo en la puerta.

«El orgullo es el pecado maestro del diablo, y el diablo es el padre de las mentiras».

Edwin Hubbel Chapin

A Ángel le crujieron todos los huesos del cuerpo y acto seguido incineró toda su ropa. De su espalda nacieron sus alas, espléndidas y poderosas, de un negro infinito, llenando toda la habitación. Nosotros no éramos como los abejorros. Para poder volar necesitábamos alas grandes y majestuosas para elevar nuestro peso y las de Ángel eran, como mucho, las más sorprendentes de Infierno si dejábamos a un lado las mías.

Sus cuernos hicieron acto de presencia entre las canas de su cabeza y su rabo empezó a serpentear en su espalda.

Estaba claro. Lo había provocado lo suficiente. Hasta ahí podía leer, como en las notas de Mayra Gómez Kemp. Y hay que tener cierta edad para entender este otro chiste. Pero no tantos como yo. Que la tele ya iba a color.

—Y enfádate conmigo todo lo que quieras —canté recordando la canción de Manuel Carrasco—. Arrástrame al peligro cuando lo prefieras. Yo aguanto la tortura que me quieras dar. Pero nunca me niegues tu sonris...

—¡Te voy a despedazar!

Ángel se lanzó sobre mí, interrumpiendo mi fantástica actuación, que para ese entonces apenas sonreía ya. Tenía fuerza, el condenado, y no la de un tipo de su edad. Conseguí esquivar el primer golpe que empotró en el suelo. La alfombra se rajó y se hundió por lo menos medio metro bajo nosotros, al lado de mi preciosa oreja izquierda. El segundo me dejó la cabeza enterrada en el siguiente socavón con tanta rapidez que no creí posible tal capacidad de reacción por su parte. Ni una tan lenta por la mía. Eso de manejar me con un cuerpo humano me dejaba de momento en desventaja.

He de reconocer que me dolió y que en otras circunstancias me habría arrancado la cabeza del cuerpo. Por suerte, conseguí quitarme a Ángel de encima antes de que un tercer puñetazo me dejara fuera de combate.

—¡Se acabó! —grité haciendo que el cuerpo desmadejado de Ángel se

estampara contra la pared de detrás, dejando un reguero de plumas flotando en el despacho, como si un grupo de adolescentes hubiera estado jugando a la guerra de almohadas como en los anuncios de compresas—. ¡Te lo ordeno!

Ángel luchó contra su instinto de obedecerme... y ganó. Solo un instante, pero logró lanzarse nuevamente sobre mí antes de hacerlo hincar la rodilla en la alfombra que lo pilló encima. Se retorció, cerró los puños contra el suelo e intentó levantarse una vez más, pero acabó rindiéndose a la evidencia. Era incapaz de hacer su voluntad si iba en contra de la mía.

—No puedo ni quiero permitir que me tenga miedo —me dijo a modo de súplica—. No me hagas esto...

—Te lo estás haciendo tú solo —le aseguré cuando levantó la cabeza para mirarme. Puro gesto de sufrimiento en su rostro. Una obra de arte—. Si dejaras de luchar contra lo que quieres hacer...

Lo intentó una vez más..., pero no consiguió levantar los puños del suelo.

—¡Qué sabrás tú lo que yo quiero hacer!

Volvió a intentarlo de pura rabia. Se puso en pie milagrosamente y alzó el puño. Pero ya estaba debilitado y no me cogió desprevenido. Con un simple gesto lo puse nuevamente de rodillas. Tuve ganas de sacarme la verga para hacer que me la chupara y así dar por zanjada la discusión, pero probablemente no era la mejor de las ideas dadas las circunstancias.

—Sé que llevas mucho tiempo vacío y que ella, por extraño que parezca, te hace sentir más cerca de cualquier cosa de lo que hayas estado jamás.

En verdad, debería haber dicho «mucho tiempo». Mucho, mucho tiempo. Porque si Ángel alguna vez había amado como un loco había sido a su esposa. Pero, claro; después de tantos siglos, era como si hubiera reseteado el disco duro y no hubiera nada allí guardado, en su corazón. Pero sí que había. Resentimiento, ira, odio infinito. Todo ese lastre del que no había podido librarse después de pasar página, vengarse y morir como un héroe... o como un capullo.

—Eso a ti no te importa.

—Me importa en la medida en la que he venido aquí para ver qué podíamos hacer con tu problema.

—No tengo ningún problema.

Me encogí de hombros, restándole importancia a su respuesta. Estaba claro que no tenía ningún tipo de valor delante de un tribunal o de cualquier otro lugar, y no solo por lo de ir a jurar sobre una Biblia.

—Vale, pues te doy un día de ventaja, señor sin problemas. Estaré aquí

escondido, en tu club, mientras tú te las ingenias para averiguar qué demonios quieres hacer... y hacerlo. Veinticuatro horas. Ni una más. Después..., se abre la veda.

—Te mataré.

Y lo dijo sabiendo que iba a intentarlo. No era un decir. Yo también pude entender que no era una amenaza vana.

—Sabes que no eres capaz de hacerlo por más que quieras. —Aunque no por ello no fuera a ser peligroso darle la espalda—. Y entiende que me ha sorprendido gratamente que fueras al menos con la intención de intentarlo. Pero no va a poder ser, Ángel mío. Hay cosas que son imposibles y yo... soy eterno. No quieras entenderlo por las malas porque al final lo único que conseguirás será hacerte daño... y a ella contigo.

—No la metas en esto.

Seguía vertiendo palabras cargadas de amenazas. Iba a ser casi imposible razonar con él.

—Pequeño demonio. El día que tú mueras por culpa de ella y tu empeñamiento en protegerla, la odiaré tanto que después de usarla a mi completa y absoluta voluntad... la destrozaré. Y no podrás sino observar cómo lo hago desde Infierno, porque te volveré a mandar allí una y otra vez. ¿No me crees capaz?

Ángel sabía que no iba de farol. Mi vida sería un completo aburrimiento si no fuera por este tipo de cosas. Desafíos, apuestas, tentaciones, placeres... Era demasiado viejo y demasiado diablo para que me importaran las cosas más allá de mi propio pellejo. Y en ese mismo instante mi pellejo lucía magnífico en el cuerpo de un treintañero cañón que podría salir en cualquier portada de la revista Men's Health. O en todos los números del año, ¡qué cojones! Estaba lo suficientemente bueno como para crear mi propia revista de moda, de ejercicios de gimnasio en los que solo tendría que posar —que se maten a hacer abdominales los que lo necesiten, que yo si piso un gimnasio es para hacerme *selfies* en el espejo delante de las máquinas de pesas, luciendo músculos y la ropa de marca que me acabara de llegar por correo comprada en internet—, de sexo a lo Playboy y de música sin nada bueno que decir. Sí, reguetón, era fácil de adivinar.

Sí, las compras por internet, con facilidades de pago a través de la tarjeta de crédito, también las había inventado yo.

—¿Veinticuatro horas?

—Ni un minuto más.

Hice aparecer un hermoso y antiguo reloj de arena al que di la vuelta y deposité, volando, sobre la única mesa que quedaba en pie en el salón. La del mueblebar había quedado hecha añicos tras nuestra pequeña disputa.

—La pólvora dispuesta tengo preparada, dinamita es tu cuerpo a punto de estallar —canté, muerto de risa—. Que comiencen los juegos del hambre... No, espera, los juegos del sexo. No, mejor aún...

Pero Ángel ya no estaba allí para cuando se me ocurrió la frase que habría querido que escuchara. Había salido corriendo, otra vez con ropa nueva sobre el cuerpo y con las alas recogidas. No miró atrás. No dudó más de mi palabra.

Los juegos que vas a perder.

Era una frase cojonuda.

«El diablo a veces puede hacer un gesto muy caballeroso».
Robert Louis Stevenson

Ángel nunca había entrado con más prisa en su propio club. Sus trabajadores, conectados a él como si cuando estuviera cerca recibieran descargas eléctricas para avisarse unos a otros, se quedaron un instante parados mirándolo frenar al lado de la barra del bar donde siempre disfrutaba tomándose las copas. En algún momento se había encendido un cigarro y se había agenciado de un vaso con algo que podría ser perfectamente un *whisky*, pero lo hizo igual que de la ropa. Puro complemento para parecer «casual» cuando iba de punta en blanco, como recién salido del sastre, y aparentar precisamente cualquier cosa diferente a lo que acababa de pasar. Una maravillosa pelea con el diablo. Miró a su alrededor, aunque sabía perfectamente hacia dónde debía hacerlo. Sabía el lugar exacto en el cual encontraría a la muchacha. Y tenía plena conciencia de lo que estaba haciendo.

Se había quedado delante del escenario, escuchando un instante cantar al tipo ese al cual había obligado a aprenderse la canción de *Don Diablo*. Era guapo el muchacho. Joven, con una voz interesante y un porte atractivo, subido a una tarima, aporreando una guitarra de una forma que se podía considerar medianamente decente —soy más de Queen, ¡qué le voy a hacer!—. La chica lo escuchaba cantar algo que no sabía ni cómo se llamaba, olvidando por un momento que había llegado hasta allí buscando a su demonio favorito. Lo que pasaba era que, de pronto, ya no lo era tanto, debido a que se había anulado el poder de atracción de Ángel hacia ella. ¿Quién sería el malnacido que había causado semejante daño?

Lo miraba... ¿con deseo?

Ángel no me dejó entrar en su cabeza para reírme de sus repentinos celos enfermizos, pero ni falta que me hizo. La carcajada se pudo escuchar desde el despacho en todo el local, resonando hasta en la piscina del sótano. Jovanka también me escuchó y se giró en ese preciso instante, encontrando a su

benefactor apoyado como si tal cosa en la barra del bar, observándola de forma distraída. Ella dejó asomar una tímida sonrisa y él hizo lo mismo. Empalagoso como un *malvavisco* con forma de corazón. La chica hizo un gesto con la mano a modo de saludo y Ángel aprovechó para meterse en su cabeza y rebuscar entre sus pensamientos. Sí, seguía mirándolo con deseo, pero no como antes. La balanza se había inclinado más hacia el lado en el que lo consideraba demasiado viejo como para volver a sentarse a horcajadas sobre él, poseída por el ansia.

Creyó morir sabiendo perfectamente que era imposible.

Pero como siempre había sido un hombre de recursos, tuvo que sopesar sus posibilidades. La primera y más obvia, era intentar que Jovanka olvidara la edad que aparentaba y que volviera a estar loquita por sus huesos osteoporóticos. Pero los seres sobrenaturales no hacemos las cosas de forma convencional, así que supe que la descartaría antes siquiera de sopesarla con calma. Tampoco era que dispusiera de demasiado tiempo para ello. La siguiente, y la que habría elegido yo, era la de rejuvenecer como si te hubieras gastado una millonada en una clínica de cirugía estética..., pero sin entrar en quirófano. Solo tenía que chasquear un dedo y podía tener el mismo aspecto que yo. ¡Más quisiera él! Pero podía ser el segundo hombre más atractivo del planeta, que como puesto en el *ranking* no estaba nada mal. De esa manera, seduciría a Jovanka y se la follaría como un loco hasta el fin de sus días. De los días de la muchacha, por supuesto, o hasta que se cansara de ella cuando fuera un pellejo raro y arrugado. Pero de ahí mi disconformidad con lo de que se liara con una humana. Tenían tendencia a menguar y a arrugarse, como si los hubieras dejado mucho tiempo en remojo.

Pero no, por supuesto. Lo que tenía previsto hacer Ángel —y por previsto también se puede entender que iba improvisando sobre la marcha, a cada grano de arena que bajaba de ese reloj que había dejado sobre la mesa de su despacho— era hacer lo más sorprendente, extraño y retorcido que se podía hacer para enamorar, conquistar y follarse —que ese era el fin supremo— a una chica.

Ángel se metió en la mente de su cantante. ¿Cómo demonios se llamaba? ¡Ah, sí, espera, que tengo ese dato guardado por aquí! Írian, como nombre artístico. Juan Peláez, como el común que le habían puesto sus padres. Normal que usara el de Írian. Yo también lo haría. Se metió en su cerebro de malos modos, de forma grosera, dejándose notar en cada rincón que inspeccionó. Írian sintió su acoso desde el primer segundo, básicamente porque Ángel así

lo quiso. Deseaba tenerlo aterrorizado con el sentimiento de invasión y no le costó ningún esfuerzo. Perdió la melodía, dejó de cantar y clavó la mirada en su jefe, como si no hubiera otra cosa más a la que hacer caso.

Ángel se enfureció aún más.

En la cabeza de su cantante había encontrado deseo. Por Jovanka. De ese que se quiere ocultar, pero que no se consigue. De ese que no se puede explicar, pero que irrumpe sin más. De ese que sabía que no debía tener porque era... ¿la chica del jefe? Bueno, por lo que fuera, estaba prohibido.

Como el que sentía él.

Se sintió exactamente igual que su cantante, menos por la salvedad de que no pensaba que Jovanka fuera la chica de nadie. Es más, sabía que no lo era ya que se había encargado de ello. Había eliminado a su tío y ahuyentando a su padre y a su hermano. Y dudaba enormemente de que por allí se fuera a personar su prometido para reclamarla. Nadie en su sano juicio se jugaría los cuartos por una muchacha embarazada para convertirla en su esposa, por muy mona que fuera. Y ninguno de ellos sabía que ya no estaba preñada. Sí, había que reconocer que Jovanka tenía una belleza salvaje de esas poco usuales; pero, aun así, pensando en lo que buscaba Mihai en una mujer, le valía cualquier chica sin recursos de la que sus padres quisieran desprenderse. Alguna sin estudios y sin ideas propias, aunque tampoco podía decirse que Jovanka fuera de las que oponía resistencia en algo. Para tener media carrera universitaria poco suelta se la veía.

Pues eso, que Ángel pensaba que no merecía a Jovanka, no entendía por qué la deseaba y estaba convencido de que debía de haber alguien mucho mejor para ella. Pero, a pesar de ello, allí estaba, metido en la cabeza de Írian, tomando el control de todo.

De todo... todo.

—No tocar, peligro de muerte —cantaba Írian en ese momento, como premonición de lo que estaba a punto de pasar—. ¡Oh, no tocar! Las tibias y la calavera hacen dudar. Me hacen ir más allá. Verte correr..., verte pedirme más... Y si volviera a nacer, repetiría.

Le levantó la polla con tal brusquedad que el pobre cantante se llevó las manos a la bragueta y dejó caer al suelo la guitarra. Bueno, de eso me encargué yo, porque el tipo es verdad que la llevaba enganchada al cuello con su correspondiente correa... Pero, por casualidades de la vida, desapareció un instante antes de que la soltara.

Y... ¡Ops! Guitarra destrozada en el suelo del escenario.

«La deseas, ¿verdad?».

La pregunta de Ángel resonó en la cabeza del cantante y éste negó enérgicamente, como si le fuera la vida en ello. En verdad sintió que esos iban a ser sus últimos segundos de vida, ya que, si el jefe estaba en su cabeza y se había puesto al corriente de todo lo que había pensado de la joven muchacha desde el primer instante en el que la vio, iba a morir seguro. Era normal. Uno no podía pensar de forma sexual o romántica sobre una chica que llevaba tal estigma a cuestas.

Jovanka miró a Írian con cierta aprensión, como si se hubiera dado cuenta de lo que pasaba. No por nada, ella también había sentido que la despojaban de su privacidad en más ocasiones de las que era capaz de recordar o ser, sencillamente, consciente de ello. Luego miró a Ángel y los encontró a ambos conectados por la mirada. Sí, algo estaba pasando. Y algo muy feo, porque la tensión se podía cortar con un cuchillo.

«No, señor. De veras que no. Esto... esto no es lo que parece».

E imagino que por «esto» se refería al empalme que trataba de taparse. Pero daba igual. Había demasiadas imágenes de la chica en la cabeza del cantante. Demasiadas emociones, demasiadas ganas contenidas. Y Ángel sabía cómo sacarle partido.

Por muy raro que pareciera, el demonio había elegido la estrategia más arriesgada. La número tres.

Y la iba a cagar.

Una de las capacidades poco explotadas por Ángel era la posesión demoníaca y estaba a punto de quitarse las telarañas de ella. Metió toda su conciencia en el tipo de Írian y dejó de ser él para convertirse en una marioneta. Mientras tanto, el cuerpo altivo y orgulloso de Ángel se quedó sentado en la barra, pidiendo otra copa y fumando un segundo cigarrillo. Se giró. No le hacía falta contemplar la escena porque ya veía con los ojos del cantante. E Írian solo tenía a alguien delante. A Jovanka.

La muchacha vio cómo su benefactor se giraba y se olvidaba de ambos y para cuando regresó la vista hacia el escenario el chico atractivo estaba pisando su propia guitarra, un poco maltrecha ya, y caminaba hacia ella. Al principio lo hizo con poca soltura, pero en nada pareció cogerle el tranquillo a aquello de poner un pie delante del otro.

«¡Eso es, machote! No podías hacer las cosas sencillas. ¡Había que buscar la peor manera de todas para acercarse a la muchacha!».

Pero Ángel no me respondió, liado como estaba en conseguir hacerse con el total control del cuerpo de su empleado. Cuando por fin se sintió cómodo

manejándolo, miró hacia el suelo y vio la guitarra y a los otros miembros de la banda. Les dijo que siguieran sin él y se bajó del escenario.

Habría estado bien que la invitara a una copa, que la sacara a bailar o que le contara un chiste. Pero claro, eso habría sido demasiado convencional. Y les faltaban granos de arena dentro del reloj dorado. Írian cogió a Jovanka de un brazo, tiró un poco de ella y la estampó contra su cuerpo. Le comió la boca un instante después. Con pasión. Con obscena pasión, mientras el resto de la banda continuaba con la canción, aunque no exactamente por donde la habían dejado.

—¡Y qué calor! Me gusta tu infierno —cantó el de la batería con bastante poco acierto. Para algo era el que aporreaba un tambor y no el que se encargaba de afinar. La canción de Amistades Peligrosas merecía algo mejor, pero Írian estaba ocupado metiendo la lengua en la boca de la chica del jefe, y a ninguno de ellos se le habría ocurrido parar la música, aunque lo que quisieran fuera salir corriendo por si se desataban todas las plagas y todos los males sobre el local—. ¡Oh, qué calor! Echa más leña al fuego que es abrasador.

Aquella canción no entraba dentro del repertorio que tenían en la banda. ¿Cuándo demonios se la habían aprendido o tan siquiera medianamente ensayado? ¿Cuándo habían decidido que la iban a tocar esa noche?

¡Pobres humanos!

La mano de Írian sujetó con fuerza la cabeza de Jovanka mientras que la otra bajaba hacia sus nalgas para apretujarlas sobre la tela de la falda. Se la levantó, sin pudor maldito, y ella se dejó hacer, embargada por el torbellino de sensaciones. Podía saborear el alcohol al que siempre olía Ángel, un *whisky* denso y potente, al igual que se le llenaba la boca con el humo que sabía que no estaba fumando el cantante.

Eran los sabores de su demonio.

¿Por qué? Daba igual. Cerró los ojos y se aferró a su cuello, pero al no encontrar el cuerpo conocido de Ángel —su perfecta barba arreglada, el cuello de su impecable camisa, su dureza extraña y reconfortante— volvió a abrir los ojos y logró apartarse a duras penas de los labios de Írian.

Le costó un mundo hacerlo.

Las manos de él bajaron ambas a su culo y se la montó en las caderas. ¿Descarado? Bueno, teniendo en cuenta en el tipo de club en el que se encontraban... nadie, salvo los músicos y los empleados que sabían quién era ella, vio nada raro en el hecho de que dos jóvenes se estuvieran comiendo a

besos y manoseando de forma grosera en la zona del escenario.

Írian apretó el cuerpo de la chica contra su bragueta y la frotó descaradamente. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió. A Ángel se le llenaron los oídos de ese sonido.

—Te gusta así, ¿eh? —le preguntó a través de la boca del cantante—. Te gusta...

—Ángel... —jadeó desesperada porque fuera verdad—. ¿Eres tú?

Se atrevió a hacer la pregunta porque la pasión le nublaba la mente. Podía haberle dicho que era el mismo diablo —o sea, *mua*— que no habría conseguido apartarse del cuerpo al que parecía estar unida con imanes.

—¿Te gustaría que lo fuera?

Jovanka tragó, pero tenía la garganta seca y ardiente.

—Sí —susurró y nadie habría podido oírlo con un oído normal.

A Ángel se le puso dura en la barra de bar de su club..., pero no se movió.

Cosas más raras se habían visto. ¿O no?

¿No? Pues a mí me pasan muy a menudo.

—Pues disfrútalo.....

«*Cuando llegan los ángeles, los diablos se van*».
Proverbio egipcio.

Írian quiso llevar a Jovanka a la zona de camas privadas que había al otro lado del haz de luz. Algo muy normal, después de todo, ya que tanto él como Ángel, para aquello que estaba a punto de pasar, preferían algo de privacidad. Pero el destino es muy caprichoso. Vale, el caprichoso soy yo, que el destino no existe. Solo mis antojos y los de mi padre mezclados con el libre albedrío. Mala combinación. Pues eso, que obligué a Írian a caminar hacia el despacho destrozado y lleno de plumas de Ángel, donde yo los esperaba, tirado en el sofá, dispuesto a darme un verdadero festín con el espectáculo.

«¡Maldito seas, cabrón! ¡Prometiste que tenía veinticuatro horas!».

«Y no pienso incumplir mi palabra. Ya sabes que no miento. Solo quiero... ¿verlo? No seas así de rancio. Me apetece. No me digas que eso es un problema para ti».

«Para ella sí...».

«Ella está tan caliente que ni se va a dar cuenta».

Pero, claro, esa era una verdad solo a medias. Una cosa era que no fuera capaz de oponerse, al igual que no lo fue Írian o Ángel, y otra muy diferente que no se percatara que de pronto el cantante la metía en el despacho del demonio, donde un completo y atractivo desconocido los esperaba con una copa de alcohol en la mano levantada, a modo de saludo.

—Poneos cómodos. Haced como si no estuviera aquí.

Y eso hizo Írian, porque no le quedaban más cojones que hacer lo que Ángel deseaba. Y Ángel..., bueno, Ángel estuvo a punto de levantarse de la barra y venir a partirme la cara, pero eso habría roto la magia del momento y tenía la polla tan dura que solo podía pensar en una cosa.

Al igual que el cantante.

El tipo joven y bien parecido la dejó caer sobre un sillón orejero de cuero negro. Le dobló una rodilla y le colocó lentamente la planta de un pie en el apoyabrazos mientras ella respiraba entrecortadamente, queriendo ignorar que yo estaba allí, observándolo todo. Delicioso.

—¿Es tu primera vez sin que nadie te fuerce a ello, preciosa? —le pregunté

llevándome la copa a la boca.

Ya que no era capaz de ignorar mi presencia me pareció correcto darle conversación mientras Írian le retiraba la ropa interior con tremenda y exasperante lentitud, como si hubiera reparos en dejar la entrepierna de la joven al descubierto estando yo presente. Entendía que, después de tanto tiempo, Ángel se estuviera tomando las cosas con calma a la hora de desnudar a la chica, pero aquello me resultaba excesivo. ¿Qué pensaban que iba a hacer? ¿Bajarme los pantalones y follármela junto con el cantante?

Para eso ya tendría el resto de la eternidad. Una palabra era una palabra, y no hacía promesas en vano.

Jovanka no respondió, sino con un quedo gemido que quería parecerse a un sí.

«Y vas a dejar que lo haga otro...».

«Si no fueras tan cabrón...».

«Y tú tan desquiciante. Venga, al lío. Que tengo ganas de ver cómo acaba todo esto».

Aunque ya lo sabía. Él la penetraría con una fuerza fuera de lo común, ella gemiría como una posesa, seguiría el mete y saca de rigor durante un rato, varios cambios de posturas imposibles para que se viera el arte amatorio de los jóvenes y un orgasmo bestial. ¿Me dejaba algo?

Si era así... seguro que no era relevante para la historia. Y dicen que no hay que contar cosas que no resulten relevantes, porque aburren un huevo. Y no me gusta ser aburrido. Todo menos eso.

Jovanka arqueó las caderas sin saber muy bien lo que hacía mientras las dos piernas se quedaban completamente separadas, apoyadas a ambos lados del sillón. Echó la cabeza hacia atrás, deseando no ver que era Írian y no Ángel el que abría la cremallera de su bragueta. Los pantalones del cantante resbalaron hasta el suelo y se dejó caer para apoyar las manos en el respaldo del asiento, encajándose entre las piernas de ella.

No se miraron.

«¡Vaya por Dios! ¿De verdad lo vas a hacer?».

Írian embistió contra el coño expuesto de la chica y entró con facilidad, deslizándose por su humedad. Estaba más que preparada para aquello por primera vez en su vida. Apretó con fuerza y dejó escapar de entre sus labios un gutural sonido en el que reconocí a mi amigo. Llevaba tanto tiempo deseando hacer exactamente eso que no le importó sentirlo a través de otro. Quizá, incluso, le habría servido hacerlo con Olaf de por medio, pero lo había convertido en cenizas de pura rabia. Jovanka rodeó la cintura del cantante con sus piernas y él empezó a moverse a un ritmo endemoniado, nunca mejor

dicho, a riesgo de tumbar el sillón y quedar los dos esparcidos y entrelazados en el suelo lleno de los restos de nuestra pelea. Como atrezo, en vez de poner luces de velitas en el suelo —en plan romaticón empalagoso— levanté un remolino de plumas de las alas de Ángel para que danzara alrededor de ellos mientras las manos del cantante se clavaban con la misma fuerza en el sillón como las caderas en la entrepierna de la chica.

Entraba y salía y se nos erizaban a todos cada una de nuestras terminaciones nerviosas. Así, al unísono, como si fuéramos uno solo.

Jovanka lo sujetó de los hombros tratando de hacer que bajara. Quería, desesperadamente, volver a probar su boca y comprobar que el sabor de Ángel seguía en ella. Aunque mi demonio había dejado de fumar y de beber hacía un par de minutos y había enterrado la cabeza entre las manos y clavado la mirada en la madera de la barra, estaba allí con ella. Con nosotros. Disfrutaba de la humedad de la chica, de todo su cuerpo, de la inexperiencia y de su calentura. De ser al fin el que se la follara, pero poder decir que no le había tocado un pelo. ¿Excusas para fingir seguir siendo un caballero? Jamás lo había sido. Embistió y embistió usando la fuerza del joven para sus propósitos. Sentir cada milímetro de piel de la gitanilla. Le apresó las tetas y se las apretó con dedos hábiles mientras seguía jadeando con la boca entreabierta. Le habría gustado tener seis manos para poder alzarle también las nalgas y amasarla, a la vez que sujetaba el sillón para que no se fuera abajo. Pero follar como un humano tenía sus pequeños inconvenientes. Quizá follar como un demonio, con todos los apéndices expuestos, podría dar más problemas que alegrías también, debido a que una Jovanka desmayada de la impresión era una Jovanka que no se enteraba de nada...

Y Ángel quería que sintiera de todo.

Volvieron a besarse. La boca de Ángel la devoró a través de los labios del muchacho. Ella volvió a relajarse, a dejarse ir, a pensar menos y a sentir más. ¿Qué importaba lo que estuviera sucediendo si era Ángel quien estaba detrás de todo?

Pero las cosas con los humanos no eran tan fáciles y ya los dos lo sabíamos. Írian, aparecido de algún lugar de su recóndito cerebro, por fin reaccionó y cayó de rodillas en el suelo, arrastrándola a ella que quedó sentada a horcajadas sobre sus muslos. La sujetó pasando sus manos a la espalda y aferrándolas a sus hombros y se volvió a clavar muy hondo dentro de ella.

Jadeó.

Jadeó mucho.

Ya no era la voz de Ángel y Jovanka lo supo. Buscó sus labios y metió la lengua entre ellos, pero allí ya no había tabaco ni *whisky*. Solo un sabor mentolado que imaginó que era el que desprendía el cantante si era un adicto a las pastillas después de las comidas. Siguió embistiendo, elevando las caderas y los muslos aprovechando que el cuerpo de Jovanka había quedado encajado entre el suyo y el sillón. La devoró en un beso propio, el primero, enloquecido por el deseo que su jefe había dejado en su cabeza. Jamás había tenido la polla tan dura ni tantas ganas de follar. Ni tanta desesperación por hacer que una chica se corriera.

Jovanka comenzó a gemir, aunque un resquicio de su voluntad quiso negarse.

—No, no te vayas, Ángel —le pidió contra los labios de Írian—. Quédate. Fóllame tú.

El ruego de Jovanka sonó lastimero a más no poder. Estaba claro que había notado la diferencia y prefería lo que había tenido instantes antes. Pero el cantante ya había tomado el control de su cuerpo y obedecía órdenes. Unas muy concretas. Y había aferrado las caderas de ella para hacer que su pelvis se frotara contra la suya e iniciar lo que ya sería inevitable para los dos.

—Él quiere que te corras —le aseguró el otro, como si fuera una disculpa. Tampoco era que el cerebro le diera para mucho más—. Dice que lo necesitas. Me ha ordenado que lo haga posible.

La muchacha abrió los ojos con terror.

«De verdad, Ángel mío, no te entiendo. ¿Ahora te vas? Creo que esto es una pérdida de tiempo. Si quieres...».

Pero el demonio no estaba allí, donde lo había dejado. Se había levantado y se había cuadrado delante de la puerta del despacho. Se colocó los puños de la camisa y el nudo de la corbata, como si su presencia allí fuera lo más importante de toda la dantesca escena. Polvos bajo posesión demoníaca, el diablo emborrachándose tras una eternidad sin pisar la tierra, dos humanos a punto de tener el mejor orgasmo de su existencia... Pero lo trascendental era que sus gemelos estuvieran bien colocados y que la corbata luciera impecable.

Hizo crujir las vértebras de su cuello.

—Quiero hacerlo con él. Por favor...

Pero Írian no habría sido capaz de parar, aunque le fuera la vida en ello.

«Por favor, Ángel. Por favor. Quiero hacerlo contigo».

Los dos pudimos escuchar su ruego, desdibujado por el inicio del orgasmo. Ángel no se movió de su sitio.

—Demasiado tarde.

Y como si fuera un libro abierto para él, gracias a lo que el demonio había dejado metido en su cuerpo como perlas de sabiduría sobre las teclas que debía tocar en ella, la hizo estallar en mil pedazos. Se clavó y gritó y ella lo hizo a su vez.

«Solo hay un lugar al cual el diablo no puede entrar a menos que tú se lo permitas, y ese es tu corazón».

Dr. Paul Gitwaza

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté a Ángel sin importarme un carajo que los otros dos «tortolitos» de la sala pudieran escucharme.

En verdad poco podían oír los pobres, consumidos y extenuados como estaban después del orgasmo. Hasta yo me había puesto duro y me había estado tocando un poquitín —solo un poquito, que ya se sabe que esto es pecado y no quiero ir «al infierno» o quedarme ciego, pues había mucho que ver aún— así que me imagino cómo debían de sentirse ellos después de haber desplegado el demonio sus artes amatorias para luego dejarlos a su suerte, como huérfanos de sexo o algo peor. El típico *sherpa* que te lleva hasta el desfiladero, te pone a escalar, pero luego se marcha y te deja allí colgado sin saber si puedes subir o bajar o esperar a morirte de hambre o de frío. ¡Bah! Se me estaba yendo la olla.

—No sé siquiera si debo plantearme esa pregunta —respondió Ángel, del mismo modo, haciendo retumbar su voz desde el pasillo y sacando por fin de su ensimismamiento a los dos chavales.

—Pues bien estamos.

Jovanka se puso de pie de un salto y se bajó la falda con pudor. De pronto mi presencia se hizo más que molesta para ella, aunque en mi defensa diré que también me encontró sumamente irresistible.

—Brindo por tu orgasmo, pequeña Jovanka —le dije alzando mi copa. Le habría hecho llegar una flotando para que la bebiera conmigo, pero no me parecía que matarla de un infarto ayudara en algo al propósito que había ido a cumplir en aquel lugar. Se abrazó a sí misma y me miró como si de verdad no se creyera que yo pudiera estar allí, observando todo—. —No te violentes, mujer. No es la primera vez que te veo follar...

De acuerdo que no era la frase más adecuada para soltarle a la muchacha, pero era una realidad como un templo. Dios estaba en todas partes y yo...

también. Y podía pasarme su grabación de todas las violaciones que había tenido que sufrir una y otra vez. Me encantaba mi vídeo VHS.

A su espalda se levantó también del suelo Írian y me dedicó una rápida mirada mientras trataba de subirse los pantalones sin perder la verticalidad. Era bastante patético ver a dos jóvenes aparentar cuasinormalidad a pesar de ser conscientes de lo que acababa de pasar entre ellos... y conmigo de *voyeur*.

Todavía tenía mi polla fuera y eso era más que evidente para ambos.

Jovanka, roja como un tomate, corrió hacia la puerta y la abrió de un fuerte tirón. No estoy seguro de si Ángel primero me clavó la mirada asesina a mí o si le dedicó su más severa y seria mirada a ella, pero hizo ambas cosas en un instante. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, levantando levemente la chaqueta. Ella lo miró de arriba abajo, creo que sin percatarse de que todavía estaba duro como una piedra, y al momento después dio dos pasos hacia él y se le plantó delante.

El bofetón que le dio debería haberle girado la cara de lo fuerte que lo propinó, pero él...

Espera, que sí que le giró la cara.

«¿Te ha cruzado la cara una mocosa?».

«Tiene motivos para estar enfadada. Déjame en paz».

«¿Te has dejado girar el cuello por una niñata? ¿A mí me costó la vida conseguir empotrarte contra la pared y a ella le dejas que te gire la cara?».

«No tiene el mismo efecto para ella si yo no muevo la cabeza cuando me da un bofetón. O sales de aquí ahora mismo o te juro que el reloj de arena te lo voy a meter por el culo».

«Ojalá me fueras a meter por el culo otra cosilla, querido. O muchas cosillas. ¿Ya no te acuerdas de nuestros juegos?».

—¡Fuera!

Su grito los sobresaltó a ambos.

Aplaudí. Mucho. No podía hacer otra cosa. Me puse en pie y aplaudí y los dos me miraron. Una, con un odio infinito y, el otro..., sí, el otro también.

—Bravo. Conseguís que mi trabajo sea de lo más divertido. Voy a buscar otra copa de alcohol a la barra, aquí ya no queda nada más que beberse —les aseguré señalando lo que antes había sido el mueblebar—. Os invito a una copa. En realidad, nos invita él —terminé corrigiendo, señalando a Ángel—. Pero creo que nos la hemos ganado. ¡Qué bien folláis, chicos! Estoy cansado hasta yo y eso que solo me la estaba meneando.

Jovanka me miró con asco y se giró para marcharse. Ángel la sujetó de la muñeca y tiró de ella con fuerza, llevándola contra su cuerpo. En su defensa diré que Jovanka se resistió..., pero no lo suficiente. O quizá sabía que era imposible oponerse a él... hasta ese momento.

Él la miró un instante, como suplicando perdón, pero le duró el gesto nada y menos. Ella... ella no sabía si quería sentirse ofendida, furiosa, exultante por la experiencia que acababa de tener o avergonzada por no saber decidirse por una.

La cosa es que se debatía, también, entre quedarse o marcharse. Y la opción segunda existía gracias a que allí estaba yo, para que ella pudiera tenerla si se lo ordenaba a Ángel.

—No seas borde, jefazo. Si la chica se quiere ir deberías permitirle que lo haga.

Ángel hizo un gesto con la mano y el reloj de arena salió despedido contra la pared. Pero como había tratos que no se podían romper, el cristal no se hizo añicos y puse el objeto nuevamente en su sitio.

A Írian casi le da un soponcio viendo flotar el adorno. Jovanka... parecía estar más acostumbrada a las cosas extrañas e inexplicables cuando estaba al lado de Ángel.

—Muy mal, compañero. Los tratos no se resquebrajan así como así.

—Tú eres quien no lo está cumpliendo...

—¿Yo? Pero si no me he movido de aquí ni le he puesto un dedo encima a esa bella criatura...

Jovanka supo que estábamos hablando de ella y se arrinconó contra el cuerpo duro del demonio. Enternecedor. ¡Por fin se veía que sí quería quedarse! Le perdonaba todo porque estaba acostumbrada a dejar hacer a los hombres, o quizá porque entendía que Ángel era así de imperfecto y perfecto a la vez. Porque no se podía esperar cosas normales de un ser como él. Pero me resultaba raro, después de todo. ¿De verdad podía estar enamorada de un hombre así a pesar de haber apartado de ella todo el encanto sobrenatural que desplegaba Ángel? Los humanos eran tan, pero tan... extraños...

—No tendría ni que conocerte.

Sonreí, con mi sonrisa más encantadora, y me acerqué a ellos con un par de elegantes pasos. Jovanka no pudo apartar la vista de mí, por supuesto. Era lo natural y esperable. Ángel trató de ponerla detrás de él, pero comprobó que si yo no quería... había cosas que no pasarían.

—Una descortesía por mi parte, querida señorita Dalca —me disculpé extendiendo la mano para que ella apoyara en mis dedos los suyos—. No hemos sido presentados y dudo que Ángel vaya a hacerlo de buen grado, así que... Soy Satán, el jefe de ese tipo al que se agarra. Imagino que a estas alturas hay pocas cosas que puedan sorprenderte.

«O aterrorizarte».

Me sorprendió que me sostuviera la mirada.

Jovanka extendió la mano, ya que era imposible que no lo hiciera y me llevé sus dedos a los labios, donde los besé, quizá, con demasiada saliva de por medio. Vale, quizá la palabra exacta tuviera que ser «lamí», pero eso solo pareció molestar a Ángel. Ni Írian, que se la acababa de follar, hizo ningún gesto reprobatorio.

—Y hasta aquí —consiguió decir el demonio, alargando la mano para apartar la de la chica de mi lengua—. Ve a tomarte esa copa y permíteme...

—No seas grosero, hombre —lo reprendí—. ¿No nos vas a servir tú la copa?

Ángel se irguió y volvió a hacer crujir todos los huesos de su cuerpo. Fue como si se estuviera recomponiendo por dentro, o como un Transformer, pero a punto de sacar alas y cuernos en vez de ruedas y parachoques.

Las ruedas habrían molado mucho.

Sin soltar la muñeca de Jovanka, se giró y nos abrió paso hacia un reservado en el que no había reparado, al lado del escenario. Una cortina de luces delimitaba la estancia, compuesta por unos cuantos sofás de piel negra con capitoné y una mesa forrada en el mismo material. La pared trasera estaba llena de marcos con fotografías pornográficas antiguas, de los grandes mitos eróticos del siglo pasado. Un lugar donde seguramente Ángel no se sentía tan viejo.

Me sorprendió que Írian nos siguiera y se sentara a mi lado. Quizá se me había escapado alguna orden mental del demonio. Jovanka no pudo soltarse de la mano de Ángel y se acomodó al lado de él. Nos recolocamos las perneras de los pantalones y nos sostuvimos la mirada hasta que llegó la camarera.

Pedí por los cuatro.

La chica casi se me echa encima, pero lo vi de lo más natural. Que hubiera cortado la atracción de Jovanka no quería decir que lo hubiera hecho con el resto de las féminas de la tierra. La mandé a buscar las copas porque ya la vi abriendo las piernas para ponerme su sexo en la boca, como estaba desesperada por hacer. Ángel puso los ojos en blanco y Jovanka miró hacia el suelo, azorada. Cuando regresó con las botellas y nos sirvió debidamente, puse las manos a ambos lados del respaldo del sillón, pasando una de ellas por detrás de la espalda de Írian.

La camarera, una pelirroja a la que creo que ya Ángel se había follado, se subió la falda y se sentó sobre mis piernas, apartando la ropa interior que le

tapaba el coño. Bajó mi cremallera y liberó mi erección. Se la introdujo de un solo movimiento mientras me rodeaba la cabeza con sus manos y restregaba su escote contra mi cara. ¡Joder, qué subidón!

—Como íbamos diciendo... —logré comentar dejando de chupar la piel del escote de la chica—, creo que es un buen momento para brindar. ¿Nadie más quiere disfrutar de esto? —pregunté aferrándome a sus tetas y amasándolas con gusto—. ¿Ángel? ¿Írian?

Los miré a ambos, pero los dos parecían estar demasiado metidos en sus pensamientos como para entender que los estaba invitando a follarse también a la pelirroja. Acerqué mi cabeza al cantante y me comí su boca, saboreando los restos que había dejado allí Ángel con la posesión de su cuerpo. Seguía notando el tabaco y el *whisky*, pero de forma muy sutil. Era normal que a Jovanka le hubiera costado encontrar los restos. Írian no se revolvió y disfrutó de mi beso como lo habría hecho cualquier otro mortal. La camarera siguió moviendo enérgicamente las caderas y yo, claro está, me dejé hacer. Jovanka clavó la mirada en mi polla entrando y saliendo de la humedad de la muchacha, abriéndola con cada embestida. Tenía un buen rabo. ¿Qué iba a decir yo, si había elegido con sumo detalle todo lo que iba a acompañarme a la tierra? Fuerte, potente, grueso, largo, venoso... De los que cualquier fémica se pasaría horas lamiendo y chupando. Y, sí, no lo digo por decir: tengo mucho aguante.

—¿Quieres venir a chuparme los huevos, nena?

Pero habíamos hecho un trato y había dejado a Jovanka fuera de mi hechizo, así que la pobre lo único que hizo fue poner cara de horrorizada. Ví cómo Ángel le apretaba la mano, tratando de tranquilizarla, y me reí de buena gana. Llevé las palmas al culo de la camarera y le imprimí un ritmo más pausado. No quería que se reventara de primeras, la pobre muchacha.

—Así, déjate llevar. No tengo ninguna prisa.

—Pero ella debería estar trabajando.

—Me está trabajando a mí. Dale cancha. ¿Quieres que te pague por sus servicios? —le pregunté lamiendo el escote con dedicación—. Bueno, vale. El ambiente está un poco tenso para haber tenido dos de cuatro un buen orgasmo. Es normal que Ángel esté de mala hostia porque sigue con el nabo duro y nadie ha ido a consolarlo. ¿Te la quieres follar por el culo, mi querido demonio? —le pregunté separándole las nalgas a la pelirroja. No sería la primera vez ni iba a ser la última que compartiéramos a una mujer. Y, sí, estaba seguro de ello. Quizá la siguiente fuera Jovanka—. Venga, ven a

correrte junto a mí, que te he echado de menos.

Y, cómo no, Ángel trató de resistirse. Se aferró a la mano de la chica y ella, extrañamente, puso su otra mano sobre la de él, cubierta de tatuajes. Y, luego..., ¡él le puso la otra encima! Así, en plan «vamos a ver si con las cuatro manos unidas Satán no me lleva». Como si fuera una especie de torre de la fuerza o escudo del poder.

Gilipollas.

—Írian, ven a follarte la boca de la chica. Está deseando comerte la polla.

Aquello era un tira y afloja en referencia al poder que ambos teníamos. No debía demostrar nada. Ángel ya había comprobado que si se lo ordenaba... obedecería, como buen siervo que era y que iba a seguir siendo. Había hecho un trato con él. No iba a tocar a su juguetito humano en veinticuatro horas — quizá ya había pasado alguna, no llevaba la cuenta—, pero a él pensaba hacerle de todo. Lo deseaba demasiado.

Y lo mejor de todo era jugar con él.

No, no tenía que demostrarle que si me lo proponía hincaría la rodilla y besaría cada uno de los dedos de mis pies, pero estaba chulo eso de hacerle ver la jugada y que supiera, y temiera, lo que estaba a punto de pasar.

Y delante de ella.

Írian se puso de pie, se bajó los pantalones hasta los tobillos y se subió al sofá. Le sujetó la cabeza a la camarera y ella abrió la boca para recibirlo con gusto y agrado. ¿Cómo no lo iba a hacer, si se lo estaba sugiriendo yo? Se enterró hasta los cojones en ella, haciendo que su nariz se le pegara a la pelvis y que se le cortara la respiración. No la tenía tan grande como nosotros, el pobre no había podido elegir el tamaño de su verga, pero tampoco estaba mal servido siendo un humano joven y sano. Comenzó a bombear con fuerza y ella se agarró a sus muslos para no perder el ritmo. Mientras tanto, yo había empezado a embestirla con algo más de energía, pero sin dejar de abrirla las nalgas, enseñándole el destino inminente que tenía que seguir el demonio.

—No me hagas ordenártelo en voz alta, Ángel mío —le dije suavemente—. Quedaría feo un borrón así en el expediente que ella tiene abierto de ti. Su adonis teniendo que obedecer una orden directa. ¡Qué poco sexi! Bajarías unos cuantos puntos en la escala... —Ángel se tensó de mala manera, pero su polla rabiaba dentro del pantalón del traje. No podía evitarlo. Estaba diseñado para eso. Para estar allí cuando yo se lo ordenaba. Y le estaba ordenando, muy sutilmente, que viniera a compartir los agujeros de la camarera—. Sabes que yo puedo ser terriblemente cruel para que no pierda la

tensión. Tal vez la historia se me fue de las manos —le canté con mi perfecta voz melodiosa, mucho mejor que la de Leiva, ¡dónde iba a parar! Aferré las nalgas de la muchacha y la subí, dejando a la vista mi capullo medio introducido entre sus pliegues. Y, sobre todo, el agujero que debía ocupar él —. Sabes que yo puedo ser terriblemente fiel...

—¿Fiel a qué? —escupió el otro, mientras a mi lado la chica seguía chupando polla y el otro gemía como un animal en celo.

—A mí. A mis deseos. Y sabes que mis deseos... son los tuyos.

—Rompe ese maldito reloj.

—Ni lo sueñes, precioso. Como mucho... puedo hacértelo más fácil. ¿Lo ponemos otra vez a cero?

¿Más tiempo? ¿Para qué? Pero vete a saber si a él el ofrecimiento podía resultarle tentador. Tampoco quería humillarlo delante de Jovanka. Después de todo, adoraba a ese maldito y obsceno demonio.

—No, no quiero prolongarlo más. Acabemos con esto... cuanto antes.

Ángel puso las manos de ella sobre su regazo y le besó la sien, como si con ello pudiera apartar todo lo que estaba a punto de presenciar. Si era capaz de imaginarse las perversiones que pasaban por la mente de su demonio estaba a punto de presenciar en primera persona algo más que convertir a su tío en cenizas.

Se levantó y se colocó junto a nosotros. No volvió a mirar a la muchacha. Clavó la mirada en mis ojos mientras se abría la bragueta y sacaba su portentosa polla. Estaba duro como una vara de acero. Estaba loco por perder el control. Podía notarlo.

Restregó su capullo por el agujero de la muchacha. Escupió sin agacharse y su saliva se untó en su polla enrojecida. Pero no dejó de mirarme.

Aferró las nalgas de la chica, separándolas, y luego tirando de sus caderas se perdió en su interior como si le fuera la vida en ello. O la muerte. Lo que fuera, pero que le fuera. Dejó escapar el gemido más ahogado de la tierra y ella gritó, gimió y jadeó con la polla del cantante dentro de la boca, todo junto. Deliciosa escena que regalar a la pobre y asustadiza Jovanka. Empujó contra su cuerpo, empotrándomela contra mi pelvis. Yo hice lo propio y así, cada vez que ella iba a retirarse de alguna de las dos pollas, la empalábamos sin piedad. ¿Cuándo había sido la última vez que habíamos follado de esa guisa?

Ángel empujó y empujó. Yo hice lo mismo, sintiendo el poderío de su polla a través de las paredes flexibles de la chica. Le sonreí, satisfecho de su reacción. Al final, había creado a Ángel para que me complaciera si me

apetecía y eso era lo que estaba haciendo. Por mucho que se alejara de mí... tenía que regresar a mí si yo se lo ordenaba.

Se soltó los botones de la chaqueta y se inclinó sobre la espalda de su camarera, aferrándose a mí de los hombros para coger más fuerza y penetrarla como sabía que a mí me gustaba. Duro. Contundente. Inflexible.

—¡Joder, Ángel! ¡Cómo te había echado de menos!

—No puedo decir lo mismo...

Me dio igual que no sintiéramos que nos habíamos faltado el uno al otro. Con saber que siempre regresaría a mí era suficiente. Lo sujeté de los antebrazos, tirando de su chaqueta, y se despojó de ella para volver a colocar las manos sobre mis hombros. Vi sus músculos tensarse contra la tela de su camisa y me volví loco. Sus tatuajes danzaron bajo el blanco de la prenda, alterados de la alegría.

El cantante se dejó ir y se corrió con un gemido enloquecido, clavándose una última vez hasta la garganta de la chica. Ella, unos segundos más tarde, tuvo que luchar para apartarlo y lograr respirar. Tampoco nos apetecía follarnos a un cadáver, así que le ordené que se alejara un poco y la dejara tragarse su leche tranquilamente, antes de que nos la echara toda por encima mientras le dábamos lo suyo.

—Quiero llenarla contigo —le dije, más como una orden que como un deseo—. Ven a mí, adorado Ángel.

El demonio sacó su polla del culo de la camarera y buscó su coño para compartir el hueco húmedo que hasta hacía un instante solo estaba ocupada por la mía. Empujó y la llenamos por completo, haciendo que enterrara la cabeza contra mi pecho. Apretó la frente contra mi clavícula y Ángel se mordió el labio, exteriorizando que, aunque le jodiera en el alma reconocerlo, lo estaba disfrutando horrores. Follar con Satán siempre era una gozada, lo mirara por donde lo mirase.

La chica dilató con dificultad, pero lo hizo. Se amoldó a nuestro tamaño y un momento después ya estaba jadeando otra vez. Demasiado húmeda como para que no le resbaláramos dentro, a pesar de nuestros tamaños.

Cambiamos los ritmos, alternando las embestidas para rozarnos el uno al otro, como en los viejos tiempos. La camarera se corrió mientras a nosotros nos empezaba a subir algo más que las ganas de dejarnos ir y llenarla de leche. O quizá eso solo me pasaba a mí, porque el cerebro de Ángel de pronto estaba herméticamente cerrado para que no pudiera leerlo. Costaba hacerlo y yo tenía puesta toda mi atención en el roce de su polla contra la mía, así que

tampoco le dediqué demasiado tiempo.

—Mójame ya.

La camarera seguía gritando como enloquecida cuando Ángel la sujetó de los hombros e imprimió un nuevo ritmo enfermizo a sus caderas. Por el rabillo del ojo pude ver cómo observaba la escena Jovanka, pero no tuve tiempo ni ganas de enterarme de lo que estaba sintiendo. Ya podría leerla luego usando esa función tan útil como manejable de ir hacia atrás en sus recuerdos y ver exactamente qué había pasado por su cabeza. La frente de Ángel se apoyó entre los omóplatos y jadeó contra la piel de ella, empotrándose con fuerza en su coño. Y así, a una velocidad envidiable para la edad que aparentaba, sus caderas echaron fuego y su polla se hinchó para reventar dentro de ella.

Sonreí y me llené de él, exultante.

Y me dejé ir, explotando como tiempo atrás, mezclando nuestras perversiones además de nuestra malévola simiente.

«El ángel dentro de mí puede tener todas las respuestas, pero el diablo dentro de mí tiene toda la diversión».

Anthony. T. Hincks

Ángel se recompuso en cuanto su cuerpo le permitió hacerlo y las fuerzas regresaron a él. En nuestra defensa diré que para nosotros un buen orgasmo podía dejarnos extenuados durante horas, pero porque nos empleábamos a fondo en el arte de follar. No fue el caso en esa ocasión. El demonio solo tardó un par de minutos en volver a ser él mismo, mientras que Jovanka no sabía dónde meter la cabeza que acabó tapando lo mejor que pudo con las manos. ¿Cómo había llegado a aquella situación?

Miró a Írian y este, a su vez, a todos nosotros, como si pidiera permiso para salir del reservado y regresar a su escenario. O al baño a vomitar todo lo que había cenado. Al menos allí, al menos de forma imaginaria, sentía que era dueño de sí mismo.

—Sí, anda, vete —le dijo Ángel escuchando su súplica interna.

Pero tuvo que mirarme a mí para saber si yo ya había terminado con él. Ya se había colocado en su lugar: Bien por mi demonio.

—Sí, puedes marcharte... y tocar algo divertido. ¿Qué tal la de *Don Diablo*?

Me tronché de la risa, quitándome a la camarera de encima, la cual también de pronto necesitaba urgentemente salir de aquellas cuatro paredes —por llamarlas de alguna manera, que en verdad solo había una y tres lados cubiertos con cortinas de luces—.

—Mejor la de *Dramas y comedias* —me corrigió el otro abrochándose la chaqueta y arreglando su aspecto tras el folleto.

—Tú hazme caso a mí —le dije al cantante que salió despavorido.

Un minuto después ya tenía una nueva guitarra al cuello y empezaba a tocar *Don Diablo*. Si es que no había nada como tener un séquito para sentirse como en casa. Ángel, por su parte, fue incapaz de mirar a Jovanka que acababa de hacerse con la copa y se la estaba bebiendo de un trago. ¿Qué acababa de

pasar? Me metí en su mente y la encontré... ¡excitada!

—Pero... ¡por favor! Esto se dice antes —la reprendí cogiendo también mi copa. La camarera apartó la cortina y corrió como alma que lleva el diablo. ¡Qué me gustaban las expresiones de los humanos!—. Podríamos haberte buscado un hueco. ¡O todos tus huecos! ¿Te habría gustado ser la que hubiera estado en el centro de todo el meollo? ¿Muchas pollas para ti sola? Es lo que deseabas, ¿no?

—Déjala en paz, Satán...

—¿O qué?

Ángel tragó, interponiendo su cuerpo para interrumpir el contacto visual entre ambos y sentimos el suspiro de alivio de la muchacha a su espalda. Era demasiado para ella. Eso lo hacía más emocionante.

—Vale, vale. Me vuelvo a mi cueva. O a tu despacho. ¿Serás capaz de avanzar sin mí? —le pregunté cogiendo la copa y la botella de vodka y poniéndome en pie. Llevaba aún la polla fuera, medio erecta todavía. No pensaba hacer nada para meterla en su sitio. Si alguien en la zona iba a escandalizarse ya podía ir poniéndose de rodillas para recibir una buena dosis... de realidad. De *mua*—. Mira que siempre estoy dispuesto para echar un cable.

—O una mano al cuello.

—Eso solo si les excita la asfixia mientras se corren, querido Ángel.

Y miré a Jovanka. ¿Qué le gustaría a ella? Era aún un libro por escribir. ¡Cuántas posibilidades! Me despedí con un gesto de la mano cargada con la botella y aparté la cortina para dirigir mi guapo cuerpazo al despacho destrozado del dueño del local. Habría que hacerle unos retoques.

En cuanto me fui Ángel sintió la mirada de Jovanka en la nuca, juzgándolo como nunca nadie lo había hecho. No, en realidad sí que lo habían hecho así antes, cuando permitió que asesinaran a su familia, hacía ya tantísimos años. Reunió el valor suficiente para girarse y enfrentarla directamente.

—No pienso permitir que te toque, te lo aseguro.

—¿Qué más da? —replicó ella cabreada de narices de pronto—. Si permites que lo haga cualquiera. Primero, aquel... asqueroso.

—Eso lo impedí y lo sabes —la interrumpió el otro.

—Y, ahora..., ¿dejas que lo haga el cantante?

—No era él...

—¡Sí! ¡Sí que era él!

—Sabes en lo más profundo de ti que no lo era...

—Sé que cuando debías estar... te marchaste.

—Si llego a quedarme... —Pero no fue capaz de continuar.

—¿Qué? —preguntó a gritos ella golpeándolo en el pecho, empujándolo. Pero en esa ocasión Ángel no se fue hacia atrás, aparentando que había sentido el golpe.

—¡No puedo!

—¿Por qué demonios no puedes?

—Porque soy precisamente eso.

Jovanka se tiró de los pelos, revolviéndolos luego.

—¿Y por qué a ella sí que te la has follado?

—¿Eso es lo que querías? ¿Ese trato? —le preguntó, a punto de perder la poca cordura que le quedaba después de todo. Era de locos—. ¿Querías que él tomara el control? ¿Que te manejara a su antojo?

—No... —susurró y agachó los ojos—. Quería que lo hicieras tú.

—Hay miles de cosas que no puedo darte —le dijo en el mismo y lastimero tono.

—Dime una que sí puedas.

Ángel cerró los puños con tanta fuerza que temí que se rompiera los huesos de ambas manos. Avanzó un par de pasos mientras ella se erguía y se estrellaron el uno con el otro. Sus bocas se entregaron al frenesí del beso más húmedo que podían darse. Chupando, lamiendo, mordiendo, acariciando. Ángel la estrechó entre sus brazos y la elevó para sostenerla a su misma altura y ella lo rodeó con los suyos, sin importarle lo que pasaría después. Jovanka sí que había perdido la cordura. Estaba claro que para eso solo había que enfrentarse a sus propios demonios.

Y aquel era el suyo.

—¿Por qué conmigo no puedes?

—Porque no puedo hacerte esto. No lo mereces. No me necesitas. En cuanto te repongas del todo...

—Deja de tratarme como a una niña.

—¡Joder, Jovanka! ¿Acaso te crees que me gusta esto? ¿Acaso piensas que puedo verte de otra forma con la edad que tengo? ¿Te habría gustado que aparentara menos edad para hacértelo más fácil? —Y al decirlo su rostro se transformó en el de Írian—. Vi cómo lo mirabas... Y sentí cómo lo deseabas.

Los ojos de Jovanka se abrieron de forma pasmosa.

—No lo deseaba a él —soltó, como si necesitara defenderse de las acusaciones del otro.

—Ya, claro, deseabas a cualquiera que pudiera darte lo que yo no he querido.

Jovanka sacudió la cabeza. ¡Joder con los demonios!

—¿Quieres quitarte esa cara, por favor? —le gritó. Para entonces ya volvían a estar los dos nuevamente enfadados. Lo de reconciliarse con un beso había servido para bien poco.

—¿Prefieres esta otra? —preguntó, realmente enojado, probándose mi nuevo rostro. Guapo a rabiar. Jovanka hizo un gesto de asco—. O quizá te pone más...

Comenzó a dibujarse en su cara los rasgos de Olaf y la muchacha se llevó las manos a la cara, sofocando un grito. Tarde para darse cuenta de que había metido la pata hasta el fondo, pero dio marcha atrás antes de que su tío se terminara de dibujar en su rostro. Un instante después la conocida y encantadora cara de Ángel volvía a ser la de siempre —la de siempre que ella conocía— y se llevaba las manos a la barbilla, como si quisiera medio arrancársela para corregir tamaña estupidez.

«La verdad es que estoy por darte cuarenta y ocho horas en vez de veinticuatro solo por ver cómo puedes joderla más».

Ángel se giró y apartó la cortina para mirar directamente al escenario. Buscó al cantante, a ese que sí había estado dentro de ella y había disfrutado de la calidez y juventud de su cuerpo, y puso en su mente la siguiente canción que debía sonar. Como en otras ocasiones, Írian no la conocía, pero no le quedó más remedio que seguir las órdenes de su jefe, ponerse a escucharla en su cabeza y tratar de no jugarse el cuello por un par de notas que no sonaran como era debido. El demonio, tras un rato, se giró con cara de necesitar el perdón de todos sus pecados, que eran muchos.

Demasiados.

«¿Cuál es el pecado que quieres compartir conmigo? Los he cometido todos...».

—Jovanka, yo... —Pero fue incapaz de seguir. Comenzó a sonar la melodía que había pedido y cerró los ojos—. Lo siento.

Se me descolgó la mandíbula. ¿De verdad había dicho mi demonio «lo siento»? ¿De verdad era capaz de disculparse por algo?

Y se marchó del reservado.

Jovanka lo siguió con la vista hasta la barra del bar donde siempre le gustaba tomarse esa copa y fumarse ese puro. Allí se instaló, sin ganas de meterse en el despacho donde tendría que enfrentarse conmigo. De buena gana se habría marchado del club, pero temía, por encima de todas las cosas, lo de dejarla a solas en su local. Había riesgos que no estaba dispuesto a correr.

—Para empezar, diré que es el final. No es un final feliz, tan solo es un final. Pero parece ser que ya no hay vuelta atrás —comenzó cantando Írian. Jovanka reconoció la canción de M-Clan y no tuvo duda ninguna de por qué sonaba precisamente en ese momento—. Solo te di diamantes de carbón, rompí tu mundo en dos, rompí tu corazón. Y ahora tu mundo está burlándose de mí.

—Miedo de volver a los infiernos —cantó Ángel, sin voz, desde la barra, mirando a Jovanka a través del reflejo del espejo que había delante de ellos. La chica seguía parada, con la cortina de luces apartada entre sus dedos y la respiración agitada—. Miedo a que me tengas miedo, a tenerte que olvidar. Miedo de quererte sin quererlo, de encontrarte de repente, de no verte nunca más.

Otra cosa no, pero había que reconocer que Ángel tenía muy buen gusto para elegir la música que tenía que sonar en cada momento. Y había elegido una canción muy buena para terminar de partirle el corazón a la única chica que lo había hecho vibrar después de vete a saber tú cuánto tiempo. Tomó una calada de su cigarro y bajó la cabeza, buscando en la mente de ella la reacción a la melodía. Pero allí solo encontró la imagen de Ángel follándose a la camarera junto conmigo y con el cantante. Era incapaz de pensar en otra cosa. ¿Por qué demonios lo deseaba tanto? Yo había apartado ese encanto embriagador de ella. Podía rehacer su vida, salir corriendo de allí... hasta que yo le diera alcance. ¿Por qué esa obsesión?

«Porque los humanos son mucho más que unos trozos de carne a los que puedes dar órdenes».

«Pues entonces están mejor preparados para esto que tú».

«Es lo que tiene que estén bajo la protección de tu padre».

—Oigo tu voz siempre antes de dormir —siguió cantando Írian—. Me acuesto junto a ti y, aunque no estás aquí, en esta oscuridad la claridad eres tú.

«¡Venga ya! Haberle escrito una carta. ¿Por qué eso de usar siempre a este tipo para decirle cosas bonitas o meterle directamente la polla?».

«Porque es humano. Porque es de su edad. Porque puede entenderla mucho mejor de lo que puedo hacerlo yo».

«Pero ella quiere que la entiendas tú. Y que se la metas tú, ya de paso».

«Pues tiene un problema».

No, en verdad tenía dos. O muchos más. Pero no quise hacer leña del árbol caído. Sí, poco propio de mí, lo sé.

—No habrá segunda parte... —siguió Írian, aporreando la guitarra, desafinando a ratos—. Y no sé cómo hacer para borrarte...

Ángel se levantó del taburete, dejando el cigarrillo y la copa a medias, hizo un gesto al vigilante para que preparara su coche y a todos se les fueron las

patas al culo para conseguir abrirle la puerta del club al jefe. No podía dejarla allí..., pero tampoco podía quedarse. ¡Joder!

«No, lo tienes tú».

«Aquellos que consideran al diablo como un partidario del mal y a los ángeles como guerreros del bien, aceptan la demagogia de los ángeles. Claramente, las cosas son más complicadas».
Milan Kundera

Mientras movía nerviosamente el pie derecho sobre la acera y se afanaba en abrocharse y desabrocharse los dos botones de la chaqueta, obviamente de forma ansiosa y absolutamente compulsiva, esperando a que alguno de sus trabajadores le acercara el coche hasta donde él estaba —¡qué locura habría sido eso de ir a buscarlo él solo!— no dejaba de hablar consigo mismo.

Como si estuviera solo y yo no pudiera escucharle, vamos.

«No la dejes ahí dentro. Vuelve, regresa a por ella. No seas imbécil. Da igual la impresión que tenga de ti. No se la dejes a él. A ninguno de los dos. Regresa. Regresa...».

Me sentí inmediatamente ofendido. ¿No se la dejes a ninguno de los dos? ¿De verdad se pensaba Ángel que Írian tenía algo que hacer estando yo en el juego? ¿De verdad cualquier ser del universo se pensaba que podía ganarme si yo me proponía jugar? ¡Por favor!

«Ángel, de verdad, esto es absurdo. He venido hasta aquí para abrirte los ojos...».

Mi demonio sacó una pitillera del bolsillo interior de la chaqueta y lo encendió como lo haría cualquier humano. Con mechero y poniendo la mano delante de la llama para que no se apagara por culpa de la brisa de la noche. Eché la cabeza para atrás y de veras pensé que lo había perdido. Se comportaba como un humano. Miré el puro que había sobre la mesa, enganchado en el cenicero, donde lo había dejado antes de que empezara todo lo divertido de la noche. Sí, la pelea también. Lo hice humear solo con desearlo, prendiéndolo como cualquier hijo de Infierno habría hecho. ¡Por cojones, maldita sea!

No, no iba a perder a Ángel por aquella gilipollez. Si era necesario mataría a la chica. Liquidaría a todo su personal, derruiría el local, echaría abajo el hotel donde se hospedaba. No pensaba permitir que las cosas se me escaparan de las manos. Yo era el que tenía el control de la situación. Yo...

Ángel vio cómo su deportivo —¿ese era nuevo?— derrapaba en la esquina

para tomar la Gran Vía como si al conductor le fuera la vida en ello. De verdad, me encantaban ese tipo de expresiones. Porque era verdad, le iba la vida. Con el humor de perros que llevaba ese día —vamos a ser sinceros, todos los putos días desde que la conocía— podía cargarse a media plantilla antes de que a mí se me ocurriera la forma de hacerlo.

—Perdón por la tardanza, don...

—Quita de en medio —le soltó el otro, empujando al chico aterrorizado que se acababa de bajar del coche. ¿Rojo? ¿De verdad? ¿Para cuándo uno rosa con los forros de los sillones con la cara de Hello Kitty?—. Y tú. ¡Sí, tú! —me gritó mirando al cielo, como si me fuera a encontrar allí, el muy fumado—. Deja de pensar en mí. Deja de meterte en mi vida. ¡Olvídame! ¿No sabes hacerlo? No me digas que no hay almas retorcidas por estos lares que te llamen la atención—. Luego miró al pobre chico que le había acercado hasta allí el coche—. ¿Y tú qué cojones miras?

El pobre tipo salió a escape de la calle. Golpeó la puerta del local con el cuerpo y alguien desde dentro se apiadó de él para dejarlo pasar. Ángel metió el cuerpo en el coche y lo hizo rugir acelerando sin meterle marcha alguna. Los viandantes de la Gran Vía lo miraron con cara de espanto, como si pudiera resultar ser el perpetrador de un atentado en potencia. Del ISIS, o peor, que nunca se sabía lo que había escondido en las cloacas. Coche subido a la acera de la Gran Vía, a punto de atropellarlos a todos. Se apartaron con el susto metido en el cuerpo. Ángel metió primera con el embrague pisado e hizo rugir nuevamente el motor.

Interesante observarlo todo desde la barrera.

Pero la puerta del despacho de Ángel se abrió de golpe y al otro lado apareció Jovanka, hecha una furia. Cabreada nivel «te voy a arrancar los cuernos o todas las plumas de las alas si las tuvieras a la vista», pero en humana, sin mucha convicción de que yo fuera a ser capaz de mostrarle mi verdadera naturaleza. ¡Qué poco me conocía! ¿Un reto?

—¿Vienes a jugar? —le pregunté poniéndome en pie y dejándome tentar por la necesidad de mostrarle todo mi poderío en su mayor esplendor. Que es mucho, para qué nos vamos a engañar.

En los ojos de Jovanka brillaba un instinto asesino de la leche, de esos que me gustaban en mi séquito en Infierno. ¿Me la llevaba allí y mandaba a tomar por culo todo lo de mantener mi palabra y el reloj de arena y bla, bla, bla? Me estaba tentando mucho la idea. Se me estaba poniendo dura.

Ahí estaba lo que había enloquecido a Ángel. Su capacidad para hacer

exactamente lo contrario a lo que se esperaba por un claro y sencillo instinto de supervivencia. Huir, salir corriendo, esconderse. Jovanka no sabía hacerlo. No sabía salvar su vida del peligro. Se había quedado en su casa, obedeciendo a sus padres, a pesar de tener claro que no quería un matrimonio de conveniencia. Se había callado cuando su tío se la folló para evitarle un disgusto a la unidad familiar —¿unidad familiar?, ¡qué poco adecuado!— y hasta había soportado las embestidas de su tío contra su coño abierto y seco —todo había que decirlo, que en su defensa diremos que nunca le excitó y ni siquiera le pareció mínimamente adecuado eso de dejarse follar, de ahí que se resistiera todas y cada una de las veces— con tal de no hacer saltar el mayor de los escándalos entre las cuatro paredes que compartía con su familia. Sí, extraña familia, horrible familia, esperpéntica familia. Pero la única que tenía. Y había dejado que todo fluyera cuando por fin conoció a alguien que le dejaba hacer, aunque no le permitiera salir de la cárcel de cristal que le había preparado...

No, ¡maldita sea! Tenía que haber algo más.

Que era humana. Y los humanos tienen sentimientos. Y los sentimientos eran contagiosos.

«Vamos a ver qué sentimientos encuentro dentro de ti, pequeña Jovanka. Y vamos a comprobar qué maravillas descubro dentro de tu coño. ¿Estás mojada? Seguro que me deseas...».

—¿Vienes buscando guerra? —le pregunté otra vez dejando la copa a un lado. Sí, éramos muy de tener la copa en la mano. Podía decirse que nos venía de fábrica.

Si no, también nos agarrábamos la polla, que también nos daba un gustito de la hostia. Subiendo y bajando la mano, no solo con agarrarla nos corríamos. Que, para eso, con cuerpo humano...

Vale, si llego a ordenarle a mi polla que se corriera lo habría hecho al igual que se había encendido el puro, pero era menos intenso y emocionante.

—Vengo a partirte a ti también la cara, hijo de puta.

«Venga, vamos a jugar...».

La verdad era que no había entendido muy bien ese arrebató de Jovanka a la hora de abofetear a Ángel para luego aceptar que la agarrara de la muñeca y la arrastrara al reservado para luego permitir que contemplara una de esas orgías divertidas de las que solíamos disfrutar en Infierno. Allí, de todos modos, Ángel en vez de meterle la polla por el culo a la pelirroja me la habría metido a mí y luego habríamos cambiado los papeles y él se habría corrido de gusto con mi polla entre sus nalgas, pero allí estábamos en otro terreno y tampoco íbamos a pecar de... de... ¡Qué cojones! ¡Allí habíamos ido a pecar, sin lugar

a dudas! La tierra era el mejor lugar para eso. Las Vegas nos quedaba un poco lejos, pero Madrid, como contrapunto, no estaba nada mal.

—Déjame que adivine. Quieres el mismo trato que la camarera. ¿Cómo lo quieres? ¿Con humanos o me traigo a un par de demonios para que sepas lo que son pollas ardientes de verdad? —le pregunté haciendo que las luces se volvieran rojas y el aire mucho más denso—. ¿O quieres que te enseñe cómo folla Satán en realidad... usando todos sus apéndices disponibles?

Estaba cantado que alguien acabaría reaccionando.

—¡Mierda! ¡Joder! —gimió Ángel en la calle y golpeó el volante tan fuerte que lo empotró contra el tablero de cuero.

Sí, ese alguien.

Le dio a la manecilla para abrir la puerta del coche y casi se queda con ella en la mano. La empujó y puso las suelas de sus zapatos en la acera. Tardó solo un par de pasos en llegar a la entrada, donde el portero no se había atrevido a cerrar la puerta. Se la apartó antes de que lo arrollara con todo su poder sobrehumano. Menos mal que lo vi venir, porque de lo contrario habría echado una pared abajo de la fuerza que usó en cada zancada y el empujón que le dio a Jovanka para apartarla de su camino e ir hacia donde yo estaba.

—Vete a tomar por culo tú y tus promesas, tu reloj y tu Infierno —me dijo cuadrándose delante de mí como si fuera uno de los soldados más aguerridos de mi ejército. En verdad, ¡joder!, lo era—. ¿Me quieres? Ven a buscarme, a ver si eres capaz de dominarme esta vez.

«Cielo, si alguna vez desaparezco, por favor dile a todos que fui tras el diablo tratando de recuperar mi alma».

April Genevieve Tucholke

Hay cosas que tienes que tomarte en serio. La mirada de Ángel al entrar por la puerta de su despacho era una de ellas.

—Venga. El reloj sigue corriendo. ¿No prefieres hacer las cosas bien? —le pregunté llevando el objeto hasta ponerlo, flotando, delante de sus putas narices.

Y él... hizo del objeto un maldito puñado de añicos de cristal al estamparlo contra la pared. No intenté evitarlo. Después de todo ya no servía de nada. Habíamos llegado demasiado lejos con aquel maldito juego. Lo mejor era proceder a la retirada —de cualquiera de los dos, no digo que tuviera que hacerlo precisamente él— o aceptar que uno de nosotros iba a perder la vida —o lo que fuera aquello— unos momentos después.

Y no es que dudara de mi capacidad, es que me daba una pena terrible hacer desaparecer una criatura tan valiosa y maravillosa como Ángel. Pero así era la vida. O, repitiéndome, lo que cojones fuera aquello.

Jovanka estaba en el suelo, desmadejada, como la había dejado el demonio. El personal estaba desalojando el local, como si Ángel se lo hubiera ordenado, aunque no tenía constancia de ello. Ciertamente era que había estado prestando demasiada atención a Jovanka desde hacía un rato —pequeñín—, pero había que reconocer los errores. A Ángel no se le podía dar la espalda. Nunca. Jamás de los jamases. Ángel era un tipo muy peligroso, alargando mucho la «u», para que sonara muy, muy, muy, pero que muy larga. Y me había despistado con la chica. Era lo que pasaba cuando se ocupaba un cuerpo humano, se te levantaba la polla y solo pensabas en reventarla a golpes mientras gemía como un animal en celo. Sí, así había visto a Jovanka. Con sus rasgos oscuros, a cuatro patas, ofreciendo sus agujeros para mi uso y disfrute. Así la habría puesto si no llega a estar la puerta del despacho de Ángel desencajada de las bisagras de lo fuerte que había apoyado él las manos en

ella. Tampoco es que me importara demasiado la intimidad. Quiero decir, que si había gente mirando en el pasillo mientras me follaba a la humana favorita de Ángel tampoco pasaba nada.

—No vas a hacer nada. No vas a tocar a nadie. Hasta aquí llegó tu juego. Si quieres que nos destruyamos el uno al otro... bienvenido a mi infierno.

—Tu infierno es mío, querido Ángel.

«En Infierno hacía más calor, pero me encanta Madrid y su asquerosa temperatura».

—No tienes ni puta idea de lo que es mi infierno, pero estoy muy interesado en llevarte hasta allí y dejarte que disfrutes de lo lindo. ¿Preparado?

Uno de los dos iba a morir.

Y estaba claro que no iba a ser yo.

Jovanka consiguió levantarse y se colocó pegada a la pared para poder ser testigo de todo. El morbo de lo que podía pasar. El motivo por el que se formaban los atascos en la autopista cuando había un accidente de tráfico. Los humanos querían saber, querían ver, querían ser testigos. Todo el mundo estaba huyendo del local, pero ella se quedaba, porque sabía lo que iba a pasar a continuación. La destrucción total. El edificio de cientos de años se vendría abajo y Ángel tendría que decidir entre salvarla a ella o a su propia vida. Nada que no tuviera previsto. Al fin y al cabo, los humanos morían y era el diablo el que sobrevivía. Siempre lo hacía. Los ángeles éramos así, aunque fuéramos caídos del cielo.

—Venga. Muéstramelo.

—Deja que ella se salve —dijo casi como una orden.

—Entonces no tiene gracia, hombre. No me pidas cosas fuera de guion, que sabes que me cuesta mucho aprendérmelo y así no es divertido.

—Nosotros morimos, ella vive.

—No, rectifica. Ella muere. Tú quedas seriamente lesionado y yo te llevo a rastras a Infierno tirándote del rabo. De cualquiera de ellos. Y así haces feliz a tu señor. Quizá dentro de un par de siglos te vuelva a dejar salir a jugar con el resto de niños, pero no te garantizo nada.

—Si ella muere... tú también. —Y quedaba claro que aquello era una auténtica amenaza.

—Pretencioso.

—Y yo con los tres.

—¿De verdad no piensas hacer caso?

—Dejé de hacerlo en cuanto me marché —replicó y en eso no le faltaba razón al muy cabrón.

—No, en cuanto apareció ella. Antes no eras así.

—Pon la fecha que quieras...

—¡Es ella! ¡Maldito gilipollas! Es todo por culpa de ella.

Y de la rabia la hice subir por la pared, haciendo que le faltara el aire. Como si la estuviera arrastrando presionando su torso con la palma de mi mano e impidiera con mi fuerza que sus costillas se expandieran. Habría sido una visión dantesca si llega a haber alguien para observarla, pero allí solo estábamos Ángel, la desgraciada y yo. Y a nosotros eso de ver almas arrastrarse por las paredes hasta llegar al techo, para luego desafiar las leyes de la gravedad —fuerte gilipollez lo de las putas leyes— no nos dejaba con la boca abierta.

El demonio dio un salto y tiró de Jovanka hacia el suelo, tratando de interponer su cuerpo entre nosotros dos para que así la joven pudiera volver a respirar. La sensación de angustia de ambos era palpable y me sentí bien al saber que los había puesto otra vez en su lugar. Donde tenían que estar. Debajo de mí. ¿Quiénes se habían creído que eran?

A Ángel le costó un mundo, pero por fin la arrancó de mis garras. Vale, quizá yo lo ayudé un poquito, dejando que hiciera su voluntad. Si siempre ganabas en todo..., ¿qué diversión había en el juego?

—¿Podemos volver a lo que es realmente importante de una vez? — pregunté cruzando los brazos, viendo cómo el demonio la acunaba contra su pecho mientras ella recuperaba la consciencia—. Así vamos a tardar una eternidad.

—Pues, por lo que entiendo, la tenemos...

—Sí, pero ella no. ¿Vas a dejarla morir entre tus fuertes y aguerridos brazos, esperando un milagro que no va a producirse, para después echármelo en cara? Mira que mi padre no es de ayudar a los demonios...

—También somos sus criaturas, ¿no?

—¿Eso te hice creer? —me burlé mordiéndome el labio inferior—. Me parece que debo reorganizar un poco tus ideas.

Jovanka despertó al fin y se agarró al cuello de Ángel, estremecida por lo que acababa de vivir. Era una chica sufrida, pero sabía que todavía podía aguantar un poco más si se lo proponía. A Ángel esa idea no le gustaba un pelo, ¿pero desde cuándo él y yo nos habíamos puesto de acuerdo en algo?

—Dime qué quieres y lleguemos a un acuerdo —me pidió—. Sin más. No te pediré nada más en la vida. Por favor...

—No estás en posición de negociar y lo sabes bien.

Le mostré todo lo que estaba dispuesto a hacerle a la muchacha. Desgarrarle la ropa y dejarla a mi merced. Hacer que se arrodillara ante mí y meterle la polla en la boca tan fuerte y tan adentro que le faltaran el aire y las fuerzas. Y, a pesar de ello, que se le empapara el coño porque si Satán jugaba con humanos... Satán ganaba. Estamparla contra la pared, abrirle las piernas y exponer sus agujeros para jugar con ellos a mi voluntad. Primero taladrando su coño como jamás se lo habían hecho. Después, abriendo su culo para que mi verga le llegara tan adentro que sintiera que podía partirla en dos. O partirla en dos, directamente, con tanto meterle y sacarle mi rabo. No uno cualquiera, sino el más poderoso de todos. Follármela tanto que sintiera que explotaría de placer y moriría en el mismo acto. Darle esas cosas que jamás nadie podría darle, ni tan siquiera Ángel. Destrozarla y recomponerla para volver a destrozarla. Y así toda una eternidad, porque a mí no se me bajaba la polla si yo no quería. Y me podía correr tantas veces como quisiera. ¿Cuántas podría aguantar ella?

Dejé que Ángel leyera mi alma, si es que la tenía. Dejé que Jovanka supiera lo que le esperaba cuando hubiera acabado con su paladín alado y coronado de cuernos.

Una hedonista obra de arte.

Mi querido demonio la dejó en el suelo. Le iban a hacer falta los dos brazos para enfrentarse a mí y lo sabía de sobra.

Aun así, estaba todo perdido.

Aun así..., iba a intentarlo.

Ella procuró mantener la verticalidad al poner los pies en el campo de minas en el que se había convertido el despacho de Ángel, pero casi se deja los huesos de los tobillos en el intento. Sin soltarle la mano a mi demonio, dio un par de pasos hacia atrás, obedeciendo la orden de él no pronunciada.

«Aléjate. Y en cuanto puedas... ponte a salvo».

Pero los tres sabíamos que la palabra no era la adecuada. No había un «a salvo» que valiera. Si yo seguía en la tierra nunca estaría a salvo. Si me iba a Infierno... tampoco lo estaría. Y mi padre no era de otorgar sus bendiciones a diestro y siniestro así que ya podían ir descartando la idea. Una preciosa mirada, el uno enganchado a los ojos de la otra... y así se despidieron.

—¿Comenzamos?

Otra vez el traje de Ángel acabó consumido por las cenizas y su cuerpo desnudo lució en todo su esplendor, desplegando todos sus atributos demoníacos. Ardía de pura rabia y así era como me gustaba tener a mi

guerrero. Entregado a mis deseos, sin más. Y deseaba rompernos los huesos el uno al otro.

Hice lo mismo, cómo no, encendiendo mi piel y enrojeciendo mi cuerpo hasta tal punto que todo el mundo habría creído que era uno de esos guiris que se quedaban dormidos durante horas en la playa a eso de las doce del mediodía y no despertaban hasta que se les había pasado la mayor cogorza de sus vidas. Quemaduras de segundo grado. Ampollas. Lo que fuera. Así encendí yo mi piel y dejé llamear mis ojos mientras mis alas se medían en envergadura con las de mi digno —aunque no igual— adversario.

Quizá no haya sido la forma más sexi de describirme, pero yo me encuentro así tremendamente arrebatador. Cuestión de gustos, imagino.

Leí en su mente que le habría hecho un enorme favor si llego a permitirle despedirse de ella.

Pero yo no concedía favores.

Ángel se me abalanzó con rapidez y me rodeó con maestría, colocando sus manos alrededor de mi cuello con la intención de cortarme la respiración o, si conseguía la suficiente fuerza..., arrancarme la cabeza del tronco. Pero ya ninguno de los dos estaba usando su cuerpo mortal y allí no había cabeza que pudiera asfixiar o arrancar. Forcejeamos mientras trataba de imponer mi voluntad —sí, trataba, porque en serio que a veces se podía poner muy terco el muy demonio—, pero decidí que por una vez... iba a demostrarle que podía ganarle y no porque fuera el diablo.

«No seas tan creído. No eres tan poderoso aquí arriba. Tu cuerpo se debilita si no lo ejercitas. ¿Cuánto hace que no luchas como es debido? Te has vuelto un ser que ha perdido perspectiva».

Me burlé por lo bajo, pero tenía que reconocerle que llevaba razón. Él era un guerrero y yo, por más que fuera todopoderoso, tenía mis limitaciones en el cuerpo a cuerpo. No con él, claro. De veras que no me sentía en desventaja, pero la realidad estaba allí. Me encontraba un poco oxidado, no obstante, lo arreglaría en un momento.

Miré a Jovanka mientras Ángel ejercía más presión sobre mi cuello. La dulce y tierna Jovanka. La temeraria y desobediente Jovanka. La obscena y perversa Jovanka. Tantas caras, tantos secretos.

«No sabes de lo que soy capaz».

«Ni tú tampoco».

No supe si se refería a él o a mí. La fuerza que ejerció fue tal que me mareé. Llevé las manos a sus brazos y sus tatuajes huyeron de su piel allí donde yo puse mis garras. Pero no aflojó su llave y sentí arder todo el cuerpo.

No me dejaba más opción.

Miré nuevamente a la chica, aterrorizada a un lado, sin atreverse a marcharse, pero tampoco a quedarse. Pura contradicción, como siempre. Miró a Ángel como si lo creyera capaz de vencerme.

«Mataré monstruos por ti».

Faltaba saber cuál era el verdadero monstruo.

Ángel también la miró.

No quedaba mucho más que decir.

—Sea.

«El diablo es optimista si cree que puede hacer más daño al hombre».

Karl Kraus

—¿Me has matado, pedazo de cabrón?

La risa se me escapó de mala manera. De esas que hacen tronar el cielo como en una tormenta y derrumban catedrales. De esas que me encantaba soltar cuando regresaba a casa.

El diablo volvía a estar en Infierno.

Y me había traído a mi demonio conmigo.

—¿Acaso esperabas que fuera a ser de otra manera? —le pregunté dándole una palmada en la espalda. Se revolvió tratando de no consumir el contacto, pero tenía la cabeza en otra parte y así los movimientos se hacían lentos y pesados—. No creerías en serio que te dejaría ganar, ¿no?

Ángel golpeó el suelo con el puño y abrió un cráter en el que habría podido vivir toda una familia de japoneses. Varias generaciones. Los japoneses eran pequeñitos, de todos modos. No resultaba un gesto demasiado espectacular si ponía eso de ejemplo.

Un cráter. Uno tamaño estándar.

—Venga, no hagas un drama. ¿Cómo era tu canción?

—¡Déjate de canciones! —me gritó faltándome al respeto en mi propio reino—. ¡Mándame a cualquier otro sitio! Déjame en el limbo si quieres. Pero no me obligues a verte esa cara de hijo de puta todos los días, porque no encontrarás descanso si yo estoy aquí...

—Ya sabes que no me gusta que me amenaces —le reprendí, cansado de su actitud de colegial—. Harás lo que yo te diga y no hay discusión que valga en este asunto.

—¡Esto no es vida, Satán! ¿De verdad quieres pasar así la eternidad?

—Que la vida me disculpe todas las veces que la llegué confundir con la muerte —le recité echando la cabeza hacia atrás y respirando el olor familiar de mi hogar. Aunque hubiera pasado solo un par de horas fuera lo había echado de menos. ¿Quién podía encontrarle el atractivo a la tierra?—. ¿No te

parece maravilloso?

Ángel miró también hacia arriba, donde una humareda roja se condensaba, como si nos diera la bienvenida. Para él habían pasado muchos días, con sus respectivas noches, aunque allí se midiera el tiempo de una forma completamente diferente. ¿En eternidades?

—¿Cómo está ella? —me preguntó, de pronto, encogiendo los hombros en un gesto de resignación que podría haberme conmovido si yo fuera de conmoverme fácilmente. O de conmoverme, simplemente.

Le regalé una sonrisa torcida de lo más perversa.

—¿No te acuerdas de nada? —le pregunté burlándome de él. Me senté con tranquilidad en una roca que ya tenía la forma de mis lindas posaderas y crucé las piernas, relajado—. ¡Amnesia selectiva! ¡Has borrado las escenas dantescas para no tener pesadillas! ¡Y yo que creía que no soñabas! ¡Pero si fue todo un espectáculo...!

—¡No me jodas, Satán! —me gritó interrumpiéndome, revolviéndose el cabello, hecho una furia. Y mira que yo de animales mitológicos entiendo bastante, que me los he follado a casi todos. Sí, que tengo mis vicios. ¿Qué pasa?—. Dime que está bien. Dime que ella está bien. Dime que al menos esto ha servido para algo...

—Para estar otra vez juntos, tú y yo...

—Dime que está bien —insistió.

—¿O qué?

—O tendrás que arrastrarme hasta aquí muchas veces.

No supe cómo hacerle entrar en esa cabeza dura de demonio que tenía todo el tiempo del mundo para arrastrarlo una y mil veces si hacía falta. Cuando de Jovanka ya no quedara más que polvo.... seguiría arrastrándolo.

—Eres un cansino —me quejé rascándome la piel, aunque no me picaba nada. Me gustaba dejarme marcas con las uñas. Una manía como otra cualquiera. A Ángel le iba lo de sufrir por humanas. Tampoco pasaba nada. Los vicios estaban allí para combatirlos o rendirse a ellos. Y yo no estaba hecho para combatir nada—. La maldita chica está bien. Sola, eso sí, porque nadie la quiere recoger ahora. Los padres de su amiga estaban pensando hasta en mudarse de casa para que nadie diera con ellos. Su padre recibió el mensaje que le hiciste llegar y su prometido está ya en otro país, pensando hacerse vegano y homosexual, por si casarse con otra chica puede también ofenderte. Lo de ofenderte por comer carne es un extra mío. ¿Nos vamos a pasar así toda la eternidad?

Por mensaje a los padres me refería a los restos de polvo que había enviado en un tarro, con una nota pegada en el cristal donde se podía leer perfectamente el nombre de Olaf. Una licencia poética, por así decirlo. Restos calcinados en un tarro. Siempre quedaba bien que los familiares supieran dónde estaban sus muertos, aunque fueran muertos que mereciera la pena olvidar de lo asquerosos que habían sido en vida. Con la muerte, a fin de cuentas, no se podía jugar a la ligera. Y no me refería a no matar... que yo los mandamientos de mi padre me los pasaba por el forro de los cojones. Me refería al protocolo. Que uno era un vil villano, pero con palabra.

Y, al final, eran los humanos los que elegían su destino. Si no acababan siendo consumidos por nuestras llamas lo serían por las de otro que también pensara que se lo merecían. No se pueden esconder mucho los pecados, y menos... al diablo.

—¿Y qué piensas hacer con ella?

Estaba realmente abatido.

—Dímelo tú.

Las apariencias engañaban muy a menudo. Ni yo era el más malo de todos los malos de la galaxia —¡con todos los planetas que tenían que haber por ahí, con sus dioses y sus desterrados!— ni él era un tipo bueno que solo pensaba en salvarle la vida, o darle mejor vida, a la muchacha. Que para una buena acción que iba a cometer desde que me había vendido su alma tampoco había que hacerle una fiesta y lanzar cohetes. Se iba a tener que tatuar algo en referencia a eso. Hombre honorable donde los hubiera. Sarta de tonterías.

—Deja que sea feliz. Írian parece un buen tipo.

Arqueé una ceja con incredulidad. Más carcajadas de mi parte. Ángel habría buscado la forma de arrancarme las alas, pero allí abajo, en mi casa, era imposible que pudiera siquiera intentarlo. No él. No mi querido demonio.

—Se ve que has tenido la cabeza muy puesta en otro sitio, o sea, entre las piernas de Jovanka, por ilustrar mejor el ejemplo, para no haberte dado cuenta del elemento que tienes subido al escenario. ¿Por qué lo contrató Diego, otro santo entre los santos? Pues para que lo tengas en cuenta, es el nuevo camello de tu club. Al anterior te lo cargaste en uno de tus arrebatos y al que vino después lo detuvo la policía en una redada. Sé que siempre te hacías cargo de tu propio abastecimiento, pero el común de los mortales no puede permitirse los precios que has pagado tú por tus vicios y el club siempre estaba bien surtido. Sé que son cosas que siempre delegaste, pero viene bien que bajas del pedestal a tu camello y te centres en lo importante. Estuviste a punto de

entregar a Jovanka al mayor de tus esbirros y después hiciste que se la follara el camello del local. Sí, también es cantante, pero pocos lo tenían en consideración por ello en el club. A ti te gustaba manipularlo para que cantara lo que te daba la gana..., pero al resto mientras les tuviera los bolsillos llenos de pastillas...

A Ángel le hirvieron las ideas, le llenaron la mente las ganas de matar a alguien —y entre los candidatos siempre estaba yo, cómo no— y también le entraron unas enormes ansias de acabar de una vez por todas. Dejar de existir. Así de sencillo. El hecho de que hubiera vuelto a despertarse en Infierno no le daba demasiadas esperanzas de poder desaparecer sin más y tener que sufrir una larga, larga, muy larga vida, muerto allí conmigo. Y con lo mal que parecía que se iba a llevar con mi persona a partir de entonces, no le hacía demasiada gracia.

Tampoco era que pensara que no se le iba a pasar en cuanto dejáramos que se diluyera el recuerdo de la gitana. Un par de siglos solamente. ¿Quién los contaba?

—Venga, ¿qué quieres? No puedo venderte mi alma otra vez. Jamás la volví a ver desde que me la aceptaste en ese momento de desesperación. No me pertenece y seguro que no hay nada que te pueda apetecer más que un par de almas. ¿Quieres que te traiga unas cuantas? ¿De esas que a ti te gustan? Tengo escogidos unos clientes en el club que te encantaría conocer. Y lamer sus almas seguro que es de lo más morboso para ti. ¿Eso quieres?

No habría estado mal decirle que sí. Que me apetecía seguir rellenando mis alacenas con nuevos adeptos, con nuevos olores y sabores, con más tipos que se lo merecieran... o que nosotros creyéramos que se lo merecían.

Siempre he dejado claro que soy un capullo, pero con palabra, y de igual modo que no había tocado a Jovanka en esas escasas horas en las que corrió el reloj —una pena que no dejáramos que se consumiera el tiempo— no me quedaba claro si podía sugerirle al demonio que lo que me apetecía tener por allí, como trofeo, era el alma de la chica. Lo pensé demasiado en voz alta, como tratando de conseguir que Ángel me escuchara casi obligadamente, pero no me hizo ni caso a la provocación. De forma completamente comprensible, por descontado. Él sabía que estaba buscando su reacción negativa y estrafalaria, como hasta la fecha, pero prefirió ignorarme como si no me hubiera escuchado. Otro día tendría que ser menos sutil.

—Vale, entonces del alma de Jovanka ni hablamos, ¿cierto?

Sin respuesta de Dios. Perdón, sin respuesta de Ángel, que es verdad que mi

padre nunca decía ni «mu», pero el demonio era muy de reconcomerse con cada uno de mis pensamientos hacia la muchacha.

—Pues se ha quedado un buen día para que me chupes la polla... — Tampoco dijo nada. Mierda de demonio—. Mira, Ángel. De verdad que yo no quiero hacerte la vida imposible. En serio que si llegas a ser más activo allá abajo con la chica probablemente no habría mostrado ni puto interés en el asunto. ¡Pero, por favor! No puedes negarme que tu historia con ella es de chiste. Y mira que me pongo en tu pellejo e intento empatizar, pero no me sale, ¡joder!

—Dime de una puñetera vez qué quieres y déjame regresar.

Eché humo por las orejas... y por lo que no eran las orejas también.

—No, no me estás entendiendo. Yo no quiero que regreses. Quiero que te quedes —le dije pronunciando muy despacio cada una de las sílabas, como si estuviera enseñando a leer a un niño pequeño—. Ya me costó dejarte marchar una vez y no sabía lo duro que sería estar aquí sin ti. No me pidas que renuncie a lo que tuvimos, fuera lo que fuera. No podría permitirte que alzaras otra vez el vuelo sabiendo lo jodido que me iba a encontrar aquí, echándote estúpidamente de menos. Hay cosas que no se pueden explicar. Tu miedo a perderla a ella y mi miedo a perderte a ti. Así que no me hagas hablar más..., ¡maldita sea! Y vete un poco a tomar por culo, ya que no me dejas alternativa.

—Tú no quieres que te deje en paz.

En eso llevaba razón. Si me dejaba tranquilo... podría morirme. Y lo de morirse cuando uno era el diablo resultaba hartito complicado.

—Hasta que se te pase el cabreo, sí. ¿Un par de siglos serán suficientes? — pregunté irónico. ¿Cuándo no?—. En serio, yo lo único que quería era que regresaras. Y, si te quedabas allí con ella..., si decidías que la preferías a regresar algún día... Escúchame, Ángel. Podía entender que necesitaras tu espacio, que quisieras probar cosas nuevas. Llevabas ya más de un año por allí y no parecías mostrar interés por nada. Estabas preparado para regresar a casa, en tu caso, al averno. Lo veía. Pero, claro, pasó lo emocionante. ¡Atropellaste a una mortal! Y podía haber sido divertido, no lo niego. Me pareció, al menos, diferente. Se te veía otro brillo en los ojos, se comprendía que para ti aquello era necesario, importante, aunque nunca imaginé que llegaría a convertirse en trascendental. Si lo llego tan siquiera a sospechar te aseguro que yo mismo habría matado a esa chica antes de que se hubiera lanzado encima de tu coche. Con ella se complicó todo. ¿Cuántos años querrías permanecer en la tierra por su culpa? —le pregunté mostrando las

palmas de mis manos con los dedos extendidos. Allí solo había diez—. Habría esperado un año más, a lo sumo... ¡dos! Pero Jovanka es joven. ¿Esperar a que muriera con noventa de muerte natural? —Y de mis garras salieron tantos dedos que fue incapaz de contarlos. Estaba claro que no había noventa, pero como ejemplo gráfico era la caña—. ¡Pero si estaba destinada a desangrarse en alguno de los partos para alumbrar a los hijos del capullo de Mihai! Por no decir que podía haber muerto también pariendo al de Olaf. Pero no, si estabas tú allí, caballero andante, ibas a mantenerla a salvo y a prolongar su vida hasta que fuera incluso ridículo mantenerla. Cien años y sujeta a una máquina de respiración artificial, alimentándola por vena o por uno de esos tubos que se conectan al estómago. ¿Crees que esa no sería una buena forma de torturarla? Pues así acabaríais los dos, en una habitación de hospital. Ella vieja y decrepita y tú... seguramente con el mismo aspecto. O envejeciendo con ella para no hacerla sentir una mierda por tenerte a ti, inmortal donde los haya, cuidando de una vieja. Si a los dos se os rompía una cadera y os operabais juntos, mejor que mejor, ¿cierto? Diálisis para dos, por favor. Ahí, amenazando a los médicos para que mantuvieran sus latidos de corazón lo más rítmicos posible. ¿Y luego qué? ¿Congelación, como al maldito Disney? Sabes que no va a volver, ¿no? A ese lo tengo aquí conmigo, dibujando para pagarme lo de su éxito. Tengo un par de películas buenísimas para mí solo gracias a su destreza con el lápiz.

En algún momento Ángel se había llevado las manos a la cabeza y había empezado a girar sobre sí mismo. No sé cuándo fue, porque en mi disertación, tipo monólogo cómico, pero sin ninguna puta gracia —al menos a mí no me lo hacía, parecía más bien patético— había comenzado a mirar al horizonte, al cielo, al suelo, a mí mismo y a todo lo que me rodeaba. Cualquier cosa era mejor que prestarle atención a su rostro de odio, de rechazo, de malestar por algo más que una mala digestión. Mira que siempre supe que era una mala idea permitir que se marchara, pero nunca pensé que podría arrepentirme tanto de ello.

Me quedé callado.

Unos minutos después él dejó de girar en círculos, pero no se quitó las manos de la cabeza. Era como si con la presión que ejercía sobre su cráneo creyera que podría evitar que explotara.

—¿Has terminado ya? —me preguntó sin ganas de mirarme.

—Por lo que veo, da igual si he terminado o no. A ti no te importa demasiado lo que tengo que decirte...

—¿De verdad piensas eso, después de todo este tiempo a tu lado? ¿Pero cómo puedes obcecarte tanto con algo, cuando se supone que a ti todo te la tendría que traer al paio? ¡Todo te resbalaba! ¿De dónde infiernos has salido tú y qué demonios has hecho con Satán? Porque al diablo que yo conozco nunca se le habrían cruzado tanto los cables con nada. Podría haber arrasado ciudades, provocado inundaciones, como su querido padre. ¿Pero esto? Has perdido la razón, amigo. No sé qué te ha pasado en este tiempo, pero no te reconozco...

Joder con la asquerosa manía de sincerarse.

—Me has pasado tú...

Y mil rayos me cayeran encima después de esa maldita confesión.

—Y a mí me ha pasado ella...

Sonreí.

—Pues menos mal que nos han pasado seres diferentes, que si nos llegamos a encaprichar de la misma hembra ahora mismo no quedaría de nosotros sino la piel rajada en el suelo. Y ella partida por la mitad. Decisión Salomónica.

—Muy probablemente.

—Para ti, tronco y, para mí, pelvis y piernas. Tú bésale la boca que yo me quedo con sus agujeros bajos. Seguro que encontraría a alguien que me la embalsamara y me la dejara blandita.

Ángel dibujó un par de círculos de fuego alrededor nuestro, como delimitando nuestras posiciones. Yo no cruzaba el mío y él no saldría del suyo. Así no tendríamos que matarnos por lo que nos estábamos diciendo.

Me la tenía que jugar. Solo podía haber una cosa con la que apostar en aquella última partida. Y, no, no era hacer un trío con Jovanka en la tierra o traerla aquí a Infierno, haciendo que se atragantara con una aceituna en un desafortunado y extraño accidente en el que nadie entendería nada... ya que odiaba las aceitunas. ¿Por su piel aceitunada? Vale, mal chiste, pero al menos me quedaba un poco de humor.

—El último intento de trato...

—No quiero escucharlo, amigo. O de veras tendremos que dejar de tratarnos como tal.

—Pero, como diría mi padre, nunca des un alma por perdida. —Nunca podría haber usado esa frase de mejor manera para mis objetivos—. Te devuelvo tu alma... si te quedas.

«Los juegos del diablo no están restringidos al infierno. Otros también pueden jugarlos».
Roberto Ludlum

El plan estaba bien diseñado. A la carrera, vale, como lo haría un borracho en la barra de un bar con una servilleta y un trozo de palo quemado con el mechero. Rudimentario, pero con estilo. Pura supervivencia, diría yo. Y de sobrevivir no sabía nadie más que el diablo. O sea, que mi plan era cojonudo.

Le tentaba con lo que más quería en la vida.

Con lo que más quería yo también.

Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguir que no se marchara.

Lo de devolverle su alma tenía condiciones, claro. La idea era que podría disponer de ella y regresar a la tierra..., pero pasados unos años. Pongamos... cien, por si Jovanka resultaba tener una salud de hierro y era a prueba de bombas nucleares, como las cucarachas. Mis amigas indestructibles. Eso parecía la gitana. Con la salvedad de que ella... no era mi amiga.

¡Qué cojones! Se había convertido en mi mayor enemiga. ¡Más que mi padre!

Tenía que ser cosa de él, estaba seguro.

Mi padre y sus sutilezas para dar por culo a base de bien.

Ángel me miró cuando hice aparecer el cofre de cristal en el que tenía retenida su alma. Cada ser podía reconocerla sin dudarle, lo que pasaba era que normalmente no se las topaban delante. Como mucho, veían cómo se escapaban cuando estaban soltando el último suspiro, pero también si te pillaba mi amiga la parca bien despierto... y mirabas hacia el sitio indicado al milímetro. O sea, que había que afinar de narices para poder verla.

Pero Ángel sabía que no iba de farol. Aquello que se movía, como un humo brumoso iridiscente dentro de la caja de cristal, era suyo. Parte suyo. Lo que lo había convertido en humano y lo que había hecho que dejara de serlo cuando me la vendió, a cambio de venganza.

Mi bien máspreciado... y el suyo.

Mira que me había cruzado con humanos que solían decir eso de que «el infierno tenía que estar lleno cuando nacimos y nos dejaron caer aquí, en esta puta basura». Para todos esos tenía ahora cabida, tras mi limpieza demoníaca, pero ninguno me importaba. No quería llenar mis alacenas con ellos. Solo esa alma allí encerrada desde hacía siglos importaba.

A Ángel le brillaron los ojos. Después de hacer el trato conmigo tardó unos cuantos años en descubrir que se había equivocado y que no debería haberme vendido nada. Pero ya era tarde y él estaba vacío por dentro. Es un poco complicado de explicar. El alma sigue en el cuerpo del humano que la ha ofrecido en prenda, pero es como si funcionara a medio rendimiento, como si no le quedara mucho fuelle. Pierde la alegría y las ganas de ilusionarse por nada. Pierde la esencia de lo que es, el motor de una vida. Hasta que te das cuenta de que has hecho mal malgastando tus años —los que fueran, oye, que quizá me vende alguien su alma y acto seguido lo fulmina un rayo, que mi padre es muy caprichoso con estas cosas— lo que pasa es que la gente trata de justificar que se siente mal por otra cosa.

Normalmente, si hacen un trato de esas características conmigo, suele ser por tres motivos fundamentales: poder, amor y venganza.

Los que me la venden por poder llegan a obtener un estatus que ríete de la riqueza que tiene almacenada por ahí J.K Rowling. Vale, depende de si a mí me da por darle un empujoncillo más de la cuenta o si el alma viene con buena calidad. O sea, nuevecita. Que las almas estropeadas las pago peor. Esos acaban diciendo aquello de que el dinero no da la felicidad. ¿Y para qué estaba el refrán, alma de cántaro? Para creer que era mentira, ¿no? Que alguien lo dijo y se quedó ahí por los siglos de los siglos, repitiéndose, pero sin ningún sentido. Como las letras de las canciones de Leticia Sabater. Bueno, ahí quizá me he pasado. Y no con lo del sentido, sino con lo de que la gente las recuerde.

Los que me venden su alma por amor llegan a padecer algo muy parecido. El amor no da la felicidad. No, no hay un refrán que diga eso. Pero la frase de hay que quererse primero mucho a uno mismo para que luego lo quieran los demás..., ¿a que al final va a ser verdad? O sea, que si no conseguía que lo quisieran antes de venderme su alma... ya no te digo nada después, con lo poco apetecible que se volvía un cuerpo sin ganas de nada. Pues eso. Que lo mejor que podía hacer un humano que sufría de amor no correspondido era mandar a la otra parte a la mierda, aprender a saborear la soledad, encontrarse

los puntos fuertes y machacarlos a conciencia. Y ya luego el amor llega seguro. Espera, ¿me lo estoy diciendo a mí mismo, que Ángel me tiene algo abandonado? Mejor no sigo pensando en este tipo de casos.

Pasemos al tercero: la venganza.

Y, antes de eso, quiero resaltar que suele haber también una parte que pide salud..., pero en cuanto se curan pierden las ganas de vivir y se suicidan. ¡Qué perra es la vida, joder! Y más cuando redacto yo el contrato de las narices.

Pues eso. Venganza.

El motivo supremo por el que me vendió su alma Ángel, además de otros cientos de miles de millones de humanos desde que a mi padre le dio por la alfarería, era ese. Venganza. La gente necesitaba ayuda para poder llevar a cabo eso que se llamaba «ojo por ojo, diente por diente». ¡Si es que los humanos tenían refranes para todo! Para eso, de verdad de la buena, son unos *cracks*. ¡La polla!

El odio era el sentimiento más poderoso, el que más te reconcomía, y al que era imposible no rendirse. Ángel, tras el asesinato de su familia, perdió la cabeza y se le quebró el corazón. Imaginó que su alma a esas alturas no tenía demasiado valor, ya que se sentía seco por dentro, como un tronco en el desierto a punto de quebrarse. O ya quebrado. Pero nunca se imaginan que venderla, aunque te produzca satisfacción el resultado, hará que mejoren las circunstancias. Un alma rota se puede recomponer. Un alma vendida se pierde para siempre.

Nadie se leía la letra pequeña del contrato. Yo tampoco la ponía muy visible. Digamos que... es como lo del silbato para un perro. Solo se escucha en la frecuencia en la que oye un perro. Pues con mi letra pequeña... igual. Solo se veía a nivel demoníaco. Estar... estaba. Pero ellos nunca lo veían.

Tampoco hay que pensar que se leen el resto del contrato. En serio. No lo hacen. Nadie. Igual que las instrucciones de cualquier cosa. No te digo ya para los muebles de Ikea, que compras una cama y cuando terminas de montarla has hecho un armario un tanto raro.

Nadie recuperaba su alma.

Nunca había querido devolver una.

Tampoco es que quisiera devolver esta, pero ganaba tiempo.

La idea era sencilla. Mientras Ángel esperaba a que Jovanka muriera en la tierra, se iría olvidando de ella, con la dulce promesa de volver a tener su alma a disposición. No es que un demonio pudiera tener mucha ilusión por algo sin alma. Era precisamente el alma la que daba ilusión a todo. Pero, como

todo en esta vida, viviría o subsistiría... con otro talante. Quizá uno en el que estuviera de mejor humor para poder seguir con nuestras cosas. Con nuestras cosas perversas y obscenas. Matar, conquistar, someter, follar... No precisamente en ese orden.

Pasado ese tiempo, Ángel recuperaría su alma y yo... lo vería regresar a la tierra en su siguiente y última vida terrenal. Me encargaría de que no fuera... lo que se dice muy larga. Pero tampoco era plan de estar viéndolo durante lustros acudir al cementerio a ponerle flores a la joven —ya hecha huesos— gitana. Así que... ¿Diez años a lo sumo? Podía prescindir de él diez añitos de nada. Quizá fuera a visitarlo de vez en cuando. La tierra no era un lugar tan desapacible cuando tenía demonios cerca.

Y, luego, tras morir en accidentales circunstancias..., ¿Qué pasaría otra vez con Ángel?

Pues estaba claro que al cielo no iba a subir.

Por muy bueno que fuera a ser en esos diez años, eso no borraba tantos siglos de maldad contenida en un solo cuerpo del averno.

Miré a Ángel que desde que había visto aparecer su alma solo había tenido ojos para la caja de cristal. Era comprensible. Yo hacía lo mismo cada vez que la veía.

Ángel me miró con ojos vidriosos.

Abrí la caja.

—Hay trato, ¿eh?

«No es pecado engañar al demonio».
Daniel Defoe

Las cosas no tienen que salir siempre como uno las planea. Pensaba que a mí, por diablo, tenían que salirme siempre bien. Me había visto todos los capítulos de *El Equipo A*. Algo tenía que haber aprendido, ¿no? Chiste solo para los cuarentones o para los que ven las reposiciones en verano en vez de estar follando por ahí aprovechando que no hay clases y que hace buen tiempo. Pero podían sorprenderme... nuevamente. Había gente a la que no le gustaba follar. O también los que eyaculaban para adentro. Sexo tántrico o algo así. ¡Qué gente más rara!

Me gustaba que los planes salieran bien.

Pero debí sospechar que eso no me iba a ocurrir solamente por ser el diablo. Lo de la limpieza demoníaca no me había salido bien al perder a Ángel. Lo de trasladarme hasta la tierra no me había salido tampoco bien. Y lo del trato con mi querido demonio para devolverle el alma...

Sí, era de adivinar.

Lo de cambiar una vida de escapismo por su alma tenía su miga, lo sabía. No era lo mismo decirle «te entrego tu alma a cambio de que te quedes» a «te entrego tu alma a cambio de que no intentes marcharte». Lo de los tratos tiene que ver con la palabra dada. Y, si yo le ofrecía a él algo valioso, valiosísimo, a cambio de que se quedara... no era lo mismo que ofrecerle algo así a cambio de que no intentara escapar.

Vamos a ver si me explico.

De Infierno solo se puede salir si yo lo consiento.

O sea... que no se puede intentar escapar como tal. Tenía que haber sido más sutil a la hora de elegir las palabras. Porque si llego a formular la segunda en vez de la primera... habría ganado.

Pero ese «a cambio de que te quedes» implicaba que yo le iba a dejar que se marchara. Punto para los estudiantes de letras que son capaces de entender y distinguir los matices. Yo estaba demasiado emocionado mirando el alma de

Ángel reaccionar al reconocer a su verdadero dueño como para ponerle mucha atención a lo que soltaba por mi maldita boca.

—Mándame a la tierra. Quédate con mi alma.

Esa sensación de que te dan un palo en la nuca y te dejan medio mareado, medio inconsciente, medio dolorido y medio de todo..., pero nunca completo. Esa sensación. Esa. Pues esa fue la que me asaltó cuando fui nuevamente rechazado.

Sobra decir que arrasé con todo lo que había a mi alrededor.

Estuve casi a punto de matar a Ángel con mi, llamémoslo..., rabieta.

Habría sido una forma interesante de solucionar el problema.

Pero me vio venir... y se protegió bastante bien. No puede decirse lo mismo de casi el resto de la población de Infierno. De pronto, tenía más espacio para mí solo. Todo ardió. Todo se consumió. Todo desapareció.

Para estar... terriblemente solo.

Aunque sabía que me lo merecía.

Ángel había conseguido, también, proteger la caja con su alma. Cuando a mí se me tranquilizó la respiración y dejaron de llamearme los ojos dio un paso hacia mí. La cerró y me la entregó como si estuviera dando a su propio hijo en adopción y supiera que jamás volvería a verle la cara.

—Ahora, viejo amigo..., abre la puerta.

Sí, tengo puertas en Infierno como las tiene mi padre en el cielo. Lo que pasa es que las mías son un poco más... transitadas. Y más llamativas. Torres ardientes a ambos lados. Una reja que mordía si ponías la mano en ella, cientos de perros enormes vigilando tanto por fuera como por dentro. Una maravilla, vamos.

Y, como otra cosa no tendré, pero palabra no me falta... abrí la maldita puerta.

«Mejor un diablo que conoces a un ángel que no conoces».

Hama Tuma

Ángel llegó a Madrid —otra vez— en un caluroso día de verano —no, que ya estaba terminando el otoño, pero con una ola de calor de las que hacían sudar y que se achacaban al cambio climático, cuando yo era el único culpable — en el cual todos los madrileños regresaban a sus casas de vacaciones — otra vez error, que lo que hacían era regresar a sus casas después de una dura jornada laboral—. Y, no, en esta ocasión..., no. Lo del jornal lo había inventado mi padre tras lo del pecado original. ¿O es que no tenemos presente la Biblia? Siempre echándome la culpa de todo.

Lo que yo había creado era a los jefes capullos, los días de libre disposición que no te dejaban cogerte porque no los justificabas —a pesar de decirse con la boca pequeña que eran para que pudieras disfrutarlos hasta para estar rascándote los huevos en casa— y los sueldos basura que no te llegaban para pagar el alquiler de tu churripiso.

Pero lo de trabajar no era cosa mía.

Por si no lo he dicho, yo disfruto con lo de la procrastinación.

Pero, con eso, la población media se muere de hambre.

Como iba diciendo, Ángel llegó un día cualquiera a una hora mala a Madrid. Se dejó caer en el centro de su local cerrado. Estaba lleno de sus trabajadores, pero eran los que menos se iban a asustar de verlo aparecer de la nada así, desnudo y esas cosas. Se cuidó de guardar las alas justo antes de ser visto, aunque alguno creyó ver un reflejo negro enorme recubriendo el cuerpo de su jefe. Lo achacó al calor y al susto de ver aparecer cualquier cosa en el centro de la pista de baile.

Diego se había encargado de que el club siguiera funcionando a rendimiento normal. Si no, claro estaba, no podría haber seguido cobrando. Tampoco tenía muy claro Ángel cuánto tiempo se había llevado discutiendo con *mua* en Infierno. Podían haber sido horas o días. Quizá llevábamos en bucle meses, mareando la perdiz. El tiempo no pasaba igual en nuestro hogar que en la

tierra, ya lo he mencionado.

Buscó el dato. Día y hora, como si temiera que en ese tiempo Jovanka pudiera haberse olvidado de él. O haberle pasado algo. No sé. Podía haberse casado con otro de esos tipos que también habrían pedido en prenda su pañuelo con eso de «la rosa» de sangre de su virginidad, pero que al no encontrarla la habría dejado medio muerta tras una paliza. O también podía haber sido atropellada por otro demonio tras quedarse nuevamente embarazada de otro de sus tíos y haber rehecho su vida con otro de mis siervos. No recordaba que hubiera muchos en Madrid, pero alguno quedaba...

Lo que pasaba era que esquivaban a Ángel como si toparse con él fuera a causarle efectos radiactivos en el organismo. Algo así como Chernóbil, pero en demonio. Mientras más lejos estuvieras de su campo de acción, mejor para el organismo, porque era acumulativo fijo. A mí me había pasado. Se me había acumulado Ángel en lo que yo tenía por células y de pronto se me estaba licuando todo, al verlo partir.

Pero vamos a recomponernos, que uno es el diablo y no puedo estar dando esta imagen de sufrimiento. No me pega, no va con mi estilo. Sonreí desde mi trono. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Tener que esperar cien años a que Jovanka dejara de existir? Tendría que encontrar un *hobby* o una telenovela muy buena, de esas de capítulos interminables. ¿Seguían echando en la tele la del puente ese viejo? Porque ya me había visto *Dinastía* y *Falcon Crest*, *Juego de Tronos* y un par más. Y los *Simpson* ya habían hecho todas las predicciones que tenían que hacer. Incluso la de mi bajada a la tierra para unirme a una orgía en el club de mi demonio favorito. Ese capítulo fue la leche. Lástima que lo censuraran. No me quedó muy claro el motivo, si con pixelarnos la polla habrían tenido, como hacían los japoneses con sus pelis porno.

Ángel se centró en localizar a Jovanka, cosa que no le costó demasiado esfuerzo. Yo había creado unos demonios multiresistentes y bien preparados para la intemperie. No se arrugaban ni nada y tampoco se perdían. No se paró a saludar a sus empleados ni a preguntar por Diego para saber cómo iba la cosa. No le importaba una mierda si el club se hundía o si, además, lo hacía todo el edificio. Se encargaría de hacerles a todos un bonito funeral... ¡*Nah!* No haría tampoco una mierda por nadie.

Solo por ella.

Solo por esa chica por la que parecía sí tener corazón, aunque no latiera. Por esa chica por la que había renunciado por segunda vez a su alma. Mira que

venderme a mí dos veces lo mismo era complicado, pero él lo había hecho en la primera ocasión por venganza... y, esta vez..., ¿por amor? Me daban ganas de cortarme las venas.

Le faltaba lo de hacerlo por poder. No, que de eso ya tenía. ¡Mierda! ¿Y por salud? ¿Podría enfermar por algo parecido al cáncer? ¿O podría hacerlo ella y él pedirme que le salvara la vida? Ya se vería...

Ángel salió corriendo hacia donde sabía que estaba Jovanka. Extrañamente, estaba donde jamás habría imaginado que la encontraría. En su habitación de hotel. Nadie había tenido la descortesía de desalojarla de allí o pedirle que abonara la factura. Ella se había preocupado de buscarse la vida durante las dos semanas y media desde que habíamos hecho casi volar el despacho donde nos peleábamos. Había regresado al hotel porque no le parecía buen sitio esperar a Ángel en el club. No era de los lugares más seguros de Madrid, por lo que sabía, y estando por allí Diego... Bueno, era normal que la muchacha no quisiera permanecer demasiado tiempo bajo el mismo techo. También era cierto que el techo del despacho del demonio casi se caía a cachos, así que no era uno de los sitios más seguros de la ciudad. Y fuera..., fuera seguía reinando el pecado, la lascivia, la lujuria. Todo eso que a ella le atenazaba el bajo vientre, pero que no conseguía calmar... porque el demonio ya no estaba. De igual modo, lo que le presionaba el pecho era mucho peor: la idea de no volver a verlo jamás. No sabía qué había pasado con nosotros y, como era natural, no podía preguntarle a nadie. Así que lo único que había podido hacer era permanecer en el Ritz sin llamar la atención, no hacer gasto alguno en la habitación y, para ello, tenía que comer fuera. Y, obviamente, para eso necesitaba dinero.

Se le daba mal eso de reventar cajas fuertes. Estaba convencida de que en aquella suntuosa habitación de hotel tenía que haber mucha pasta escondida. O quizá a la vista, porque a Ángel nadie se habría atrevido a robarle. Pero no rebuscó sino para encontrar alguna pista que le pudiera indicar lo que habría podido pasar con su demonio... y conmigo. Conmigo, porque yo era el añadido que había desaparecido allí también. Todo era por mi culpa y, por consiguiente, estaba claro que si descubría algo sobre mí... podría entender qué había ocurrido con su no amante. O amante. O lo que fuera.

Buscó un trabajo de camarera. La verdad es que no le costó mucho. Mal pagado, muchas horas, acostumbándose a Infierno, como debía ser. Pero como no le hacía falta demasiado para vivir, porque lo único que quería era subsistir, no le importó una mierda lo de la explotación y demás. En sus ratos

libres, pocos ciertamente... se dedicaba a leer la Biblia. ¡La Biblia! ¿Allí qué demonios de datos iba a localizar sobre nosotros, si a nuestro todopoderoso creador le importábamos una mierda? La Biblia contaba otra historia muy diferente. Pero, de momento, no se le había ocurrido mejor idea y allí estaba, pasando las noches en blanco, sentada en la cama que había sido de Ángel... leyendo. Esperando encontrarlo entre versículos que nadie entendía. Un demonio llamado Ángel.

Ya digo de antemano que no aparece. No es por hacer *spoiler*. Lo hago básicamente para que nadie pierda el tiempo buscándolo por allí. Prefiero mejor que me pidan solicitud de amistad en mi Facebook o se pongan a seguir mi cuenta de Instagram. Si lo hacen, paso enlace del capítulo censurado de *Los Simpson* por mensaje privado. Mejor plan que ese...

Pues nada, que la Biblia es muy larga y leerla a conciencia todavía no le había dado la oportunidad de entender que debía irse a la sección demoníaca de una tienda de espiritistas. No son tampoco muy de fiar, pero la información que se recoge allí está más contrastada que lo escrito por mi extraña familia. Nadie se la cree. No puedo culparles por ello.

Vale. Entonces, a esa hora, Jovanka había terminado su interminable —sí, pura contradicción— jornada laboral y estaba en la habitación de hotel leyendo el Nuevo Testamento. Ángel estaba a punto de tirar la puerta abajo al salir corriendo hacia la calle sin que hubiera un portero encargado de abrirle y llamar a uno de sus chicos para que le acercara algún coche. Que, para ser sinceros, habían dejado coches repartidos estratégicamente entre el club y el hotel, por si aparecía nuevamente el demonio y pedía un vehículo en cualquiera de los dos sitios.

Y nada. Ya está todo dicho. Muchos más bla-bla que no iban a aportar nada. Para mí, en ese momento, era más interesante enfocar mi atención en la monja que se acababa de subir en el altar, se había subido la falda del hábito y había separado las piernas para que el padre ese de tres churumbeles, catequista y ferviente creyente, enterrara allí la cabeza para beberse las mieles del cielo. ¡Qué poeta estoy hecho!

Pero, como Ángel destrozó la puerta con su cuerpo, todos se quedaron mirando con cara de pasmo y, encima, nada más pisar la acera de La Gran Vía desplegó sus oscuras alas... La cosa se puso un poco más interesante. Y pasé de la monja y el catequista.

No hay nada más espectacular que ver a un ángel o a un demonio iniciar el vuelo. No digo nada cuando, encima, se queda todo el mundo mirando,

haciendo vídeos para compartir en wasap o haciéndose *selfies* intentando que se viera su cara junto con la del ser alado. Ángel sabía hacer una entrada triunfal y una salida aún más triunfal.

Aterrizó en la habitación tras romper los cristales de la ventana de su propio dormitorio. El vuelo apenas duró un par de segundos. Era de los más rápidos de Infierno para todo... salvo para correrse. Quizá por eso lo había elegido a él y no a otro de mis siervos.

No replegó las alas. Recordaba perfectamente que una vez le había preguntado Jovanka cómo era. Cómo era en realidad y no la imagen que él proyectaba. Lo había visto un instante antes de desaparecer en el despacho, peleándose conmigo. Alas, rabo, cuernos... *pack* demoníaco completo. Pero en movimiento la cosa se observaba algo mal.

Dejó fuera solo las alas. No había que hacerlo todo de golpe, pero se podía empezar por algo. Y reservarse cosas... para ir sorprendiendo.

A la chica se le cayó la santa Biblia de las manos.

—Vas a lamentar querer arder en mi mismo Infierno —le dijo él avanzando un paso. Ya ella había sido capaz de reaccionar y se había puesto de rodillas sobre la cama. ¿Implorando perdón? No, lo dudo mucho. De rodillas se ponía a la altura perfecta para hacer un par de maldades con los atributos masculinos del demonio, pero tampoco tenía en ello la cabeza. No pensaba mucho, la verdad. Y jamás había temblado tanto. Debiera huir en ese momento que lo veía en todo su esplendor, sabiendo por fin que no estaba loca, que no lo había soñado o que estaba claro que Ángel era un ser que no le convenía a ningún humano. Pero no. Temblaba de emoción... por volver a verlo. Para ella era su ángel, aunque fuera maligno—. Te dije que serías mía. Todo era cuestión de tiempo... y por fin lo tengo.

«Los celosos están poseídos por un demonio loco y un espíritu aburrido al mismo tiempo».
Johann Kaspar.

—Siempre dije del tiempo de Madrid que en Infierno hacía más calor... hasta que te conocí.

Jovanka salió corriendo hasta chocar con su cuerpo alado. Otras veces Ángel había permanecido impassible mientras eso sucedía, tratando de hacer entender a la chica que no era apropiado, que no quería su abrazo o, sencillamente, que le daba igual si ella necesitaba ese gesto o no. Abrazar era de humanos y el demonio había cosas que no pensaba hacer. Pero en esa ocasión no pudo resistirse y la rodeó con sus brazos como si hiciera una eternidad que no la viera. O como si pensara que no la iba a volver a ver nunca más. Ese segundo ejemplo era mucho más acertado que el primero. La abrazó tan fuerte que llegó a creer que le rompería algo, y a pesar de pensarlo y de saberlo posible fue incapaz de aflojar el abrazo.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, ansiosa por acabar con las palabras para poder comerse su boca. Besar y hablar eran, en la mayoría de las ocasiones, incompatibles. Al menos para un humano. Necesitaba terminar con una tarea para poder pasar a la siguiente. A la más importante. Saborearlo de verdad. A él y a su *whisky*, aunque nunca le hubiera gustado esa bebida. A él y a su puro, aunque se le hubiera revuelto el estómago en las cuatro ocasiones en las cuales intentó fumar lejos de la vigilancia de su hermano—. ¿Dónde has estado?

—¿Qué haces tú leyendo la Biblia? —preguntó él como contrapunto, mirándola con desconfianza. ¿Estaría planeando un exorcismo o algo así? Pues ya podía hacer *spoiler* también en eso, creo yo. La Biblia no contenía información relevante para casi cualquier cosa. Y para explicar cómo había que destruir a un demonio... menos. A Dios le encantaba la idea de tener que luchar contra algo. De veras, si no tuviéramos esas disputas a lo largo de los siglos nos habríamos dedicado al ganchillo y habríamos recubierto de tapetes todo el puñetero universo. O el universo en el que reinábamos nosotros, claro.

Que tampoco hay que creerse que Dios era el creador de todo. Tenía sus fronteras de reinado. Extensas, sí. Más de las que necesitaba, por descontado. Pero fronteras, al fin y al cabo. Y, a partir de ahí, otros seres habían hecho y deshecho a su antojo. Quizá allí su parte de universo sí que estaba recubierto de *patchwork* o algo similar, para que no existiera la figura maligna a la que mantener a raya. Y la falta de trabajo creaba *hobbies* absurdos—. ¿Qué estabas buscando ahí?

«A tí».

Pero antes de leerle ese pensamiento se había imaginado que la chica, quizá, estaba buscando la forma de matar demonios, como un manual para matar vampiros con estacas y crucifijos o a hombres lobo con balas de plata. Le hizo gracia ese pensamiento y no lo compartió con ella. Si mínimamente hubiera querido estar preparada por si él volvía a aparecer no lo estaría esperando en su habitación de hotel, ¿no? Y menos sin estar rodeada de agua bendita. O de un ejército de ángeles. Ya se podían pedir por AliExpress. No llegaban tan perfectos como los que teníamos en el cielo, pero daban el pego si obviabas el horrible olor a plástico malo.

Pero quizá se estaba preparando por si el que regresaba a la tierra era...
¿mua?

Pues a mí no se me derretía la piel al entrar en contacto con un agua a la que le hubieran hecho la señal de la cruz. Hollywood había hecho mucho daño.

—Yo pregunté primero —se quejó ella, molesta por tener que postergar el beso por una pregunta. Y por una contrapregunta.

Vale, ¡a la mierda!, se dijo. Y se colgó de su cuello para conseguir llegar a sus labios. Le costó, todo sea dicho, pero lo consiguió a pesar de ser complicado cuando no podía apartar la vista de sus poderosas alas. De veras que se había llegado a creer que se las había imaginado cuando lo vio enfrentarse a su... ¿jefe? ¿Al diablo? ¿O sea, a *mua*? Pero ahora estaba tan cerca y eran tan reales...

Lo besó y ya no importaron las preguntas. Si debían tener respuesta ya encontrarían el momento para volver a hablar o para volver a intentarlo. Jovanka lo necesitaba tanto que ni cuenta se dio, mientras se saboreaban con ansias, hasta las alas de él se habían replegado para abrazarla también, rodeando ambos cuerpos. Como un escudo de lo más romántico y empalagoso. Ya podía el demonio teñirse las alas de rosa, porque era lo único que le faltaba por hacer. Se sintió protegida pero no más que otras veces en las que se acercaba a él o cuando Ángel se interponía entre cualquier otro y ella, como

una especie de muro de hormigón, pero con poderes sobrenaturales. Se sintió en casa o como fuera que pudiera llamarse aquella sensación, ya que ella, desde hacía muchos años, no sabía lo que era. No todo comenzó con el acoso de su tío. Mucho antes, cuando decidieron que ya podría casarse con catorce años, podía decirse que dejó de tener un hogar para sentirse solo transitoriamente mantenida por alguien hasta el momento en el que sería cedida a otro alguien.

¿Y eso no le pasaba con Ángel?

¡Venga, por favor! Si era el tipo que más veces la había puesto en peligro. Si realmente nos poníamos a enumerar... Ángel lo petaba en ese sentido.

—He estado en Infierno, de donde soy. No puedo prometerte que no tenga que volver..., pero mataría una y mil veces por regresar a tu lado. O moriría intentándolo. Puedo fingir lo que no soy, pero a ti no quiero engañarte. Ya viste lo que puedo hacer. Puedo ser lo que tú quieras que sea. Quien quieras...

«Bonita forma de declararle tu amor a alguien, sí, señor. Fingiré por ti. Yo no soy así, pero mientras a ti te guste... Por cierto, eso de matar y volver a matar, ¿iba para mí con segundas?».

Pero no contestó. Normal, estaba a otras cosas. Pensando, por ejemplo, en si sería capaz de no asustar a Jovanka teniendo sexo con ella como lo deseaba. Salvaje, rudo, completamente extravagante. Sin límites.

«El límite lo pone su cuerpo mortal, Ángel. No será nunca lo mismo que follarte a un demonio aquí. Pero seguro que no le haces daño».

O no mucho...

¿Y qué hacía yo intentando tranquilizar su atormentada no-alma? Si se me estaba pegando algo ya podía estar echándome disolvente, porque no pensaba volverme gilipollas como él.

Ángel no estaba convencido de ello. Le tenía tantas ganas que por ese motivo había preferido lo de ese primer contacto con Jovanka a través de su cantante-camello. Probablemente no era, ni mucho menos, el único motivo, pero el demonio era de acumular excusas. Muchas. Tampoco pasaba nada. Era una de las cosas que se aprendía en la tierra. Yo prefería no necesitar excusas, pero las aceptaba... de él.

Siempre iba a aceptar todo de él.

«Dime al menos que no me vas a olvidar nunca, canalla».

«¿Cómo iba a hacerlo si no te callas ni debajo del agua?».

«Hablar debajo del agua es divertido. Las ballenas tienen buena conversación. Los delfines no tanto. ¿Lo has intentado alguna vez? Son demasiado inquietos. Y te aconsejo que no cruces muchas palabras con los tiburones. Apenas se les entiende nada. Debe ser por el exceso de dientes».

«Vale, lo que tú digas».

Muy propio de él. Volví a rascarme la piel. Llevaba haciéndolo minutos y

ya me había dejado bastantes marcas. Muy bonitas, por cierto.

«Que me vaya y te deje tranquilo, ¿a que sí?».

A veces hasta yo sabía reconocer cuándo era un verdadero incordio.

«Si haces el favor...».

«¡Claro, hombre! Y más a ti que te conozco. Solo tenías que pedirlo...».

Sí, se me daba bien burlarme de todo en general. No en plan payaso... o sí. Más bien como un tuitero, que le sacaba punta a todo lo que pasaba en el mundo. Tal vez tenía que abrirme mi propio perfil en Twitter, porque me había llegado el rumor de que hasta Dios tenía uno y gracias a eso le habían publicado un libro. ¡Y yo perdiendo el tiempo en Facebook!

Era completamente normal que también quisiera intimidad. Estaba tratando de ser buen amigo y buen... perdedor. Odiaba esa palabra, pero tenía que reconocer que había perdido. Porque había querido, ciertamente, porque podría haberlo obligado y listo, como al resto. Pero hay cosas que no se pueden conseguir por más que uno haga tratos. Poder, ya tenía. Salud..., no me hacía falta siendo lo que era. Si me quería vengar de alguien directamente lo hacía desaparecer. Amor...

¿Quién iba a querer a Satán?

Eso de hacer tratos para conseguir objetivos para mí mismo...

«Oye, Ángel, ¿tú a mí me quieres?».

«¡Vete de una vez!».

«Vale, Vale. ¡Cómo te pones por una simple pregunta!».

Me reí. No me quedaba otra. Había que reírse de las desgracias y de las suertes, porque uno nunca podía asegurar si eran uno u otro. Solo Dios lo sabía, y a veces... *mua*. Lo que uno pensaba que era un golpe de buena suerte, que te tocara la lotería, por ejemplo, podía arruinarte la vida. Y al revés. No pongo ejemplos porque se me hace pesado ya esto de explicar cosas en vez de estar vigilando a otras personas.

Iba a tener que buscar el amor en otra parte. ¿Quizá entre los brazos —o las piernas— de la monja? Puede que un buen terapeuta dictaminara que mis carencias se dispararon por la falta de cariño de mi padre y de ahí que me aferrase tanto a un hombre que ahora pintaba doblarme la edad... ¡*Nah!* Ya buscaba a Ángel mucho antes de que se dejara canas y arrugas.

—Seré lo que quieras que sea —repitió el demonio empezando a replegar sus alas. Jovanka estaba acurrucada contra su pecho, escuchando el fingido latido de corazón que Ángel había puesto allí por ella. Fingiendo. Siendo lo que no era.

—Pues quiero que seas... mío —se atrevió a pedir con voz coqueta,

mirándolo de reojo desde abajo. Se había dado cuenta de que ese latido no era importante siempre y cuando la siguiera abrazando con fuerza.

—¿No se suponía que era al revés? —protestó levemente él, aunque tampoco con muchas ganas. Se le había escapado la más enorme de las sonrisas.

Le había encantado su petición. Desde la muerte de su familia nadie le había pedido que fuera suyo. Vale, yo siempre le decía que era mío, pero parece que eso no resultaba de mucho valor de momento. Me iba a permitir el lujo de esperar un par de siglos. Total. Los dos éramos inmortales y pensaba sobrevivirle a todos, así que... ¡A dejar de lado todos mis pecados! La avaricia, uno de ellos. Había dejado volar a Ángel, queriéndolo solo para mí. Era un buen comienzo, ¿no? Me estaba haciendo mi propio *coaching* y se me daba genial. Quizá debiera poner una agencia y luego hacer franquicia. La gula..., no. Que me iba a hacer falta mucho chocolate para superar esta ruptura y lo de mis ciclos hormonales lo empeoraba todo. Tenía dependencia al azúcar, al igual que a otras sustancias. No voy a especificar a cuáles. De la ira podía prescindir. Total, apenas había sobrevivido nadie tras mi último arrebató y dudaba de que los que quedaron por allí tuvieran ganas de jugarse el tipo. Y mi monja no me iba a enfurecer... La envidia no era uno de mis pecados estrella. ¡¿Qué demonios iba a envidiar yo que tenía todo?! Ciertó, un poquito sí que envidiaba a Jovanka, pero solo un poquito. No tengo que jurar encima de ninguna Biblia, ¿no? Pues eso. Un poquito. La lujuria... ¡vamos, por Dios! ¡Ops! Perdón, padre, por nombrarte pensando precisamente en ese pecado. Por cierto, ¿no te sobrarán un par de ángeles por ahí que tengan ganas de un poco de juerga? Da igual el sexo, ya sabes que le doy a todo. O me dan también de todo. Si no te ha gustado el chiste..., ¡me importa una mierda! ¿Pero te sobran ángeles? Me gusta la idea de pervertirlos un poco. ¿Te explico cómo solucioné lo de la superpoblación en Infierno? Creo que puedes aprender un poco de mí en este caso... y así aprovechas y me mandas unos cuantos. La pereza. Esa, precisamente, me la quedo. Paso de no ser perezoso. Hace falta mucho trabajo para no serlo.

¿Me faltaba alguno? Sí, creo que sí... Pero daba igual, porque me daba también pereza empezar a contarlas otra vez y empezar a descartar o quedármelas, en plan método Marie Kondo. Esta me hace feliz, me la quedo. Este pecadillo no me hace feliz... y lo desecho. Sí, el método ese también lo había inventado yo, pero se lo cedí a la chica japonesa esa que quería poder y a mí me pareció una forma cojonuda de matar dos pájaros de un tiro. Por una

parte, hacer infelices a todas las personas que tenían que elegir entre tirar un par de zapatos u otros. ¡No te digo nada de la rabieta cuando se trataba de juguetes de los niños! Y, por otra parte, el hacer infelices a las personas que eran incapaces de tener la casa ordenada, pero la tiraban abajo para intentar hacer selección de cosas que donar o desechar. Super divertido eso de verlos luego tratando de colocar todo en el sitio que ocupaba antes. Invertir en eso quince días de tus vacaciones de verano. Sí, una tortura como otra cualquiera. Aprovechaba en esos casos para estropearles el aire acondicionado y ya los tenía en fase ira, a punto de cometer homicidios a diestro y siniestro. El método Konmari era así de interesante. Y frustrante. ¡Con lo que le gusta a un humano lo de coleccionar cosas! Septiembre, el mes del inicio de los fascículos. La vuelta al trabajo y la vuelta al cole. Y el mes en el que te pasabas todo el puto día recogiendo hojas en el jardín. ¿Quién inventó el mes de septiembre? Seguro que es fácil adivinarlo.

—Por cierto, también quiero que seas tú mismo —le comentó Jovanka tirando de él, llevándolo hacia la cama. ¿Había vuelto el atractivo arrebatador de Ángel a hacer de las suyas? Seguramente... Jamás conseguí que la chica dejara de desear a mi demonio, de la misma forma que a mí me costaba hacer lo mismo.

—¿Y si al hacerlo... te mato?

Jovanka lo miró con ojos intensos y negros como el carbón. Los suyos, vamos. Pero de forma pícara, lasciva, prometedora...

—Entonces ve a buscarme al infierno.

Y eso. ¡Oh, qué bonito! Pollas empalmadas, entrepiernas mojadas. Algo de sexo desenfrenado. Venga, mucho de eso. Y bla, bla, bla... A otra cosa. Que no tenía todo el día para seguir narrando esa historia que ya me estaba tocando un poco la moral. Seguro que a partir de ahí ya todo el mundo se hacía una idea de lo que pasó. Follaron mucho, no la mató, fueron felices hasta que llegó un tornado y se la llevó volando, como en la película *Twister*. Dando vueltas alrededor de una espiral con una vaca y un tractor. O mejor: ¡*Sharknado!* Tornado con tiburones que sobreviven en el aire. Y a los que no se les entiende. ¿Para qué alguien se molestó en hacer la primera película esa? Pues ya iban por la octava..., ¿no? ¿Que en Madrid no hay tornados? ¿Y tampoco tiburones? ¡Joder con lo del cambio climático! Al final alguien va a tener que tomárselo en serio y eso.

Venga, cartel en el que se lea FIN.

Y ya. Yo a mis cosas y el resto a las suyas. Aquí ya no hay nada que ver.

Circulen.

¡Dios! ¡Cuánta ira acumulada! ¡Y cuánta lujuria contenida!

¿Eso quiere decir que no puedo dejar la historia aquí? ¡Maldición! Tenía ganas de tomarme unas buenas vacaciones en las que beber y beber hasta olvidar eso de mi ruptura sentimental. O sin sentimientos. Ruptura..., ni puta idea de cómo llamarla.

—¿Te han follado alguna vez tan duro que hayas llegado a pensar que podrías morir... de placer, pequeña Jovanka? —le preguntó Ángel empujándola hacia la cama. El cuerpo de ella cayó hacia atrás y el demonio la recorrió con la mirada con total obscenidad, sabiendo que cada centímetro de piel que se escondía bajo su ropa estaba a punto de arder en llamas—. Vamos a averiguar si eres de las que pedirían perdón por todos sus pecados.

¡Por supuesto! ¡Que poco cortés por mi parte! ¿Quién iba a pensarse eso del diablo? Yo, que soy el perfecto caballero, el que siempre hace todo lo que se espera de él... ¿Cómo me iba a quedar para mí la escena en la que Ángel comenzaba a desvestirse con tremenda lentitud y orden, como siempre le gustaba en su habitación al llegar por la mañana? ¿Cómo iba a privar al mundo de todo eso que seguro que podrían imaginarse, pero que resultaba mucho más cómodo —otra vez estaba ahí la pereza, ¿por qué demonios tenía que ser tan tentadora?— que otro te narrara?

Lo de las horas extras como narrador las cobro aparte. Lo pone en el contrato ese que nadie se ha leído.

Pues venga, que pongo el cronómetro. Los taxistas lo llaman de otra manera, pero sigue siendo para lo mismo. Para robar, ¿no?

«Después de todo, el diablo puede citar escrituras y los monstruos pueden decir “por favor” y “gracias” al igual que el hijo de cualquier madre».

Elizabeth Bear

Ángel dudó entre apartar todos sus tatuajes o dejarlos hacer de las suyas delante de Jovanka. Era consciente de que ella los había visto, que no la iban a sorprender... hasta que se movieran. O hasta que se movieran sin control, porque también casi podía asegurar que los había visto moverse. Porque eran muy puñeteros para ciertas cosas. Y les encantaba jugar a disputarse el espacio de la piel de la polla en esos momentos tan... ¿tensos?, ¿erectos?, ¿cachondos?

Pero la chica le había pedido que fuera él mismo y eso le iba a dar. Y resultaba emocionante. Para el demonio, por descontado, porque llevaba meses soñando —o sufriendo— con esa idea. Probando, dudando, avanzando y retrocediendo. Pero ese era su momento con Jovanka y si tenía que ser el primero y el único... había decidido que lo sería. Lo del miedo al después estaba sobrevalorado. Eso era de cobardes y si había algo que Ángel no era resultaba ser precisamente eso. O al menos antes de conocer a la gitana. Que después de tenerla al lado se había vuelto un poco blando.

Se desprendió de la camisa y la dejó en el galán de noche, al igual que la corbata y el cinturón. Pensó en llevárselos a la cama para usarlos a su conveniencia. En demasiadas ocasiones había fantaseado con tener completamente a su merced a la muchacha, atada al cabecero de la cama —una pieza de madera tallada con tantos recovecos que las chicas de la limpieza de habitaciones debían odiarlos a muerte—, pero era un demonio de recursos... y podía hacer aparecer una cuerda cuando quisiera. Debía de admitir que el cuero del cinturón tenía su encanto, pero lo de usar cuerdas de yute dejaba mejores marcas.

Abrió la bragueta y los pantalones se deslizaron hacia los tobillos, liberando su miembro, al no usar en la vida un calzoncillo que le retuviera

algo. Curiosamente, los zapatos simplemente desaparecieron de sus pies. No le apetecía agacharse para deshacer los lazos perfectos de los cordones. Pero lo de desvestirse... era un ritual de lo más sugerente.

Lo que sí le apetecía era arrancarle la ropa a la chica y perderse en ella de la forma más salvaje. No se arrojó sobre Jovanka porque no era de ese estilo. Le habría ordenado que se quitara ella misma la ropa y se pusiera a cuatro patas para poseerla a voluntad, pero le apetecía usar sus propias manos. Jovanka no le iba a negar nada y no precisaba del hecho de meterse en su cabeza.

Se arrodilló en el colchón, con las piernas separadas sobre el cuerpo de la chica. Ella respiraba entrecortadamente, con todas las emociones contenidas revoloteando en su interior. Era el momento de pararlo todo o seguir adelante. Más tarde sería imposible. Sin embargo, ni se lo planteó. Asustada como estaba, pero segura de lo que quería, la contradictoria Jovanka en vez de cerrar los ojos para que todo le resultará más fácil los clavó en el cuerpo musculoso de Ángel y se derritió allí, en todo lo que veía. En todo lo que la abrasaría. En todo lo que llevaba una eternidad deseando.

Se le lanzó al cuello y se aferró a sus labios, colgándose de sus hombros. ¡A la mierda el plan de Ángel de desnudarla con lentitud, de hacerla sentir sus yemas por todo el cuerpo quemándola y dejándole marcas! Las mujeres no sabían seguir un puñetero esquema, aunque en su defensa diremos que Ángel no le había dado ninguna pauta y..., ¡que cojones!, para el sexo no hacía falta planear nada.

El demonio le pasó un brazo por la espalda y con otro se apoyó en la cama. La camiseta de Jovanka se convirtió en cenizas que volaron a su alrededor, al contacto con la palma de su mano. La chica se estremeció, pero podría ser debido a cualquiera de las sensaciones que vivía. Como, por ejemplo, tener las caderas de Ángel encajadas entre sus piernas, con su polla a punto de reventar...

«¿Perdona? ¡Eso es trampa! Ese tamaño no es el que llevabas tiempo usando. ¡Farsante!».

Ángel había hecho menguar su erección para... ¿para qué? ¿Para no asustarla? ¿Para que no lo amara solo por la polla?

No me respondió. Obvio. Pasó de mí como de la mierda.

«Ella ya sabe qué tamaño gastas. ¿Te parece normal volver a las andadas de fingir lo que no eres?».

Pero cualquier cosa que hiciera en la tierra era una mascarada. Ángel en Infierno lucía otra piel, otra edad, más plumas y mucho más rabo...

«Eres lo más irritante que me he podido...».

«¿Quieres que se lo diga a ella en vez de comentártelo a ti?».

El demonio cerró el puño con el que se apoyaba en el colchón de la cama, con rabia, pero no osó desafiarme. Un instante después su verga volvía a lucir espléndida y enorme, de esas que daban miedo y deseo irrefrenable a partes iguales. Y los tatuajes bailaron por ella como si se tratara de una pista de baile.

La apoyó contra su pubis y los labios de Jovanka lo mojaron, dándole la bienvenida. También había hecho desaparecer el pantalón y la ropa interior de la muchacha mientras discutíamos. ¡Joder, me lo perdí! Tendría que estar más atento a la jugada.

Hay posturas que solo puedes dejar para que practiquen los contorsionistas, los gimnastas olímpicos... y los seres sobrenaturales. La que había decidido adoptar Ángel era una de ellas. A tres patas, con la mano apoyada en la cama junto con sus rodillas, y sujetando a Jovanka con la otra, pegándola a su cuerpo. ¿Cuánto podría pesar la chica? Menos de sesenta kilos, seguro, porque era pequeña, pero eso no explicaría que un hombre de su edad pudiera manejar su cuerpo con un solo brazo. Lo deslizó hasta la unión de sus nalgas y la movió para frotarla contra su verga, ya de tamaño normal. Normal demonio, no normal humano, que aquello no tenía nada de normal. Jovanka jadeó con el roce y tembló pegada a su cuerpo. Intentó rodearle la cintura con las piernas, pero lo único que consiguió fue acercarlas a sus caderas. Las sensaciones eran tan intensas que no podía tomar el control de sus movimientos y decidió que le dejaría hacer. ¡A buenas horas! Con la de ideas que tenía el demonio para ese primer momento. Atarla y desgarrarle la ropa en plan película, pero sin efectos especiales ni costuras falsas. Ponerla boca abajo con los ojos vendados y penetrarla por detrás con tanta fuerza que no supiera si sobreviviría o si sería capaz de caminar después. Sí, estaba exagerando un poco, pero los demonios somos así de gallitos. O gilipollas, dirían muchos. ¿Qué se podía esperar de mí? ¿Una frase de esas melosas en la que narrar que Ángel se introducía lentamente en su interior, abriéndola poco a poco, para hacerla sentir todo su poder con cada centímetro conquistado? Aunque fuera a pasar así ya digo de antemano que me inventaría una acometida mucho más fuerte, lasciva y pecaminosa para adornar la historia. No me iba a quedar la narración en plan ñanga por un polvo mal echado, por mucho que a Ángel pudiera apetecerle tener ese primer encuentro de mil maneras diferentes y una de ellas pudiese ser esa. ¡Solo podía tener uno! A no ser que regresara atrás en el tiempo y...

¡Nah! Mejor dejar las cosas como estaban, que luego me leía la mente y

entraba en bucle y Ángel podía ser muy cansino. Y esa escena, repetida hasta la saciedad, alargaría demasiado la narración. Y ya he dicho que tenía ganas de volver a lo mío, que tenía mucho de lo mío atrasado.

La chica le clavó las uñas en los hombros con un nuevo estremecimiento y echó la cabeza hacia atrás, casi llegando a tocar la cama. Era como si su cuerpo levitara, pero únicamente sostenido por esa parte que su demonio tocaba. No merecía la pena plantearse cómo pasaba.

Usando sus malas artes —o buenas, según se mirase— Ángel hizo que sintiera sus labios por todo su cuerpo mientras la miraba y disfrutaba de lo que veía. Hacía tiempo, cientos de años, que no le apetecía dar placer a una mujer y con Jovanka se estaba desquitando por todas esas a las que sencillamente se había follado. Lamió su cuello expuesto, derramando saliva y perdiéndose en la visión de las gotas resbalar por su piel. Sus tatuajes saltaron a las marcas de saliva y se metieron en ella, recorriéndola como hacían con el cuerpo del demonio. Fue como si las manos de Ángel la estuvieran poseyendo por entero, sin dejarse ni un ápice. Cientos de dedos amasando, arañando, pellizcando.

Se sintió perder.

Aunque llevaba perdida desde que lo había conocido.

En el momento en el cual ya notó subir el orgasmo Ángel se movió con agilidad para llevarle el capullo a su entrada. Ella se tensó, abrió la boca y dejó escapar el aire cuando llegó la embestida. Los brazos le fallaron, pero a pesar de no estar sujeta a su cuello y de que la espalda se le había arqueado solo le rozó la cama la coronilla.

Cosas sobrenaturales. Ya se entiende.

Yo me centré en Ángel, por descontado, que por fin dentro de ella desató todos sus infiernos y demonios, como suele decirse. Gimió con ganas, de esas que llevas tiempo reteniendo con miles de cadenas, hasta quedarse sin aire. Se retiró lo justo para embestir nuevamente y ya no hubo forma de pararlo. Ángel follando era una máquina, como en casi cualquier cosa que hacía, y lo de mover las caderas a un ritmo frenético se le daba de fábula. ¡Si lo sabría yo! Jovanka consiguió rodearle un momento la cintura con las piernas, pero los movimientos eran tan potentes que se le escapaba su cuerpo de entre ellas. Por suerte, era el demonio quien controlaba todo y ella solo tuvo que dejarse llevar. Y eso hizo.

Explotó bajo el hechizo malévolos de Ángel, que tenía sometida su piel a miles de estímulos distintos, saturándola. Su polla se le clavó decenas de veces más mientras se retorció de placer, arañándolo y tratando de agarrarse a

su cuello. No había conseguido recuperarse y tenía la boca seca de tanto jadear cuando Ángel le dio la vuelta y la puso a cuatro patas, como estaba él. No tuvo contemplaciones a la hora de volver a ensartarla... ni ella las necesitaba. Estaba tan excitada que hasta se escuchó pidiéndole más, aunque en voz muy queda. Si Ángel no llega a tener un oído muy fino la petición habría quedado desatendida. Bueno, desatendida, lo que se dice desatendida... tampoco, porque el demonio no pensaba bajar el ritmo por ninguna causa humana o sobrehumana. Pero no se habría enterado de que se lo pedía, ya que no estaba vigilando la mente de la chica. Por una puñetera vez se estaba ocupando de él. Después de su orgasmo, de saberla satisfecha, aunque desde luego no saciada —en apetito sexual me sorprendían mucho los humanos y últimamente más las mujeres— había dejado de seguirle los pensamientos para centrarse en lo que pensaba y sentía él. Y no era poco. Decir que estaba disfrutando como nunca era quedarse corto. Ese demonio, que se había pegado las mejores juergas conmigo, estaba completamente desatado cuando se inclinó sobre ella para tomarla por detrás. Le mordió el hombro. La agarró de las caderas y tiró de ella con fuerza. Se le quedó casi media polla fuera, pero le dio igual. Gimió pensando en metérsela por el culo y hacer que entrara toda. Ya habría tiempo en cuanto se saciara de su coño. Jovanka arqueó nuevamente la espalda y levantó la cabeza, intentando girarla para mirarlo a la cara. Ángel aprovechó para sujetarle el cuello y tirar de ella. Se comió su boca en un beso de esos que daban hambre mientras apretaba, asfixiándola. A la vez, empujó más contra su entrepierna, a sabiendas de que no lograría avanzar ni un milímetro más, pero deseando que fuera posible. Ella jadeó y se quedó sin aire mientras recibía todo lo que podía del miembro erecto del demonio. De pronto sintió fricción sobre esa parte de su cuerpo que se había roto y recompuesto en nada de tiempo y que clamaba otra vez atenciones. Pero tenía las dos manos de Ángel localizadas. ¿Cómo...?

El demonio le soltó el cuello, dejándola respirar, y le metió dos dedos en la boca tras la primera bocanada de aire. Jovanka cerró los labios y los chupó con deleite, a pesar de saber que el aire le era necesario. Le palmeó con fuerza una nalga mientras seguía embistiendo. Después, la mano se aferró nuevamente a su cadera y resbaló por el muslo, en una caricia de esas que encendían todos los sentidos. La presión entre sus piernas seguía existiendo y a pesar de querer olvidarse de la pregunta que se había formulado —¿cómo era posible si sabía dónde estaban sus dos manos?— no conseguía dominar su necesidad de saber y entender. Agachó un poco la cabeza y vio algo alargado y

negro serpenteando entre sus piernas. ¿Un... un...?

—Sí, puedes decirlo. Un rabo —le jadeó contra el oído el otro, empujando con más fuerza contra sus nalgas—. Mi rabo. ¿No querías saber cómo era?

Jovanka le mordió los dedos cuando ese trozo de él frotó con más fuerza su clítoris, volviéndola loca. Su extremo que acababa en una fibra afilada, subió por su cuerpo y se enroscó en su cuello, como había hecho momentos antes su mano para cortarle el aire. Ángel tiró de sus manos para hacer que su cabeza cayera contra el colchón, sin apoyo para el tronco, y se las sujetó en la espalda. En su boca se introdujo sobre la marcha la punta del rabo, dura y caliente, desatando todos sus instintos.

—Esto era lo que querías, ¿no, Jovanka? —le preguntó él alzando su cuerpo para dominarla y contemplar su espalda arqueada y su cabeza rendida ante la presión de su apéndice infernal—. Varias pollas follándote al tiempo. Con eso soñaste...

Ángel hizo aparecer de pronto media docena de tipos enormes a su alrededor. Todos desnudos y empalmados, con pollas de un tamaño considerable para tratarse de humanos. O cuasi humanos, que no tenía muy clara la naturaleza de las apariciones. Se masturbaban alrededor de la cama, conteniéndose para no lanzarse sobre ella y pugnar por ocupar sus agujeros. De momento, Ángel poseía dos de tres, pero por poco que se lo propusiera podía también hacerse con el culo de la chica y darle más caña. Más morbo y obscenidad. De eso íbamos sobrados.

Jovanka no pudo contestar porque tenía la boca ocupada, pero había aprendido a hablar con él de otra forma.

«Pero todas eran tú. Todas las pollas eran la tuya».

El pensamiento de Jovanka lo cogió por sorpresa. Que se pusiera a proyectar su sueño o fantasía en su cabeza para que Ángel pudiera localizarlo con facilidad le regocijó a la vez que le preocupó. Si era capaz de manipularlo de esa manera..., ¿cuántas cosas no sería capaz de hacer para ella y por ella a partir de ese momento?

Pero allí estaba. El sueño de Jovanka era claro como si lo contemplara a través de un cristal. Y lo comprendió como si fuera la primera vez que se lo explicaban. La chica había estado soñando con él. Con muchos él. Demasiados para un solo cuerpo femenino. Ángel empalmado entre sus piernas, en su boca, comiéndole los pezones y queriendo ponerla a cuatro patas para abrirla el culo y hundirse en su infinito. Todos eran él. Clones de mi querido demonio. Todos con el mismo objetivo: darle placer y llevarla al lado

oscuro. A ese del que jamás se regresaba si se probaba. Porque el sexo, cuanto más morboso y obsceno, mejor sexo era. Lo demás eran moñadas cariñosas para conseguir que una mujer te hiciera la comida y te planchara la ropa. Las prioridades estaban claras. Y ahora es cuando me dejan de seguir un montón de feministas en Facebook. ¡Que soy el diablo! ¿Qué puede esperarse de mí?

«¡Qué chica tan egoísta! ¡Tantos demonios iguales y no me deja ninguno!».

Cada vez que se introducía en su boca la punta presionaba más contra su vulva y su cuello, tensándose. Estaba como para contestarme la pregunta.

Ángel hizo desaparecer a los tipos empalmados y se planteó lo de clonarse a sí mismo. O lo de ponerse una segunda polla para empujar contra su culo y su coño al tiempo. ¡Para eso había un arnés muy chulo en los *sex-shops*! En verdad, se planteó muchas ideas locas y en ninguna me hizo partícipe. ¡Con lo divertido que podría haber sido que me permitiera cooperar! La cama era lo suficientemente grande...

«Quédate en el infierno, Satán».

¿Cómo osaba, la mequetrefe esa?

«Sabes que volverá conmigo...».

«Cuando yo muera. Hasta entonces... es mío».

Que ella también lo supiera resultaba jodido de cojones porque yo era mal perdedor y, encima, no me gustaba mentir. Pero se lo habría merecido. Que le dijera que no diera tantas cosas por sentado. Yo era mucho más experto que ella para... para... para todo.

«Pues habrá que ir acelerando lo de tu defunción».

«Y luego vas y se lo explicas a él...».

¿Y cómo le decía yo a esa mocosa que era bueno dando explicaciones de todo... menos a Ángel que no me hacía ni puto caso?

«Venga, córrete ya y déjame un rato que los mayores tenemos que hablar de negocios».

Ángel me sacó de su cabeza de un soplido y con muy mala hostia. Me dejó flotando en el techo de la habitación, contemplando la escena desde la barrera. Tuve ganas de suplicar. Jovanka tenía aún un agujero libre y yo una polla dispuesta a compartir su cuerpo. Cualquier cosa con tal de estar cerca de él...

«Olvidalo. Ya me basto solo».

Si algo se podía decir de Ángel era que resultaba ser terco de narices, y en vez de aceptar mi ayuda desinteresada —un hombre de su edad podía sufrir lumbalgia o una fractura de cadera en cualquier momento para lograr satisfacer a una mujer tan joven como su chica— hizo que su rabo se dividiera en dos. ¡Otro egoísta!

—¿Quieres que lo mate? —le preguntó a la joven que había vuelto a abrir la boca cuando otra vez la punta de su rabo —o una de las nuevas puntas, mejor

dicho—, presionó contra sus labios. Los rozó con ella, llenándola de su propia saliva.

Ángel empujó contra sus nalgas y Jovanka se precipitó al vacío con un nuevo roce contra su clítoris. Aun así, le quedaron ganas de bromear con mi demonio. Lo perverso solía contagiarse muy rápido y Ángel tenía algo que era adictivo. ¡Si lo sabría yo también!

—¿A Satán? Déjalo que mire y se muera de envidia...

Mi demonio soltó una buena carcajada.

Llevó la otra punta de su rabo a la entrada de su jugoso culo y lo impregnó con su propia saliva. Con tal de darme mi merecido se lo iba a dar también, ya de paso, a la muchacha, que había soñado con tener demasiado en tan poco tiempo. ¿Dónde estaban los «te quiero» o «te lo prometo, la puntita nada más»? Antes de llegar al sexo anal con una chica como ella había que darle confianza, cariño, tranquilidad... ¡y un anillo! O, simplemente, morbo y desenfreno...

Los dos me ignoraron, cómo no, y me quedé mirando como un lelo. El lazo sobre su cuello se tensó, el rabo se metió más en su boca y ella cerró los ojos. Ángel separó sus nalgas con ambas manos y miró su polla metida entre sus labios humedecidos. Sí, los de ahí abajo. Se dijo que desafiarme había sido lo mejor que le había pasado en la no-vida que había compartido en Infierno conmigo.

Desagradecido.

Su «otro» rabo jugueteaba con su ano y empujó, haciéndola explotar. ¿Para qué querías un dildo cuando podías inventarte las partes del cuerpo que te dieran la gana?

—¡Dios! —gritó ella sintiendo como se abría paso en su interior.

—No le des las gracias a alguien que jamás te haría sentir lo mismo, muñeca —le soltó divertido, rechazando lo de nombrar a Dios. Eso lo había aprendido de mí, sin duda. Las cosas de familia era mejor dejarlas fuera de la cama—. Me pediste que te rescatara del infierno..., pero antes hay que llevarte a él.

Y empujó tanto y tan fuerte que perdió la cuenta de las veces que se deshizo en fuego, luego en líquido y tras eso, recompuesta, otra vez vuelta a empezar. Fuego, agua y roca.

El estado gaseoso lo dejábamos para otro momento, pues ya tenía bastante con esos cambios.

Solo alcanzó a pedirle una cosa.

—Córrete fuera, por favor.

Y eso hizo Ángel, cuando supo que Jovanka se desvanecería a poco que tardara. Estaba agotada. La empujó contra el cabecero, la sostuvo en vilo y la ensartó entre blasfemias y maldiciones. Golpeó la pared con el puño, en donde abrió un enorme agujero, a la vez que sacaba la polla y se derramaba sobre sus nalgas enrojecidas y tiernas, fruto de la juventud y los excesos cometidos.

Pecados que llevaba queriendo compartir durante demasiado tiempo.

Se desplomó sobre ella, aplastándola un instante, mientras recobraba el aliento.

Y la abrazó un segundo después, protegiéndola de su propio peso.

La enroscó con el rabo y las piernas, como si tratara de evitar que contemplara su desnudez después del espectáculo que me habían dado.

Habría pedido tiempo muerto para recuperarme, pero nadie me había dado vela en ese entierro... donde el muerto y olvidado era yo.

«Creo que el diablo no existe, pero el hombre lo ha creado, lo ha creado a su imagen y semejanza».
Fyodor Dostoevsky

—¿Qué quieren las mujeres? —me preguntó Ángel mientras acunaba a Jovanka entre sus brazos, profundamente dormida tras la tensión de los últimos días y los múltiples orgasmos.

Podía sentir arder su entrepierna. Probablemente le costaría caminar durante un par de horas... o quizá más. Semanas, lo veía venir. Pero estaba contenta, satisfecha y feliz. ¿Quién lo hubiera creído posible? La pequeña gitanilla relajada y segura sobre el pecho del mayor asesino que había tenido nunca entre mis filas. Bueno, no tanto, que también estaba por Infierno Hitler y ese también se las traía. Pero no había matado a tantas personas con sus propias manos. No era lo mismo que mandar a gasear a una etnia, aunque su estilo molara.

Pero no, a Hitler tampoco le di cuerda yo. Solo me dediqué a observarlo. Entretenido y cruel. Era normal que acabara aquí conmigo.

—Y ahora la fórmula de la Coca-Cola —respondí con mofa—. En el mismo grado de dificultad. —Me encogí de hombros—. ¿Qué cojones esperas por respuesta? ¿Qué quieren las mujeres? ¿Un hombre que las quiera, que las haga felices, pero ser felices también sin un hombre, independientes y fuertes? ¿Saber que podrían ser capaces de defenderse solas, pero mojar las bragas cuando son defendidas por un tipo como tú? No hay quien entienda a las mujeres. Ni siquiera mi padre, que las creó, las entiende. Se arrepintió de Lilith desde el primer momento, ya lo sabes. Eva tampoco le salió muy bien. Aquí, en Infierno, has escuchado su historia miles de veces.

Ángel acarició el cabello alborotado de Jovanka y respiró el olor que desprendía. Ya no era tan claro como cuando le tiraba de la cabeza, con sus pelos unidos en una especie de cola con la que la manejaba a voluntad, pero ahí estaba. El champú de su cuarto de baño, el olor más reconfortante que recordaba. Porque de su vida humana solo tenía visiones angustiosas, ira y

desesperación.

Pero eso se olvidaba con un poco de sexo.

O mucho, mucho sexo.

Después de reventar la pared del cabecero al correrse —suerte que no apareció nadie al otro lado para endilgarle la factura de la reparación— habían seguido follando. ¡Cómo no! Ya que Ángel no tenía motivos para perder la erección si no le daba la gana de que se le bajara la polla, se acostó boca arriba y la dejó que se subiera a horcajadas sobre sus piernas, buscando la plenitud con él dentro. Pero el demonio era de los que mandaban, en cualquier postura, y la aferró de las muñecas a la espalda para inmovilizarla mientras era él quien elevaba las caderas para entrar y salir de ella. Luego, descubrió que le apetecía más sujetarla con el rabo a modo de cuerda para usar sus manos en la delantera de la muchacha. Cubrió sus pechos con las palmas, apretando y amasando, arrancándole gemidos y jadeos.

Abierta como la tenía, mojada y enrojecida, pero encendida como nunca, solo faltaba por saber si volvería a usar su rabo para hacer de las suyas.

Ángel siguió empujando hacia arriba hasta que Jovanka estalló en mil pedazos. Luego usó su boca para derramarse, regando su lengua, haciendo que se arrodillase a un lado de la cama. La mantuvo sujeta con las manos a la espalda, como esposada, hasta que sintió que le dolían las articulaciones.

Se negaba a reconocerlo, pero quería complacerlo y no quejarse.

Se negaba a reconocerlo, pero no quería que ella sufriera ningún tipo de daño, a pesar del sexo salvaje.

¿Y cómo se conseguía eso?

«Con la puntita nada más, Ángel. Sé bueno».

—Me has regalado un par de buenas escenas para coleccionar y pajearme —le comenté sabiendo que era consciente de que no me había perdido detalle de nada. Bueno, quizá algo se me había escapado, pero como podía rebobinar las veces que me diera la gana...—. ¿Quién lo habría dicho de la pobre y desamparada muchacha?

Los tatuajes de Ángel habían traspasado su piel y en ese momento bailaban entre el cuerpo de ella y el suyo. Se habían desplazado hasta su rostro y allí habían dibujado una sexi calavera. Sí, sexi. A mí lo de las mariposas o las flores, plumas y demás cosas que se pintaban las mujeres me parecían tonterías. Unas buenas llamas del infierno, sangre, escenas dantescas... eso sí que me ponía cachondo. Ángel la contempló mientras los tatuajes se tomaban la licencia de campar a sus anchas por su cuerpo, tomando posesión de ella

como lo había hecho él horas antes. Sí, llevaban horas follando. Ni una mamadita a este pobre Satán.

El demonio se sentía pletórico, feliz. Había apostado, había jugado y parecía que había ganado. Así que ya solo le restaba despilfarrar su premio, que no era otro que los años que le pusiera duro eso de estar con una mortal sin aburrirse soberanamente.

«Ya regresarás...».

«Probablemente. Pero, mientras tanto, espera sentado. No quiero que te canses. Estás mayor...».

La ironía de Ángel me recordó que tenía todo el tiempo del mundo para recuperarlo. Ella, a pesar de lo que pudiera pasar, no. Porque dudaba de que Ángel fuera a matarla y a rendirme su alma. Había cosas que no se le deseaban sino a los enemigos, y ese demonio amaba a la muchacha.

Y ella lo amaba a él. Estaba soñando con decírselo, con atreverse a que las palabras salieran de su boca. Pero seguía dañada, mucho, y era más fácil soñar que decir o actuar. Mucho más fácil soñar que pedir nada. Ella no podía pedirle a Ángel que la amara, no tras todo lo que había pasado entre ellos. Pero, por supuesto, nadie le impedía soñarlo.

Ángel se regocijó con el pensamiento de ella, enternecido. En cuanto se despertara se lo diría sin más. Ese «te quiero» les hacía falta. Los humanos necesitaban esas palabras para dejar de comportarse como gilipollas... o para serlo mucho más. Y si Ángel quería parecerse a uno de ellos... tenía que enamorarse, ¿no?

Se estaba echando a perder.

—Por cierto, y por si no lo sabes, me ha hecho frente —le comenté mordiéndome una afilada uña

—Lo sé —respondió con la mirada perdida en ella y en su sueño. Le faltaba suspirar. Aaarrgggg.

—¿Por qué?

—¿Que por qué lo sé o por qué lo ha hecho? —preguntó a su vez con media sonrisa en la boca.

—Sabes perfectamente que sé que lo sabes. ¿Nos dejamos de juegos de palabras?

—Porque puede —me soltó sin paños calientes y sin anestesia. Como a mí me gustaba—. Porque está bajo mi protección y tiene muy claro que te mataré si tratas de hacerle algo.

—No, lo que tiene claro es que lo intentarás... y que volveré a arrastrarte a Infierno si me obligas. No sería la primera vez que te pierdes.

—Pues no nos obliguemos el uno al otro a hacer cosas que no nos apetece,

¿no te parece?

Pero, ¿quién le había dicho a ese demonio que a mí no me apetecía?

No era yo muy de firmar tratos sin leerme la letra pequeña —que para eso la inventé—, pero, como llevo diciendo tiempo, en esta historia no me quedaba mucho por hacer... salvo contarla.

—¿Esta conversación no la hemos tenido ya?

—Pero parece que no quedó clara...

—A mí es que siempre me gusta tener la última palabra —le dije, a sabiendas de que no le estaba descubriendo la pólvora.

—Pues dilo...

Tragué saliva. Mierda de vida, —o de no-vida—. Estas cosas no me gustaban un pelo. ¿Me tocaba a mí decir «te quiero»?

—¿Adiós?

Ángel rio por lo bajo. Continuaba acariciándole el pelo a la chica, a punto de despertar. Había tenido también un dulce sueño en el cual el demonio la salvaba de todos los males del mundo y en el que acababan besándose como dos tortolitos, mientras ambos se decían que se amaban. Puag. Una proeza. La salvaba de todas las plagas que había mandado mi padre para destrozarla, vamos. Él era el malo, que no se engañe nadie. Porque yo, aunque ni uno solo se lo creyera, no había hecho sino salvarla desde el principio. Sí, había puesto a Ángel en la tierra en el momento y en el lugar indicado, para que ella encontrará refugio. ¿Quién era el malvado ahora?

—Siempre tengo que enseñarte a hacer las cosas, cabrón —me dijo, tranquilo, bajando una mano a la entrepierna de Jovanka para darle un despertar como se merecía. Muchos despertares así. Muchos tira y afloja, peleas, reconciliaciones... y sexo sin freno ni medida. Sí, eso les esperaba... de momento. Ya luego se vería. El amor era incierto y más entre seres sobrenaturales y humanos. O no... Eso no pasaba nunca. Siempre salía mal—. Nunca digas adiós, que lo nuestro es demasiado eterno como para despedirse en serio.

—Ya, pero me gusta hacerme el mártir para que vengas a lamerme las heridas.

—Tú lo que quieres es que te lama otra cosa...

Me reí con total descaro. Ese era mi Ángel. Mi demonio.

—¿Y ha surtido efecto?

Ángel acarició la vulva de la joven y esta se estremeció con el contacto ardiente de sus dedos. Los tatuajes volvieron a dibujar la calavera en su rostro

y al demonio se le levantó la polla de mala manera. Le excitaba mucho que sus tatuajes se sintieran tan en sintonía con ella. Eso era un buen augurio, ¿no?

Una nueva sesión de sexo que se suponía que debía perderme iba a iniciarse en breve.

Le separó las piernas y la dejó expuesta. Me dejé ver un breve instante, a los pies de la cama, como el *voyeur* que era. Me senté en la butaca descalzadora y crucé las piernas, llevándome una mano al mentón. Al mío, no al de ese chico treintañero en el que me había convertido en mi último viaje. Prefería probarme mi piel en esos momentos morbosos.

—Ni el más mínimo..., pero puedes quedarte a mirar —me dijo como perdonándome la vida—. Si no molestas, claro —añadió, el muy capullo.

—Como si tuvieras forma de evitarlo... —repliqué yo.

—Por eso te invito a hacerlo —me susurró metiendo varios dedos en su interior. Sonó húmedo y estrecho. Me relamí los labios. ¡A la mierda la monja! Me tenía que buscar a una prima de Jovanka. O a su madre...—. No me gusta llevarme mal con el diablo... y con él tengo un trato.

—Eso he leído en alguna parte —comenté levantándome de la butaca. Le lancé un beso para luego desvanecerme mientras Jovanka abría los ojos.

—Cuida de mi alma por mí... —me pidió muy serio mirando a la chica un instante antes de separar los labios para cubrir los de ella y llenarla con su lengua... y más cosas—. Que yo voy a recomponer la de ella.

Epílogo

Contrato con el diablo

Como narrador, no te emociones tanto...

Yo, Satán, señor del averno, rey de los malditos, hijo de Dios, máximo conoedor de las debilidades humanas, coleccionista infatigable de almas, cancerbero de todo lo malo que ha nacido en la tierra, creador de las redes sociales y el postureo, desterrado del cielo por unas pequeñas desavenencias de nada, a partir de ahora en el contrato como *MUA*, expone lo siguiente:

- Que *MUA* se compromete a narrar la historia de un demonio poco agradecido que prefirió marcharse de Infierno antes que quedarse en nuestro amado y caluroso hogar, con más espacio que antes, en busca de algo que no sabe lo que es, pero que no garantizo que vaya a encontrar. A partir de aquí lo llamaremos... el abandonahogares. ¿Muy largo? Vale, pues entonces tampoco va a servir el capullodemierdaquemedejó solo o el dueño de la polla quemequitaba el sentido. Entiendo. Ahora comprendo por qué la gente odia tanto a los abogados y los contratos. De aquí en adelante... EL DEMONIO.
- Que la narración de *MUA* está destinada a ser atendida por alguien al otro lado de las páginas. Alguien con cerebro. O alguien que crea que lo tiene. A partir de este momento, a ese alguien lo llamaremos... ¿lector?, ¿tonto del culo por estar a punto de perder el sueño por esta historia?, o mejor... CLIENTE. Porque seguro que vas a acabar haciendo un trato para venderme tu alma. Algo encontraré que te interese.
- Que mientras *MUA* cuenta la historia no piensa ser políticamente correcto. Ni antes ni después tampoco. Así que, *hater* —sí, esa figura que odia todo lo que se puede odiar, incluso a los adorables pingüinos de Madagascar—, piénsalo dos veces antes de empezar a leer, para que no perdamos ninguno de los dos el tiempo. Que a *MUA* no le gusta trabajar en vano, o trabajar, directamente, y mucho menos que lo ignoren. Y puede que a ti te sobre el tiempo porque no tengas a nadie que te folle o estés sin trabajo y hayas tenido que piratear este libro porque... directamente eres mala persona —carne de

Infierno, te veo venir— vivas con un millar de gatos y quizá también te follas a alguno —no voy a ser yo quien diga que la zoofilia es mala, no me malinterpretes—, pero *MUA* tiene a un par de demonios esperando para hacer una orgía y si cada vez que alguien compra —o piratea— el libro, le interrumpe y se pone a narrar..., ¡aquí no folla ni Dios! Perdón, padre. Es que me pone de muy mala leche la gente que no lee ni entiende bien los contratos. Si no lo entiendes, ¿por qué no preguntar? ¿O por qué demonios los firman? Luego venga a quejarse...

- Que si alguien se siente ofendido o violento mientras lee la historia que *MUA* está a punto de ponerse a contar... importa un colín. No, un ejemplo más diabólico, por favor. Importa un huevo. No, seguro que puedo hacerlo mejor. Importa una mierda. Nada, no es una maravilla, pero así se queda. Gastando papel y deforestando bosques buscando la palabra correcta para un contrato que nadie se va a leer... Pues eso. Que, CLIENTE —y también *hater*—, avisado quedas. Aquí hablo de cosas que pueden herir tu sensibilidad, y no como en ese otro libro de MAGELA GRACIA, a partir de ahora, LA AUTORA —y no esa que nadie reconoce leer, que como aquí alguien diga que no la lee lo mando directamente a Infierno, y no a la zona divertida, sino a la de contabilidad, donde se hace recuento de calcetines perdidos en las lavadoras y otras cosas más raras— en el que se aseguraba que ningún conejo había sufrido daño durante el proceso de escritura, corrección y maquetación de la historia. Creo que se llamaba *Un, Dos, Tres... ¡Bésame!* Pero esa era una comedia. En este libro se cometen pecados. Se mata gente, se comete excesos, se trata a las personas como meros objetos —sobre todo a las mujeres pelirrojas, que se lo merecen— y se transgreden tantas leyes que quizá vayas directamente a la cárcel solo por tener luego esos recuerdos en la cabeza. ¿Quién sabe? Las leyes de los humanos cambian constantemente. Solo depende de los tontos del culo que estén gobernando y de los tontos del culo que hayan votado o dejado de votar.

- Que al terminar la narración, el CLIENTE se compromete a poner una valoración en Amazon o en la plataforma en la que haya comprado el libro —comprado, que si pirateas vas directo a Infierno, a la parte chungu de Infierno, a la parte en la que están los *mataos* sin dientes y sin carne debajo de la piel, no esos «*mataos*» *buenorros* que salen en *Hijos de la anarquía* y que la gente se cree que existen como *mataos*. Esos que ponen cachondos a las nenas. ¡Cuánto daño ha hecho la televisión, por favor!—. La valoración tendrá que ser SIEMPRE positiva. Cinco estrellas, ¿entendido? Si no, solo follarás sin

correrte a partir de ese momento. Y te aseguro que no es agradable, que a *MUA* lo sacan de una orgía cada dos por tres para contar esta historia y no veas lo que jode no correrse nunca.

- Que también, al terminar la narración de este libro, el CLIENTE se compromete a recomendar *Sex Club del Demonio*, a compartir sus impresiones en las redes sociales siempre buenas y perversas y si eres de los que tiene familia y amigos y no solo gatos, a sacar el tema de tu última lectura en la mesa con tus padres mientras se comen la crema de verduras —eso tampoco lo inventé yo, que lo mío son las grasas—. O sea, a decirle a tus queridos progenitores que te acabas de terminar de leer un libro que va sobre un club sexual donde hay excesos de todo tipo, orgías y demás. Importante sacarle una foto a tu padre cuando veas que se atraganta al final de tu narración. Si la subes también a tus redes sociales seguro que ganarás muchos más *likes* que con el resto de esas fotos que le sacas a la comida que te preparas o a la ropa que te pones todos los días.

- Que al terminar la narración, el CLIENTE se compromete a no pedirle a la autora una segunda parte de la historia. Eso haría que yo tuviera que trabajar mucho más en el segundo libro, y a no ser que se busque a otro narrador no me da la gana. Pero una historia contada por un ángel sería muy, pero que muy aburrida. Ya si eso, cuando Ángel regrese al infierno, te puedo escribir un telegrama. Algo así; «Ángel aquí, stop. Follando estamos ya, stop. No molestes, cojones, stop». Ha quedado un poco maestro Yoda, pero no pienso repetirlo. Por la deforestación, recuerda.

Y ahora la parte que tú no puedes leer, CLIENTE, porque es invisible a tus ojos:

Si lees este libro te comprometes en el plazo de diez años a venderme tu alma. De ahí que seas el CLIENTE. A cambio... ya veré si hago tus deseos realidad. Depende de la calidad del alma. ¿Recuerdas? No compro cualquier mierda. Si lees más libros de MAGELA GRACIA puede que reclame tu alma a los quince en vez de a los diez. Así que ponte cómodo y disfruta de la lectura, porque ya que vas a perder tu alma... mejor pasarlo bien antes, ¿no?

Pues venga, al lío.

Firma ahí abajo, con letra legible, bla, bla, bla, y comencemos con esto de trabajar a cambio de algo. Pero recuerda. Eso se lo inventó Dios para castigarte. Yo lo único que quiero es volver a mi orgía para que estos años en los que Ángel esté ahí, entre los mortales siendo tu vecino, pasen rápidamente.

¿Ya firmaste?

Genial. Espera que guardo el contrato bajo llave, para poder reclamarte

unas cosillas dentro de unos años. Nada, no te preocupes por eso. Tú a lo tuyo.

Mira, cada vez me sale mejor. Me sé ya la historia de memoria. Sin el guion ni nada. Antes necesitaba chuletas.

Ángel llegó a Madrid un caluroso día de invierno... porque a mí me sale de mis santos cojones —sí, santos, ¿o no te fías de quién es mi padre?— en el cual en vez de nieve caiga agua hirviendo...

¿Que este contrato debía de haberlo puesto en el prólogo en vez de en el epílogo? Puede, quizá, así habrías sabido qué firmabas antes de terminarlo.

Pero ya sabes lo que dicen. Yo siempre gano.

No hagas tratos con el diablo.

Agradecimientos

Magela es una escritora muy agradecida, pero ahora mismo está estresada, hecha un lío y con las emociones a flor de piel. ¿Por qué será? ¿Es que se marcha a vivir a Infierno? ¡Ah, no! ¡A Madrid, mucho peor! Así que entre todas las personas a las que podría dar las gracias en este libro se le hace una lista con nombres de medio planeta y se queda un libro demasiado largo. Ella solo quiere decir, a través de *mua*, que gracias por estar ahí siempre, que gracias por el apoyo y por leerla, y gracias por ayudarla a conseguir que las historias salgan de su cabeza y lleguen a convertirse en libros.

Magela piensa que ellos saben quiénes son, así que ya te das por aludido y me ahorro el trabajo de recitarlos a todos. Que yo estaba en una orgía y así no se puede. ¿Vale? Pues eso... que gracias.

Biografía

Magela Gracia



¿Que no te suena este nombre? Espera, que nadie mejor que *mua* para ponerte al día, que me conozco todos los detalles. Para algo soy el diablo...

Magela Gracia es una mujer activa, descarada, de mente perversa y jovial que tiene reservado un sitio en nuestras filas. Sí, no pienso dejar que mi padre se la lleve al cielo. Ya lo dice Facebook, que la tiene todo el día censurada. No es carne celestial.

De padre andaluz y madre canaria, nació en 1979 en Las Palmas de Gran Canaria, donde residió con su familia y trabajó como enfermera hasta el 2019. Después, el amor o quizá el sexo sin control ni medida —me inclino más a

esto otro— la llevó a mudarse a Madrid para iniciar una nueva vida. Ahí anda, acostumbrándose a los atascos. La saqué del clima angelical de Canarias para meterla ya en el calor del infierno en verano. Hay que empezar por algo, ¿no?

Leer y escribir fueron sus mayores placeres desde los diez años —no me conocía a mí— por lo que fue catalogada muchas veces de bicho raro. En el 2005 se especializó en literatura erótica —punto para la señorita perversa—, aunque antes había tocado otros géneros. ¿Y para qué empieza a escribir novela erótica? Pues para disfrutarlo ella... y sus amantes. De eso no doy más detalles, que luego dicen de no sé qué cosas de la intimidad y la violación de derechos y bla, bla...

Siempre ha encontrado apasionante poder transmitir la intimidad con las palabras, y al darse cuenta de que no se le daba mal —hasta yo la leía— en 2011 abrió su propio blog.

Perversa y morbosa de nacimiento, acuñó la frase: «La autora erótica que nadie reconoce leer». Así que, si te animas a leerla... le encantará saber que lo has hecho. Y si te ha gustado hacerlo. Ya digo yo que a mí me hace pasar un buen rato.

Encontrarás más información sobre Magela Gracia y su obra en la web: magelagracia.com y en sus Redes Sociales. Sí, esas que he inventado yo para él postureo. Y no porque yo no me conozca más datos, sino porque ya sabes que lo de trabajar mucho para otros y narrar... me da pereza.